Lectulandia

Manuel Jiménez Delgado

SIROCO, 1957

2023 epublibre

El asesinato en El Aaiún de un grupo de policías que mediaban en el pago de un secuestro en 1957 llevará al Comisario Ramírez de Viedma al desierto del Sáhara.

Miembro de la secreta Tercera Sección y hombre versado en el mundo subterráneo en el que el poder se sustenta, afrontará su investigación en una ciudad cercada por la guerra del Ifni. Con una perspectiva más propia de un espía que de un policía, descubrirá una peligrosa red donde nada es lo que parece y una conspiración que se cierne sobre el territorio español en el Sáhara Occidental.

Manuel Jiménez Delgado

Siroco, 1957

ePub r1.0
Titivillus 23-05-2023

Título original: *Siroco, 1957*
Manuel Jiménez Delgado, 2022
Diseño de cubierta: Jaime García-Máiquez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

La historia está llena de guerras que todo el mundo sabía que no ocurrirían.

ENOCH POWELL

La guerra es una de las experiencias universales de la humanidad, trasciende continentes y culturas y es afortunada la generación que ha podido evitarla.

FREDERICK FORSYTH

Esta novela es una historia de ficción ambientada en sucesos históricos. Los personajes reales se mezclan con los ficticios. La realidad histórica y los parajes que aparecen se han adaptado al desarrollo de esa ficción. Aun así, he tratado en todo momento de ser lo más fiel como me ha sido posible.

I. Agua sucia

Madrid, 1936

La lluvia caía como el agua sucia que un herrero derrama sobre las llamas incandescentes de una fragua, y se transformaba en vapor para cubrir el cielo como un sudario de cemento. Octubre no mitigaba el inclemente calor de guerra civil que consumía Madrid bajo la tapa de un gigantesco caldero donde el odio y el miedo se cocían con la misma sagacidad mortal que la peste en el tumefacto cuerpo de un moribundo. Los edificios aguantaban la pesadumbre recortándose sobre las nubes de plomo que, sin descanso, hacían que el joven Fernando Ramírez de Viedma temiera que se convirtieran en tormenta y el pequeño soportal que compartía con seis personas en la calle Bravo Murillo fuera insuficiente ante la llegada de más náufragos que corrían a refugiarse bajo los cuatro metros de balaustrada.

A sus quince años, Fernando miraba absorto cómo los charcos empezaban a formarse. «Pasará», dijo una señora gorda vestida de negro con un delantal blanco. «Esto son aguas para más calor. Veranillo del membrillo», respondió un viejo delgado con la cara marcada de viruela. «Ya está aflojando», añadió con satisfacción uno con uniforme de bedel de ministerio. El muchacho observaba y callaba, estaba temeroso por las advertencias de «punto en boca» que su madre le había dicho antes de entrar en el edificio que tenía frente a él. De eso hacía ya cuatro horas, la mañana pasaba y hasta la lluvia, como predecían sus compañeros de soportal, se iba poco a poco, dejando el barrio obrero de Cuatro Caminos empapado.

Fernando salió cuando de la lluvia solo quedaban los charcos como mudos testigos. El tranvía pasó sin detenerse en la parada frente al Europa. El suntuoso cine ya no funcionaba como tal. Ni siquiera había acera para acceder a la primera planta de aquel

maravilloso edificio de estilo racionalista, orgullo de la barriada popular, que nunca pensó en tener una construcción de cinco plantas con lujos propios de la Gran Vía. Ahora un muro de ladrillos cubría toda la manzana tapando no solo la entrada que hacía esquina, sino la calle adyacente, donde la pared terminaba con una horrible garita y había un miliciano anarquista vestido con pantalones de pana, cuerda como cinto, alpargatas, camisa de dril y una gorra bicolor de la
CNT
. El hombre, de unos cincuenta años, llevaba una canana en bandolera sobre el pecho y un máuser cogido como si fuera un amenazante azadón. Fernando lo observaba de lejos, no se atrevía a acercase. La mirada torva era como el filo de un cuchillo en un callejón nocturno. Desvió los ojos hacia el enorme edificio. Recordó cuando fue a aquel cine con sus padres. Quedaba lejos de casa, pero su fastuosidad, sus palcos, anfiteatros, las escaleras, sus cuatro taquilleras, el foso con la orquesta, la enorme pendiente con las dos mil quinientas butacas, los mármoles, las lámparas de luz tan bonita… los hacía desplazarse desde la calle Sagasta hasta esa maravilla de contornos redondeados, *art decó* y carteles de películas pintados por grandes cartelistas.

Los ojos del miliciano volvieron a clavarse en él. Esta vez como los de un perro sobre un conejo. El muchacho intentaba recordar el título de la última película que había visto allí con sus padres mientras miraba hacia el letrero donde ponía «Cine» en el último piso, junto a lo que en su día iba a ser un cine de verano que al final no fue.

—¡Qué miras tanto! —dijo la voz aguardentosa del anarquista. Los cercos de sudor se le extendían hasta la cintura—. ¡Eh, niñato!

Fernando se asustó. Bajó la vista al momento, con la absurda convicción de que si no lo miraba, aquel tipo tampoco lo vería a él. Pero no surtió efecto.

—¡Que te estoy hablando! —Volvió a la carga con un gruñido—. ¡Ven aquí, señorito! ¡Que te soluciono el problema que tengas!

La palabra *señorito* sonó en la cabeza de Fernando como un disparo. Su madre llevaba vistiéndolo con las ropas más viejas que había en la casa, no se ponía colonia ni jabón de olor para salir a la calle, no había gomina ni zapatos nuevos, pero, aun así, aquel había

pronunciado la palabra *señorito* refiriéndose a él, palabra por la cual, desde julio, miles habían acabado en cualquiera de las cárceles de Madrid o en sitios como ese. Edificios incautados por partidos políticos a los que se les ponían pancartas hechas con sábanas, cosidas a maderas y colgadas con alambres desde ventanas, donde con letras rectilíneas se indicaba que ya no eran un cine, un convento o un colegio. Ahora eran un «comité de investigación y organización de la lucha obrera» o un «centro de resistencia antifascista», o simplemente una checa.

—¡Ven aquí ahora mismo o te juro que te pego un tiro! —ladró llevándose el viejo rifle a la cadera, para relajarse con gesto burlón cuando el muchacho se acercó—. ¿Qué miras tanto? Llevas toda la mañana como un pasmarote… ¡Responde!

—Es que… —dijo Fernando casi con un tartamudeo mientras miraba el círculo perfecto de la boca del rifle fabricado en Alemania en 1918— mi madre…

—¡Tu madre qué! ¡Aclárate, alelado! —dijo el miliciano anarquista dejando de apuntarle.

—Mi madre entró aquí esta mañana.

—¿Y a qué entró tu madre? —preguntó frunciendo el entrecejo.

—Es que mi padre…

—Tu padre ¿qué? —Los ojos volvían a ser amenazantes en su cara mezquina.

Un chasquido sonó en el edificio. Las puertas del cine se abrieron para dejar salir a una algarabía de milicianos, una veintena de hombres donde se mezclaban en un batiburrillo los ropajes de campesinos manchegos, monos de trabajo con trajes de burócrata, las pesadas chaquetas de cuero y las claustrofóbicas gabardinas de los jefes milicianos, que hasta en la sangrienta utopía anarquista había clases y clases.

Uno de ellos se quedó mirando fijamente a Fernando. Era un hombre delgado, con la cara llena de antiguas cicatrices y un mentón deformado por los golpes recibidos en una paliza carcelaria. Llevaba el pelo peinado con la raya al medio, corto, un traje de chaqueta gris, camisa blanca y una mirada dura, como solo podía tenerla un atracador de bancos que llegó a ser el enemigo público número uno, buscado en todo el país durante años, fugado de cárceles, asesino de policías y funcionarios de prisiones. Ahora, por

obra y gracia de la revolución, era jefe máximo del cuartel de Milicias Confederadas que en su día había sido uno de los cines más grandes y bonitos de España.

—¿Qué pasa, compañero? —dijo Felipe Emilio Sandoval Cabrerizo, también conocido como «El Doctor Muñiz».

—Doctor Muñiz —respondió el miliciano poniéndose firme mientras se quitaba la gorra con el mismo ademán que lo hubiera hecho en su pueblo si el marqués le dirigiera la palabra durante la labranza—. Este chico, que dice que está esperando a su madre que está dentro, o a su padre —los nervios le trababan la lengua—. O no sé muy bien qué dice, porque parece que está tonto.

Sandoval le clavó al muchacho sus ojos negros como el carbón. Fernando lo miraba como un ratón hipnotizado por una serpiente. Era como si aquel hombre al que no había visto en su vida supiera quién era y qué hacía allí.

—¿Qué es lo que pasa? —le graznó.

El grupo de hombres había seguido su camino y esperaba en la calle a un camión que se acercaba. Dos milicianos permanecían alrededor de Sandoval, uno en mangas de camisa y gafas de sol redondas, y otro con una gabardina de cuero, mucho más joven, bien parecido y con una cicatriz en forma de media luna en la mejilla derecha. Fernando habló por fin, con el mismo tono que si tratara de explicarse al señor maestro ante un suspenso:

—Esta mañana a las ocho, vine con mi madre a preguntar por mi padre y un señor le dijo que pasara, que tenía que hablar con un encargado de detenciones. Entró sola y aún no ha salido.

—¿Cómo se llama tu padre? —preguntó Sandoval con un brillo de satisfacción siniestra.

—Alfonso Ramírez Sañudo —contestó Fernando de un tirón, notando el asentimiento de los que rodeaban a su jefe como un coro.

El de las gafas de sol tenía aspecto de peligroso, un tipo de páginas de sucesos como Sandoval. Al muchacho le sonaba haberlo visto en algún periódico. El de la cicatriz no tenía cara de nada de eso. Era más fino, de rasgos de clase alta, hasta la cicatriz parecía propia de algún accidente en un coto de caza o lo que fuera que le gustara hacer a la alta alcurnia para entretenerse. Sin duda, de los tres, el más peligroso era el de la cicatriz, o eso le pareció a

Fernando. Los otros dos eran violentos que llevaban el olor a carne de garrote. El tercero era un camaleón y ahí radicaba su peligro.

—¿Ramírez Sañudo, el policía de la Central? —dijo Sandoval con un rápido reflejo que simulaba sorpresa.

—Sí, señor, el mismo. —Los otros sonrieron.

—No te preocupes —respondió él representando su papel—. Tus padres no están ahora mismo aquí. Están en la sede del Ministerio, protegidos para evitar que sufran los ataques de una célula facciosa que será desarticulada a lo largo de esta misma tarde.

—¿Entonces están en el Ministerio? —repitió Fernando representando el papel de chico con cierto retraso.

—Están en un sitio secreto hasta que se produzcan las detenciones, después volverán a casa. —Sandoval hizo un gesto al de las gafas de sol para añadir mirando a Fernando—: ¿Cuál es tu dirección?

—Sagasta, 23, tercero izquierda.

—¿Tomaste nota, Aliques? —le indicó con sonrisa lobuna.

—Sí, camarada, tomada está —respondió burlón el de las gafas redondas con montura de oro.

—Pues, chaval, márchate a casa y espera allí, que esta noche tendrás a tus padres de vuelta. —Un Dodge negro con las siglas de la
CNT
pintadas en los laterales frenó junto a los tres mandos de la checa anarquista en la que se había convertido el cine Europa. Los hombres se montaron en el potente vehículo y, antes de cerrar la puerta, Sandoval añadió—: No te marches hasta que lleguen, ¿de acuerdo?

Cuando Fernando asintió, ya se iban calle abajo. Se quedó solo, quieto como una estatua pensando en lo que había escuchado. El sonido del tranvía le sacó de su trance, la campana tañía anunciando que haría una parada rápida para continuar su viaje infinito hasta la Puerta del Sol. Corrió hacia el vehículo, que iba atestado en aquella ciudad revolucionaria. No había asientos libres, el olor a tabaco y a sudor lo impregnaba todo. Una vieja lo miró con desprecio y un grupo de milicianos socialistas con el entrecejo fruncido lo estudiaron desde los asientos del fondo, armados hasta los dientes. Eran los temidos pistoleros que formaban la checa que

dirigía el mismísimo ministro Galarza. Subir de la parada de una checa anarquista para encontrarse a chequistas del
PSOE
no traía nada bueno, así que puso la misma cara de atontado y de repente se volvió invisible.

Durante el largo trayecto las nubes se marcharon y el sol volvió a incendiar el comienzo de octubre. Las calles vivían el marasmo de la revolución, camiones erizados de rifles circulaban a toda velocidad. Se mezclaba la más absoluta rutina del café con mesas en la calle o el mercado de abastos con su larga cola para conseguir los escasos productos de cualquier necesidad con el cadáver de un cura en medio de la acera o con la detención de desafectos a la República que, brazos en alto, salían de los edificios de apartamentos que habían sido sus casas hasta hacía tan solo un momento para subirse al camión que los llevaría a la cárcel o a la checa de donde no saldrían. Los carteles lo llenaban todo, grandes, expresivos, con colores chillones que marcaban el odio de un rencor violento que sorprendía, como todo desde que los altavoces llamaban a delatar a los vecinos. La revolución funcionaba sin pausa comiéndose a propios y a extraños.

Fernando se aproximaba a su destino, las calles se volvían familiares, bajaría en la más cercana a su casa. Su rostro se endureció cuando pisó la calle. Por el momento no tenía que seguir fingiendo, sabía que sus padres habían muerto y tenía cosas que hacer.

Las tres viejas granadas de palo austriacas que su abuelo guardó durante años en un arcón de la cochera servirían, igual que el muestrario de balas que trajo de Viena en su época de observador del ejército imperial en plena guerra del catorce. Fernando las colocó en un caldero que llenó con la gasolina que logró sacar del desvencijado Hispano Suiza que los Arbeloa tenían en su parte de la cochera. Los milicianos intentaron llevarse el viejo coche en su visita de julio, pero no hubo manera de arrancarlo. Acabaron llevándose las ruedas y parte del motor, pero no la gasolina. Fernando llenó un tercio de tres calderos, colocó las granadas, las balas a partes iguales y serrín. El resto de la gasolina lo extendería con una fregona por el descansillo de la tercera planta, desde la puerta de su casa hasta la de los vecinos, los Pinzón, que tampoco

vivían allí desde que, al igual que los Arbeloa en el primero derecha, a los Serra en el segundo o los Manzanares, se los llevaron milicianos en sendas visitas nocturnas durante el verano. No quedaba ninguno. Los que no huyeron los primeros días lo pagaron con sus vidas por culpa de su ingenuidad. Esa fue la razón, pensó el muchacho mientras extendía una gruesa capa de gasolina por el suelo de piedra empapando la alfombra que decoraba el descansillo.

La ingenuidad había matado a su padre, el pensar que el mal no existía, que se le iba a tener en cuenta su adhesión inquebrantable a la República en el 31, su expediente como policía durante los años veinte, las detenciones de conocidos asesinos, violadores y atracadores de bancos, incluyendo la banda de Sandoval o «el doctor Muñiz», como lo llamaba la prensa, con todos sus atracos tanto en Madrid como en Barcelona. Su padre pensaba que su historial sería un activo, como sus muestras de alegría el 14 de abril. Fernando lo recordaba como una algarabía, una cabalgata de fiesta por las calles. Su madre le compró un banderín de la nueva bandera tricolor y una horchata, mientras que su padre lució orgulloso una escarapela. No se lo perdonaron. Cuando soltaron a todos esos delincuentes que había metido en la cárcel, fueron a buscarlo. La veda se abrió cuando García Oliver, jefe de otra banda de atracadores en Barcelona que, al igual que la de Sandoval, habían financiado con sus robos a la
CNT
, llegó a ministro de Justicia. Entonces la ley desapareció. Se ordenó la destrucción de miles de expedientes de peligrosos criminales vinculados al Frente Popular, pero sobre todo de anarquistas, y esos mismos criminales se convirtieron en la policía. No tardaron en ir a buscar a su padre y lo detuvieron en la misma comisaría justo cuando fichaba su entrada. «Tenemos que hablar con usted», le dijo Sandoval con una sonrisa llena de odio. Ni sus amistades en el
PSOE
ni en Izquierda Republicana ni los dirigentes del
CNT
que le garantizaron la seguridad movieron un solo dedo.

Su madre, Rosalía, murió por la misma ingenuidad que su padre. Fernando colocó los calderos escondidos con manteles en los alrededores de la puerta de su casa mientras recordaba cómo fueron

por la mañana al Europa, cómo ella dijo «pienso plantarme allí y hasta que no me den noticias de tu padre, no me muevo». Llevaba desaparecido casi veinte días y su madre había llamado a todas las puertas, incluso en la checa de Fomento, donde se torturaba y asesinaba día y noche. Aquella mañana había entrado para no salir y Fernando supo que ambos estaban muertos. Se lo habían dicho aquellos chequistas, sus miradas, sus ojos, sus expresiones. Siempre había sabido cuándo alguien mentía y cuándo no. Era un don, uno de los muchos que sabía que tenía.

La noche cayó sobre Madrid, mucho más fresca que el día, oscura y sin nubes. Fernando estaba en el tejado del edificio decimonónico en el que había vivido desde que su padre vino destinado desde Melilla. «Los años africanos», como los llamaba su madre con un tono de nostalgia sorprendente en una mujer tan madrileña como ella. Sentado en la oscuridad miraba distraído la calle. Madrid estaba silenciosa, agazapada ante las fieras que la recorrían de noche, montadas en todo tipo de vehículos ya fueran camiones o coches. Las detenciones empezaban entonces, después de la hora de cenar, cuando la gente piensa que el día ha terminado y que está a salvo, que ya no vendrá nadie a buscarlos.

A esa hora comenzaban los faros, los rugidos de motor, los frenos en la calle, las miradas de los vecinos ocultos tras las cortinas de sus casas, las respiraciones agitadas que se cortaban cuando veían bajar a los milicianos. «¡Dios mío, ¿será aquí?!». Los padres aguantaban la respiración, las madres corrían a abrazar a sus hijos, los hijos mayores pensaban en todas esas cosas que había en la casa que podrían llevarlos directamente al cadalso… Después venían los golpes en la puerta, las órdenes dadas a gritos: «¡Abran la puerta inmediatamente!», los empujones, el registro, las amenazas, el pillaje y, por supuesto, la detención. El padre y los hijos si eran mayores, si había niños pequeños, la madre no sería detenida, pero si no, tenía todos los boletos para ir también. Si la casa estaba marcada como de gente de posibles, era requisada o simplemente los mismos milicianos volvían para llevarse todo lo que les pareciera como habían hecho en muchas de las del edificio.

Fernando vio llegar un camión, letras de
CNT FAI
pintadas en el capó, que paró en mitad de la calle. Se bajaron ocho

milicianos. Hablaban a voces, pero estaban tranquilos, sabían que no necesitaban asustar a nadie, eso ya lo tenían conseguido desde hacía mucho. Los vio entrar en el portal. Sintió desilusión porque ni Sandoval ni los otros dos jefes estaban en el grupo. Estaba claro que los jefes no trabajaban por la noche. Negó con la cabeza. Lo perfecto es enemigo de lo bueno. Los oyó subir por las escaleras, las luces encendidas, jolgorio como de romería. Llegaron a la puerta y dieron dos golpes. No usaron el timbre, por ser algo civilizado, burgués, capitalista, y ellos eran la barbarie. Los cielos no se asaltaban tocando campanas. Gritaron y volvieron a golpear la puerta, pero nadie les abrió. Lo siguiente fue la patada, una dura, con ganas, que reventó la cerradura, empujó la puerta violentamente hacia dentro y rompió el cordón de una de las granadas que estaba detrás.

El muchacho oyó la explosión, una especie de golpe en un gigantesco tambor que hizo vibrar el edificio. Al instante, las llamas salieron por las ventanas de la que fue su casa. Los milicianos chillaron mientras ardían. No duró porque quiso provocar un incendio que pronto se extinguiría, pero mientras tanto esperaría allí.

La ventana del desván le sirvió para bajar a su casa, que ya no reconoció como propia. Los cuadros, los platos de las alacenas o los libros de las estanterías estaban por los suelos. Los cubos de agua que dejó en la habitación cerrada de sus padres seguían allí. Fue hasta la entrada y apagó las llamas que encontró por el camino. Los cadáveres de los milicianos estaban en la entrada, carbonizados, con bubas, en carne viva. Cuenta cuatro… Faltan. Pero el misterio se desveló cuando miró por la ventana rota de la escalera. Abajo en la calle había tres cuerpos ardiendo alrededor del camión que los trajo. Siete. ¿Dónde estaba el octavo?

Vio el rastro que bajaba la escalera, solo tuvo que seguirlo. Sí, allí estaba. Sonrió al ver la cara del miliciano que estaba en la puerta del Europa. Las llamas le habían devorado las piernas casi hasta la cintura. Se apoyaba en la pared con la cara llena de dolor. Fernando bajó despacio para verter el agua que le quedaba sobre el cuerpo de ese desgraciado.

—Hola, alelado —le dijo poniéndose de cuclillas frente a él.

—¿Qué has hecho, hijoputa? —le preguntó el hombre con la

agonía del dolor agudo.

—Cállate, alelado —le respondió con indiferencia mientras le quitaba la cartuchera de cuero donde un imponente revolver M1917 colgaba de su cintura. También le arrebató la navaja, que abrió para ver el filo. Perfecta—. Navaja portuguesa como las que usan los hojalateros en Carabanchel.

—No sabes en la mierda que te has metido, chaval —dijo el paleto aún con la idea de que tenía las de ganar.

—Anda que tú —respondió el chico sonriendo ante sus piernas quemadas.

—Ya deben de estar en camino los bomberos y cuando lleguen… —Era un hilo de voz llena de odio.

—Lo sé. —Fernando movió la navaja acercándola a la cara del miliciano—. A ver, te voy a hacer una pregunta y me la vas a responder. Si no lo haces, te sacaré un ojo, y te la volveré a hacer para sacarte el otro ojo si sigues sin contestarme.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre simulando desafío. El muchacho no se parecía en nada al atontado tartaja que había visto por la mañana.

—¿Dónde están los cadáveres de mis padres?

—Fernando no cambió la expresión mientras apoyaba la punta de la navaja a unos centímetros del ojo del miliciano.

—No lo sé. —La presión de la punta lo asustó aún más—. De verdad que no lo sé, chaval. El cuerpo de tu padre…

—De usted —dijo secamente el muchacho y añadió ante la enigmática cara de su víctima—. Que me trates de usted.

—El cuerpo de su padre —respondió cada vez más sumiso aquel hombre que llevaba tres meses matando a «fascistas» desarmados en Madrid mientras los soldaditos tontos se las veían con el ejército de Franco— salió del interrogatorio muy machacado, casi muerto. No se le fusiló para no malgastar balas, pero murió al rato en el mismo camión de cadáveres que se llevó a enterrar o a tirar por ahí. No sé dónde está —casi lloriqueó—. El de su señora madre no sé dónde está. Sandoval y los demás se divirtieron con ella y después le dispararon. Son unos animales, señorito. —Fernando apretó la navaja contra la mejilla hasta que las gotas de una sangre roja surgieron en la cara gimoteante—. ¡Yo no fui, señorito! ¡Se lo juro por mis muertos! ¡No me mate! ¡Tengo mujer y cuatro hijos en

Inocencia del Río! ¡Por favor, señorito, yo le ayudaré a ajustar las cuentas con Sandoval y los demás! ¡Por favor!

—Por supuesto que lo harás —dijo Fernando Ramírez de Viedma separando la navaja del rostro para guardarla en el bolsillo de la chaqueta. Se puso de pie mientras colocaba la pistolera a modo de cinturón. El revólver era pesado y abultaba mucho, pero el chico no pensaba deshacerse de él hasta que consiguiera otro más pequeño. Miró al miliciano, que tenía el terror escrito en la cara—. ¿Cómo te llamas, alelado?

—Pablo Capilla Gurrión, para servirle a usted.

—Pues Pablo Capilla Gurrión —dijo con una altivez despectiva hasta hacerla hiriente—. Pablito el de Inocencia del Río, Guadalajara. Vas a hacer una cosa. —No esperó a que el matón de la
CNT
asintiera servil—. Cuando veas a Sandoval y a los otros dos, les vas a decir que los voy a matar. Diles solo eso.

—Sí, señorito, yo se lo digo.

—Toma, gañán. —Le dio a beber los restos de agua que quedaban en el cubo.

—Gracias, señorito.

Fernando volvió a entrar en el piso, atravesó el largo pasillo, no se paró, no recogió nada, ya tenía lo que necesitaba, el dinero que estaba en la casa y las armas del miliciano. Volvió a subir al tejado. Oía los motores, la campana de los bomberos, la sirena de la Guardia de Asalto, el vocerío de las milicias acercándose fusil en mano. No tardarían en encontrar al paleto. Corrió por los tejados, saltando cuando la distancia no era larga. Caminó como un funambulista sobre los hilos del teléfono cuando era posible, trepó por canalones para ganar altura y seguir su marcha. No descendió hasta estar a cuatro kilómetros de su casa. Abrió una alcantarilla para entrar en ella. «Ese don que tienes te llevará a la luz o a la oscuridad». Recordó las palabras que le había dicho su abuelo durante un día de caza en Salamanca. Cerró la tapa tras él y desapareció.

II. Ese sonido extraño

Tenerife, abril de 1955

Damián llevaba una hora oyendo ese sonido extraño contra las rocas. No era un golpe violento, pero sí lo suficientemente persistente como para meterse en su cabeza y despertar su curiosidad. En el silencio de la noche, los habitantes de un pueblo de pescadores en el sur de Tenerife, donde no llegaba la luz eléctrica y al que era más fácil llegar por mar que por tierra, se preguntaban de dónde vendría aquel ruido.

—Tiene que ser detrás del Pris —le dijo a Venancio, otro de sus vecinos que escuchaba el mismo ruido desde la puerta de su casa—. O, si no es ahí, tiene que ser más cerca.

—Es como un madero chocando contra las piedras —comentó Venancio con un Record Verde encendido entre los labios—. Igual es en Diego Hernández.

—Imposible —negó Damián con la cabeza acariciándose el bigote—. Eso está más cerca y es más grande. Es un barco.

—Alguno de la Caleta que no lo amarró bien o se le soltó la boya.

—O de Los Cristianos y llegó hasta aquí —añadió el viejo Manuel, que se unía a la conversación desde el interior de su casa con la pipa soltando humo como una chimenea.

—Pues yo voy a ver —dijo decidido Damián.

—¡Que está empezando a lloviznar! —le advirtió el viejo.

—Cuatro gotas —respondió con indiferencia mientras salía camino de aquel ruido que tenía que salir de detrás el risco que formaba la pequeña playa donde se encajaba el caserío.

La lluvia le cogió mientras subía por el pequeño camino que bordeaba la playa. Al ascender notó que alguien lo seguía. Miró hacia atrás. Era Marquitos, su hijo pequeño, diez años, flaco,

moreno de tanto sol, pelo encrespado de tanto salitre, que se le humedecía con el agua de la lluvia.

—¡Vuelve para la casa! —le gritó, pero el niño no hizo caso y se quedó quieto—. ¡Pues haz lo que te dé la gana!

Ambos ascendieron hasta la zona de las casas de la compañía tomatera que era la dueña de todos los alrededores. La oscuridad lo llenaba todo. Damián siguió el ruido de los golpes, no necesitaba luz para un camino que conocía desde que había nacido allí hacía cuarenta y tres años. Marquitos tampoco necesitaba nada para saber dónde estaba cada piedra, cada aulaga, cada tabaiba y dónde empezaba el nuevo risco.

Un relámpago iluminó en la lejanía. Damián calculó que la tormenta estaba en la Gomera, justo frente a ellos. El trueno sonó lejano y tardío. La luz iluminó la pequeña cala de rocas resbaladizas. Padre e hijo vieron en la oscuridad un velero con el mástil roto que, encallado, se golpeaba en las rocas haciendo cada vez más grande el agujero en el casco.

—Espérate aquí. —Dio una orden que su hijo no pensaba cumplir y bajó con cuidado por las piedras llenas de algas y musgo.

El barco estaba casi fuera del agua por la parte delantera mientras que la trasera se hundía cada vez más. Damián puso el pie en la cubierta, la proa estaba firme, el barco no se iría a ningún sitio hasta que se partiera. El pescador caminó hasta la puerta abierta que descendía al interior. «Esto es un yate de los de lujo», dijo para sí cuando encendió el candil de aceite que llevaba atado en el cinturón.

Maderas nobles, pasamanos de bronce, lámparas de latón, luz eléctrica… Siguió caminando hacia la oscuridad, iluminado solo por el círculo difuso de la mecha bañada en aceite. No era solo mera curiosidad, allí tenía que haber algo de valor que podría afanar antes de que se hundiera o que llegara la Guardia Civil. Unas cucharas en el suelo brillaban como la plata, pero al acercarse a cogerlas los vio. Aquello tenía que ser un comedor: una gran mesa, barra americana con taburetes, radio empotrada en la pared, moderno plafón en el techo y seis cadáveres sentados en las sillas atornilladas al suelo como en una especie de macabro almuerzo.

—¡Madre de Dios! —exclamó Damián con un respingo que lo llevó a persignarse compulsivamente. Los cadáveres movían las

cabezas echándolas para delante o para atrás según el vaivén del agua. Tenían un agujero en la frente y olían a descomposición—. ¡Esto es obra del Diablo!

Se le quitaron las ganas de hurtar nada. Se dio la vuelta para salir de allí lo más rápido posible. Solo pudo dar unos pasos. Frente a él estaba Marquitos, que lo miraba sorprendido.

—¡Qué haces aquí! ¡Me cago hasta en diez! —exclamó llevándose la mano al pecho—. ¡Tira para fuera! ¡Coño!

Le dio un coscorrón con la mano abierta y salió del barco a la carrera.

—¡Todo lleno de muertos! —gritó mientras regresaba al pueblito donde lo esperaban sus treinta vecinos.

Todos se reunieron en la cueva de la playa donde reparaban las barcas. La lluvia era cada vez más fuerte, idónea para escuchar la aventura de Damián en el barco abandonado.

—Es el que dicen en el parte que llevaban tres semanas buscando —apuntó Anselmo el de la cantina.

—Tiene que ser el de la hija del ministro —añadió Manuel con cara de nerviosismo.

—Ministro no, general —corrigió Anselmo que para eso era el único que tenía una radio.

Decidieron que había que subir a Adeje para avisar en el cuartelillo. Damián y Venancio, con muchas dudas al principio, acabaron ofreciéndose voluntarios. Eulalio les prestó dos burros de la Compañía para que los ocho kilómetros de pista de tierra, pedregales y más riscos se les hicieran más cortos.

Y allá que se fueron, en plena noche, con una lluvia que parecía no parar. Montados en unos burros reacios al trote, mientras Damián maldecía su curiosidad con un «chiquita necesidad tenía yo de ir a mirar nada», Venancio sonreía burlón sabiendo que su vecino había ido a mariscar en lo ajeno y ahora estaba camino del cuartelillo a contarles lo de los muertos a los guardias.

Estos dieron parte a Santa Cruz. Por la mañana llegaba un barco de Costas del que descendieron en chalupa guardias civiles y policías llegados de la capital, e incluidos los nunca vistos por la zona, periodistas que con sus modernas Leicas y Kodak retrataron con todo detalle el interior del yate. De él se sacaron una docena de cadáveres, entre tripulación y amigos de Pipi Grimón de las Navas,

incluso su novio, el joven Eduardito, heredero primogénito de Poncio Covarrubias y Peraza, poderoso marqués de la Vega, dueño de un tercio del municipio de San Cristóbal de la Laguna y de otro tercio de su vecino Tacoronte. Ambas familias, los Grimón y los Peraza, no eran simples vestigios en piedra de escudos nobiliarios, aunque muchos lugares en la isla los tuvieran sobre fachadas blasonadas. Nada pasaría desapercibido de todo aquello. El barco había estado desaparecido desde que saliera para pasar una tarde en el mar en un caluroso domingo. No volvió.

El Caso publicó las fotos en la portada, con el titular «La hija del general Grimón no aparece entre los muertos del Sabina. Desaparecida, ahogada. Sigue la búsqueda». En el reportaje de cuatro páginas del interior añadían: «Todos muertos en el yate con señales de punzón en la cabeza. ¿Ha vuelto el Punzón o es un imitador? El asesino que durante años sembró de cadáveres nuestra geografía parece reaparecer después de que fuera liberado por milicias comunistas de la cárcel de Barcelona en febrero de 1939. Las autoridades no se pronuncian sobre si se trata del mismo Alberto Rodríguez el *Punzón* o un imitador».

La noticia fue la comidilla en todo el país durante abril de 1955, al menos hasta que la Semana Santa hizo perder el interés por los asesinatos del Sabina, el Punzón y la desaparición de la hija del general.

III. La puerta abierta

El Aaiún, 26 de noviembre de 1957

Juan Maderal salía del cine canturreando el estribillo de *El Relicario*. Era la tercera vez que veía *El último cuplé*. No es que le gustaran ese tipo de películas, era más de las del oeste como *Veracruz*, esa sí que era buena, y también salía Sara Montiel, que era un monumento de mujer. Pero allí había tres cines, mucho tiempo libre y se veía la que echaban, fuera la que fuese.

Rozaban las ocho cuando salió a la calle. Hacía frío, unos veinte grados menos que por el día. Maderal era de Erandio y, a sus veintisiete años, los doce grados no le hacían ni abrocharse la camisa. Vamos, la hostia, que era de Bilbao o casi. Sonrió recordando a su abuelo. Miró el reloj en su muñeca. Las ocho menos cuarto, justo cuando las letras fluorescentes del cine La Nacional se apagaban y el acomodador comenzaba a cerrar las puertas. En teoría, había una sesión más, pero la ciudad llevaba viviendo enclaustrada bajo el mismo terror que al norte sufría Sidi Ifni.

Maderal caminó rumbo al cuartel. La Decimotercera Bandera de la Legión llevaba poco en la ciudad. Llegaron en octubre y llenaron la ciudad de soldados para evitar otro nuevo Annual. La noche era oscura, la luz eléctrica iluminaba con una luz amarillenta que se mezclaba con los fluorescentes de los negocios y las ventanas de las casas. Apenas había civiles en la calle.

Vio cómo Santiago cerraba la bodega, una ventana rectangular con una barra donde se despachaba tinto, anís, coñac, café y chicharrones. Se acercó a ver si había tiempo de tomar un chato antes de que cerrara. Pero no, Santiago lo miró con brusquedad y le espetó un «venga, que me voy para mi casa». Todo el mundo vivía las noches como una pesadilla, temiendo el sonido de los morteros

al caer, o peor aún, una incursión con tiroteos por las calles, algo nada raro antes de que El Aaiún se llenara de legionarios, tiradores del Ifni y soldadesca a la que le había tocado hacer la mili en mitad de esa guerra no declarada. Se encogió de hombros, más como fastidio por tener que volver al cuartel cuando todavía le quedaba un rato de permiso que por no beber el vino de perra gorda que despachaba el gallego en vasos a medio fregar. Así que tocaba regresar antes de tiempo.

Por el camino se cruzó con varios *jeeps* haciendo rondas por las calles con reclutas nerviosos, una patrulla de guardias de la gabardina que lo miraron casi cuadrándose. Aquellos civiles con armas de su propiedad, muchos naranjeros o máuser tan veteranos de la guerra como ellos, vecinos que vigilaban por tandas su ciudad, muy efectivos, por la cuenta que les convenía. De repente, sonrió. La Nacional tenía la puerta abierta con luz encendida. Apretó el paso.

Las ventanas las tenía cerradas, pero la puerta no, al menos una de ellas. El letrero luminoso de Salón La Nacional estaba apagado y con pinta de cerrado. Pero Maderal se acercó a la única puerta abierta. Había luz, así que habría gente. Era un sitio con categoría, un salón grande con un escenario para actuaciones de cantantes o variedades, mesas redondas para tomar copas o jugar a las cartas, hasta bingo los domingos por la tarde, bebidas de calidad con tantas marcas como las de los bares de lujo en Madrid, café, vino del bueno y tres cocineros preparando platos de menú o de la carta.

—¿Hay alguien? —preguntó el legionario alzando la voz desde la puerta.

Le extrañó porque había visto a la dueña en el cine, que también era de su propiedad. Si estaba en el cine, era raro que tuviera el salón abierto. También era propietaria de la fonda. Algo sorprendente para una mujer de la que unos decían que era viuda, otros que su marido era un rojo huido, otros que su marido le había dado la patada, que si fue amante de Serrano y tuvo que huir, que si había sido prostituta de lujo en Madrid… Cada uno contaba una historia.

—¿Hay alguien? —repitió.

Llegó a la barra. Luz encendida, pero todo cerrado en el gran salón y las escaleras que subían hacia el segundo piso, donde se

podían ver las puertas igual de cerradas. Miró hacia la derecha pasando los baños y el pasillo donde estaban los reservados en los que se organizaban reuniones privadas. Se oía a Lucho Gatica cantando *Amor mío* desde una radio. Sonaba distante. A volumen bajo, daba un ambiente enigmático, ni voces, ni ruidos de comer, así que Maderal cruzó el pasillo en dirección a la única puerta que estaba abierta, y allí los vio.

—¡Santa María Madre de Dios!

Sus ojos se pusieron como platos, con los rasgos todavía juveniles de un rostro ancho, de pómulos altos, frente amplia, limpia y barbilla de mentón pronunciado. Su boca se abrió por la sorpresa y se cerró por el horror de lo que contemplaba. Ya tenía experiencia en combate, se había batido el cobre hacía unos días con los moros del Ejército de Liberación y había visto morir a compañeros en la Saguía, pero esto era diferente.

Retrocedió para volver tras la barra con paso acelerado. Con el pulso tranquilo, localizó el teléfono del negocio. Descolgó la baquelita y esperó el tono, que se le hizo eterno. Un chasquido y la voz de una mujer mayor.

—Centralita de El Aaiún —dijo la operadora a seis calles de allí.

—Señora, póngame con el cuartelillo de la Guardia Civil.

—A ver si lo cogen porque los acabo de ver haciendo la ronda —respondió la mujer, malhumorada. Nada le molestaba más que los que esperaban a que empezara la radionovela para ponerse a llamar por teléfono.

—Es urgente, señora.

—Ya va.

Se oyó otro chasquido y el tono comenzó a sonar. Maderal miraba el bonito reloj en el salón de La Nacional. Ya no llegaba al cuartel. Castromonte le iba a meter un paquete, estaba de guardia en la entrada, no se le escaparía nada. Su vista recorrió la decena de marcas de coñac. Negó para sí mismo, pensando en «todo este lío por un *sol y sombra*».

—Guardia Civil de El Aaiún —dijo la voz de uno de los guardias al descolgar.

IV. Una historia rocambolesca

Madrid, 29 de noviembre de 1957

Fernando Ramírez de Viedma esperaba bajo el número veintitrés de la calle Sagasta. Enjuto, delgado, pelo negro peinado hacia atrás, piel pálida, bigote fino como estaba de moda ese año, uniforme de infantería con galones de teniente, gorra de plato y abrigo reglamentario. Todo sacado del armario del tercero izquierda del edificio donde guardaba decenas de mentiras que formaban las personalidades falsas que habían creado su vida. O igual las había creado él. A veces dudaba que existiera una personalidad verdadera que pudiera llamar falsas a las demás.

A las nueve de la mañana, mientras esperaba para que vinieran a recogerle, no pensaba enredarse en los laberintos mentales que le llenaban la cabeza, eso quedaba para las noches cuando el sueño se esfumaba y todos los fantasmas aparecían arrastrando sus pesadas cadenas para recordar cuentas pendientes, dando igual si estaban saldadas hacía décadas. Ellos aparecían para convertir la noche en un lugar siniestro del pasado al que nunca debió ir, o peor aún, que nunca debió crear. Todos aquellos fantasmas estaban allí porque él los había creado. Encendió un Lucky Strike. No tocaba pensar, solo esperar a que vinieran a buscarlo.

Un grupo de niños pasó a la carrera, llegarían tarde al colegio. Un camión paró junto a una pastelería y empezaron a bajar los sacos de harina y azúcar uno a uno en una carretilla que los entraba bajo la fiscalizadora mirada del propietario de la tienda. Un grupo de beatas, misal, escapulario, mantilla y rosario en mano se encaminaba a misa de nueve. Un guardia urbano lo miró respetuoso y le hizo el saludo militar, que Fernando Ramírez de Viedma correspondió ofreciéndole un cigarrillo. El cincuentón y rechoncho guardia aceptó encantado, dejó su ronda por las calles para hablar

con ese misterioso teniente de Infantería que esperaba en esa calle de clase alta.

La cháchara sobre la guerra, sobre lo mucho que había cambiado la ciudad, el país, el mundo desde entonces. Fernando mintió, no estuvo en ninguno de los frentes que le dijo al guardia, ni siquiera había servido en Infantería. Pero apuntó mentalmente todo lo que le decía ese hombre, todas las anécdotas, los nombres de oficiales, los pueblos, las unidades de los rojos… Todo podría servirle para contarlo como propio si algún día se terciaba. Las colocaba en esa sección del cerebro que llamaba recursos para contar en caso de necesidad. Buen nombre para una sección.

Mientras el guardia hablaba y él escuchaba, recordó cuando los asesores soviéticos vivían en esa misma calle. Tenían sus pisos donde mantenían a sus queridas. Algunos solo aparecían al volver de sus viajes por el frente y otros sí estaban permanentemente en Madrid, controlando la guerra desde los salones donde aún colgaban los retratos de los dueños de las casas, muchos de ellos fusilados en los primeros días del gigantesco «paseo» que fue el 36. Recordaba a todos esos rusos, con sus guardaespaldas, cómo bloqueaban toda la calle, los puestos de control del
PC
, la amenaza de los anarquistas… El caos violento donde se mezclaban el hampa y la política. Fernando lo sabía bien porque estuvo en todos los bandos, llevó todas las insignias y lució todas las siglas.

Cuando un Seat 1400 negro con una bandera sobre el guardabarros paró junto a ellos, el soldado que conducía no hizo ademán de bajarse, así que Manolo, el guardia, con cara de «esta juventud», se acercó para abrir la puerta. Fernando le saludó, mano en la visera de la gorra de plato, el otro correspondió al saludo y dio un taconazo antes de cerrar la puerta tras él.

—Lo siento, mi teniente —se disculpó el atribulado chófer, un joven soldado con acento extremeño—. Tenía que recoger a un civil en esta dirección. Creo que…

—¿Tenía que recoger a Fernando Ramírez de Viedma para llevarlo al palacio de Villamejor, Castellana, número 3? —Fernando hizo la pregunta que tenía mucho de retórica.

—Sí, mi teniente —respondió el muchacho, confuso.

—Pues aquí me tiene.

—Disculpe, mi teniente.

Hubiera ido andando, pero de eso nada, no pensaba entrar a pie en la sede del gobierno preguntando en la garita como si fuera el repartidor de turno. Los seis minutos de trayecto se transformaron en quince por un trolebús que hizo todas las paradas posibles, recogiendo a estudiantes que llevaría a la universidad, o vaya usted a saber por qué tanta gente necesitaba subirse a aquel enorme armatoste con un letrero de Cinzano en cada lateral y otro de «Mudanzas Ordoñez, las más rápidas de Madrid» en la trasera.

La Castellana hervía de actividad. Las bocas del metro vomitaban columnas de personas, gabardinas, sombreros, abrigos para las señoras. Hacía frío, no había nevado todavía, pero todo indicaba que estaba a punto de caer una nevada que dejaría la ciudad blanca. Cada día había más coches. Los guardias urbanos trabajaban a destajo, silbatos, señales con sus brazos de «pare, siga, carril libre, usted quieto, que tiene un duro de multa». El palacio de Villamejor estaba próximo, con sus líneas sobrias, rectangulares, su fachada mitad ladrillo mitad piedra, las balaustradas, las ventanas rectangulares… Ya no era palacio, sino la sede del Gobierno desde hacía mucho.

La verja de hierro forjado se abrió cuando el chófer enseñó las credenciales. Fernando se bajó en el interior del aparcamiento y el Seat se marchó en el mismo momento, allí no se podía estacionar. Dos guardias civiles en abrigo reglamentario y tricornio lo miraron con indiferencia.

Por la escalera de la suntuosa entrada bajó Oswaldo San Demetrio Pla, abrigo con galones de coronel, gorra de plato con las tres estrellas y el águila de San Juan. A sus cincuenta y ocho años, el coronel San Demetrio, veterano de tres guerras, ya no se sorprendía de nada, aun así, meneó la cabeza al ver a su subordinado vestido así.

—¿Qué demonios haces con ese uniforme? —le preguntó con el mismo tono de impaciencia que un padre al hijo que se ha puesto una camisa manchada justo antes de ir al colegio.

—Su excelencia es militar —respondió Fernando subiendo los escalones mientras se encogía de hombros—. Supuse que le gustaría tratar con otro militar.

—Tú qué vas a ser militar —le cortó San Demetrio mientras se paraba para esperarlo a mitad de la escalera y volver a subir con él —. No tienes que suponer tanto. Carrero espera a un civil.

—Ahora seguro que le agradará la sorpresa.

—Le agradará mis cojones —dijo el coronel moviendo el bigote como si fuera una hoja de sierra. Un trueno sonó en la lejanía—. No sabes cómo es el almirante con las sorpresas y los cambios de planes.

—Pues si no tiene usted un traje a mano…

—Un traje a mano… un traje a mano… —El coronel puso retintín de pérdida de paciencia—. Venga, que acabamos llegando tarde.

En el interior del palacio de Villamejor la calefacción funcionaba al máximo. Un ordenanza pulcramente vestido con su uniforme de funcionario se acercó a recoger los abrigos para la consigna. La sede del Gobierno desde que Alfonso XIII lo compró a Carlos de Borbón en el 14 era un palacio lleno de largos pasillos lujosos, muebles exquisitos traídos de otros palacetes, tapices, sedas y frescos desde el suelo hasta sus altos techos con arañas de cristal. Otro ordenanza, más veterano, con tres galones en la manga, pelo cano y aire militar, los llevó hasta el salón que precedía al despacho del ministro de la Presidencia. Una sucesión de altos funcionarios en sus despachos, bedeles, conserjes, secretarias, administrativos se movían como un disciplinado ejército de hacendosas hormigas en el sobrecargado edificio.

Una secretaria en una mesa con dos teléfonos revisó una agenda. La mujer, de unos cuarenta años y pelo recogido en un discreto peinado, pulsó una tecla en un interfono que se iluminó sin dar respuesta. Se levantó para desaparecer por la puerta que separaba la sala de espera del despacho del segundo hombre más poderoso de España.

San Demetrio y Fernando quedaron allí de pie, observando la lujosa lámpara de cristal que pendía del techo. «Vuelvo enseguida», les había dicho antes de irse.

—¿Ya habías estado aquí? —le preguntó el coronel hablando bajo.

—Unas cuantas veces en el 37 —respondió mientras recordaba los seis meses que fue chico de los mandados durante el gobierno de

Negrín, y cómo tuvo que huir por aquellos pasillos cuando supo que lo habían descubierto. La ventana por la que saltó daba a la trasera. No supo si ahora, con tantas reformas, sería capaz de encontrarla.

—Épocas de vivir al límite —aseveró su superior.

—Como todas.

La puerta se abrió para dejar salir a la secretaria que, con un discreto «pasen, por favor, su Excelencia los está esperando», les indicó el despacho.

La ventana rectangular alta y al fondo tras la mesa, flanqueada por dos cuadros sobre sendas chimeneas, escudo nacional a la izquierda y retrato de Franco de cuerpo casi entero, vestido de capitán general, una bandera con mástil terminado en punta dorada, marcos de fotos familiares, mesa amplia de madera barnizada con elementos propios de un escritorio de lujo, más decorativos que de uso diario.

Sentado en la silla palaciega de ese despacho palaciego con dos arañas de cristal en el techo, sillones forrados en seda y lujo de otra época, estaba el ministro de la Presidencia, Luis Carrero Blanco, almirante de la Armada, que no ejercía desde que sus consejos en materia de política y estrategia tanto internacional como nacional lo llevaron al Olimpo de El Pardo y lo habían convertido en una especie de titán, de nuevo Prometeo, de Conde Duque de Olivares para un césar cuyos hombros estaban demasiado cargados con la vigilancia de Occidente.

—Siéntense —dijo sin alzar los ojos de una carpeta que tenía abierta sobre la mesa.

San Demetrio había estado muchas veces en ese despacho, aun así, no era del círculo interno del ministro. Le llegaba tarjeta y cesta en Navidad, pero nada más. Para Fernando era la primera vez, a pesar de que la mayoría de los trabajos que había hecho durante los últimos veinte años, por no decir todos, habían salido de un despacho ocupado por ese hombre.

—Gracias —respondieron al unísono mientras tomaban asiento en sillas hechas por un ebanista hacía ya más de un siglo.

Carrero Blanco los miró. Su vista se clavó en Fernando y mostró su extrañeza. Tenía traje gris claro, gafas, pelo negro con entradas de una calva incipiente, rostro redondo, enérgico y acostumbrado a mandar.

—Creía que era un civil —dijo mirando al coronel, que puso expresión de «yo qué quiere que le diga».

—Y es un civil, pero también es militar en la reserva. Hablaban de Fernando como si no estuviera delante.

—No tengo en su ficha que hubiera obtenido el grado de teniente —señaló el ministro mirando la carpeta que leía cuando entraron.

—Lo fue de forma provisional en enero y febrero durante el asunto Juan Bautista Sánchez y la Ruiseñada. —El coronel hizo una pausa como para disculparse por recordar el asunto.

—Su Excelencia —dijo Fernando Ramírez simulando nerviosismo—, disculpe, debí haber vestido de civil…

—Es igual. ¿Es usted de los Viedma de León? —le interrumpió Carrero.

—Mi bisabuela materna era canaria, pero no sé si emparentaba con su familia leonesa —mintió, claro que lo sabía.

—Veo que su expediente de misiones cumplidas es gigantesco. —Pasaba papeles de un dosier que era la historia de su vida—. Hay noticias suyas desde que era casi un niño en la guerra —Fernando no respondió, sabía muy bien el peligro que se corría al responder a la gente que tenía poder de verdad—. ¿Sabe que nadie me ha hablado bien de usted? —le espetó Carrero, cerrando la carpeta. Sin duda no había respuesta para aquella pregunta. Continuó—. Pero nadie. Ni el ejército, ni los falangistas, ni los monárquicos, y los carlistas, esos menos que nadie… Creo que lo odia a usted todo el mundo.

—No sé qué decir —respondió Viedma sabiendo que no tenía que decir nada.

—Bueno, faltaría a la verdad si no dijera que los únicos que me han hablado bien de usted son unos cuantos mandos de la DGS, dos o tres del Negociado de Interior, de la Tercera Sección y los americanos de la CIA. Al menos, ese tal Ezequiel Ramírez es todo un admirador suyo —dijo elevando las cejas con una mezcla de hartazgo e incredulidad—. De hecho, creo que sus logros, que no diré que sean pocos, a veces hasta excesivos, le han granjeado un número tal de enemistades que solo su objetiva eficacia para salir triunfante de los encargos le permite seguir siendo un activo de este

gobierno. En fin… —Sin duda un chorreo en toda regla, pensaron San Demetrio y Viedma— no sé si el coronel le habrá explicado lo que se espera de usted.

—No, su Excelencia, aún no había tratado nada hasta no hablar primero con usted —dijo San Demetrio como si se tratara de una respuesta ensayada.

Carrero habló con seriedad y sin mirar a ninguno de los dos.

—Bien, como tantas ocasiones, el resultado de esta misión es trascendental para nuestra patria. No solo por la necesidad de cumplir a la perfección todas las órdenes a las que, como servidores de España, nos obliga el deber, y en este caso más si cabe, ya que hoy más que nunca la situación internacional puede encumbrarnos hacia los objetivos logrados en estos últimos años o, en el caso de fracasar, encontrarnos en una guerra de resultado largo e incierto, donde se perderá todo lo avanzado en los últimos cinco años, sea cual sea el resultado en el glorioso campo de batalla. Sin ningún atisbo de dudas los comunistas son los que están provocando esta situación y, de producirse, los únicos vencedores a nivel internacional, aunque sean derrotados militarmente. Si somos conscientes de esto, tendremos las ideas claras y el objetivo aparecerá diáfano en nuestro horizonte.

Terminó con un largo asentimiento mirando a San Demetrio, que sabía que le tocaba el turno de hablar. Carrero solo escucharía, simularía estar absorto en sus pensamientos, pero seguiría cada palabra del coronel.

—¿Está usted al tanto del secuestro hace dos años de la hija del general Grimón? —preguntó San Demetrio mirando a Viedma.

—Sí, la muchacha secuestrada en el velero en Tenerife que sigue sin aparecer. Una fatalidad —respondió Viedma con un toque de confusión. A qué le venían a él ahora con esto.

—Pues… —se quedó callado cuando Carrero hizo un gesto.

—Bueno, ahora los dejo para que el coronel le informe. —San Demetrio asintió—. Como le dije, necesitamos que usted vaya a la zona y averigüe lo que está pasando. —Un rayo iluminó violentamente la ventana y el trueno no tardó en retumbar con pavorosa gravedad. La tormenta estaba allí. El almirante miró a Viedma con el sincretismo de un misionero predicando en el Amazonas—. Marruecos no va a desaparecer, ni se va a esfumar

como por arte de magia. Una guerra abierta contra el gobierno del sultán sería una insensatez, un gravísimo error para nuestro gobierno. La filtración comunista en el norte de África no va a provocar dicha guerra entre dos naciones aliadas. Mohamed V es el principal garante de la estabilidad en los territorios españoles en África Occidental. Su Excelencia el Jefe de Estado lo tiene en alta estima y las conversaciones entre ambos dignatarios muestran que Marruecos no tiene que ver con los revoltosos que atacan nuestros territorios.

Carrero hizo una pausa para mirar a ambos y se levantó dando la reunión por terminada. Apretones de mano y, justo antes de retirarse, un misterioso «solo quiero saber la verdad y que usted me la cuente».

Asentimientos antes de abandonar el despacho.

—¿Y para esto era necesario ver a su Excelencia? —preguntó Fernando mientras se sentaba frente a San Demetrio en la acogedora sala del Embassy.

El café estaba de bote en bote y más con la lluvia convirtiéndose en aguanieve. Manteles de tela blanca, sillas de madera lacada, amplias ventanas rectangulares. Fernando Ramírez de Viedma era un cliente habitual, pero nunca había venido vestido de uniforme y le sorprendía que los camareros no lo reconocieran.

—Café y torrijas —pidió San Demetrio al camarero sin dejarlo hablar—. El almirante quería conocerte.

—¿A mí?

—A ti —asintió colocándose la servilleta sobre el regazo—. Lleva años leyendo tu nombre en dosieres e informes. Querría ponerle cara a ese agente que aparece en tantos fregados.

—Lo que no me acaba de convencer es el asunto.

—¿Qué asunto?

Guardaron silencio mientras el camarero traía dos cafés con leche, cuatro torrijas repartidas en sendos platos y un azucarero tipo americano que dejó en el centro.

—Esto del secuestro y demás… —Fernando observa al coronel revolver el café—. No sé si ese trabajo policial es el adecuado para mí.

—¡Anda! —dijo San Demetrio burlón—. ¡Un miembro de la Dirección General de Seguridad diciendo que un trabajo de policía

no es para él! ¡Vivir para ver!

—Pues tendré que leer el manual de detective por correspondencia —contestó Fernando llevándose la torrija a la boca.

—En el Ifni hay una guerra abierta y total desde el miércoles pasado. —Viedma se asombra—. Sí, mastica, que te vas a atragantar. El 23 todas las comunicaciones telefónicas fueron cortadas en un acto de sabotaje combinado con una invasión desde Marruecos de un auténtico ejército bien armado y pertrechado, que superó en número a los nuestros. A día de hoy, solo la capital está en nuestras manos y el Sáhara es el campo de entrenamiento de esas milicias.

—Sin duda, esto no lo cuentan en el *Arriba* —comentó Fernando volviendo a morder la dulce torrija.

—Ni en el *Arriba*, ni en
ABC
ni en ningún sitio. —El coronel bebió un generoso sorbo de café—. Se está silenciando todo lo posible para evitar las repercusiones internacionales. Hacen falta los votos de los árabes en el tema de la
ONU
, además de los acuerdos con los americanos. Todo como los platos chinos del equilibrista del circo Price y de repente empieza este fregado —metió una torrija en la taza—, así que sin lugar a duda es un trabajo hecho a tu medida.

—Sí, llamaré a César Ranz para ver si me lo hace al corte saharaui.

—¿Te acuerdas del Punzón?

—¿De Alberto Rodríguez el Punzón? —puso cara de «¿Y eso ahora?»—. ¿El célebre asesino que clavaba un picahielos en las cabezas de sus víctimas?

—Sí, el mismo. —El coronel apuró el café con leche—. ¿No leíste la prensa cuando apareció el velero ese con los cadáveres o qué?

—Pues… —respondió Viedma alargando la e mientras recordaba aquel abril del 55, cuando estaba infiltrado en una célula comunista en Barcelona. Sonrió al recordar cómo les puso los grilletes a los asesinos de diez campesinos que se negaron a cooperar con el maquis. Ellos siempre pensaron que era otra persona y confiaron.

Confiaron tanto que el
PC
perdió toda su estructura en Cataluña en el mes siguiente— no leía mucha prensa en aquella época.

—Los muertos aparecieron con la misma señal de punzón en la cabeza con la que Alberto Rodríguez liquidaba a sus víctimas.

—¿Un imitador? —preguntó Fernando mientras encendía un Lucky.

—Quién sabe —San Demetrio terminó las torrijas—. El forense no descarta nada.

—¿Pero no estaba muerto?

—Lo último que se sabe de él es que se fugó de la Modelo de Barcelona el 20 de enero del 39 y que el 4 de febrero un pescador catalán lo vio en Marsella, según comunicó días más tarde en el cuartelillo de la Guardia Civil en Cadaqués —San Demetrio apartó el plato para sacar un Ideales y encenderlo con su mechero de gasolina—. No hay referencia oficial de su muerte, o sea, nunca hubo cadáver. La gendarmería en tiempos de Vichy dio un listado de maquis muertos donde aparecía su nombre —exhaló una gruesa nube de humo mientras se encogía de hombros—. O igual era otro Alberto Rodríguez. Lo único cierto es que Antonio Sagardúa se dio prisa en dar por buena la muerte de ese hijo de puta.

—Un poco rocambolesco me suena todo eso.

Un joven camarero se llevó los platos, tazas, cubiertos y servilletas. Demetrio pidió dos Soberano, que fueron servidos en copas panzonas pequeñas. Nada mejor que un coñac para preparar el estómago para el almuerzo.

—¿Rocambolesco qué?

—Esto del Punzón.

—Olvídate del Punzón, que te dispersas —el coñac bajó de un trago—. Mañana a las siete te presentas en Cuatro Vientos. Allí coges el que sale para Cádiz…

—¡Un Junker! —exclamó Fernando con los ojos como platos—. ¿Y por qué no en Barajas con el de Iberia directo?

—Te lo pagas tú —cortó el coronel con sonrisa malévola—. Además, solo va a ser una escala en Cádiz y directo a Tenerife. Allí noche de hotel —chasqueó la lengua— para que no llores y al día siguiente sales para El Aaiún.

—¿Una tarde en Tenerife? —Fernando movía la copa vacía desde hacía rato con parsimonia—. ¿Qué se me ha perdido a mí en Santa Cruz? ¿No será mejor salir con la misma para el Sáhara?

—No tengas tanta prisa. —San Demetrio hizo un gesto para pedir la cuenta al camarero—. Quiero que te reúnas con Pérez de Gallinato para que te ponga al día.

—¿El comisario?

—El mismo.

—Vuelve Punzón. —Fernando puso los ojos en blanco con hartazgo mientras se levantaban para salir de la cafetería—. Esto cada vez lo veo menos para mí, ya le digo, mi coronel, que yo no soy Hércules Poirot.

Salieron al frío de la calle. La nieve lo cubría todo, pero la tormenta había pasado. Un cielo color cemento, el metro volvía a soltar transeúntes por las bocas que daban a la calle, los coches pasaban como si no existiera un mañana y las castañeras soplaban la lumbre.

—A ver, Viedma —dijo el coronel alzando la voz mientras andaban. La Castellana no era precisamente una calle tranquila y el vaho les salía a raudales de la boca—. Escúchame que te cuento la película completa, hasta en tecnicolor —carraspeó y escupió sobre la nieve—. Hace dos meses el general Grimón recibió por correo en su domicilio una nota de secuestro, enviada desde un puesto de El Aaiún. Era una misiva anónima a la que siguió otra con instrucciones para la entrega de una importante cantidad en concepto de rescate. Esta segunda carta se franqueó en un puesto de correos móvil cerca de Sidi Ifni y sí traía firma del Ejército de Liberación. En una tercera carta se estableció como contacto un bufete en Agadir. Comenzaron una serie de negociaciones llevadas con la más absoluta discreción entre elementos enviados por la Dirección General de Seguridad y el Servicio de Información del Estado Mayor. Tres agentes fueron enviados para gestionar todo el proceso del rescate. Se logró concretar una reunión para la entrega del dinero —hizo una pausa, casi como si le costara recordar lo que venía a continuación—. El pasado martes era el día marcado para la entrega, pero algo tuvo que salir mal, porque nuestros agentes y dos de los intermediarios aparecieron asesinados en el mismo lugar donde se iba a producir la entrega. Por supuesto el dinero

desapareció.

—¿El encuentro se realizó en una ciudad? —preguntó Fernando, disimulando la sorpresa.

—Sí, se llevó a cabo en El Aaiún. Era el lugar más seguro del territorio y se descartaba totalmente hacerlo a campo abierto. —Fernando asintió disciplinado. Había oído que las cosas en África estaban complicadas, pero no sabía que estuvieran tan mal—. Como te dije, eso fue este pasado martes, y estamos ciegos. No tenemos a nadie en la zona y los informes que nos llegan de la Guardia Civil en la ciudad son confusos y están llenos de lagunas…

Fernando siguió en silencio. Le pareció el mayor embrollo que había escuchado en su vida.

El Ford del 49 los estaba esperando junto al Bernabéu. San Demetrio había dado instrucciones al joven conductor para que lo recogiera allí. Siempre garantizaba la caminata cuando la reunión era fuera de su despacho en la
DGS
, aunque a veces ni eso. Viedma había gozado de interminables vueltas por la Puerta del Sol mientras el coronel le explicaba los pormenores de misiones vitales para la supervivencia de la patria. Siempre lo eran, al menos hasta que surgía otra y ya nadie se acordaba de la anterior. La patria siempre peligraba.

—Averigüe qué pasó en ese jodido desierto. Pero en realidad esto va más allá de la hija del general, de nuestros hombres asesinados o dónde está el dinero —dijo el coronel mientras se quitaba la gorra de plato para meterse en el coche de un negro pulido hasta el extremo—. Díganos si tenemos que ir a la guerra o no y sobre todo contra quién. Eso es lo que queremos saber. —Cerró la puerta tras de sí, no había que añadir nada más.

El Ford negro con los cromados impolutos se incorporó despacio en aquella calle nevada donde el tráfico crecía como el frío a la par que el cielo se despejaba.

Fernando Ramírez de Viedma cambió el sobre con las órdenes firmadas y el pasaje para Canarias del bolsillo del abrigo al interior de la chaqueta. Nunca se sabía si algún espabilado, un «dedos largos», se atrevería a meter la mano en los bolsillos de un teniente de Infantería. Le gustaba llevar uniforme. Cuando lo vestía se volvía invisible, ya nadie lo veía a él, solo la gorra de plato, las insignias y

los galones. Veía las caras de respeto. Sin duda no sabían que cuando vestía de civil, con la insignia de la policía oculta tras la solapa de la americana como marcaba el reglamento, era peligroso de verdad.

Su jornada laboral había terminado. Miró el reloj en su muñeca, las once y media, nada que hacer. Bajó al metro para comprar tabaco de contrabando a Pili, la novia del Mellado, ambos confidentes que siempre tenían información jugosa sobre los bajos fondos de Madrid. Esta vez fueron un pozo seco, solo algún chisme sobre un viejo rojo llegado de un pueblo que se ocultaba en una ciudadela en Lavapiés, o un taller que se dedicaba por las noches al trucaje de pesas. Poca cosa, al menos para él, aun así, le compró la quincena de cajetillas de Lucky que tenía en el bolso. No tenía mucha idea de cómo estaría el suministro de tabaco en el Sáhara. Pili sonrió contenta, podría irse a casa casi sin pisar el metro y el Mellado estaría contento. Fernando salió del metro con los bolsillos llenos de las cajetillas. Podía haberlos comprado en Tenerife, pero bueno, había que engrasar la maquinaria para que siguiera funcionando.

Vagabundeó por Madrid mirando escaparates. Las nuevas televisiones Philips eran la sensación en los Rhesa. Estaban apagados porque no había emisión, pero cuando echaban algún programa, la calle se ponía de bote en bote de curiosos. Los precios le hicieron sonreír, casi la entrada de un coche para una programación de unas horas por la tarde. Miró los transistores, esos sí que eran útiles, una venta segura. Entró en una exposición de pintura en el Instituto Italiano de Cultura. Un grupo de universitarios seguía a un guía que comentaba los cuadros. Casi por inercia se unió a ellos. Hacía frío. La voz con acento italiano de un hombre de mediana edad explicaba los pormenores de los cuadros, de su elaboración, de los autores. La estrella era uno de Lucía Bosé, que nadie tenía ni idea de que pintara. Allí rodeado de estudiantes, recordó sus años infiltrado en el
SEU
, cómo maniobró para ser más falangista que José Antonio y cómo se lo tragó todo el mundo, tanto que acabó en el grupo de Martínez Eguibar y todo ese asunto del asesinato de Miguel Álvarez que incendió las calles con peleas callejeras. Lo llamaban camarada

mientras elaboraba el informe sobre él para la Dirección General de Seguridad y al mismo tiempo hacía de buen chico gritando vivas a Don Juan en los tercios monárquicos. Tan bien lo hizo que el propio general Aranda le felicitó augurándole un espléndido futuro tras la pronta coronación de Juan III.

La exposición se terminó. Un profesor de la universidad sustituyó al italiano para hacer unas preguntas a los estudiantes que sacaron sus cuadernos para apuntarlas. Fernando salió del grupo, fue al baño. Mientras se lavaba las manos recordó a San Demetrio leyendo el informe en silencio que terminó con un «No sé si esto se llevará a Arrese, pero ya estoy oyendo caer los cascotes de Falange. Ándate con ojo, no te lo perdonarán».

Compró un
ABC
cuando el cielo volvía a cubrirse y entró en la cafetería Nebraska. Pidió un pepito de ternera y rechazó el batido americano que le ofreció la joven camarera. Quiso cerveza. No era un asiduo a los bares americanos, pero amenazaba otra nevada y no quería seguir dando tumbos. La calefacción eléctrica funcionaba bastante bien, el local era moderno, como estar en una película de Kirk Douglas. Una gramola con luces de neón invitaba a poner una canción por tan solo una rubia y un chico joven había pinchado el *Tú me acostumbraste* de la chilena Monna Bell. Leyó todas las noticias sobre el fregado del Ifni, las felicitaciones de Franco por repeler los ataques de las bandas extranjeras llegadas a la zona a armar jaleo, los artículos que hablaban de «la extraordinaria confraternidad y compañerismo con los socios marroquíes» mientras informaban del rotundo desmentido del Gobierno sobre las acusaciones del príncipe Mulay Hasan de que la aviación española había atacado a civiles en Agadir. Se incidía en la amistad entre Franco y Mohamed V, pero también en que las armas incautadas a las bandas de alborotadores eran las mismas que España entregó a Marruecos tras su independencia, sin olvidar en un cuadrito que el embajador de Marruecos había vuelto el día anterior por la noche a Madrid donde lo recibieron autoridades del Ministerio de Exteriores, cosa que no aclaraba mucho.

Siguió con el resto de las noticias. Que si el
INI

, que si Eisenhower se recuperaba de su derrame cerebral, noticias del nuevo gobierno portugués, de los líos de Francia en sus colonias… Todo estaba más claro que lo que pasaba en el Ifni. Pidió un vermú cuando llegó a los deportes. El Real Madrid le había metido seis goles al Antwerp.

—¡Marsal, Kopa, Gento y tres de Rial! —exclamó a su lado un entrometido que pasaba junto a su mesa—. ¡Tres de Rial! ¡Qué tío!

—Y que lo diga —respondió simulando entusiasmo antes de pasar a los anuncios por palabras donde buscaría algún mensaje para él.

Tenía una centena de informantes por todo el país que se ponían en contacto con aquellas secciones de los periódicos. Lo aprendió en su etapa en el maquis, tanto cuando estuvo en las sierras y montañas con las partidas de milicianos llegados desde Francia como cuando intentaban organizarse en Madrid. No había ninguno.

Salió de la cafetería, compró un décimo para Navidad a un chico que blandía una hoja de números terminados en cinco y en siete al grito de «¡los de la suerte de Doña Manolita!», esquivó a un vendedor de corbatas americanas a tres duros, a otro de piedras para mecheros y compró una entrada en el Coliseum para ver a Pablito Calvo y José Isbert con Peter Ustinov de malvado casero en una Nueva York que parecía más castiza que la Cibeles. Lo que fuera menos ir a la soledad de su casa. «Solo a dormir», le decía a Paquita, la asistenta que iba todas las mañanas a limpiar la casa, al menos las pocas habitaciones que no estaban cerradas desde hacía años. Paquita se encargaba de lavar, planchar y hacer la compra con comida que no acabara pudriéndose en sus interminables desapariciones.

Salió del cine rozando las nueve de la noche. La Gran Vía estaba iluminada y viva como siempre. Caminó hasta Tetuán para trasegar unas croquetas de bacalao con vino fino en Casa Labra, que estaba lleno de gente. Unos soldados se cuadraron al verle entrar y lo saludaron marcialmente. Devolvió el saludo. Se iba el viernes, las salas de fiestas se llenarían, pero él no podía ir. Al día siguiente madrugaría, así que no demoró la ida a casa.

El piso estaba frío. Encendió la luz del salón para ir a la cocina, donde había un pequeño caldero con unas judías con carne en la cocina. Paquita debió de haberlas hecho, pensando que en algún

momento del día o de la noche volvería con hambre. Las calentaría en el desayuno, ahora solo quería agua. Encendió la radio del salón para romper el opresivo silencio de la casa. Los resultados de los frontones resonaron como letanías. Se sentó en un sillón orejero junto a la luz clara de una lámpara de pie que estaba junto a él. Allí se durmió y se levantó tiritando horas después. Apagó la radio y fumó un cigarrillo mientras se iba a la cama.

El taxista le dejó en la entrada del aeródromo de Cuatro Vientos cuando rozaban las siete de la mañana. Era noche cerrada, un cielo oscuro sin nubes. No habría cancelación del vuelo ni forma de escaparse de todo eso. Esta vez se había puesto un traje gris marengo con sombrero a juego, camisa blanca, corbata azul oscura, pañuelo y una gabardina color café, con la placa de comisario de policía bajo la solapa. Había cogido una maleta forrada de cuero negro comprada en Galerías Preciados con un traje de repuesto, su uniforme de teniente, mudas para una semana y un revólver Astra 960 con una caja de balas. Un soldado salió de la garita con aire malhumorado para, desde el poste levadizo, espetarle un «santo y seña» que le hizo sonreír.

—Ni santo ni seña —le respondió con aire burlón al soldado de reemplazo que debía de estar loco por que tocaran diana y terminara su guardia. Buscó en el bolsillo de la gabardina el sobre con las órdenes para sacar el pasaje, que mostró al soldado bajo la hiriente luz de la bombilla farolera junto al poste—. Tengo esto para las siete.

—Pues va retrasado —dijo él con hartazgo mientras levantaba la barrera y el cartel de alto colgado en la mitad daba golpecitos— porque aquí no ha llegado nadie.

Viedma invitó al soldado a un cigarrillo, lo cual le endulzó el ánimo. Empezó a llegar el relevo, así como a llenarse de coches el aparcamiento. Dos autobuses militares descargaron al turno de mañana del aeródromo. A los diez minutos estaba funcionando como si fuera mediodía. Entró dentro para identificarse a un sargento que le indicó que tenía que esperar en la pista, que ya le avisarían por el megáfono.

Venía desayunado de casa, así que solo se acercó a la cantina para pedir un café negro y fuerte como un abismo, añadió un coñac para quitar el gusto y compró una novela de Somerset Maugham en

un expositor de libros junto a la máquina del tabaco. Salió a la pista. Estaba húmeda, pero ya no se convertía en un barrizal cuando llovía, ahora la capa de asfalto daba seguridad. Recordó cuando ayudó a escapar a aquel grupo de militares prisioneros en la checa de Fomento. Le encargaron que los llevara a fusilar por la mañana en la Casa de Fieras, los cuatro metidos en una furgoneta Citroën, incautada en una carnicería. Ninguno llegó al paredón. Condujo hasta Cuatro Vientos, donde esperaba con el motor encendido un avión que los sacó sin que nadie sospechara que el piloto quería pasarse a los nacionales. Por ese entonces era el jefe de un grupo de jóvenes milicianos anarquistas que él mismo fundó y creó a finales del 36 con una decena de chavales de su edad. Llegaron a ser más de un centenar y les puso el patético nombre de Hijos del Sol, que tanto gustaba a masones y anarquistas. Durruti lo felicitó en persona y llegaron a nombrarlo hasta en la radio: el camarada Irata, el apellido ficticio que se inventó durante una tarde de creatividad en el metro mientras la aviación bombardeaba Madrid. Nunca sospecharon de él, ni siquiera tras aquello, se tragaron todas sus historias. Hasta Durruti, que se creía tan listo, lo hacía.

Los megáfonos resonaron con un chasquido metálico anunciando que el avión con destino Tenerife saldría en diez minutos. Un grupo de unos quince hombres se puso en marcha, todos militares menos Fernando, que sonrió al ver que no sería un viejo Junker, sino un DC-3 nuevecito, oliendo a su fábrica californiana, una maravilla traída gracias a los acuerdos con los yanquis.

Subieron por la escalera. El interior era idéntico al de un avión de Iberia, salvo que no habría comida ni azafatas y el agua te la servías tú mismo en vasos de cartón. Aun así, hubo aplausos cuando el piloto dijo que no habría escala en Cádiz. El aparato tenía autonomía para llegar a Tenerife de un tirón.

«Adiós, Madrid» dijo en voz alta un teniente coronel mirando por la ventana cuadrada junto a su asiento. Todos eran mandos. Estaba claro que la tropa y los suboficiales no viajaban en avión a Canarias. La charla inicial entre los militares fue animada. Fernando, silencioso y aislado por su ropa de civil, con ese aire despistado, abrió el libro y se convirtió en invisible para poder

escuchar la conversación. Nada interesante. Viejos veteranos de la guerra comentando sus asuntos, ni monárquicos aduladores de Kindelán, ni nostálgicos de Aranda y, afortunadamente, ningún seguidor del general Bautista Sánchez. Si lo hubieran sido y reconocido, Fernando habría tenido un serio problema.

Cuando la conversación cesó, la modorra se extendió entre los pasajeros. Fernando comenzó a leer la novela y no paró hasta terminar aquella historia de un veterano asqueado de la guerra que lo abandona todo por un viaje iniciático a la India.

V. Esa foto del final

Tenerife, 30 de noviembre de 1957

La isla apareció cubierta de nubes, solo el Teide asomaba monumental como si fuera una señal para que el piloto supiera dónde tenía que bajar. Como si fuera el algodón de azúcar que se vendía en las ferias, el enorme avión lo atravesó en un descenso constante que mostró lo que había debajo de aquella capa. Una ciudad que, como un torrente, descendía por las montañas y los barrancos hasta el puerto. Fernando nunca había estado en Canarias, a pesar de que parte de la familia de su madre era de allí. La capital quedó atrás. Cuando las ventanas volvieron a cubrirse con una niebla espesa, como si hubieran vuelto a ascender, gotas de llovizna llenaron los cristales y el avión aterrizó en ese paisaje más propio de una novela de Emily Brontë.

Chispeaba cuando bajó las escaleras. Se acordó del clima de Langreo en marzo pasado, cuando estuvo allí por el asunto de la revuelta del pozo María Luisa. Siguió al grupo de militares hasta la salida del pequeño aeropuerto. Un joven vestido de uniforme de paseo, con galones de cabo primera, se le acercó en el aparcamiento.

—¿Don Fernando Ramírez? —le preguntó con voz de niño grande.

—El mismo —le respondió Fernando mientras encendía un cigarrillo, contemplando el paisaje agrícola de huertas, cañizos y tierra marrón clara—. ¿Hace siempre este frío?

—Sí, desde octubre en La Laguna hace frío hasta bien entrado abril —dijo el recluta de reemplazo mientras cogía la maleta de Viedma. Le habían mandado a recoger al único civil que viajaba en el vuelo militar proveniente de Madrid.

—Pues quién lo diría, a la altura que está Canarias. —Fernando

lo siguió hasta un moderno Austin 40 pintado de azul claro.

—El norte de Tenerife es frío y húmedo —comentó el muchacho —. Yo soy de Fuerteventura, así que imagínese.

—Claro —dijo Fernando sin saber qué tenía que imaginarse—. ¿Este coche es oficial?

—No, señor —el muchacho le abría la puerta—, es uno de los coches del general Grimón.

—¿El general? —preguntó sorprendido Viedma, sin saber si subir o no. Lo tenían que recoger para llevarlo a la sede de la DGS en Santa Cruz—. Creo que hay un error.

—A mí me dieron órdenes de recogerle hoy para llevarle a la casa del general Grimón en La Laguna, donde le espera junto con el comisario Gallinato —dijo el chico de carrerilla.

—¡Ah! —Fernando puso cara de «ni idea» para subir al moderno y cómodo automóvil—. Pues adelante, no hagamos esperar al general ni al comisario. No todos los días se conoce a un héroe de dos guerras y al hombre que atrapó al Punzón.

Era un caserón castellano de grandes ventanas rectangulares de madera, pasillos anchos, un patio interior sobrio, tejas y escaleras de madera que subían al piso alto formando balcones interiores. También había un pequeño drago, helechos y geranios en macetas junto con hierbas de huerto. Fernando escuchó caer las gotas de lluvia contra el fino empedrado. El resto de la casa tenía un suelo de madera y paredes de un blanco inmaculado cubierto de tapices y cuadros.

El ama de llaves le llevó hasta una sala donde espadas, viejos trabucos y mosquetes aún más antiguos colgaban de las paredes. Una enorme biblioteca rodeaba una gran ventana y una cabeza de toro presidía un lateral con una placa en la que, en letras de molde, ponía «Regalo de tu amigo Manuel Laureano, Manolete. Agosto de 1946». También había una foto del general con Franco en ropa de campaña. Posiblemente, calculó Viedma, sería de mayo del 38. Y en otra, mucho más joven, aparecía también con Franco y Astray en Marruecos.

Oyó abrirse la puerta tras él y vio entrar un hombre orondo, de sesenta y tantos años, con pelo escaso peinado hacia atrás, un traje de tres piezas color claro y una sobria corbata verde oliva. Calculó

que el general estaba en la reserva desde que su corazón le dio un aviso hacía ya dos años. Con cara afable y un sonoro «buenos días, casi tardes ya» le estrechó la mano con energía y le presentó a un hombre menudo, de mirada inteligente, pelo prematuramente blanco a sus cuarenta y cinco años, tal vez alguno más, arrugas bajo los ojos y el aspecto de espíritu incansable que tenían todos los buenos policías de investigación.

—Es un honor conocerlos a ambos —dijo Fernando cortésmente antes de ser invitado a sentarse en el sillón que había en medio de la sala. En el otro extremo se acomodó Gallinato y frente a ellos, en un sillón gemelo con una mesita baja delante, el general Grimón.

—El honor es mutuo —el general asintió—. Tenía ganas de estrecharle la mano. Pocas veces se conoce al hombre que detuvo a un rey —dijo mirándolo con una mezcla de sorpresa y asombro antes de añadir dirigiéndose a Gallinato— y le da una patada en el culo que lo pone en Francia.

Rieron ambos. Fernando se unió a las risas, preguntándose quién le había contado a este lo de Carlos Hugo y el asunto de Montejurra. Supuso que habría un lugar donde gente poderosa leía y comentaba los informes de alto secreto como si fueran los resultados del *Marca*.

—Supongo que ya le habrán informado de todo —dijo el general cambiando a una expresión que distaba mucho de las risas relajadas.

—Sí, se me informó del secuestro de su hija —comenzó Viedma sin mucha convicción antes de ser cortado por el general con una negativa de cabeza.

—Yo le informo —dijo con presteza—. Inicialmente a mi hija la dieron por muerta cuando encontraron el velero en el sur de la isla. La policía me dio todo tipo de posibles explicaciones sobre por qué aparecieron los cadáveres de todos los que iban en el barco, pero no su cuerpo —miró a Gallinato buscando su asentimiento, pero no esperó a que lo diera y siguió hablando—. Que si se había tirado del barco huyendo del asesino y cosas así. —Tocó una campanilla que había en la mesa—. Era posible que una chica de veinte años se zafara de un asesino para saltar al mar, pero estaba claro que allí hubo un grupo de al menos diez hombres que tomaron el barco. Se encontraron las huellas de botas de todo tipo y tres miembros de la

tripulación murieron por disparos de armas automáticas. Los casquillos indican que usaron subfusiles Coruña. Hubo disparos a distancia contra el barco y la embarcación agresora dejó marcas en el casco que muestran una envergadura importante. Posiblemente… —El ama de llaves abrió la puerta y miró al general, que le dijo que preparara el almuerzo y volvió al relato—. ¿Por dónde iba?

—Posiblemente fuera una patrullera o un barco militar —apuntó Gallinato vestido con su elegante atuendo de paño inglés, cosido a medida en un sastre de los de siete mil pesetas el traje.

—Sí, eso mismo. Sabemos que Marruecos no tiene marina, pero lo cierto es que las huellas dejadas en el casco del velero fueron producidas por un barco similar. Nada de una chalupa o un barco de pescadores.

—Además, el armamento no se consigue en Canarias, ni en España por supuesto, salvo que se robe en un cuartel —añadió Gallinato con un movimiento de cabeza que indicaba que eso era imposible.

—Discúlpenme, señores. —Fernando disimulaba su poco interés por todo aquello que para él era como escuchar capítulos antiguos de un serial del que conocía el final—. ¿Cómo saben con tanta rotundidad que los secuestradores eran marroquíes? —Observó el asombro de los hombres—. Lo digo porque si los marroquíes no tienen barcos de guerra, si las armas eran subfusiles Coruña y si se supone que el Punzón…

—Pues por las cartas que recibí —dijo el general como si le hubieran estropeado una película que se sabía de memoria—. A finales de abril recibí una —abrió una carpeta de la que extrajo folios que fue pasándole a Viedma. Cartas de secuestro mecanografiadas, bien redactadas, sin faltas de ortografía, con un sello de caucho circular con letras árabes en tinta azul, tan desgastado que habría que perder la vista para lograr leer algo—. Como sabrá, me puse en contacto con el ministro…

—Sí, se llevó a cabo la operación y todo fue bien hasta que todo falló —completó Fernando mientras leía las distintas cartas de los secuestradores y los informes de los agentes de la
DGS
enviados al Sáhara. El baile de cifras cambiaba en cada carta. De los seis millones de francos en la primera nota hasta el millón final.

—Sí, parece que cuando se iba a entregar parte del dinero… —Gallinato no quería elucubrar.

—Aparecieron todos muertos pero, el dinero no.

Viedma asintió mirando la carpeta que tenía el general en el sillón.

—¿Y qué pinta el Punzón en esto? —preguntó mirando a Gallinato—. Además de que los cadáveres en el barco aparecieron con la marca redonda en la cabeza…

—Todos los asesinados en el lugar del encuentro tienen la misma señal —respondió el célebre comisario.

—Usted lo persiguió durante años hasta capturarlo —apuntó.

—No solo fui yo, tenía un compañero… —Gallinato se mostró modesto.

—El marquesito rojo —masculló con desprecio el general, refiriéndose a Mateo Sarmiento y Lecuona, hijo de la nobleza lagunera, amigo de la infancia de Gallinato, detective como él por afición a las novelas de Sherlock Holmes, ya que no necesitaban trabajar para vivir. A diferencia de Gallinato, Lecuona estaba viviendo en Madrid en el 36 y permaneció leal a la República, siendo miembro de la policía. Se hizo famosa la investigación de ambos, cada uno en su bando, mientras perseguían al Punzón.

—Sí, conozco cómo detuvieron a Alberto Rodríguez, persiguiéndolo conjuntamente. —Fernando había leído la historia en una revista francesa especializada en temas policiales. En España el asunto quedó en el olvido casi al poco tiempo de ser detenido el Punzón en Barcelona. Rojos y nacionales borraron al policía del otro bando y se atribuyeron el mérito—. ¿Cree usted que se trata del Punzón y no de un imitador?

—Eso no lo puedo asegurar sin ver los cadáveres de El Aaiún —dijo rotundo el policía—. Pero los del velero puedo asegurar que son de Alberto Rodríguez casi con toda certeza.

—O sea, que sigue vivo. —Fernando miró las cartas pensativo para evitar decir un «pues encárguese usted de todo esto y a mí me dejan en paz». Pero en vez de eso preguntó—: ¿Y qué pinta ese en el Sáhara?

—Según mis informes —carraspeó Gallinato sabiendo que se comprometía al reconocer que seguía en contacto con Lecuona—, estuvo en Francia al menos dos años tras su huida de la Modelo de

Barcelona. Después su pista se pierde.

—¿Se pierde?

—Sí, en Francia hubo al menos una decena de asesinatos con su sello. La gendarmería lo investigó, pero en medio del caos…

—Aun así —el general le pasó otro folio—, los nombres de los intermediarios con los secuestradores son todos marroquíes.

El ama de llaves volvió a entrar para decirle al general que la comida estaba servida en el comedor. El hombre asintió y se puso de pie y, como si de repente hubiera perdido todo interés en la conversación, miró a los ojos a Viedma:

—Como le habrá dicho Luis —se refirió a Carrero— y como me dijo a mí el mismísimo Caudillo, lo importante es saber dónde está mi hija y traérmela. Esa es su única misión. No hay otra y es de importancia nacional. ¿Entendido?

—Entendido —Viedma puso su cara de «por supuesto». Hasta ese momento ni Carrero ni San Demetrio le había dicho que el objetivo fuera la hija del general—. Por supuesto.

—Pues bien, ahí tiene toda la información —dijo el general señalando la carpeta—. Vamos a almorzar, que ya es hora.

—Por cierto —añadió Viedma mientras se levantaban para ir al comedor—, necesitaría una foto de Alberto Rodríguez, más clara que las que se ven en la prensa.

—En la carpeta tiene una de la detención —apuntó Gallinato.

Fernando la buscó mientras caminaban por el pasillo que rodeaba el patio interior. Una foto tamaño folio con un gran número de policías republicanos y guardias de asalto que miraban a la cámara. En el medio había un hombre delgado, alto, pelo largo con perilla, vendas en las manos y grilletes. A su lado un policía fornido y atractivo con sonrisa de satisfacción.

—¿Este es Lecuona?

—Sí, el mismo —respondió Gallinato con media sonrisa—. Se equivocó de bando. Si hubiera permanecido…

—Nada, no era de los nuestros y sobraba. Ni nombrarlo —dijo Grimón mientras entraban en el amplio comedor donde una mujer delgada, con aire demacrado y lloroso, vestida de negro como un personaje de Galdós, los esperaba sentada a la mesa.

Fernando Ramírez de Viedma guardó en la carpeta la copia de la foto. No dijo nada, pero había reconocido al hombre. No necesitaba

volver a verlo. Allí estaba, en aquella foto de hacía casi veinte años.

—Esta es mi señora, Inés. —El general presentó a la mujer como si no esperara encontrársela en la casa y tras los saludos, con mayor jovialidad, señaló la comida que servía una joven criada vestida de negro con cofia blanca—. Puchero canario, don Fernando. Para que no se vaya mañana al Sáhara sin decir que en Tenerife no se come bien.

—¿Usted va a ser el que traiga a nuestra hija? —preguntó la mujer con un graznido.

—Haré todo lo que esté en mi mano —contestó Viedma, que habría cantado las Cantigas de Santa María si esa mujer de mirada feroz se lo hubiera pedido.

—¿La traerá o no? —El tono era el de una piedra de afilar contra la hoja de un cuchillo.

—Cuente con ello, señora —aseguró disciplinado temiendo acabar como los animales que se veían en los cuadros de cacerías que decoraban todo el comedor.

—Pues cuando encuentre a esa mala pécora, tráigala de las greñas hasta llegar aquí.

Viedma no supo qué decir. El general le preguntó si era cazador, el tema cambió y la mirada de la mujer fue lo más ruidoso del largo almuerzo, de la dilatada sobremesa, rica en café, licores y puros palmeros. Si Viedma se hubiera considerado un policía de investigación, la madre habría sido una fuente de información impresionante, pero a él le interesaba más aquella foto.

Dejó la maleta en su hotel. El Agüere era moderno y lujoso. Un botones le acompañó a su habitación. Era pequeña como el edificio, pero tenía todos los lujos y modernidades de un hotel de categoría en Madrid. Le dio una propina al muchacho, que salió contento con su peseta en la mano. Fernando abrió la maleta, sacó el revólver para meterlo en la pistolera con una traba metálica que se colocó a la espalda. La norma básica era no dejar nunca un arma a su nombre en un sitio donde pudieran robársela. No desconfiaba de aquel hotel en particular, pero sabía la cantidad de gente que tenía la llave de la habitación en cualquier hotel. Un regalo de Ezequiel Ramírez, el hombre de la
CIA
en España. Tiempos de la Delegación de Repatriados de Rusia y la

creación del Centro de Investigaciones Especiales en el edificio de la calle Goya. Parecía que hacía una vida de todo eso, pero todavía no cumplían dos años desde los entrenamientos con los americanos, su afición por la psicología en los interrogatorios, los cuestionarios interminables y los *dry martini*, que no eran otra cosa que ginebra fría en una copa estilizada.

Caminó por La Laguna, una ciudad provinciana, brumosa, con una catedral, un obispado, una universidad y pasado de nobleza que no se resignaba a perder. Le recordó a una mezcla entre los pueblos señoriales castellanos, llenos de casas blasonadas y árboles genealógicos kilométricos, con el clima brumoso, húmedo de las ciudades navarras. Había muchos jóvenes. Un sábado por la noche los estudiantes caminaban de bar en bar disfrutando del buen vino que servían, engañándose ellos mismos al pensar que era la bebida lo que los hacía disfrutar y no su juventud. Una tuna pasó entre risas y fiestas. Según decían, tocaban para la novia de un jefe de centuria en el Camino de Las Peras, que volverían en una hora si el convite no era gran cosa, que, si lo era, no los esperasen. Pasada la tuna, los curiosos volvieron a los bares, que estaban abarrotados. La música sonaba en ellos, casi siempre de una radio tras la barra, pero en algunos las guitarras rasgueaban canciones canarias.

Viedma paseó por las calles, llenas de tiendas cerradas aquella tarde casi noche de sábado. Vio una librería de sonoro nombre, El Águila. Junto a él, mostraba orgullosa su «desde 1934». Se acercó a los anaqueles de madera cubiertos de cristal, donde se exponían los libros de Cela, Ferlosio, Delibes, Goytisolo, Martín Gaite y una larga decena de autores, a los cuales había leído en sus viajes interminables mientras esperaba a confidentes, agentes del ministerio, miembros de legaciones diplomáticas extranjeras, rojos que caían en trampas construidas con primor por gente como él o que, temerosos, pasaban información de los hombres que mandaba Carrillo desde Francia a terminar con ellos. Si hubiera estado abierta, habría comprado algunos de ellos, sobre todo ese de Laforet, que no leyó en su día y que siempre había querido echarse al coleto.

Siguió caminando. El Leal anunciaba las últimas entradas para *Casi un cuento de hadas*, de Buero Vallejo. Era tentador un teatro calentito, mullido y cómodo, pero él ya había visto la obra en

Madrid. Le gustaba Vallejo, un soldado republicano al que conoció cuando Viedma interrogaba a presos en el penal de Ocaña. Tenía fama de irreductible, de comunista fanático que buscó su propia condenación con tanto empecinamiento en volver a organizar el partido. Cuando llegó a sus manos, ya no era el mismo cuya fama precedía. Su pena de muerte se había conmutado y los años de prisión lo habían ablandado. Le pareció un hombre muy culto, pero también con la resignación propia de los que veían cómo los años pasaban y Franco seguía ahí. Escribió un informe donde rellenó con lo de peligrosidad baja o nula. A Vallejo le concedieron la libertad condicional dos meses después. En 1949 estrenaría sus obras en Madrid y ganaría el Lope de Vega, dado por el mismísimo ayuntamiento de la capital. En ese momento estaba allí, en la fachada de aquel teatro de aspecto imponente, viendo una representación de una de sus exitosas obras por una compañía canaria. Fernando siguió caminando, la ciudad estaba oscura y necesitaba el calor de un bar.

Entre garbanzas y carne con papas eligió lo segundo. El bar se llamaba Maquila y estaba lleno de estudiantes y hombres de mediana edad que jugaban a las cartas o al dominó, con una radio colocada sobre un estante en lo alto de una esquina, que emitía programas que nadie escuchaba o igual sí, pero allí la conversación lo inundaba todo. Sentado en una mesa para él solo, le sirvieron un vino tinto de un color casi violeta que el dueño le aseguró que era de Tacoronte, mucho mejor que los de la Orotava. Viedma asintió como si todo aquello fuera muy importante. Mientras comía la carne de estofado cortada en tacos con unas patatas como si fueran gomos de mandarina, se reafirmó en su creencia de que la comida popular era la que realmente marcaba la pauta en materia culinaria. Todo estaba exquisito y el vino era una obra de Dios nuestro Señor. Escuchó las conversaciones de sus vecinos de mesa. Nada que destacar. Un cuadro de Franco colgado sobre las barricas tras el mostrador, mostrando a las claras que aquello era un local de gente de orden. Pidió un coñac cuando lo vio.

Gallinato entró y recibió los saludos de la gran mayoría de los presentes. Comisario esto, comisario lo otro, algún taconazo marcial de algún subordinado, varios apretones de mano efusivos. Viedma se fijó en los que no lo saludaron, jóvenes estudiantes que

posiblemente no fueran de la ciudad o no lo conocieran, vio rencor momentáneo de un hombre maduro de pelo rubio, que intentaba disimular mirando las cartas, como si nada pasara. Viedma sonrió mientras Gallinato saludaba a ese hombre que fingía gratitud por el saludo.

—¡Comisario! —lo llamó Viedma cuando pasó al lado de su mesa sin verlo.

Sorprendido, Gallinato lo miró y sonrió mientras se sentaba en la silla que le ofrecía el misterioso agente, inspector o comisario, nadie lo tenía claro, llegado de la península.

—¡Usted aquí! —preguntó exclamó el comisario pulcramente vestido con un traje gris oscuro con raya diplomática, corbata roja y zapatos de cuero negro brillante. El abrigo y el sombrero quedaron en el perchero de la entrada—. Me lo imaginaba en el Agüere yendo por el segundo sueño.

—Qué va, soy de sueño rebelde —respondió Viedma mientras el comisario pedía más vino y un plato de atún encebollado.

—Mi mujer está en casa de mis suegros, cenará allí. Después… —miró su reloj de pulsera Olimpia— la recogeré para ir al cine. Tenemos entrada para una de John Wayne.

—¿Del Oeste? —preguntó Viedma cuando el camarero servía un plato generoso de atún con patatas guisadas.

—No del Oeste no, a ella no le gustan. *El hombre tranquilo*, pero no sé de qué trata, de amor creo… —Se llevó un trozo de atún a la boca—. ¿Está usted casado?

—Sí, sé de lo que habla —mintió Fernando.

Rieron y charlaron. Fernando jugó a representar su papel de camarada policía. Aunque sus casos no eran de los que publicaban en la prensa de sucesos, escuchó más que habló. Gallinato le contó cómo él y Lecuona capturaron al Punzón. Los primeros asesinatos fueron por aquella zona. En 1929 fue el primero, una muchacha hija de un cabrero que apareció muerta en un paraje de las montañas de Anaga, al norte de la ciudad. Después se fueron prodigando hasta llegar a la docena de cuerpos repartidos por toda la isla. A Fernando le pareció fascinante la historia de los dos policías, cada uno en un bando persiguiendo al asesino por toda la península en medio de la guerra civil, comunicándose por correo a través de la policía portuguesa o francesa, de valijas diplomáticas a

veces por intermediarios, incluso llegaron a tener encuentros furtivos en la retaguardia o en barcos que amarraban en puertos extranjeros como Tánger, Lisboa o incluso Marsella. Catorce asesinatos cometió el Punzón, desde diciembre de 1936 hasta enero de 1939, cuando fue detenido en Barcelona por Lecuona. Con gran alharaca de la prensa republicana, necesitada de buenas noticias en medio de un mar de derrotas.

—Al final fueron sumando los que cometió aquí y en la península, un total de veinticuatro.

—Sin contar los del barco —añadió Viedma fascinado por la historia.

—Sin contar los del barco y los de El Aaiún —dijo Gallinato mirando el reloj para pedir la cuenta—. Si es que los del Sáhara son suyos, claro. El Punzón era alguien demasiado primitivo para…

—¿Para qué?

—Para organizar un secuestro de esa categoría.

—Bueno, consiguió eludir a la policía durante tantos años —apuntó Viedma levantándose cuando la cuenta estuvo pagada, no hubo copa ni café porque Gallinato tenía prisa.

—Sin duda, fue muy hábil y en muchos casos arriesgó mucho, como en el asesinato de dos muchachas y un niño en el camino de San Lázaro. Un lugar poblado, rodeado de casas, de posibles mirones. Nunca dejó una huella. Como le dije, lo detuvimos por testigos y pruebas circunstanciales —Gallinato habló con un pesar sincero que sorprendió a Viedma— y me decepcionó.

—¿Le decepcionó? —extrañado Fernando mientras se ponía la gabardina antes de calarse el sombrero. Gallinato hizo lo mismo con un abrigo elegante a juego con su traje.

—Yo esperaba una especie de Drácula —negó con la cabeza—, algo así como un genio del mal, sobrino de la reina. Ya sabe.

—Un Jack el Destripador —afirmó Viedma mientras salían a una calle más fría que antes. La niebla era más densa y el ambiente era casi londinense, con las farolas luchando por cumplir su función.

—Sí, y al final era… bueno, tiene el informe completo sobre esa bestia en la carpeta —Gallinato volvió a mirar el reloj y le echó la mano a Viedma—. Manténganos al tanto de su investigación. Le deseo suerte en el Sáhara. Dicen que las cosas están muy calentitas por allí.

Se despidieron con un apretón de manos. Gallinato, con el alivio que se siente al perder de vista a un animal peligroso. Había escuchado historias sobre aquel hombre en la huelga de transporte en Barcelona o cómo eliminó a la banda del *Facerías* con una sangre fría que dejó pasmados a todos. Ojalá tuviera suerte y eliminara al Punzón, pero Gallinato dudaba mucho que fuera capaz de encontrarlo, para eso tenía que ser un investigador de verdad y no un asesino, un eliminador o sea lo que fuese ese hombre. En fin, con esa gente cuanto más lejos mejor, se dijo cuando vio a su mujer esperándolo en la puerta de casa de sus suegros.

Fernando llegó al hotel. Paró en la barra del bar para pedir un *whisky* con hielo. En un escenario, una muchacha vestida con un traje calcado al de Rita Hayworth en *Gilda* cantaba canciones de Antonio Machín acompañada por un grupo de tres músicos vestidos con trajes blancos. Una docena de hombres se repartían por la pequeña sala y Fernando reconoció a algunos del vuelo de la mañana. Un grupo de tres ingleses trasegaba la ginebra como si fuera agua. Los escuchó hablar con interés. Eran representantes de empresas turísticas británicas que buscaban comprar terrenos en el norte de la isla. Nada que objetar. Esos no eran los comunistas ingleses del batallón Saklatava a los que, durante la guerra, emborrachaba con ginebra de barril para que fueran como libros abiertos. Movimientos de tropas, entrada de armas… La muchacha, a la cual el traje le quedaba un poco grande, arrancó los aplausos de los presentes con *Somos novios*. Fernando apuró el *whisky* y pidió el segundo.

El vetusto Junker despegó de Los Rodeos a las nueve de la mañana lleno de oficiales que volvían al Sáhara tras terminar sus permisos. Había silencio y mal humor generalizado en todos los presentes. Nadie volvía contento a una guerra. El quiosco en el aeropuerto estaba cerrado, así que Fernando se conformó con leer los informes que venían dentro de la carpeta. Algunos no tenían el menor interés, salvo para aparentar que todo aquello le importaba algo, pero la alternativa era mirar por la ventana a un monótono mar azul que pasaba con lentitud. Fumó un Lucky tras otro. El sonido del motor de aquel pajarraco era ensordecedor. Solo aquella foto al final le interesó de verdad y la estudió detenidamente: un Citroën negro con el escudo de la guardia de asalto, una veintena de

hombres alrededor del Punzón. Pasó la mano sobre su rostro, como esperando que cambiase, pero no lo hizo. Ahí estaba aquel cabrón.

VI. Cinturón de alambradas

El Aaiún, 1 de diciembre de 1957

Miró por la ventana cuando el mar se convertía en oro, un oro desértico. El azul con las crestas blancas en las olas desapareció, pero solo eso. África seguía como un mar dorado que parecía infinito hacia el norte. Una inmensidad deshabitada que fascinó a Viedma, como lo había hecho con tantos europeos durante generaciones. Era imposible que allí hubiera algo más que lo salvaje, pero el avión descendía imparable. Extasiado con semejante horizonte, el efecto se rompió con la aparición de un muro, casi como un elemento anacrónico, colocado por error. Siguió un hangar militar, la torre de control, dos aviones de Iberia y uno de Aviaco. El Junker tomó tierra en la capital del Sáhara Occidental español cuatro horas y media después de salir de Los Rodeos, uno de Iberia hubiera tardado tres. Era la una y media de la tarde y el calor lo golpeó como un mazo al pisar el suelo de cemento de la pista de aterrizaje, donde un soldado repartía las maletas según las sacaba del compartimento.

Alto, rubio, peinado hacia atrás, despechugado como buen legionario, veintipocos, mandíbula cuadrada, cara ancha, ojos vivos y acento de Bilbao que tiraba para atrás.

—Buenas —saludó con el aire despreocupado del soldado que se dirige a un civil—. ¿Es usted Fernando Ramírez?

—Yo mismo —asintió él al verlo.

—Pues tengo que llevarlo a la comandancia —hizo un gesto con la cabeza—. Ahí tengo el *jeep*.

—¿A la comandancia? —preguntó con hartazgo Viedma, que no esperaba tener más reuniones con mandos en mucho tiempo, y ¡Zas! En toda la boca nada más llegar.

—No lo sé, señor Ramírez —respondió el legionario al notar el tono del civil—. A mí me dieron órdenes de llevarlo a ver al general Zamalloa.

—¿Zamalloa está aquí? —Fue más una exclamación que una pregunta mientras salían de la pista de aterrizaje.

—Sí, llegó ayer por el asunto de La Nacional. Coloque la maleta aquí —señaló la parte trasera del moderno *jeep* americano—. ¿Usted es civil o algo así?

—Algo así. —Fernando enseñó la placa trabada debajo de la solapa de la chaqueta solo lo suficiente para que el legionario supiera a quién llevaba—. ¿Qué es La Nacional?

—Es el salón de variedades… —El legionario arrancó el motor, que rugió al principio y después ronroneó como la máquina perfecta que era—. Casa de comidas y el café donde aparecieron los muertos.

—¿Está cerca de la comandancia? —preguntó Viedma mientras salían del puesto de control del aeropuerto. El legionario aceleró por una recta que los llevó a la pequeña ciudad. El calor los estaba haciendo sudar, el sol caía como una maldición. Un coche con techo, eso era lo que necesitaban.

—Señor, en El Aaiún todo está cerca.

El viento producido por la velocidad amortiguaba el calor, pero había que chillar para entenderse.

Entonces llegaron frente a un cinturón de alambradas, puestos de tirador, unidades de mortero diseminadas por toda la llanura junto con fosos de ametralladoras pesadas. Una auténtica fortaleza sin murallas, un campo de batalla antes de la propia batalla. El legionario no dejó de pisar el acelerador hasta el primer cruce de aquella ciudad pequeña, a medio construir y con más soldados que gente. Los muros de los cuarteles se sucedían, cuadriculados, algunos con sus pórticos de arcada de medialuna, otros solo dos pilares a cada lado donde se interrumpía el muro, en todos una barrera, garitas y soldados. Militares por todas partes, de todo tipo: legionarios de la XIII bandera, regulares del tercer tabor y sobre todo infantería, muchachos llegados para hacer la mili en África que se encontraron con una guerra; desde los voluntarios de las milicias universitarias que pedían como destino el Sáhara hasta los que simplemente tuvieron mala suerte en el sorteo.

—¿Ahí fue donde los muertos? —Fernando señaló el letrero de La Nacional en una calle ancha con edificios con carteles como «Víveres», «Ultramarinos», «Estudio Fotográfico» o «Almacén de Ropa Civil y Militar».

—No, eso es el cine —le respondió el legionario tomando una curva para cambiar a otra calle parecida a la anterior, con tiendas y negocios abiertos—. El café está en esta calle —dijo señalando un edificio enorme de dos plantas y la pensión al final—. Se llaman igual porque son de la misma dueña.

—¿Dueña? ¿Una mujer dueña de tres negocios en el Sáhara? Tenía idea de que escaseaban las mujeres por aquí.

Fernando vio cómo se acercaban a un edificio más parecido a una casona de pueblo que a un edificio militar. Un grupo de niños, con pelo cortado al cero y pantalones cortos, y las niñas con el pelo largo y vestidos hasta las rodillas salían de lo que debía de ser un colegio. El legionario por fin decidió ir despacio.

—La llaman «la dueña» —contó mientras paraba junto al edificio y otro legionario se le acercaba con cara de fastidio— pero no sé por qué. Dicen que vino aquí con el marido tras la guerra, exiliados por rojos, pero al marido nunca se le ha visto. Dicen que ella le dio la patada y huyó, otros que si le dieron boleto los de la… —Se calló al recordar con quién hablaba.

—¿Qué? —dijo el legionario que estaba de guardia en la puerta del edifico al acercarse el *jeep*—. Aquí no puedes aparcar.

La charla sobre dónde aparcar acabó en una discusión entre ambos legionarios. Viedma decidió bajarse del todoterreno y con un «espéreme aquí cuando salga» entró en el edificio. Se tropezó con unos saharauis vestidos con turbantes y túnicas azules y blancas con bordados en verde o rojo, y algunos enjoyados con plata. Eran como los que se veían en los libros de cuentos, nada parecido a los rifeños, a los que temía como a Satanás, o a los occidentalizados marroquíes que hablaban francés, a los que conoció en su infancia en Melilla. Bajaban por la escalera charlando entre ellos. No hablaban árabe, eso estaba claro, pero todos tenían ese aire del paleto que se viste con sus mejores galas para ir de visita a la casa del dueño de la finca.

—¡Alto! —le ordenó un muchacho con el uniforme de alférez provisional de las milicias universitarias—. ¿A dónde va usted?

Viedma lo miró de soslayo para poner su cara de hombre despistado.

—Tenía cita con el general Zamalloa.

—¡Pero a quién tenemos aquí! —La voz cascada que Fernando había oído más juvenil durante mucho tiempo—. ¡Al niño del Jarama! —rio Zamalloa bajando las escaleras.

Estaba mucho más gordo que la última vez que Fernando lo vio en el andén de la estación de Príncipe Pío, vestido de divisionario para hacer la guerra a Rusia. Dieciséis años de todo eso. Ahora Zamalloa estaría por lo sesenta años. Grande, gordo, cara ancha de boxeador, de hombre duro con media vida en guerras y con dieciséis heridas como recuerdo en su cuerpo.

—Mi general —Viedma sonrió y se cuadró—. ¡Cuánto tiempo!

—No se cuadre —rio con profundidad— que nunca ha sido militar. ¡Al menos que yo sepa! —carcajadas—. Suba, hablemos arriba, que le presento al coronel Mulero.

—Su nombre en clave era Miguelín, por el ratón de las tiras cómicas de La Vanguardia —contó Zamalloa con mirada divertida a Manuel Mulero, coronel subgobernador del Sáhara y segundo en la cadena de mando—. Era un niño, un mozalbete que entraba y salía de Madrid como Pedro por su casa. Yo lo conocí una madrugada que apareció en plena Casa de Campo —puso una mirada nostálgica —. Imagínate, Manuel… Un chaval aparece como un fantasma en plena tregua nocturna, dice que quiere hablar con «el que mande» y empieza a traer información, unidades, nombres, posiciones, localización de patriotas escondidos… De todo.

La perorata del general continuó hasta la batalla del Jarama, cuando jugándose el físico, Viedma le llevó la penicilina que le salvó la vida, con todo el cuerpo machacado de cortes, balas y metralla, mientras defendían como Numancia la loma del Pingarrón. Contaba las batallas como si fuera una película de Errol Flynn.

—Pero bueno… —dijo por fin Mulero, que era un hombre enjuto, cincuentón, con bigote fino y rostro de envejecimiento prematuro por las preocupaciones y tragar la rabia que producía la impotencia frente a la desidia de los que pensaban que mirando para otro lado se iba solucionar el problemón que había en el Sáhara.

—Sí, Manuel… —asintió Zamalloa rotundo—. Pero volvamos al presente.

—Hemos revuelto todo El Aaiún y la muchacha no está en la ciudad. —Mulero dio por supuesto que Viedma vendría estudiado y fue al grano, algo que Fernando agradeció—. El asesino tampoco. En una ciudad como esta, los extraños destacan como manchas de pintura en traje de novia —afirmó sin vuelta de hoja. Allí no se repetían las cosas—. Además, la policía dejó de hacer funciones en la defensa de zonas de la ciudad durante todo un día para dedicarse a buscarlo. —Se pasó la mano por el fino bigote con aire de cansancio—. Resumiendo, el asesino o asesinos cometieron el crimen y huyeron, posiblemente en el mismo instante, y la hija del general nunca ha estado en la ciudad ni en el Sáhara.

—¡Estoy de la hija del general hasta los cojones! —exclamó Zamalloa haciendo que su papada vibrara—. ¡De la hija del general… y del general! ¡Hasta los mismos de todos! De sus llamadas, de sus telegramas… De Carrero Blanco también estoy harto. Que cómo va la investigación, que si aparece o no aparece, que si Grimón es amigo del Caudillo, que si estuvo en la guerra de Marruecos… —dio un sonoro ¡ja!—. ¡Y yo en dónde estuve entonces! Pues hasta los cojones de todos.

—Aquí tenemos una guerra abierta —apuntó el coronel Manuel Mulero—. Nada de lucha contra bandidos desarrapados. El Ejército de Liberación es eso precisamente, un ejército, y no de los malos.

—¿Qué Ejército de Liberación? —preguntó Viedma con curiosidad.

—Así se hacen llamar los de Yeicht Taharir, que no es otra cosa que una sección de las Fuerzas Reales de Marruecos dedicada a echarnos de África. A mí que no me engañen con que no tienen que ver, porque son unos incontrolados, unos fanáticos del Istiqlal. —Observó la mirada fija de Viedma, sin distinguir si sabía o no sabía de lo que le estaba hablando, así que aclaró—: La propaganda de Mohamed V y del cabrón de su hijo es que el Ejército de Liberación es el brazo armado de un partido político nacionalista radical, el Istiqlal, que opera al margen de ellos. Hablan de un Mesfiou Ben Hammu como su líder militar, un rifeño al que tienen en búsqueda y captura por rebeldía contra el sultán de las narices. —Mulero hizo chirriar la saliva entre los dientes—. O al menos esa es la película

que nos cuentan, porque el principito Mulay cada vez que tiene un micrófono delante dice que el Yeicht Taharir no existe, que son saharauis, y sus hermanos marroquíes que se defienden de los abusos cometidos por nosotros contra ellos.

—¿Y Madrid? —Viedma no quiso parecer un paleto preguntando eso tan manido de «¿Franco sabe todo esto?»—. ¿El general Barroso?

—El ministro sabe lo que nosotros le hemos dicho —replicó Mulero y Zamalloa asintió—, pero eso no significa que espere a que solucionemos el asunto como si el enemigo fuera imaginario y no Marruecos.

—O sea, ¿que los rojos argelinos y todos esos barcos rusos pululando por la zona…?

—Los argelinos no están en esto, ni los rojos ni los azules. Ellos tienen ya bastante con enredar contra el francés —Mulero se encogió de hombros—. Si tuvieran que hacer algo en el Sáhara, sería para utilizarlo como base para invadir Marruecos. —Zamalloa y él rieron con sarcasmo.

—Los barcos espías rusos son como las moscas buscando la mierda —intervino Zamalloa—. Siempre aparecen donde pueden pescar algo, pero lo cierto es que el Ejército de Liberación no tiene armas rusas ni de sus países satélites. Al contrario, su armamento es español, francés y hasta americano. Y en cantidad y calidad. Lo único cierto es que estamos a esto —separó los dedos unos centímetros— de perder todo el territorio. Ahora mismo solo controlamos las ciudades y en Ifni estamos muy cerca de otro Annual —dijo refiriéndose a la batalla que en julio de 1921 aniquiló a miles de soldados españoles en el norte de Marruecos por parte de tropas rifeñas—. Pero esta vez dentro de la misma capital.

Viedma quedó pensativo mirando la Parker dorada que el general tenía sobre la mesa junto a una pila de folios escritos a máquina con sellos de confidencial. Nada de aquello le ayudaría a encontrar a esa mujer o saber quién era el asesino de los policías, cosa que ya consideraba descabellada en una zona que nunca pensó que estuviera tan mal.

—Por supuesto que, dentro de El Aaiún, se le prestará todo tipo de colaboración —añadió Mulero—. La Guardia Civil es la que lleva el asunto. La policía está ocupada en labores de vigilancia de la

ciudad, ya que como verá, las noches no son seguras —concluyó con pesar.

—¿Y si hay que salir de la ciudad? —preguntó Viedma imaginándose la respuesta.

—Ahí estaría solo. La seguridad no está garantizada cuando se pierde de vista el perímetro defensivo, y de noche ni siquiera eso. Hemos tenido ataques nocturnos con combates en las calles. —Sonó como un «es lo que hay» en la voz del coronel—. Hace un mes asaltaron el faro del cabo Bojador, lo saquearon y dieron muerte a quienes allí encontraron. Así que imagínese.

—Haga su investigación —acabó Zamalloa—. Investigue lo que tenga que investigar y averigüe lo que sea. —Hizo una pausa y lo miró directamente a los ojos—. Pero tiene que cerrar esto por lo civil o lo criminal. Que aparezca la hija de Grimón, viva o muerta de una jodida vez, y si no aparece, pues alguna parecida, que cadáveres en el desierto roídos por las alimañas hay a montones.

Viedma asintió. Zamalloa se levantó para dar por terminada la reunión.

—Me hubiera gustado invitarlo a comer y hablar de los viejos tiempos. Pero tengo que coger un avión ahora mismo para volver a Sidi Ifni. Ya he perdido mucho tiempo con todo esto. Allí tengo operaciones en marcha para salvar el territorio o lo que podamos.

—Mi general. —Viedma le estrechó la mano—. Cumpliré.

—Lo sé. Aquí se queda el coronel para lo que necesite.

—Se le ha asignado al legionario de segunda Juan Maderal Oleaga para que le sirva de auxiliar y un poco de guía. Creo que fue a buscarlo al aeropuerto. —Viedma asintió—. Pues además es quien encontró los cadáveres en el salón, así que puede serle muy útil.

—Perfecto.

—Tiene reservada una habitación en la fonda y la manutención corre por cuenta del Ejército. —Zamalloa movió la cabeza—. Al ser civil, no parecía adecuado que se quedará en el cuartel y la residencia de la policía está a rebosar en estos tiempos.

Viedma respiró aliviado.

—Me conformó con lo que haya —dijo interpretando su papel de sacrificado por la patria.

—Bien, pues descanse y, cuando pueda, pase por el cuartel de la Guardia Civil. Allí le darán toda la información y podrá interrogar

al sospechoso.

¿Un sospechoso? ¿Y a qué habían esperado para decírselo? Resultaba que tenía un guía que era quien descubrió los cadáveres y que había un sospechoso detenido en el cuartelillo, pero se enteraba de rondón.

—¿Usted no come? —le había preguntado mitad molesto, mitad sorprendido Maderal cuando le dijo que lo llevara al cuartel de la Guardia Civil.

—¿Hay algún sitio cerca de allí?

Viedma no se hubiera acercado a esa especie de cantina mora con un fogón cuyas llamas lamían una plancha de fino acero renegrido por el uso, la grasa y el aceite de mala calidad. La parte del techo que quedaba sobre la plancha estaba igual de ahumada y negra. Una decena de pinchos se asaban bajo la mirada aburrida de un saharaui de unos cincuenta y tantos, al que Maderal llamó Haddamin para pedirle dos pinchos con pan y dos cervezas. Tanto los pinchos como las cervezas salieron rápido y calientes, con la aclaración del legionario: los moros como no bebían alcohol se creían que la cerveza era como el té. Viedma miró el botellín color café con letras amarillas: «Fábrica de cerveza, Tropical, Las Palmas de Gran Canaria». El pincho estaba sabroso, quemaba la lengua al entrar en la boca, pero no por su calor, que también, sino por el adobo de pimienta que, generosamente, ese saharaui delgado, alto, oscuro y sudoroso vestido con una chilaba había untado en los trozos de carne, que decía que eran de cordero, aunque Maderal le espetó entre risas: «Esto es camello, cacho cabrón». Con la boca ardiendo, la Tropical bajó como si estuviera servida bien fría por una camarera del Club Ayala.

—Entonces fuiste el primero en llegar a La Nacional —le dijo Viedma al legionario mientras sacaban los trozos de carne con los dientes del largo palillo de pitera hecho por el propio Haddamin.

Maderal dio un trago a la cerveza. Botellín en una mano, pincho en la otra y allí todos de pie, que no había sitio donde sentarse, no porque el local estuviera lleno, ya que los parroquianos eran dos legionarios, un soldado de reemplazo y otro saharaui con pinta de borrachuzo. Todos de pie pegados a la barra. No había ni mesas ni sillas, solo un cartel de propaganda de Philip Morris tan ahumado como el resto del negocio.

—Sí, pero ya lo dije a los guardias. Llegué de casualidad.

—Cuénteme. —Viedma dejó el pincho en la barra, que no estaba incluido en el precio.

—Salía del cine —le explicó el legionario con la boca llena de carne mezclada con cerveza— y al pasar por delante de La Nacional, vi la puerta abierta —tragó y volvió a beber—. Me sorprendió porque había visto a la Dueña en el cine y pensaba que tenía el bar cerrado. Cosa que en lo que llevo en El Aaiún es la primera vez que pasaba. Pero al ver la puerta, pues me dio por entrar —dejó el palillo en la barra que el saharaui recogió para próximos clientes—. Y en mala hora.

—¿En mala hora qué? —Viedma terminó la cerveza, que le supo a poco para quitar el regusto a pimienta.

—El negocio estaba vacío, pero con todas las luces encendidas. Me acerqué a la barra a ver si algún camarero estaba en la cocina y me servía un sol y sombra. Pero al mirar hacia el pasillo que va a los reservados se veía un brazo de alguien tirado en el suelo. Llegué hasta allí y me encontré el pastel.

—¿Qué pastel? —preguntó Viedma como si aquello no fuera con él.

—Los muertos, la sangre por el suelo y todo tirado. Mesas, platos, restos de comida…

—¿Mucha comida o restos de comida?

—Restos —respondió recordando los huesos de conejo tirados por todas partes y las patatas a medio comer por el suelo.

—¿Estaban en alguna posición específica?

—¿Posición? —preguntó Maderal con cara de extrañeza.

—Como que los habían colocado tras matarlos, sentados o lo que sea.

—No, estaban tirados por el suelo, dos contra la pared, otros con una mesa volcada encima. —El legionario se encogió de hombros.

—¿Los tocó?

—No.

—¿Ni para saber que estaban muertos?

—Nada, salí del reservado y llamé al cuartelillo.

Viedma soltó las siete pesetas que le pidió el saharaui por la consumición. Sin duda, precios de la Gran Vía. Salieron a la calle. Estaba desierta como toda la ciudad. El sol era inclemente, ni una

nube se le acercaba. El termómetro había dejado atrás los cuarenta grados hacía ya rato.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Fernando.

—En sus casas, a cubierto —contestó Maderal comenzando a sudar—. A estas horas nadie se mueve. Hasta bien entrada la tarde no va a ver a nadie por la calle.

—Pues vamos a ver a la Guardia Civil de una vez. —Viedma se caló el sombrero, que ahora era más útil que nunca—. Allí tendrán sombra.

El edificio era pequeño, sombrío y sorprendentemente fresco. Encalado, con cuadro de Franco en la pared del fondo, justo encima del TODO POR LA PATRIA pintado en letras negras. Delante, un mostrador de madera barnizada con dos bolígrafos Bic azules con sus correspondientes cadenas. Tras el mostrador, sentados en sillas de oficina, dos jóvenes guardias que charlaban entre ellos sobre los resultados de la quiniela. Lo miraron sorprendidos, no estaban habituados a que entraran hombres trajeados allí.

—Buenas tardes —dijo el más rubio, con acento de La Coruña—. ¿Qué quería?

—Usted… —El otro, moreno, cetrino y burgalés, no le dejó responder—. ¿No vendrá por el asunto de los asesinatos?

—Si son los asesinatos de La Nacional… —asintió con paternalismo mientras doblaba la solapa de la chaqueta para mostrar el escudo de la policía—. Sí, vengo por eso.

—¿A quién presento?

—Comisario Viedma.

El rubio desapareció por una puerta tras el mostrador. Maderal se sentó en una de las cuatro sillas que hacían de sala de espera y revolvió entre el montoncito de revistas que había sobre ellas. Vio un *Blanco y negro* y buscó las aventuras de Tintín para sumergirse en su viaje a la Luna mientras el de la bofia iba a lo suyo.

No tardó en salir un teniente de la Guardia Civil. Un hombre veterano, más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Bigote canoso, rostro curtido en una carrera gris sin luces ni nada que destacar. Nacido en Gran Canaria, El Aaiún había sido como el destino soñado de un hombre sin aspiraciones, un descanso previo al retiro, hasta que los marroquíes comenzaron a armar jaleo. Solo esperaba que pasara pronto y la ciudad volviera a ser el pueblo

tranquilo de antes.

—Buenas tardes —saludó con un asentimiento ante ese policía llegado de Madrid, el cuarto que veía en dos semanas. Esperaba que no corriera la misma suerte que los otros tres—. Teniente Francisco Osorio. Para servirle.

—Fernando Ramírez de Viedma. —Ligero taconazo y genuflexión del tipo que le gustaba a la superioridad—. Brigada Criminal. —Añadió divertido el título de aquella exitosa película como si tuviera algo que ver con él. Bueno, al menos sí que conoció a su protagonista, José Suárez, en Rusia, cuando era un valiente divisionario que arriesgaba su vida frente a los rojos y él husmeaba conspiraciones entre los demasiados afines a Hitler. Así que algo le tocaba. Podía haber sido él quien hiciera películas. Sonrió para sí.

—Bienvenido a El Aaiún —dijo el teniente de mirada meditabunda—. Hablemos en mi despacho.

Viedma le siguió por un pasillo estrecho y oscuro, con dos bombillas que siseaban como las serpientes en las películas del Oeste. Había dos carteles enmarcados de la Guardia Civil y tres estanterías atestadas con carpetas de expedientes. El despacho tenía una ventana con los cristales cerrados y una persiana que los cubría, dando una sombra intermitente que recorría totalmente la espartana habitación con una mezcla de rayas oscuras y claras. Una mesa, tres sillas, un retrato de Franco en la pared, una cruz de acero bruñido sobre una pequeña piedra en la mesa, un armario y una alfombra en el suelo.

—Aquí tenemos todos los informes —señaló el teniente tamborileando el dedo índice sobre una montañita de carpetas color amarillo mostaza. Eran seis, una por cada fiambre.

Viedma las abrió y vio fotos de los cadáveres, hojas con datos, identificaciones e informes de la autopsia. Leyó todo por encima, fingiendo interés. Para él estaban muertos y punto. Nada de aquello le indicaría dónde estaba la hija del general o sus captores. Los tres policías eran hombres de su edad, treinta y tantos, con experiencia, no panolis que cayeran en trampas.

—Todos tenían la marca del punzón en la cabeza y un tajo en la garganta —apuntó el teniente Osorio con aire de folletín.

—¿Quién es esta niña? —Fernando leyó el nombre—. Nazli…

—Un encuentro casual —respondió Osorio—. Interrogamos a sus

padres y ellos la mandaron a comprar leche en el colmado. No saben por qué la niña acabó en La Nacional. Creemos que vio salir al asesino y este la despachó y la metió dentro, aunque no necesariamente en ese orden.

Viedma asintió. Tres policías que vinieron a solucionar un secuestro, una testigo involuntaria y dos carpetas, una con un nombre marroquí y otra sin datos.

—¿Y Muhámmad an-Násir? —Miró la foto de un pasaporte marroquí. Hombre bien parecido, delgado, bigotillo a lo De Gaulle, pelo peinado con raya al medio. Nacido en Tetuán hacía treinta años, traje, corbata y pañuelo—. Abogado, dice aquí —leyó.

—No tiene sello de entrada, así que no pasó legalmente por puesto fronterizo. Hay testigos que lo vieron el día antes por la ciudad, sobre todo por la fonda de La Nacional. Pero no sabemos nada, salvo que hablaba español y francés y era muy educado y sonriente, el típico moro señoritingo de buena familia.

—¿Dónde dormía el señoritingo?

—En la ciudad no durmió —Osorio se encogió de hombros—, al menos no se registró en ninguna de las fondas que hay.

—¿En casa de alguien? ¿Familiares, amigos? —Fernando miró al guardia—. ¿Simpatizantes?

—¿En una ciudad como esta? —respondió el grancanario—. Imposible… Y menos como están las cosas. Una ciudad cercada, con todo el mundo de los nervios. Los saharauis no tragan a los marroquíes.

—Había oído lo contrario —dijo Viedma solo por llevar la contraria. No había oído nada.

—Esto no es el Ifni. Allí los paisanos sí que son marroquíes, hablan el mismo idioma y tienen la misma cultura, todo igual —negó el teniente con la cabeza—. Aquí los saharauis hablan un batiburrillo mitad árabe mitad no sé qué y siempre han sido muy ariscos con todos los del norte. Llevan a mucha honra lo de no servir al sultán y tenerle tirria a Marruecos.

—¿Entonces dónde durmió este tipo?

—No lo sabemos.

—¿Fuera de la ciudad? ¿Y volvió a entrar por la mañana?

—La ciudad está cerrada, ya ha visto la cantidad de hombres que hay en el perímetro defensivo. Entrar y salir es muy difícil.

—Pues este al menos entró una vez.

El guardia civil se encogió de hombros y añadió:

—Igual por venir a la negociación del pago del secuestro.

—¿Qué sabían ustedes de todo eso?

—Nada en absoluto, solo que llegaron tres policías desde Madrid y que había que prestarles todo tipo de colaboración si la pedían, cosa que no hicieron —dijo Osorio elevando las cejas.

—¿Y el desconocido? —preguntó Fernando con la carpeta que mostraba a un hombre barbudo, calvo, muy alto, cuadrado y de aspecto patibulario.

—No tenemos ninguna referencia, ni pasaporte, ni identificación de ningún tipo. Nadie sabe cuándo entró en la ciudad ni lo vieron antes. Así que dudamos que sea saharaui, posiblemente sea del norte, del Ifni, tal vez marroquí o argelino.

—No —Viedma fue rotundo—, este no es africano. —Miraba con ojo clínico la fotografía del hombre, con el mostacho bien peinado, la barba larga cuidada y el rapado de la cabeza—. Este cabestro es turco, albanés, kosovar… De cualquier zona islamizada de Europa Oriental. Veo que tenía dos tatuajes, en la trasera del antebrazo derecha una a y una cruz, y en la muñeca izquierda lo que parece una mano empuñando una espada.

—¿Un rojo? —preguntó curioso el guardia.

—No tiene pinta, la barba no es de chico de Stalin. El tatuaje es su tipo sanguíneo, era norma entre las
SS
. Vea las marcas redondas sobre la tinta —Fernando señaló la fotografía—. Son cicatrices de un encendedor de automóvil, un intento de borrarlo terminada la guerra. El puño con el alfanje es el escudo de la decimotercera división de montaña.

—Los cadáveres ya no están —dijo Osorio con pesar—. Los españoles los repatriamos, la niña la entregamos a su familia y estos dos pues se tuvieron que incinerar. Aquí los frigoríficos solo funcionan en los negocios… Ya sabe, falta de medios.

—No hace falta —respondió Fernando pensando en cómo le repetía el picante grasiento de aquellos pinchos morunos mientras ojeaba los informes.

—Si quiere, puedo llamar al forense. Debe de estar en la casa. —Osorio volvió a la carga.

—Déjelo —negó Viedma mientras leía los informes, breves, concisos, sin jerga médica, como tenía que ser un informe policial. Se detuvo en la parte final, causa de la muerte de Mendoza, y saltó a los de los otros policías para luego pasar a los de los moros. Arqueó las cejas con sorpresa cogiendo los folios con membrete—. No murieron por la herida del punzón, ni por el degüello, bueno, salvo la niña. —Levantó la vista para mirar al guardia, volver al folio y leer en voz alta—: Causa de la muerte: envenenamiento por talio.

—El corte de garganta fue después, así como el golpe de punzón en el cráneo —apuntó Osorio.

—O sea, que no hubo lucha, se quedaron fritos por el químico y lo siguiente fue recrearse.

—Pues sí.

—¿Podríamos seguir el recorrido de los policías?

—¿Recorrido?

—La ciudad es pequeña. —Fernando se puso de pie para cortar las reticencias de Osorio, que, desprevenido, lo miró sin entender—. Seguir los pasos de los policías, ver la fonda donde se alojaron, la sala donde se reunieron en la cantina… Ya sabe, el escenario del crimen.

—¿Ahora?

—¿Y cuándo entonces?

—¿Usted sabe el calor que hace en la calle?

—Sí, el mismo que aguantan los soldados haciendo guardia para que podamos estar tranquilos.

—De acuerdo —convino el teniente Osorio resignado y añadió —: pero deje la chaqueta en la percha, no le va a hacer falta. El sombrero llévelo. No quiero otro policía… —Se mordió la lengua.

El Aaiún estaba vacío, con las calles desiertas y un sol inclemente. El termómetro pasaba los cuarenta grados. Un golpe seco al salir porque no había ni un retazo de humedad, que hubiera sido todavía más insoportable. «Acompáñenos», le ordenó a un cariacontecido Maderal, que ya iba por la segunda revista en el cuartelillo. «¡Salir a la calle!». Viedma entendió al instante la reticencia de ambos por caminar bajo aquel desierto con casas, pero quería pisar el acelerador, descubrir lo que fuera y coger el avión de vuelta cuanto antes.

La fonda La Nacional era un edificio de tres plantas, con catorce habitaciones repartidas, baños al final de cada uno de los pasillos y un comedor junto a la pequeña recepción. Todo atendido por una familia saharaui.

—Sí, los señores policías se alojaron en la segunda planta. Dos habitaciones —dijo servicialmente el padre, un hombre llamado Omar, treinta largos, alto, espigado, de nariz pronunciada y redonda. Vestía ropa occidental, con pantalón negro y camisa blanca, y hablaba muy bien el español, salvo alguna *e* que convertía en *i*.

Cogió las dos llaves para subir con ellos por las escaleras.

La fonda estaba más que decente, pensó Viedma, era similar a cualquiera que pudiera encontrarse en una ciudad de provincias española. Limpia, aseada, con paredes pintadas de azul celeste y una cenefa blanca, que le daban un aire mallorquín. En el comedor los huéspedes escuchaban la radio mientras jugaban a las cartas. Casi todos eran representantes de empresas canarias que venían a vender sus productos o expandir el negocio, también muchos técnicos mineros, arquitectos o funcionarios llegados de Madrid. Según les dijo el encargado, todo estaba parado por culpa de los «guirrilliros» porque la fonda solía estar llena casi todo el año.

La habitación tenía dos camas, una jofaina con mueble de espejo, ventana, un cuadro con un paisaje del desierto pintado en acuarelas y una mesa escritorio con butaca. Era muy sorprendente todo, nada de mareante papel pintado, cortinajes llenos de polvo o muebles apolillados de cuando los carlistas. El saharaui la enseñó como si fueran clientes.

—¿Esas maletas? —preguntó Viedma señalando las piezas de equipaje en una esquina.

—Son de los tres policías asesinados —respondió el hombre con pesar—. Estábamos esperando a que vinieran a buscarlas.

—Pues nos las llevamos nosotros —ordenó y Osorio puso cara de «primera noticia»—. ¿Cuándo llegaron los policías?

—Los señores Mendoza, Bethencourt y Moreno llegaron una semana antes del asesinato, provenientes del aeropuerto. Tenían una reserva de la semana anterior, que fue hecha desde Capitanía. Pasaban mucho tiempo en su habitación y en el comedor. A veces salían, pero nunca los tres juntos, siempre uno de ellos se quedaba

junto a un equipo de comunicaciones que tenían.

—¿Un equipo de comunicaciones? —Viedma se sorprendió.

—Una radio de transmisiones —respondió el saharaui.

—Un equipo de transmisiones Motorola —remachó el guardia civil—. Muy moderno, apenas dos kilos y con una antena de casi un metro. Maravilla americana.

—O sea, que estaban pendientes de la radio.

—Se comunicaban por la noche. —El conserje se ruborizó antes de acelerarse—. No es que yo los espiara ni mucho menos. Siempre, cuando terminaban de cenar, uno subía a esta habitación y escuchaba el pitido de la radio al conectarse. Era muy fuerte.

—Sí que lo es —mintió Viedma, que conocía ese aparato y sabía que eran silenciosos, sin acoples, ni chasquidos ni estática.

Bajaron a la recepción donde el saharaui hizo sonar un timbre dos veces. Un chico, moreno y con pinta de espabilado, apareció por un pasillo. Tenía grasa en los labios.

—¿Dónde quieren que el chico les lleve las maletas de los policías?

—No sé —contestó Viedma, cogido por sorpresa ante la mirada de Osorio—. ¿Dónde tengo reservada la habitación? Me dijo Mulero…

—La tiene aquí en nuestra casa —respondió relamido y sonriente el saharaui—. Habitación número diez, junto al baño, en la segunda planta.

Le extendió la llave gruesa de color oscuro con una cuerda que la unía a un pequeño trozo de madera con el número diez. Fernando la cogió mientras firmaba en el libro de entrada que le ofreció también el entrometido conserje de la fonda La Nacional.

—Ah, pues que el chico las deje en mi habitación. La radio también.

—Por supuesto —dijo el hombre—. ¿Tiene usted maleta?

—La traigo después, está en el *jeep*. —Viedma lo miró pensando «espérate, que te la voy a dejar aquí para que te canses de abrirla para ver qué hay dentro».

Salieron fuera, guiados por las reverencias y explicaciones del horario de comidas, el asunto del baño, las horas de la radio… Afortunadamente el encargado se quedó en la puerta y luego volvió al interior cuando los vio alejarse.

El calor era espantoso. Seco como un directo a la mandíbula de Paulino Uzcudun. El sol caía inclemente sobre ellos como sobre los fortines franceses llenos de soldados muertos de *Beau Geste*. Las axilas de Fernando estaban sorprendentemente secas, pero aquel calor era como una anestesia.

Los tres caminaron por la ciudad, más pueblo que ciudad, aunque sus calles eran largas avenidas de casas y ventanas cerradas, pero de negocios con las puertas abiertas, cubiertas de persianas. Iban en silencio, como si el calor entrara por la boca.

Caminaron hacia la fachada con el letrero «Salón La Nacional», letras pintadas en rojo sobre fondo amarillo. Como decoración tenía tubos de neón que se doblaban siguiendo la caligrafía y ramos de claveles también pintados junto con panderetas, que alternaban con toreros a media verónica con flamencas en trajes de faralaes. El edificio contaba con soportales de hierro colado con primorosas celosías pintadas de verde, como una caseta de la feria de abril. El interior era fresco, las persianas estaban echadas y los ventiladores del techo funcionaban en una gran sala llena de mesas redondas verdes y rojas, carteles de toreros y paisajes de toda España. Había geranios colgados en macetas, celosías andaluzas de madera pintada en blanco, una barra azulejada con intricados motivos arabescos y un mostrador amplio de piedra, grifos de cerveza, una máquina de café italiano y un horno de tortitas. Todo muy moderno, con olor a limpio y un catálogo de bebidas que competían con las *boîtes* de Barcelona.

Les atendió un camarero, pequeño, cuadrado, calvo, de unos cincuenta años, mal encarado y con una cicatriz de bala de naranjero que le circulaba desde el labio hasta la oreja derecha.

—Sidi —le dijo Osorio—, ábrenos la sala donde la escabechina… —miró a Viedma con aire de haber metido la pata— donde asesinaron a los señores policías.

Sidi aguantó la mirada durante un instante al guardia civil. Tenía los ojos claros, al igual que la piel. En su juventud había sido de pelo rubio rizado, que perdió durante la guerra. Rifeño de los duros, estuvo en el cuarto tabor de Melilla a las órdenes del general Buruaga, y mató rojos a troche y moche. Salió de la barra sin decir ni pío para ir a un pasillo. Osorio y Viedma lo siguieron mientras Maderal se acomodó en la barra para pedir un 103 que le pusieron

en una copa panzona.

—¿Cuándo sueltan a la señora? —preguntó el rifeño, que vestía camisa blanca, pantalón negro, gorrita negra y pajarita.

—Estamos en ello —respondió Osorio con calma. Sin duda era un guardia civil con un carácter peculiar.

—¿La dueña es el sospechoso detenido? —preguntó Viedma sorprendido cuando el camarero se fue tras abrirles la puerta.

—Sí. —Osorio giró el interruptor de mariposa para encender las tres bombillas que colgaban de una araña en el techo.

Era una habitación recogida, con dos mesas rectangulares y las sillas puestas en la pared. Todo de lo más normal. Amplia. Podría haber habido una pelea y los contendientes moverse sin problemas. Había una ventana, así que el ruido se habría oído en la calle y más a la hora de cenar.

—¿Cómo es que estaba el negocio cerrado? Osorio puso cara de «a mí qué me cuentan».

—La dueña nos dijo que no supo que eran policías, que se presentaron como empresarios mineros que necesitaban privacidad total para una reunión con unos extranjeros.

—¿Pagaron por todo?

—Ni idea, no le hemos preguntado. Estábamos esperando a que llegara usted para el interrogatorio.

—¿Y por qué es sospechosa?

—Bueno, el crimen se cometió en su negocio y el veneno estaba en las bebidas. Además, no es trigo limpio.

—¿Por qué no es trigo limpio?

—En todos los sitios hay gente que… Bueno, ya sabe…

—No, no sé.

Viedma paseó la mirada por la sala, ya no era una escena del crimen, solo un sitio limpio y recogido donde se había cometido un asesinato múltiple. No le decía nada. Caminó hacia el pasillo, seguido por el canario.

—Necesito hablar con esa mujer y con el padre de la niña asesinada.

—Sin problema. La familia de la niña es de una tribu nómada, pero volverán tras el entierro. El padre tiene un puesto de venta y domicilio estable en El Aaiún. La mujer está en el calabozo desde el martes por la noche.

—Casi va para la semana —negó con la cabeza—. ¿La llaman la Dueña?

—Algunos.

—¿Por?

—Un nombrete de la tropa —dijo Osorio buscando en su bolsillo una caja de cigarros que no encontró. Viedma sacó sus Lucky para invitarle. El guardia se llevó a los labios uno que encendió el madrileño con un mechero de gasolina y una mirada directa como un mercancías—. El apodo lo lleva desde cuando llegó con su marido a El Aaiún. Gente de pocas palabras, la ciudad era mucho más pequeña en esa época y una pareja joven llamaba la atención. Se rumoreaba que eran rojos de buena familia, que venían cumpliendo alguna pena de destierro.

—¿Por qué de buena familia?

—Porque compraron este edificio al poco de llegar. —Osorio dio una profunda calada mientras acariciaba la pared.

—¿Y la fonda y el cine?

—Eso ya fue cuando ella se quedó sola. Además, también amplió este edificio. Lo que ellos compraron era una vieja bodega con una tabla sobre un pedazo de adobe como barra. —Osorio terminó el cigarrillo—. Mírelo ahora. Una mina de oro, por esa mujer… ¡Que vaya a saber! Dicen que si algún querido de posibles…

—¿Se quedó sola? —preguntó Fernando aplastando su colilla en un cenicero de la barra mientras Maderal pagaba lo consumido.

—Sí, el marido aparece y desaparece como el Guadiana.

Atravesaron la sala de mesas numeradas rumbo a la salida, bajo la mirada de búho de Sidi. El rifeño tenía aspecto amenazante. Viedma los conocía bien de su infancia melillense.

—Explíquese.

—Un culo inquieto que va y viene. Lleva sin aparecer dos años, pero antes ya lo había hecho igual. Venía como un corderito y a los dos o tres meses tenía bronca con la parienta y desaparecía otra vez. Y ella a disfrutar la vida… Ya entiende.

—¿O sea, que tiene libertad de movimientos a pesar de estar supuestamente desterrado? —Salieron al exterior—. Déjelo, ya veo cómo funcionan las cosas por aquí. —Fernando hizo un gesto con la mano para que Osorio no le respondiera.

—El Sáhara no es España —dijo herido en su amor propio el

veterano guardia civil—. Aquí fuera de las ciudades nuestra autoridad se diluye. No hay carreteras, ni caminos, ni nada parecido a lo que conocemos. La policía de las tropas nómadas son saharauis mandados por un puñado de oficiales y suboficiales españoles… —se encogió de hombros—. Eso cuando hay suerte, porque muchos puestos solo están formados por saharauis cuya fidelidad es como la veleta movida por el viento. Así que yo no tengo efectivos ni autoridad real para controlar lo que pasa fuera de la linde del municipio.

—Lo entiendo —asintió Viedma sin añadir lo de «pero es que a ese tipo lo tendría que haber detenido la primera vez que volvió de su excursión» y «¿qué demonios hace en el calabozo una sospechosa sin ser interrogada desde hace una semana?». Pero lo dejó pasar.

—¡Joder, la hostia! ¡Qué calor! —exclamó Juan Maderal Oleaga, legionario de segunda, natural de Erandio, mientras silbaba *El relicario* en aquella ciudad con calles de tierra abrasada por el sol.

Bajaron al sótano del cuartel de la Guardia Civil, una especie de nave, dividida por muros de ladrillo encalado, puertas y rejas pintadas de negro, bombillas amarillentas colgadas de cables sucios y jergones con colchones enrollados, humedad y moho. Todo parecía estar allí desde la época de cuando Emilio Bonelli compraba a duros a los líderes de las tribus locales en época de Alfonso XII. Un joven guardia iba con el juego de llaves en la mano. Atravesaron un pasillo hacia una sala de interrogatorios, según explicó Osorio. Era lo más decente que tenían.

Llegaron a una puerta de madera con una ventana que daba al exterior. Viedma, indiferente, miró y dio un respingo, apartándose antes de que la mujer lo pudiera ver por una especie de ventanuco sucio. Los dos guardias se asombraron.

—Suéltenla —ordenó Viedma y se volvió por el mismo pasillo, rumbo a la salida.

—¿Y el interrogatorio? —masculló Osorio.

—Suéltenla inmediatamente —repitió mientras subía las escaleras.

Sin camisa ni zapatos, su ropa colgada en el armario, las persianas echadas, una botella de agua de Firgas sobre la mesilla de noche, un vaso y un cenicero sobre su pecho mientras, acostado, descansaba en la penumbra de las cinco de la tarde. ¿Era su

imaginación o el calor parecía aflojar? Recordó su infancia en Melilla, pero aquello no podía compararse. Encendió su cuarto cigarrillo. Se había duchado en el moderno baño del pasillo, que tenía un límite de tiempo marcado por el racionamiento de agua que había en todo el territorio, según le explicó el conserje. ¿Cómo imaginar que ella estaba allí?, se preguntó evitando pensar en el momento en que se la encontrase de frente. Maldito pasado de mierda.

Sus ojos se centraron en el espejo que le devolvía la imagen de un hombre solo, casi en la cuarentena, con el pelo peinado hacia atrás, fino bigote que pensaba afeitarse cuando tuviera tiempo, allí tumbado en la comodidad de una cama limpia. Un negocio que era propiedad de ella. Inhaló una profunda calada antes de soltarla haciendo anillos como aprendió siendo un chaval, un chaval quemado y lleno de ira, pero un chaval, al fin y al cabo. Le enseñó un médico, el de la cárcel Modelo de Madrid. Un buen hombre, que salvó muchas vidas en aquella prisión asediada por los milicianos mientras el gobierno republicano la dejaba vendida. Entraba y salía, fingía su papel de niño anarquista medio lelo y todos los funcionarios le tenían cariño. Por supuesto que ninguno sospechaba que traía mensajes del exterior para los presos del bando nacional que estaban dentro.

Fue en esa cárcel donde se encontró de nuevo a Felipe Sandoval, el doctor Muñiz, asesino de sus padres. Fue un encuentro casual. No lo había vuelto a ver desde la mañana frente a la checa del cine Europa. Allí estaba con sus dos compinches, Aliques Bermúdez que, sin gafas de sol, bizqueaba ligeramente, y el otro, el de la cicatriz de medialuna en la cara de señorito. Los tres dando órdenes a un buen grupo de milicianos mal encarados y vociferantes que, blasfemando, entraron al degüello de todo preso que se encontraron de frente. Antes habían prendido fuego a una zona de la cárcel, con botellas llenas de gasolina, trapos ardiendo y puntería al lanzar. Los presos se refugiaron en el patio siguiendo las instrucciones de los funcionarios, que no contaban con que los milicianos de Sandoval treparon por la fachada para esperarlos en el tejado y cazarlos como a conejos con los fusiles y las ametralladoras. Fue una masacre, que solo paró cuando llegaron los bomberos. No evitaron que los apagafuegos entraran en la cárcel, al contrario, les interesaba que

extinguieran el fuego tanto como que las puertas se abrieran para que los camiones bomba pudieran entrar con ellos detrás.

Sandoval, Aliques y llevaban tenían la voz cantante. Asesinaron a todo funcionario que no se puso a sus órdenes. Entraron en los archivos para sacar el listado de nombres y ocupaciones de los detenidos. No había condenas porque había pocos presos juzgados. Fueron celda por celda, identificando a los presos, pasando lista a gritos mientras abrían la puerta y daban boleto a todo aquel que les sonaba de algo, que tenía cara de fascista o que les daba la gana a ellos. Sin ningún tipo de miramientos disparaban en la misma celda al que se resistía a salir, a otros en el mismo pasillo y a unos cuantos los sacaron al patio para fusilarlos en pelotón rápido. Bajaban cubiertos de insultos, escupitajos, zaheridos por empujones y golpes, y a quien caía al suelo lo cubrían de patadas. Daba igual edad, estado físico, resistencia a la muerte o no. Sandoval, Aliques y Cicatriz incitaron a la violencia mientras la cárcel era desvalijada, la despensa se vaciaba y las armas de los funcionarios pasaban a manos de los anarquistas. Ninguno de ellos reparó en el muchacho de gorrilla bicolor anarquista. Pudo haberlos matado a los tres en aquel momento. Los tuvo cerca miles de veces durante la matanza, pero no hubiera salido vivo de allí. Tendría que esperar casi tres años.

Abrió los ojos creyendo haber oído un disparo en la lejanía. Se había dormido, la noche había caído y el frío que entraba por la ventana le hizo tiritar. Se sentó en la cama. La cabeza le daba vueltas. Miró el reloj de pulsera que había dejado junto a la botella de agua: las diez y media. Maldijo el tiempo desaprovechado mientras vertía agua de la jarra en la palangana. Estaba fresca. Se peinó y se colocó los tirantes sin ponerse la camisa. Era como un autómata que no sabía si volver a la cama o salir a la calle. Volvió a oír un disparo. Sonó lejos. Se quedó inmóvil escuchando el silencio que reinaba en la ciudad. Apagó la luz. No quería servir de diana para nadie. Se acercó a la ventana, apartó la cortina de ganchillo sobre el cristal y tiró del cordón que izaba la persiana de madera, que subió con esfuerzo enrollándose mientras parecía querer romperse. Desistió, giró la manecilla del picaporte y abrió las ventanas hacia dentro. Notó el frío nocturno, era casi el clima del invierno gallego, y oyó un tiroteo que iba incrementándose. La

persiana era inamovible. Intentó subirla, pero no pudo, así que, por los lados, vio cómo todo era quietud, al menos hasta donde alcanzaban sus ojos. Oyó el *cabúm* del lanzamiento de morteros, contó seis explosiones. Sin duda estaban respondiendo a los disparos. Se unieron el pum, pum, pum de las ametralladoras Alfa. Todo en la distancia, como si el sonido del cine cruzara la pared.

Viedma sabía que no estaba tan lejos como parece. Había estado en demasiadas batallas para saber que todas empezaron con un tiroteo lejano. Las calles estaban iluminadas por farolas desperdigadas, con bombillas que daban una luz blanquecina que apenas alumbraba más allá de un círculo bajo ellas. Pero allí los vio pasar a la carrera. Eran tres que venían por la calle de la pensión, sin uniforme, abrigos, gorros morunos y aspecto de no saber muy bien qué hacer. Dos de ellos con fusiles Lebel en las manos y otro llevaba una Star. Al más alto se le cayó una granada americana al suelo, que recogió con prontitud para metérsela en el bolsillo como si fuera el bocadillo. Los otros gesticularon, ya que no se les oía más que murmullos. Los perseguían y se escondieron tras la oscuridad que daba la entrada de lo que parecía un estanco. Se oyeron voces.

Viedma miró hacia su derecha, vio cómo se acercaban dos civiles embutidos en sendas gabardinas de color marrón claro y sombreros, armados con mosquetones Coruña. Caminaban despacio, cautos, mientras los moros seguían escondidos. Al instante, apareció otro con la misma gabardina y un revólver. Se igualaban las cifras, pero seguía sin haber color. La granada por sí sola iba a destrozar a los de la gabardina. Viedma observó fríamente a los hombres escondidos moviéndose en la oscuridad. Era increíble que tres tipos pudieran estar agazapados en unos metros de sombra sin ser vistos. No podía avisar a los españoles, que hablaban entre ellos como si nadie estuviera en la calle. Si lo hiciera, revelaría su posición, y no tenía vocación de diana moruna.

Los de la gabardina se pararon, debían de haber oído algo. Algo se movió tras la sombra del quiosco de Paco Lebrija, pero el sonido no venía de allí. La puerta de la pensión se abrió y ellos apuntaron hacia el sonido duro de la cerradura. No sabían lo que estaba pasando. Un hombre sin camisa, con los pantalones cogidos por tirantes, apareció con una automática en la mano, apuntó hacia las sombras y disparó. Seis balas salieron del cañón del arma

reglamentaria de Viedma, que relajó el brazo nada más ver cómo los tres atacantes quedaron fuera de combate.

—¡Arriba España! —gritó la vieja consigna de la guerra y los tres civiles lo miraron sorprendidos sin saber muy bien qué decir. No sabía si tenían santo y seña, pero por si acaso. Lo único que faltaba era morir agujerado por uno de esos destripaterrones.

—¡Me cago en la leche! —maldijo uno con cara redonda, grandullón y de barriga prominente, herrero con herrería propia seis calles más allá—. ¿Pero de dónde sale usted?

Los tres se acercaron. Uno delgado, con flequillo rebelde y aspecto de tener mucha más edad de la que tenía, encendió una pequeña linterna a pilas y dio un silbido al ver los tres muertos en la esquina del quiosco.

—Mira ahí —le dijo el tercero señalando la granada negra como la muerte en la mano inerte de un moro alto.

—¡*Carallo*! —exclamó el de la cara redonda, sabiendo lo cerca que habían estado de morir despanzurrados.

—Nos ha librado de una buena. —El del flequillo se dirigió a Viedma, que necesitó un pitillo.

—¿Alguno de ustedes me presta un cigarrillo?

—Sí, por supuesto —respondieron los tres a la vez y sacaron tres cajetillas azules de Kruger.

Viedma cogió uno de la mano más cercana. Una gruesa cerilla y a fumar hasta que el ruido de pasos a la carrera rompió la escasa calma.

Otro grupo de hombres en gabardinas llegaron allí. Todos armados, todos civiles y todos residentes en El Aaiún. Comerciantes, empleados, miembros de las fuerzas vivas de aquel pueblo acuartelado con ínfulas de ciudad colonial. Todos hablaron y comentaron sus aventuras de unas noches más que peligrosas. Viedma los observó. Algunos se referían a sí mismos como los Somatén del Sáhara, el cuerpo parapolicial catalán que Primo de Rivera extendió a toda España en el 23. Sacaron los pitillos y una bota con coñac, que hacía frío. Viedma decidió volver al hotel, sin despedidas ni notoriedad, a la francesa. Ya había llamado demasiado la atención.

Subió las escaleras y oyó las conversaciones de los huéspedes dentro de sus habitaciones. Pensó que hasta él mismo estaba

sorprendido de que las cosas estuvieran tan mal. Ataques dentro de la ciudad. Se veía que la muralla no era tan sólida como se pensaba. Vio al conserje asomarse desde la portería. «¡Conque duermes aquí!», pensó Viedma con suspicacia.

Su habitación se había enfriado. Encendió la lámpara del techo. No dormiría hasta que esos de la calle se fueran. Los oía esperando a un camión del ejército para cargar los cadáveres. Estuvo tentado de poner la radio, pero no se atrevió. No era de radios en hoteles. Miró las maletas de los policías asesinados. Se encogió de hombros, no tenía sueño y adelantar trabajo nunca era perder el tiempo. Abrió la primera. Ropa, un revólver, dos Astra 400 con un cargador de repuesto, un neceser, botellas de Floyd mentolado extrafuerte, tubos de gomina americana Brady, cartones de tabaco comprados en Canarias y nada más. Ni una carpeta con algún dato de la investigación, de cómo llegaron a contactar con los secuestradores, absolutamente nada.

—Maldita sea —dijo hastiado mientras volvía a llenar las maletas de mala manera con aquella ropa.

Por un instante pensó en si sería de su talla. Miró la suya colgada en el armario y temió necesitar más tiempo. Cerró las maletas y las colocó en la parte baja del armario. Intentaría dormir y que fuera lo que fuese.

La ciudad estaba silenciosa desde hacía rato. Los de la gabardina se habían ido a su olivo y él trataría de dormir. Se tumbó en la cama para cubrirse con las mantas, presionar el pulsador que colgaba sobre su cabeza y apagar la lamparita a mitad de la pared. La oscuridad no era total, entraba la luz grisácea de la farola. Cerró los ojos.

Bum, bum, bum. Los golpes sonaron en la puerta. Abrió los ojos, no sabía cuánto había dormido, pero sí que el sueño era profundo. De un respingo se sentó en la cama, cogió el revólver, le quitó el seguro y apuntó hacia la puerta mientras se acercaba a ella. Los tres golpes se repitieron. Esta vez no le parecieron tan contundentes como los que le despertaron. Se paró lo suficientemente cerca como para no recibir el golpe de la puerta si la abrían de una patada.

—Por favor, el cliente está durmiendo —oyó decir al conserje con voz quejumbrosa.

—¡Cállese! Ya le dije que no puede esperar —la voz era firme,

autoritaria.

—¡Silencio! —sonó otra en la planta baja.

—¡Son las once y media! —dijo otra.

—Señor, va a despertar a todos los huéspedes. Volvieron a sonar los golpes con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó Fernando pegando el cañón de su Astra a la puerta. Dispararía a la mínima sospecha.

—¿Inspector Ramírez de Viedma?

—Sí.

—¿Podría abrir la puerta? —La voz tenía acento castellano, vallisoletano posiblemente.

—¿Quién es usted? —Viedma sonó seco como el esparto. No pensaba jugársela por nada.

—Soy Francisco Fadrique Castromonte, brigada de la tercera sección de la primera compañía de la decimotercera bandera de la Legión.

—¿Qué quiere? —masculló.

—Tengo para usted un mensaje de parte del inspector Lucio Moreno.

Viedma giró el pestillo de la puerta para abrirla, con la pistola en la mano derecha puesta en la espalda y el dedo en el gatillo. El pasillo estaba iluminado por una lámpara en el alto techo, que proyectaba una luz cenital que marcaba los rasgos como una de las películas alemanas mudas que tanto le gustaban a su padre. Delante de él, un hombre enjuto, delgado, con nariz aguileña y ojos penetrantes, autoritarios como su voz, pelo cortado a cepillo ligeramente largo peinado hacia atrás y uniforme de paseo impecable. Sus ojos se clavaron en los de Viedma, que estaba en pijama.

—Disculpe que le moleste, pero esto no puede esperar —dijo flexionando el codo hasta la cintura para que viera el maletín Gladstone de color vino tinto que llevaba.

A unos tres metros miraba el cariacontecido Omar, como si estuviera pasándolo peor que nadie. Fernando lo miró con interés. Sin duda le pareció un actor más que convincente. Cuando el bueno del conserje se dio cuenta de que la escena se alargaba como en una mala película, Viedma le hizo un asentimiento con la cabeza.

—Esté tranquilo, el brigada se queda un momento. —El saharaui

asintió con un brillo extraño en los ojos—. Cuando se vaya, yo mismo cerraré la puerta de entrada.

—No es norma de la casa las visitas a estas horas —insistió el hombre, lastimero—. La dueña…

—Esto no es una visita —sentenció Viedma como si fuera un maestro tratando con un rapaz contestón—. Márchese a dormir y despreocúpese.

Omar se fue fingiendo una preocupación absoluta, pidiendo a Alá para que toda aquella locura terminara. Fernando Ramírez de Viedma esperó hasta que el moro se marchó para mirar al legionario mientras pulsó el interruptor de la lámpara en el techo de la habitación.

—Pase —dijo relajando el dedo del gatillo del revólver, que dejó sobre un armarito junto a la mesa con dos sillas que había al fondo del cuarto. Encendió la lámpara de pie y, con un gesto, invitó al brigada Francisco Fadrique Castromonte a sentarse, que obedeció con un gracias—. Le invitaría a tomar algo, pero solo tengo esa botella de agua y un vaso usado.

—No se preocupe, esto no es una visita de sociedad, vengo comido y servido —respondió el hombre colocando el voluminoso maletín rectangular de cierre con ballestas y asas cruzadas—. Esto es para usted.

Viedma lo miró con interés, pero también con recelo. ¿Qué mensaje le dejaba un policía que no sabía que iba a morir a otro al que no conoció en vida y que solo se encontraba en el Sáhara porque él estaba muerto?

—Explíqueme.

Castromonte se puso de pie, colocó la maleta en la mesa, pulsó el moderno cierre, tiró de las dos asas y la abrió.

—Aquí tiene. —Sacó un fajo de billetes que sostuvo durante un momento antes de volver a dejarlo en su sitio—. 750 000 francos franceses. Como me los dio, se los entrego.

—¿Se los dio Lucio Moreno? —preguntó inexpresivo Viedma.

—Él mismo.

—¿Para qué?

—Me contó que era el pago del secuestro de la hija del general ese de Tenerife. Que se lo guardara hasta que completaran todo el pago.

—¿Está todo el dinero ahí?

—Moreno sacó un cuarto de millón. Me dijo que sería el primer pago durante el encuentro en La Nacional, que no iban a llevarlo todo junto.

—O sea, que se lo dieron. ¿Cuándo?

—El día antes de que los mataran.

—¿Tanto tiempo? —Fernando meneó la cabeza con extrañeza—. ¿Por qué? ¿Les dio alguna razón?

—Me dijeron que no se fiaban, que necesitaban un lugar seguro para guardar el resto del pago.

—¿Tres policías y no se fiaban?

—No sé. Me dijeron que si podía guardarlo, que fuera discreto, que no dijera nada a nadie, que solo era por precaución, pero los noté nerviosos. Nada que ver con la seguridad con la que se movían cuando llegaron.

—¿Por qué usted? —Viedma sacó un cigarrillo e invitó a Castromonte.

—Yo conocía a Moreno de Valladolid. —Castromonte lo encendió con una cerilla que le pasó a Fernando—. Nos conocíamos de chavales, no éramos uña y carne, pero tampoco enemigos. Servimos juntos durante la guerra, al menos al principio, ya que él se alistó en las milicias de Falange y yo acabé un año después de voluntario en el Banderín de Talavera de la Legión. Así que apenas supe nada de él hasta que me lo encontré en La Nacional recién llegado de la península.

—¿Cuándo le contó detalles de la investigación? —Fernando intentó disimular su extrañeza por esos policías contando detalles de una investigación, a no ser que, de alguna manera, se olieran el fracaso del asunto.

—Fue la noche antes —dijo Castromonte—. Vino al cuartel para hablar conmigo. Me contó lo que pasaba y me dijo que guardara esto en mi casa.

—Algo más le contaría…

—Nada, solo que lo vendrían a buscar tras el encuentro.

—¿Nada más?

—Me contó lo que era y lo noté nervioso —Castromonte se encogió de hombros—. Pensé que estaba asustado por las noticias que llevaba de Sidi Ifni.

—¿Qué noticias?

—El día antes hubo un plan de los marroquíes para matar a todos los oficiales en sus casas cuando salieran hacia los cuarteles. —Ante la cara de sorpresa de Viedma, añadió—: Utilizaron partidarios en la ciudad para hacerlo, civiles que ya vivían allí desde hacía mucho. El Ifni está lleno de traidores, morisma que no es de fiar —dijo mascullando la rabia—. Lo desbarató un chivatazo. No sé quién lo oyó a un familiar o en un mercado, o vaya usted a saber.

—Ya he oído que las cosas están peor que mal.

—Como habrá podido observar esta noche —Castromonte se pensó en cómo decirlo—. Si hay ataques nocturnos en El Aaiún, imagínese lo demás.

—¿Todo el territorio está comprometido?

—Villa Cisneros está mucho más tranquilo, también más alejado. Pero ahora mismo todo el territorio es un avispero.

—Pensaba que la batalla estaba en el Ifni —dijo Viedma con sinceridad.

—La verdad es que nosotros estamos aquí acantonados, esperando a parar la embestida cuando caiga Ifni y el Ejército de Liberación se lance sobre El Aaiún para hacer una degollina. —El silencio se hizo profundo, miradas perdidas y cigarrillos que se consumían. Francisco Fadrique Castromonte se golpeó las rodillas para ponerse de pie—. Pues yo me marcho, que mañana tocan diana bien temprano y hay mucho que hacer. Me quito este peso de encima —tocó la maleta—. Por cierto, no solo es el dinero, hay un sobre dentro.

Viedma se levantó, cogió la llave del portal que colgaba en el mismo llavero que la de su habitación y abrió la puerta para dejar salir al brigada. Cuando estuvieron en el pasillo, cerró la puerta con llave ante la media sonrisa de Castromonte.

—Se ve que usted no se fía tampoco —dijo mientras caminaban hacia las escaleras en el silencio de una pensión donde sus huéspedes dormían.

—Nunca.

Bajaron al primer piso. La oscuridad se rompía con la luz de la farola en la calle. Viedma giró el interruptor de mariposa en la pared para iluminar la entrada, meter la llave en la cerradura de la

pesada puerta de madera pintada de rojo pardo y girarla. Con un golpe que sonó como una metralleta en Rusia, la puerta quedó abierta.

—Comisario, lo que necesite —dijo Castromonte cuando estuvo en la fría calle. De su boca salía vaho como si estuviera en la sierra de Madrid—. Sabe dónde encontrarme. Tercera sección de la primera compañía de la decimotercera bandera de la Legión. —Lo repitió porque Viedma simuló que lo hiciera—. No dude en avisarme si me necesita o lo que sea.

—¿Avisarle?

—Maderal está bajo mi mando.

—¿Fue quien le dijo dónde estaba yo y quién era?

—No, en una ciudad como El Aaiún, todo el mundo sabe de todo el mundo.

Viedma asintió y se despidieron. Entre tembleques por el frío, cerró la puerta, apagó la luz del recibidor y corrió escaleras arriba hasta su habitación. Miró la hora en su reloj que descansaba en la mesilla de noche: las doce y media. Suspiró. Insomne, abrió la maleta para sacar los fajos de francos franceses que colocó en la cama. No los contó. El sobre estaba en un bolsillo lateral. Era de color amarillo claro, muy elegante, de buen papel. No estaba cerrado, así que no necesitó romper aquella pieza de papelería para ricos. En su interior, una tarjeta de visita, letras en relieve, bonita caligrafía.

«Abd al-Mumin, Cabinet
D'avocats
International. Agadir». Le dio la vuelta para leer escrito en tinta azul también en estilizada caligrafía. «Tel.: 55672».

Guardó la tarjeta en su cartera. Pensó en el marroquí asesinado, Muhámmad
an-Násir,
el abogado señoritingo. Volvió a meter los fajos en la maleta para guardarla bajo la cama. Se tumbó en la cama y apagó la luz. Se quedó quieto, esperando a oírlo. Un leve chasquido sonó en algún lugar indeterminado de la habitación. Alguien había estado escuchando. Sonrió pensando en Omar, el conserje. ¿Qué escuchas, conserjito?

VII. Sus miradas se cruzaron

2 de diciembre de 1957

El lunes ardía, treinta grados a las siete de la mañana. Una moderna ducha en el baño con el agua limitada a seis minutos. Los problemas de suministro de agua potable eran acuciantes desde que los guerrilleros controlaban el territorio. Tuberías, embalses, tanques… Todo estaba realmente en sus manos. Omar se lo explicó mientras le servía el desayuno. En la misma sala cinco huéspedes compartían mesas, manteles, platos y servilletas de tela. Generosas tostadas con aceite, leche, café, té, dátiles e higos secos. Viedma se conformó con el café solo que le pareció de una calidad sin igual. Su desayuno en Madrid, o donde fuera, era ese. Así que rechazó las reiteradas ofertas del entrometido conserje.

Observó a los otros huéspedes. Tres eran técnicos de CAMPSA, gente anodina atrapada en aquella guerra por la que tuvieron que abandonar el campamento donde estudiaban el subsuelo buscando petróleo para refugiarse en El Aaiún hasta que todo se calmase o hasta que la compañía se hartara de pagar sus dietas y les dijera que volvieran. Había un alemán que viajaba rumbo a Tanzania y que le contó una historia tan larga como peregrina sobre unas posesiones en ese país que habían sido de su familia en época de Carl Peters hacía más de un siglo. Pero no era el más extraño. Ese apareció cuando todos estaban sentados, saludó con un «buenos días» mirando al suelo, tomó su desayuno y nada más. Ni media palabra. Viedma lo observó con disimulo. Demasiado discreto para no ocultar nada, hablaba con Omar en voz baja, haciendo que el entrometido se agachara a poner la oreja casi pegada a la boca del extraño cincuentón, de gafas oscuras, cara rechoncha, peinado

estofado y un traje tres tallas más largo con una cadena de reloj con la cual se hubiera podido amarrar el Méndez Núñez. Un extravagante. Viedma siempre sospechaba de los extravagantes. Nada disimulaba más que un disfraz.

Salió del hotel con la gruesa maleta. Maderal le esperaba en el mismo todoterreno que el día anterior, al que había puesto la capota de lona para evitar morir de insolación. La ciudad estaba activa. Por el momento no se pasaba de los treinta grados.

—Ya verá cómo sube el termómetro —dijo el vasco cuando se subió al *jeep*, y añadió—: ¿Dónde vamos?

—¿Se puede salir y entrar de la ciudad sin pasar por lo controles? —le preguntó Viedma.

—Por el día es imposible —respondió el joven legionario—, pero por la noche está claro que, a pesar de la alambrada y los puestos, todavía quedan puntos ciegos. Cuando atacan los guerrilleros de los cojones, pues hay algunos que consiguen entrar.

—¿Por dónde?

—Por donde hay soldados no, eso está claro. Pasan por rendijas que al final acabamos tapando.

—¿Por ejemplo?

—La última era el almacén de un mauritano. —Viedma lo miraba con una expresión neutra sin mostrar ningún tipo de sorpresa—. El negro tenía un almacén donde guardaba todo tipo de cosas traídas desde su país y de Senegal, mucho contrabando que vendía como legal y, ¡bueno!, se hacía la vista gorda, según me contaron, ya que eran productos franceses que siempre se miran bien. Los pistolos pues se llevaban cosas de Francia a sus familias como regalos después de hacer la mili y los mandos pues vendían productos franchutes en la península a familiares, vecinos… Ya se sabe, unas pesetillas que nunca vienen mal.

—¿Y qué hay del mauritano?

—Pues el tipo, cuando empezó todo el follón de las guerrillas en Mauritania, se marchó dejando como encargado del negocio a un moro del Ifni, que parecía no haber roto un plato en su vida. Pero mire usted por dónde, parece que un día largó a un empleado al que pilló sisando de la caja o algo así. Total, que el empleado, un tal no sé qué, se plantó en la casa cuartel y les dijo a los guardias que el encargado tenía en un sótano una puerta que daba a un túnel que

unía con una galería que daba a una cueva con un pequeño manantial, y de allí se salía caminando a un kilómetro de nuestras líneas.

—¿Y?

—Pues se le detuvo y se cerró la entrada.

—¿Cuándo fue eso?

—El martes. —El legionario intentó asegurar el día—. Yo me encontré los muertos el domingo por la noche.

—¿El moro que llevaba esto dónde está? —Viedma adivinó y temió la respuesta, pero no mostró la frustración que le iba a producir.

—En el calabozo. La Guardia Civil se lo llevó detenido.

¿Y Osorio cuándo pensaba decírselo? Contuvo la rabia de echar a andar hacia el cuartel y echarle la bronca al teniente de la Benemérita. Miró a Maderal, que empezaba a sudar bajo la lona del *jeep*.

—Vamos a ver ese túnel.

—A sus órdenes —dijo aliviado el legionario por no tener que caminar y metió primera para salir serpenteando por la cuadriculada ciudad rumbo a las afueras de El Aaiún.

La actividad en las calles era considerable. Viedma observó sorprendido las aceras llenas de militares y civiles, los negocios abiertos con tenderetes y expositores en el exterior, incluso algunos maniquíes, y mesas con manteles donde los comerciantes tenían su mercancía. Sin lugar a duda allí la noche era peligrosa. Pasaron por delante del salón: puertas abiertas, gente que entraba y salía, y Viedma miró hacia las ventanas intentando verla. Se preguntó cuándo acabaría tropezándose con ella.

¿Sabría que él estaba allí?

Era una casa rectangular con una gran puerta, lo suficiente para que entrase un camión. Había una ventana de tamaño considerable, posiblemente con un mostrador. La casa del mauritano estaba a un centenar de metros del aeropuerto. Era el límite de El Aaiún. Las alambradas se veían desde la casa y cortaban la carretera que ascendía a unos riscos. Unos tiradores hacían guardia en un puesto. Entre ellos debía de haber un oficial, porque el reflejo en sus prismáticos era evidente.

—¿Es esto? —señaló Viedma contemplando la descascarillada

pintura verde en la madera. La arena del desierto era implacable. Había un anuncio de
Coca-Cola,
que había perdido el color, y otro de Pall Mall con más brillo.

—Sí, aquí mismo.

—Parece abandonado hace mucho. —Viedma se encajó bien el sombrero—. El sol quema.

—Esto estuvo funcionando hasta hace bien poco —contó el legionario utilizando un sombrero reglamentario con visera y cubrenucas—. Ya le digo, aunque el detenido apenas tenía empleados y no se le conocía actividad. Imagínese, un tinglado de compraventa, con la ciudad cerrada…

—Ya imagino. —Viedma miró la puerta y la empujó, pero estaba cerrada. No había pomos ni tiradores, ni nada que se le pareciera—. Habrá que abrirla.

—No sé quién tiene las llaves. —Maderal se encogió de hombros. Sus ojos eran de hombre noble, sin malicia. Viedma sabía esas cosas con solo mirar a alguien—. Igual en el cuartelillo. Los guardias civiles las deben de tener. O Mulero en la comandancia. Allí está el juez militar.

—Dale una patada, anda.

—Pero, comisario —se asombró—, que yo no quiero líos.

—Yo soy la policía, chaval —sonrió Viedma—. Ábreme la puerta, venga, mozarrón de Erandio. Un patadón seco y directo, como si fueras Ignacio Uribe.

El golpe fue seco y la puerta quedó abierta a pesar de los dos cerrojos y el fechillo pasado. Fernando lo felicitó. Juan Maderal Oleaga sonrió para añadir un patapúm y romperla como en las películas.

El interior era lo esperado, un almacén vacío con un mostrador con balanza y otra más grande a un lado para pesar sacos. La registradora con la caja abierta. Un bloque de facturas escritas en árabe y una pared con referencias de medidas, así como palabras en árabe y español. Una especie de diccionario. Todo muy anodino. En la papelera del mostrador junto a una silla negra acolchada había una foto de Nasser convertida en una bola arrugada. Las gavetas del mueble estaban vacías.

—¿Seguro que esto estaba funcionando antes de que detuvieran

al encargado? —preguntó Viedma sin esperar respuesta—. ¿Dónde está la puerta que lleva al túnel ese?

—Venga conmigo. —Y, diligente, Juan Maderal cruzó a grandes zancadas la nave seguido por el policía—. Aquí está —señaló a la izquierda, junto a un retrete oculto tras una pequeña pared encalada. Al lado una puerta sin pintar con un tirador en forma de bola, una cerradura rota y cemento uniendo la hoja con el marco.

—Sellada con ganas —se quejó Viedma con fastidio pasando la mano por la capa de cemento. La luz entraba por las rendijas de las ventanas que había en esa zona. Un tragaluz sobre el retrete hacía su trabajo. Vio huellas de gatos por todas partes mientras miraba por los alrededores buscando algo para golpear—. ¿En el *jeep* tendrá un martillo o similar?

—No sé —respondió Maderal—, se ve grueso esto. —Miraba con ojos de perito en cemento—. Tal vez con la bayoneta.

—Tráigala. —Y, de repente, un escalofrío recorrió la espalda de Viedma. El maletín estaba en un vehículo sin puertas en medio de un camino sin vigilancia—. Y traiga también la maleta.

Respiró aliviado cuando vio el cuero rojizo de la elegante maleta. Lo siguiente sería buscar cómo y dónde guardar aquella auténtica bola carcelaria que colgaba de su tobillo limitando sus movimientos. Maderal, ajeno a sus pensamientos, comenzó a clavar la bayoneta en el cemento buscando la línea que liberase la puerta. Fernando miró cómo la fortaleza del joven bilbaíno fracturaba poco a poco la sólida unión, lanzando pequeños trozos al suelo.

—Ya casi está —dijo Maderal sudando la gota gorda cuando la puerta ya volvía a tener su canal a la vista.

—Pues solo queda abrirla.

Una escalera tallada en piedra bajaba justo delante de ellos. Dinteles y columnas del mismo tipo que los escalones, se veían las marcas de los cinceles en un túnel que parecía tener varios siglos. Maderal sin esperar ordenes, como buen *legía*, cogió un palo e improvisó una antorcha con un trozo de tela que encontró en el suelo. Viedma prestó su mechero de gasolina, ya que si esperaban por el chisquero del soldado iban listos.

Bajaron los escalones, con Maderal delante iluminando el camino. Viedma metió la mano en la sobaquera para sacar su Astra, no sabía qué había al final de la escalera. El muchacho iba

desarmado, pero él no pensaba dejarse coger. Vio escarpias repartidas en la pared y supuso que serían para colgar antorchas. La escalera se le estaba haciendo larga y cada vez más estrecha.

—¿Sabes la historia de la campana de Huesca? —preguntó.

—¡Ahí va, la hostia! Yo de Huesca solo conozco al brigada Gutiérrez y es un pedazo de cabrón.

—Ramiro II, rey de Aragón, hizo bajar a los nobles que desafiaban su autoridad por una escalera estrecha que daba a un patio donde se tocaban las campanas de la torre. Los nobles fueron bajando uno por uno, no cabían más. Cuando traspasaban la puerta, esta se cerraba y ahí estaba el rey con su espada cortándoles la cabeza según entraban.

—Vaya bestia el Ramiro —rio Maderal—. Anda que si nos cortan la cabeza nada más salir… Un vasco y un… ¿De dónde es usted?

—De Madrid.

—Pues un vasco y un madrileño por el Sáhara buscando sus cabezas —hizo sonreír a Viedma—. Casi nada. Titular en *Pueblo*, eso seguro.

La escalera terminaba en una especie de pequeño arenal, desde donde no veían, pero sí oían una corriente de agua. Fernando siguió la antorcha, notando cómo la oscuridad se iba diluyendo de forma rápida. Pasaron un recodo y, frente a ellos, apareció un pequeño lago subterráneo iluminado por una gruta de unos dos metros de ancho donde se recortaba el cielo azul del exterior, casi una puerta natural que daba al desierto.

—Ahí lo tiene —le mostró el legionario—. Le han puesto esas alambradas para que no pase nadie. Supongo que lo sellarán con cemento para que quede mejor. Pero hay mucho lío.

—¿Y esta agua?

—Se aprovecha en la ciudad en aljibes y pozos, pero la mayoría de las aguas que salen de los grifos son de potabilizadoras. —Maderal arrugó la cara—. Así que aquí todo el mundo bebe embotellada.

—O sea, que por aquí han estado saliendo y entrando de la ciudad…

—Sí, aunque no habrán podido ser muchos. Ya ve lo angosto y escondido que está esto.

Viedma se encogió de hombros, no entendía por qué no podrían haber sido cientos en fila india, degollando a troche y moche.

—¿Sabe dónde está el ifniense detenido?

—¿Quién?

—El encargado detenido por meter gente por este recoveco.

—Ni idea —respondió Maderal con naturalidad—. Supongo que en el cuartelillo. O vaya usted a saber.

—Pues vamos —liquidando el asunto de la visita turística.

Osorio le sonrió afablemente cuando entró, sorprendido de verlo tan pronto por allí, aunque, para ser sincero, el veterano guardia civil pensaba no encontrárselo de nuevo. No le gustaba aquel hombre, ni lo que le habían contado el día anterior unos amigos con los que contactaba por su equipo de radioaficionado.

—Buenas, comisario —simuló efusividad—. ¿O era inspector?

—Lo que a usted más le guste —cortó Viedma, acostumbrado a los que ya sabían de su vida más que él mismo.

—Si venía a interrogar a la Dueña, la soltamos ayer nada más irse usted —se encogió de hombros con una sonrisa bobalicona.

—Déjese de dueñas —Fernando puso tono de hartazgo—. ¿Dónde tiene al ifniense que detuvieron por lo del túnel ese del acuífero?

—¡Coño! ¿A Nabil Dirar? Menudo pájaro de cuentas —rio Osorio con una buena carcajada antes de ponerse serio otra vez—. ¿Y qué tiene que ver ese con el asesinato?

—¿Dónde lo tiene?

—En un calabozo esperando a que haya un hueco en el juzgado para que el juez lo despache al presidio.

—Pues al interrogatorio con él.

Osorio volvió a encogerse de hombros y dio una voz. Uno de los guardias recibió la orden de coger las llaves y llevar a Nabil Dirar a la sala de interrogatorios.

—¿Cree usted que ese mangante está metido en esto?

—No sé —negó con la cabeza el madrileño.

Nabil era un desgraciado, se le veía a la legua. Ojos saltones, grandes bolsas debajo de ellos, nariz aguileña, rostro fofo, una barba rala que le crecía en la barbilla, calvo en lo alto de la cabeza y endeble como un esparrago guisado. Movía la cabeza en un permanente asentimiento, casi como un temblor. Puso cara de

asustado, pero no fingió, aunque él creyera que sí. Viedma lo vio en la misma sala que a Almudena el día anterior. Evitó el deseo de darle un guantazo. Ese era carne apaleada, no necesitaba trituración previa.

—Nabil Dirar —le dijo haciendo como que su nombre estaba escrito en la carpeta con todo el asunto del crimen—. Es usted Nabil Dirar, ¿sí o no?

—Sí, lo soy, señor policía —respondió el hombre, servil.

—Pues responda, ¡coño!, que no tengo todo el día. —Fernando aceleraba la tensión.

—Sí, señor policía, perdóneme usted. —Juntó las manos como si fuera a rezar.

—Vamos a ver, Nabil —le clavó una mirada de crueldad feroz—. Te voy a enseñar una foto. —El moro asintió—. Tú me vas a decir lo que sepas, todo lo que sepas. Si me mientes…

—No, señor policía, yo no miento, es pecado contra Dios.

—Muy bien. Si me mientes, no saldrás de aquí hasta que digas la verdad. Y yo sabré cuándo es eso. Entonces podrás marcharte de aquí. Ni siquiera verás al juez. Te largarás y punto. ¿Entendido, Nabil Dirar?

El moro, concentrado en su voz, cabeceó asintiendo.

—Sí, señor policía. Yo quiero colaborar, yo siempre digo la verdad.

—¿Quién es este? —le señaló Fernando sacando de la carpeta la foto del moro señoritingo asesinado en La Nacional.

—No sé su nombre —respondió Nabil horrorizado.

—¿Pero le habías visto antes?

—Sí, en el túnel —hizo un gesto con las manos—. Usó el túnel tres veces la semana pasada.

—¿Iba solo?

—No, con un hombre grande con barba grande…

—¿Este? —cortó Viedma enseñándole la foto del barbudo con el tatuaje en la muñeca.

—Sí, ese… —apuntó Nabir con el índice— ese mismo, señor policía. Hombre malo, muy peligroso.

—¿Por qué peligroso?

—Cara de eso, siempre serio.

—Bien. —Viedma buscó la foto del Punzón en el archivo para

mostrársela—. ¿Y este? ¿Atravesó el túnel también?

—No —contestó el moro fijándose con detenimiento—. Nunca he visto.

—Míralo bien.

—Nunca he visto —se reafirmó y su papada tembló. «Dice la verdad», juzgó Viedma—. No es el español que los acompañaba el último día que pasaron.

—¿Qué español?

—Un hombre alto, bien parecido, con pelo blanco, pero también negro, barba bien cuidada, piel marrón —hizo un gesto con los dedos— como aceite. Viste ropa del desierto, túnica, chilaba, capa y botas de montar, grande fajín. Él habla marroquí, pero yo sé que es español. Yo noto, pero no digo nada.

—¿Habla contigo?

—No, nunca —dio un violento golpe con la cabeza—, con Nabil no habla ninguno. Yo solo los cruzo. Hablan unos con otros, yo oigo.

—¿De qué hablan? —Viedma le pidió a uno de los guardias que trajera agua para aquel hombre, que asintió agradecido.

—De un negocio que terminar e irse cuanto antes y que cosa se pone fea pronto. Pero nada más, otro rato callados, no dicen más.

—¿Cuál de ellos te paga? —preguntó Viedma mirando cómo bebía con la desesperación del que piensa que sabe Dios cuándo volverá a tener agua en un vaso.

—Ninguno de los tres —negó el moro mirando la botella y volviendo a llenar el vaso cuando el policía afirmó.

—¿Entonces? ¿No lo harías gratis?

—No, gratis nunca —bebió agua y fijó la mirada en Fernando Ramírez de Viedma con un servilismo casi perruno—. A mí me pagó un español… No el de la foto, no, señor policía.

—¿El que cruzó?

—Tampoco —hizo pequeñas reverencias—. Es un hombre mayor, con el pelo cortado de forma extraña y con gafas de sol oscuras.

—¿Se puso en contacto contigo? —preguntó Viedma recordando al cliente estrambótico del hotel.

—Vino un día a mi casa con Omar y me dijo que en hotel.

—¿El recepcionista del hotel La Nacional?

—Sí, el mismo, ese —asintió largamente—. Me dijo que en hotel había cliente interesado en pasar varias veces gente importante. Pagaba bien, muchas pesetas. Yo dije que sí… Otro día vino ese hombre de traje para gordos, pero él flaco, y me da doscientas pesetas por pasarlos las veces que falta haga. Nabil cogió dinero y los pasó. No preguntas.

—¿Siempre a los tres?

—No, al español disfrazado de marroquí solo una vez, la última.

—¿Les abrías siempre cuando entraban?

—A veces, pero otras… yo solo cojo dinero y Omar se encarga. Yo doy llave. No sé más.

—O sea, que Omar no sabe si el día del asesinato salió alguien por su salida.

—Alguien salió, pero no sé quién.

—¿Cómo es eso?

—Porque la mañana siguiente llave puesta en clavo junto a puerta —dijo el moro con vehemencia—. Señal convenida.

Fernando vio el pozo seco, miró a Osorio y asintió.

—Usted dirá —habló el guardia civil.

—Yo ya he terminado. —Fernando se puso de pie ante la mirada sorprendida y temerosa de Nabil, que intentó decir algo—. Suelte a este hombre.

—¿Seguro?

—Seguro.

Nabil se quedó en la sala dando gracias a Viedma, se arrodilló para dar muestras de su adoración y comenzó a rezar. Mientras, los dos hombres salieron del cuarto.

—¿Está usted seguro? Perdóneme que insista —dijo el canario.

—Este hombre ha dicho la verdad, tenía mucho que perder y nada que ganar —sonrió Viedma mientras se llevaba un Lucky Strike a los labios para encenderlo—. Ni siquiera le hemos quitado las doscientas pesetas.

—¿Detenemos a los sospechosos?

—¿Qué sospechosos?

—Los que ha dicho este desgraciado —repuso Osorio con tranquilidad.

—De eso nada. —Viedma fumó con parsimonia mirando los carteles pegados en la pared del pasillo—. No se detiene a nadie

hasta que yo lo diga. Por ahora solo tengo hilos por los que tirar, no pienso cortarlos. Puede que los otros tengan mucho más que ganar.

—¿Y si este les va con el cuento?

—Es que este no les va a ir con nada. —Ante la extrañeza de Osorio, añadió—: A este me lo saca de El Aaiún.

—¿A dónde?

—A donde sea. Por mar o por aire —remarcó Viedma con una mirada directa—. Y a cualquier sitio que esté lejos de Marruecos. Me da igual si es Canarias, la península… Lo quiero lejos cuanto antes y custodiado por uno de sus hombres hasta que se monte en lo que sea que lo saque de allí.

—Tiene mujer.

—Pues se va con él. Que un guardia lo acompañe hasta la casa, que recojan todo lo que puedan cargar y humo de aquí.

—El Pretoria está amarrado en el puerto —dijo Osorio mirando hacia la nada.

—¿El Pretoria?

—Sí, es un barco mitad mercante, mitad de pasajeros, que hace escala en Santa Isabel.

—¿El destino final es Guinea?

—No, África del Sur.

—Pues donde le llegue el presupuesto para el pasaje. ¿Cuándo sale?

—Esta tarde.

—Pues rápido —dijo Viedma caminando por el pasillo hacia la salida antes de parar y volverse—. Pero en vez de que lo custodie un guardia, que sean dos. Que se note que lo sacamos con todos los honores. Pueden cantar el himno de la Benemérita a coro como despedida.

Salió silbando el himno de la Guardia Civil y Maderal dejó el ejemplar de Blanco y Negro para volver al calor del cercano mediodía.

—Voy a comer a la pensión —le dijo al legionario mientras sacaba el maletín del *jeep*—. Usted espere a que saquen al preso y vigile qué hacen los guardias. —Maderal, serio y callado, asintió ante las órdenes—. El guion es que lo lleven a su casa y de allí salga con su mujer y equipaje rumbo a un barco que está en el muelle. Ojo al parche. Fíjate en todo. Si ves algo extraño, algún tipo que

mira demasiado o lo que sea… Quédate con todo.

—A sus órdenes.

—Cuando acaben, espéreme en La Nacional.

—¿En cuál?

—En el salón.

—A sus órdenes. —Casi se cuadró.

Viedma se marchó. No debería haber quedado en La Nacional. Hasta ahora había evitado verla.

Sentado en la misma mesa en que desayunó, Viedma tomó el almuerzo. Sopa de pollo con fideos, como primer plato, migas con carne como segundo. El postre fue un flan. Todo con una cuarta de vino y agua mineral. Servido por Omar, que a zalamero no le ganaba nadie. Lo observó sin mencionar nada. No pensaba detenerlo por el momento. Le oyó comentarle las bondades del vino, por supuesto él no había bebido nunca, ya que su dios se lo prohíbe. Fernando hizo su papel de hombre despistado, casi tontorrón. Vio cómo Omar se sorprendió porque no era el policía del día anterior, serio, mal encarado y cortante. En ese momento se mostró diferente, tartamudeando, con debilidad y timidez, y sonreía y asentía a todo lo que el saharaui le decía.

Los tres de
CAMPSA
estaban pendientes del parte que escuchaban en la radio. «O se calla o sube el volumen», le protestaron a Omar. Desilusionados ante el silencio de noticias sobre el Ifni, le pidieron que lo bajara cuando dieron las noticias deportivas. El alemán estaba en su mesa, comía con apetito moviendo la boca como un rumiante, asintiendo con la cabeza cuando alguien lo miraba. Viedma terminó la comida y permaneció un rato haciendo que escuchaba la radio. El extravagante no apareció, la mesa estaba libre. Fernando no pensaba preguntar nada, demasiado pronto para significarse. ¿Habría dejado el hotel? ¿Se le habría escapado? Tendría que averiguar si seguía siendo huésped, pero no sería por Omar, ese era tan sospechoso o más que Extravagante.

—¿Café, señor? —le ofreció servicial Omar con una bonita cafetera en la mano y unas tazas en la otra.

—No, gracias, quiero dormir un rato de siesta. —Fernando se excusó en su papel de funcionario haragán.

Omar siguió con el reparto de café. Los de CAMPSA quisieron coñac. Viedma se levantó para irse a su habitación. Eso sí, con parada rápida en la recepción, ya que el recepcionista ejercía de camarero.

Miró en el mueble. La llave del extravagante no estaba, pero tampoco las de los otros huéspedes colgaban en los clavos con los números. Viedma maldijo la costumbre de no dejar la llave en la recepción. Escuchó las conversaciones que llegaban del comedor, donde Omar hablaba con el alemán. Así que tenía tiempo. Pasó dentro del mostrador, abrió el primer cajón y allí estaban amarradas con un hilo de bramante las tarjetas de la policía. Buscó la de Extravagante, estaban las de los tres empleados de CAMPSA, la del alemán, un tal Otto Reinke, y también la de Arnaldo Wilfrido Tatalla Ansuné, natural de Montevideo, con pasaporte español, residencia en Madrid y abogado de profesión.

¡Cómo no! Viedma no escribió nada, ya se lo había apuntado en la cabeza, costumbre que aprendió en la guerra. Los papeles costaban vidas, se perdían, acababan en manos de este o del otro y, al final, en agujeros en la frente al fondo de una fosa común.

Dejó todo como estaba y subió las escaleras hacia el tercer piso. Buscó la habitación de Arnaldo Wilfrido. Le encantaban los nombres novelescos. Era la del fondo del pasillo. Pegó la oreja a la puerta de finas láminas de madera y mucho cartón por dentro, casi un altavoz de lo que pasaba en su interior. Silencio. Allí no había nadie. Viedma llevó la mano al pomo para forzar la cerradura utilizando la llave de su habitación. Con un golpe de muñeca y un movimiento enérgico, cedería como tantas otras. ¿Un zumbido? Sonó dentro de la habitación. Se concentró, quería saber lo que era. Con la oreja pegada y la visión nublada durante un momento, solo escuchó. ¡Joder! No era un zumbido, sino una voz hablando en árabe. ¿Rezando? Oyó un pequeño chasquido. Era una radio. Wilfrido hablaba a una radio.

—La información sobre el sujeto tiene que ser inmediata —dijo en un árabe perfecto—. No hay posibilidad de retraso.

—Los esfuerzos del Yeicht Taharir están en proporcionar la información —respondió una voz casi inaudible.

—La localización del individuo es prioritaria —apuntó Wilfrido —. ¿Um Sidi está al tanto?

—Desde el principio, informes diarios.

—Corto.

Viedma se apartó de la puerta y esperó. Oyó el sonido de la radio en el comedor mientras algunos volvían a sus habitaciones en la planta de abajo. Pegó el oído a la puerta de nuevo y oyó roncar a Wilfrido. No había nada que hacer. Bajó a su habitación y recogió el maletín con el dinero. Ni loco pensó dejarlo allí.

Maderal condujo a toda prisa contándole que al moro y la mujer los habían subido en el barco rumbo a Guinea, que ella iba dando gritos y llantos, pero que los dos guardias se quedaron en el muelle hasta que el buque soltó amarras.

—Allí no había nada raro ni nadie mirando. Los de siempre, un par de *pistolos* haciendo guardia, los de los tenderetes vendiendo, la de la taquilla, los de aduanas… —dio un silbido—. En resumen, los mismos de siempre.

Las calles estaban vacías y hacía un calor endemoniado. La gente había vuelto a desaparecer. Los niños regresaban de la escuela. Viedma se preguntó qué sería de ellos si los del Ejército de Liberación tomaban la ciudad.

—Pues aquí estamos —dijo Maderal al detener el *jeep* frente al viejo almacén del mauritano cuyo encargado, sin comérselo ni bebérselo, estaba rumbo a la isla de Fernando Poo, tres mil quinientos kilómetros al sur.

—¿Ya ha comido? —le preguntó Viedma.

—No.

—Pues vaya a almorzar, que paga el ministerio. —Le extendió un billete de veinticinco pesetas con la cara de Isaac Albéniz en un color violeta que Maderal, sorprendido, se resistió a coger—. Venga, hombre, dos platos, postre, copa y puro.

—Gracias, usted sabrá —respondió haciendo una pequeña mueca con los labios.

—Eso sí, en una hora lo quiero aquí.

—O sea —estaba extrañado—. ¿Usted se queda?

—Sí.

—¿Solo?

—No —Viedma cogía una pequeña pala de trinchera de la caja

de herramientas en la trasera del todoterreno—, me quedo con esto.

—¡Ah!

—Usted márchese, almuerce y… —Fernando miró su Longines en la muñeca— a las tres lo quiero aquí. Si no estoy, espere.

—A sus órdenes.

Maderal comió como un ministro: garbanzos con chorizo, bistec a la plancha con patatas fritas y ensalada, tarta, café y puro. Y la dueña le había recomendado un *brandy* de Osborne que estaba de lujo. Ya la habían soltado del calabozo, parecía que no tenía nada que ver. El Osorio, que era un cabrón. Luego volvió a toda velocidad a buscar al policía, que salía por la puerta cuando él enfilaba la recta para recogerlo.

—Buenas —le dijo a aquel hombre de unos ojos grandes que cambiaban según su mirada.

Le habían contado que, tras la guerra, Viedma había matado a todo rojo que cayó en sus manos, que era un tipo de cuidado, y que muchos mandos le tenían miedo, que mató al general ese de Barcelona que preparaba algo contra Franco. A él no le parecía gran cosa. Era cierto que tenía la cara de muchos policías, seco, serio, firme, y físicamente era delgado, sin mucho que destacar. No creyó que aguantara una hostia bien dada. Pero quién sabía.

—¿Mucho rato esperando?

—Qué va, acabo de salir. —Viedma le olió el alcohol en el aliento—. ¿Estaba buena la comida?

—En La Nacional se come mejor que en la casa de un marqués —aseguró el legionario, que se dio cuenta de que la maleta ya no estaba, pero la pala había vuelto a la caja de herramientas. La había enterrado y le había pagado veinticinco pesetas para que lo dejara solo—. ¿Dónde vamos?

—Volvemos a La Nacional.

—A sus órdenes —dijo girando el volante despacio para hacer el cambio de sentido.

—Parece que hace más fresco hoy. —El vasco lo miró como si estuviera majara y Viedma sonrió—. Si los asesinos entraron por esa cueva, ¿de dónde vendrían? —Maderal lo observó concentrado—. Pregunto porque si iban y venían casi a diario, como si esto fuera el túnel de la risa, no podría ser de un sitio muy lejano. Vamos, digo yo, y está claro que, mirando el mapa, lo más cercano es Smara o

Villa Bens.

—No se crea —dijo el legionario justo en el momento de saludar con la pita a otros compañeros que iban cargando un rollo de alambrada por la carretera—. No hace falta ir tan lejos. A treinta kilómetros de aquí hay un río seco, donde medio ejército de *jamidos* acampa allí como Pedro por su casa. La Saguía, Edchera, el Hamra, Tafudart… Zona rebelde. Mandan a la aviación, y todo más desierto que el desierto, pero esos cabrones van y vienen. También hay muchos campamentos de saharauis nómadas, de tribus que unas veces odian a los marroquíes y otras no tanto.

—¿Aliados?

—Sí… —estiró la *i* mientras aminoró la velocidad para entrar en el centro de El Aaiún, que seguía despoblado por el calor—, en teoría sí lo son, pero hay de todo. Son aliados del «verlas venir», ya sabe. De todas maneras, hay de dos tipos: los Erguibat y los Oulad. Dicen que unos son más guerreros y los otros más suaves… A mí me parecen lo mismo. ¡Qué quiere que le diga!

La Nacional estaba abierta y con vida en su interior. Siempre era un sitio donde todo el mundo iba, como una plaza de pueblo, según le contó Maderal. «Y cuando hay artistas, ya no cabe un alfiler». Viedma bajó del vehículo y miró al soldado.

—Yo me quedo aquí. Quiero que usted vaya a la pensión y vigile los movimientos de los que entren y salgan, pero sobre todo los del conserje y de un cliente con gafas oscuras, pelo estrafalario y un traje tres tallas más grandes con una cadena de reloj grande como las de la catedral de Sevilla.

—A sus órdenes.

—Vuelva para cenar y me informa. —Caminó unos pasos hacia el salón antes de retroceder y, sin motivo aparente, darle una explicación—. No podía dejar que viera donde enterré el maletín. Le podría costar la vida.

Maderal asintió y se marchó rumbo a la pensión. Viedma entró en La Nacional, temeroso de lo que se iba a encontrar allí.

Sonaba música desde unos altavoces repartidos por la sala, coplas alternadas con lo que se llamaba música ligera por aquellos tiempos. Carmen Sevilla cantaba *Requiebro* cuando entró.

Era un sitio luminoso, sorprendentemente fresco y lleno de vida. Había una veintena de mesas ocupadas y otra treintena libres. La

barra a medio llenar, clientes de todo tipo, militares, civiles y por fin mujeres, que hasta ahora apenas había visto. Buscó una mesa donde sentarse, porque había varias ocupadas por suboficiales jugando al mus y al envite. Unos civiles lo hacían al dominó. Allí estaba Osorio también, que le saludó con una sonrisa poniéndose de pie. Un apretón de manos, un cómo va todo, y volvió a la partida ante las miradas impacientes de los otros participantes. Al final, encontró una mesa redonda como todas, pintada de rojo como una mitad, y las otras eran verdes, como si se tratase de un gran traje de faralaes. A su derecha había una columna, también roja, de la cual colgaba un geranio florido y un cartel de la corrida de toros en la plaza de Santa Cruz de Tenerife enmarcado junto a la ventana. Viedma se sentó en la cómoda silla de madera y miró las tres cabezas de toros que decoraban aquella maravilla de local.

—¿Qué va a ser? —le preguntó un muchacho saharaui con pinta de relamido, vestido con un pulcro uniforme de camarero, mandil y gorrita, y todo bordado con su nombre: Mohamed.

—Fino —respondió Fernando Ramírez de Viedma sacando un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta.

—¿Alguna marca, señor? —Mohamed hizo una ligera genuflexión.

—Tío Pepe.

Mohamed salió zumbando hacia la barra para dar la comanda que preparó el veterano rifeño de expresión dura. Era una especie de bestia mitad halcón mitad oso. Sin duda tenía que imponer mucho a cualquier *legía* que se envalentonara con el bebercio. Mohamed volvió con la copa. Viedma asintió para dar un pequeño sorbo, observando todo, las risas, las conversaciones, los grupos que se hacían y deshacían. La sala se fue llenando. Ella no aparecía por ningún lado.

Castromonte entró. Venía con su mujer.

—Mi mujer, Ascensión —la presentó cuando se sentaban en la mesa con él.

Fernando los invitó a que lo hicieran mucho antes de que ellos lo pensaran. Sabía que se iba a encontrar con ella en un momento y no quería estar solo.

—Encantado.

La conversación fluyó como la bebida y los platos de comida.

Castromonte traía a su mujer a cenar, como hubiera hecho en cualquier otro destino. La trivialidad se acabó cuando Ascensión le preguntó a Viedma si el Punzón estaba en El Aaiún. Sin duda debía de ser esa la comidilla de la ya de por sí asustada y cercada ciudad.

—No podría decírselo —respondió Viedma siendo sincero antes de añadir—: pero por lo que he conocido hasta ahora, lo dudo muchísimo.

Las caras del matrimonio mostraron una sorpresa decepcionada mientras sonaba Gloria Lasso en la gramola que tenía un cartel de «una canción, una rubia».

—O sea, que no.

—No, casi al ochenta por ciento —se reafirmó Viedma improvisando el porcentaje y miró al brigada legionario—. ¿Y las cosas en el Ifni? ¿Sabe cómo van?

—Los paracaidistas están saltando por todas partes. Liberan puestos aquí y allá, misiones y demás. Aunque les está costando mucha sangre.

—Como en todas las guerras —dijo Viedma.

—Oficialmente no hay guerra en el Ifni.

—Pero sí les va bien y consiguen tomar las posiciones.

—Toman los fuertes para evacuarlos, destruirlos y llevarse todo lo que se pueda a Sidi Ifni.

—¿Destruirlos?

—Sí, no se está luchando por el territorio.

—O sea, que solo es mantener Sidi Ifni.

—Eso parece —dijo Castromonte intentando reprimir lo que pensaba. Era un legionario y no pensaba significarse.

—¿Y aquí en el Sáhara?

—Pues ya ve, mucha alambrada y mucho puesto de tirador con *pistolos* cagados de miedo haciendo guardia por la noche. Todo cojonudo. —El brigada desvió la vista a la máquina de discos antes de volver a mirar al policía—. ¿Sabe que hay un oficial, un teniente, que ha inventado un sistema para lanzar bidones de gasolina desde nuestra aviación y que exploten cuando tocan tierra?

—¿Y las bombas? —Viedma se sorprendió.

—No están diseñadas para ser lanzadas a tan poca altura como se tienen que lanzar aquí. Y cuando pides un ataque aéreo las bombas no estallan al caer.

—Pero…

—Pero no estallan. Son como sus aviones, con más trienios que los tercios de Flandes. —Castromonte apuró su copa—. Y sin olvidarnos de la precisión de nuestra vetusta armada.

—Francisco —lo llamó nerviosa su mujer—. ¿Bailamos?

—Sí, sáquela a bailar —lo animó Fernando al ver el movimiento que se iba formando junto al escenario.

Entonces hubo un revuelo en la entrada y apareció el coronel Mulero con su mujer. Los saludos militares se sucedieron al tiempo que Mulero estrechó la mano a civiles que eran las fuerzas vivas. Luego se fijó en Viedma antes de pararse junto a su mesa.

—¿Hemos avanzado algo, comisario?

—Algo —le contestó el policía, que vio cómo la tensión se marcaba en su rostro.

—Pues quiero estar informado de todo. Sé que se ha liberado a un detenido. —Mulero tenía las ojeras más oscuras que hacía dos días y las arrugas más profundas—. Mañana no, pero pasado quiero un informe.

—Lo tendrá —respondió Viedma, pensando que igual se lo daba antes de coger el avión para salir de allí.

—Disfrute de la noche, si es que los *jamidos* nos dejan.

Viedma asintió y los vio alejarse hacia las mesas frente a él, con una zona de baile de por medio, y de repente la oyó.

Almudena Mos de Larrea salió de detrás de la barra a saludar a los parroquianos. Llevaba una falda de tubo negra hasta por debajo de la rodilla, una elegante camisa blanca de manga larga como de satén o seda con un botón abierto por debajo de su cuello, zapatos de tacón negros y medias oscuras. El pelo rojizo tornasolaba como un vino tinto, suelto, largo hasta los hombros, peinado con una ondulación que Viedma no recordaba. Lejos quedaba mil novecientos cuarenta y cinco. Ligeramente maquillada, para no tapar la dulzura de su piel blanca, de una palidez bañada por ese Cantábrico que la vio nacer. Y sus ojos grandes oscuros, esos sí que seguían siendo los mismos, al igual que todos los encantos de la jovencita que lucía el uniforme de la Sección Femenina en la colección de postales de «Mujeres de Falange», o en esas fotos donde salía guapísima saludando brazo en alto, delante de un cielo enorme en blanco y negro.

Fernando la vio pasar sin fijarse en él. Sintió el deseo de marcharse, lo reprimió y respiró profundamente. Por un momento su memoria viajó a una calle de Madrid, en la algarabía del día de la Victoria, cuando una muchacha, casi una niña, de dieciséis años, vestida con una camisa azul, reía divertida mientras un organillo tocaba un chotis en plena Gran Vía. Fue la primera vez que la vio. No la conocía, aunque sí a todos los muchachos que estaban alrededor, pero ellos no sabían todo lo que sabía él.

Almudena hacía lo que hacía cada noche: saludar los clientes de su local. La Nacional se llenaba todos los días. Era cierto que no tenía competencia, el resto de sitios en la ciudad no eran para gente decente, nadie llevaría a su mujer a cenar pinchos de pie, comer higos en una esquina de la calle con un moro contando cada uno o a una madera sobre unos barriles donde se servía aguardiente a legionarios borrachos. Aun así, sabía que no era lo corriente en el último mes, lleno de toques de queda, asaltos, disparos de mortero… Pero bueno, entre tantas malas noticias, ese día tocaba celebrar el presente, nada le aguaría aquella buena noche. Hasta que lo vio.

Sus miradas se cruzaron. Sorpresa total y absoluta en la de ella. Nunca esperó volver a encontrárselo, pero allí estaba, en su local, a unos metros, mirándola con esos ojos grises claros, como una especie de animal que se da de bruces con el cazador. Se quedó helada, sin saber qué hacer, paralizada, a pesar de que la música había dejado de sonar y los clientes que bailaban habían vuelto a sus mesas. En el escenario con forma de medialuna, Carmencita la de Ronda, nombre artístico de una de sus cocineras, comenzó su actuación de coplas, seguidillas y pasodobles.

—¿Está usted bien, señora? —se interesó el coronel Mulero cuando la vio allí como una estatua. Ella sonrió y asintió sin decir palabra. Se apartó de la mirada del hombre para dar un rodeo, atravesar el atestado salón y llegar a la barra cuando Carmencita se arrancaba con *La niña de la estación*.

—Ama, ¿quiere usted que lo eche? —preguntó el rifeño Sidi al verla pasar tras la barra con la cara demudada. El veterano de dos guerras, corpulento, marcado por un pasado violento, capaz de dar su vida por su ama, se había dado cuenta de todo. Nada se le escapaba en aquel lugar que consideraba su fuerte, su cuartel, su

plaza y presidio.

—Déjalo —negó Almudena, seria, mientras buscaba un cigarrillo. Cogió el que le ofreció Sidi—. Es un hombre muy peligroso.

—Yo no me arredro —dijo herido en su orgullo—. También soy muy peligroso.

—No te acerques a él —le indicó Almudena Mos De Larrea con un aire de resignación cansada—. Ese hombre es capaz de destruir todo lo que toca, de arruinar la vida de cualquiera.

—Pero, ama… —se quejó.

Almudena lo miró un instante, aunque sus ojos no lo veían a él.

—No me gusta que me llames ama —dijo sin saber muy bien por qué—. Te lo he advertido muchas veces.

—Perdón, ama, pero ese hombre vino con Osorio a ver el salón cuando usted, ama, estaba presa.

—La cara de Sidi era musculosa, dura como el pedernal, con los ojos de un azul claro casi fantasmal.

—Sé quién es y por eso te lo digo. —Lo miró muy seria. Sidi era una especie de encargado, mayordomo y amigo de quien no tenía ni una queja ni el más mínimo problema, todo lo contrario—. No te cruces con él porque lo puedes lamentar. —Sidi asintió intrigado—. Y ahora ocúpate de que alguien limpie todos esos vasos. Tenemos que aprovechar esta noche, no sabemos cuándo volverá a estar esto tan lleno.

Sidi fue a buscar a Munir, un pinche de catorce años que estaba más pendiente de las canciones que de los vasos y platos sucios.

Almudena observó la abarrotada sala. Carmencita sacaba el abanico para cantar *No me quieras tanto*. Recordó Madrid, cuando Jorge le presentó a un muchacho de ojos claros, fino bigote y vestido de civil. Era el único que no llevaba el uniforme de Falange entre todos los allí presentes. Casi tres años mayor que ella. «Este es Fernando, y aunque no lo parezca por las pintas, es un camarada de los más grandes», le dijo Jorge. Él la miró y sonrió mientras le daba la mano con una suave firmeza. A ella le pareció el hombre más guapo que había visto en sus dieciséis años de vida.

Las canciones se sucedieron una tras otra hasta que Almudena ordenó que el foco parara en el filtro amarillo. Era la señal para que Carmencita la de Ronda cantara la última y despidiera la actuación.

Almudena sabía que tenía despedir el espectáculo mientras la noche estaba tranquila. Dudaba que no acabara todo en un estallido de pánico. Miró hacia la mesa donde estaba Fernando junto al brigada Castromonte y su mujer. Estaba igual de delgado, tal vez más que cuando lo conoció. Dieciocho años no pasaban en balde. Recordó una barquita en el Retiro. Jorge haraganeaba junto a los remos, dejando que la embarcación se meciera en el estanque, y ella y Ascensión iban como pasajeras, tumbadas en la popa, mientras Fernando recitaba poesías en la proa bajo un cielo azul sin una nube. «No sé odiar, ni amar tampoco. Y en mi vida inconsecuente, amo, a veces, como un loco u odio de un modo insolente. Pero siempre dura poco, lo que quiero y lo que no… ¡Qué sé yo!», citaba a Manuel Machado mientras ella disimulaba que se moría de amor por él.

Los clientes comenzaron a marcharse, la sala se fue vaciando y las miradas se volvieron temerosas al salir a la calle. Los pasos se aceleraron para llegar a las casas, la Guardia de la Gabardina estuvo de ronda y se plantaron en la puerta de La Nacional para saludar a los allí presentes. Como si miles de soldados acantonados alrededor de la ciudad no les hicieran el trabajo. Almudena estaba en el interior, terminando de contar la caja mientras camareros y cocineros limpiaban todo para dejarlo preparado para el día siguiente.

—Ama —dijo Sidi al acercarse proveniente del salón—. Sigue ahí sentado, no se marcha.

—Pues se tiene que ir —ella dejó de contar los billetes.

—El rubio le dijo que estábamos cerrando y ese le contestó que quería un Barbadillo.

—¿Y?

—Me acerqué para decirle que ya no servíamos, que se tenía que marchar. —Sidi puso cara de perro apaleado.

—Termina de una vez —le espetó su ama, a punto de perder la paciencia con las pausas del rifeño.

—Me contestó que no se podía ir hasta hablar con usted, mi ama.

—Joder —musitó Almudena mirando el billete de cien pesetas que tenía en la mano antes de dejarlo en la caja.

—Dígamelo y lo echo a patadas ahora mismo. —Sidi endureció

la mirada.

—Ponme un coñac —volvió a ordenar su ama con un tono que no aceptaba discusión—. Quien vaya terminando se puede marchar.

La pequeña copa panzona con el licor marrón brillante servida por el Rubio quedó en su mano. Almudena lo pensó, o tal vez no lo pensó, solo salió de la barra y caminó hasta la única mesa ocupada por un hombre que le daba la espalda.

Lo vio allí sentado, como en noviembre del cuarenta y cinco, cuando entró en el tribunal. La misma espalda, el mismo cabello negro, un traje similar… Y supo que era verdad lo que le dijo Jorge. Fernando los había vendido. Era un traidor que lo había contado todo en la
DGS
, que había llevado a la policía a reventar las puertas, las órdenes de detención y la acusación de alta traición para Jorge, Mauro, Arteaga, Clemente y Oti. Los cinco de Falange, expulsados de inmediato, juzgados en la Corte Suprema. La fiscalía pidió la pena máxima para los cinco y veinte años de cárcel para una decena de colaboradores. Almudena se quiso morir cuando lo vio subir al estrado, donde Fernando señaló a sus amigos y habló de una conspiración para matar a Franco. Vio sus ojos, como los de iconos en las viejas iglesias románicas, su rostro transformado como los rasgos horribles de monstruos asiáticos, su voz sin timbre, inexpresiva, con su dedo índice como un arpón que condenaba. Las pruebas salían de su testimonio como dardos ardientes que quemaban la piel de los condenados. Ella quiso suplicarle que parara, que no podía hacer aquello. Vio cómo se bajó del estrado de madera antigua en relieve, con los jueces con aire temible y los policías vestidos con sus gabanes grises. Hacía más frío en la sala que en la calle. Pena de muerte conmutada a cadena perpetua para todos los acusados.

—¿Qué quieres? —le preguntó con la mayor frialdad que pudo y dejó la copa en la mesa, pero no a mano de Fernando, sino como si se hubiera servido un coñac para ella.

—Supe lo del indulto a Jorge —dijo él, tragando saliva nervioso, mientras los empleados seguían recogiendo toda la sala—, pero no sabía que os exiliaron al Sáhara. Pensaba que os habían mandado a Zamora, o a casa de tus suegros o tal vez a Guinea…

—¿No se te ocurre algún agujero peor? —Ella dio un sorbo al coñac, con la mirada dura y fría como un parte médico.

—Cuando me enteré, quise saber dónde os habían enviado. —Se retorció las mangas de la camisa sacándolas de la chaqueta.

—¿Qué quieres? —repitió impertérrita. Recordó todo lo que lloró por el hombre que tenía delante, lo engañada que se sintió.

—Saludarte —él elevó la vista de la mesa hacia su cara.

—Mentiroso —le respondió con tranquilidad—. A ti no te importa nada, ni te importa Jorge ni te importo yo ni te he importado nunca. Tú lo que quieres es solventar el asunto de los asesinatos y nada más.

—No es cierto —agachó la cabeza.

—¿Que no es cierto? —Almudena bebió de un trago el resto del coñac—. Cállate. Ya me engañaste durante cinco años. Te diré todo lo que sé. —Su rostro se contrajo con furia dolorida, como una Andrómaca viendo morir a Héctor.

—Yo… —Fernando no supo qué decir. Allí, mientras los camareros apagaron las luces del gran salón, con los ojos de Almudena atravesándolo, la misión le importó una higa—. Yo… necesito…

—Dos días antes de los asesinatos —Almudena puso los ojos en blanco al comenzar la historia. Fernando la miró, más atento a su gesto que a lo que le contó—, un marroquí muy elegante me pidió alquilar todo el salón para una cena. Nunca lo había visto y me dijo que llevaba dos días alojado en el hotel —se encogió de hombros—. Después supe que era mentira, pero en ese momento lo creí. Omar me lleva el hotel. No tengo motivos para no fiarme de él y tampoco me da parte diario. No corrí a comprobarlo, por si piensas que soy sospechosa. —Fernando siguió sin reaccionar e intentó negar con la cabeza—. Lo cierto es que me negué. La noche del domingo, si los moros no atacan, es una buena noche y ya tengo reservados para alquilar. Pero este quería La Nacional completa, me ofreció quinientos francos y accedí al momento. No traicioné a nadie, eso no lo aprendí de ti —dijo con dureza.

—Entiendo —respondió él casi como un quejido.

—Cerré por la tarde con la idea de irme al cine. Pero esperé arriba a que vinieran. No pensaba dejarle la llave bajo el felpudo ni en ningún sitio. Además, quería aclararle que a las diez acababa el

trato.

—¿Arriba?

—Tengo mi casa en la planta de arriba —Almudena arqueó las cejas—. Por si quieres ir a destrozarla buscando material subversivo.

—¿El moro que te pagó es el que apareció asesinado?

—Sí —contestó seca—. Venía con un gigantón que no hablaba, con barba negra y bigote encerado.

Pensé que eran de la acera de enfrente.

—¿Qué pasó cuando bajaste para irte?

—Tocaron al timbre y les abrí. Eran siete.

—¿Siete? ¿Cómo siete?

—¿Tú estabas allí? —Viedma negó con la cabeza—. Pues déjame contarlo o te marchas y te inventas el informe. Supongo que no será la primera vez. ¿Tienes un cigarro? —Fernando le ofreció uno y se lo encendió con su mechero americano—. Eran siete. Relamido, Gigantón, el beduino al que le mataron a la hija —Viedma puso los ojos como platos y ella lo miró burlona— y los otros cuatro, todos españoles.

—¿Los tres policías? —Fernando alargó la mirada esperando que ella asintiera.

—Sí, apestaban a policía. Inspectores o comisarios. Ni idea. —Y antes de que Fernando hablara añadió—: El otro español, el que llevaba ropa saharaui, no era el Punzón.

Ante la mirada atónita de Viedma, dio una calada al cigarrillo, sujetándolo entre los dedos de una forma muy elegante, aprendida de Barbara Stanwyck o Lauren Bacall, las mujeres que más hicieron por la liberación de la mujer en esos años.

—¿No era el Punzón?

—No me enseñes otra vez la foto, porque Osorio me la mostró mil veces y siempre fue no la respuesta. Ese tipo no estaba entre los que vinieron.

—Continúa, por favor.

—Me dio mala espina que me encargaran comida y bebida para seis y se presentaran siete. Así que no les di la llave, solo les expliqué dónde estaba el reservado y que volvería a las diez, nada más. —Se encogió de hombros—. Cuando volví del cine me encontré a los guardias y todo lo demás. El listo de Osorio me metió

una semana en el calabozo esperando que «llegaran los de Madrid».

—Aparecieron envenenados y después los mataron.

—De eso no te puedo decir nada. La comida que les dejé para la cena era la misma que se sirvió para el almuerzo. Ellos no quisieron camarero. Así que les indiqué dónde estaba la cocina con la comida para servir.

—Uno de ellos envenenó los platos —pensó Fernando en voz alta— o tal vez los dos supervivientes.

—Puede ser, porque los restos del caldero se los llevaron dos de mis camareros para sus perros y siguen como rosas. Así que el veneno lo puso en los platos o en la bebida.

—La autopsia no llega tan lejos.

—En este desierto nada llega muy lejos —dijo ella mirándolo directamente a los ojos—. Lo conozco bien gracias a ti.

—Lo siento —respondió él débilmente, pero con sinceridad total antes de coger fuerzas—. De verdad que lo siento. Nunca quise que pasara nada de esto, y mucho menos que acabaras aquí. Traté de…

Ella lo miró en silencio con sorpresa en los ojos. Buscó un desplante que hacerle, pero no pudo, no lo encontró. Recordó cómo se sintió cuando supo que lo que él había dicho en el juicio era cierto. Jorge se lo confesó dos años más tarde, cuando, con el indulto bajo el brazo, salieron rumbo al destierro en el Sáhara español, escoltados por un guardia civil que los llevó hasta El Aaiún. Destierro de por vida para Jorge, con prohibición de salir del territorio. Ella cumpliría el mismo castigo, con el pasaporte retirado y fichada como mujer de reo condenado por alta traición, a pesar de que no fue acusada de nada.

—Te odié con locura —le dijo con aire cansado—, como nunca he odiado en mi vida y espero no volver a hacerlo. No sabía nada de la conspiración, nunca lo supe. Jorge me lo ocultó. Incluso cuando estaba en la cárcel y yo iba a verlo, lo negaba. Me decía que te lo habías inventado todo para hacerme daño porque me casé con él.

—Nunca quise hacerte daño. —La miró.

Fernando recordó cómo se metió la pistola en la boca la madrugada antes de ir a declarar al juicio. El sabor acre de la vieja Astra 400 y su dedo en el gatillo, el alcohol bebido sin sentido en su estómago, las lágrimas desbordadas por las mejillas, el

remordimiento por lo que había hecho y por lo que tenía que hacer.

—Necesito descansar —dijo ella poniéndose de pie.

—Por supuesto. —Fernando se levantó. El local estaba casi en la penumbra—. Mañana traeré una carpeta con varias fotos solo para que las veas y me digas si reconoces a alguien. También la declaración para dejarte fuera de todo esto.

—Mañana.

Almudena lo acompañó a la puerta. No pensaba llorar delante de él.

—¿Sabes? —le dijo Fernando a punto de cruzar el umbral—. Hace un año estuve en el Pisuerga, en aquel recodo. —Ella lo miró, no pudo hablar—. Sigue allí, y las mismas aguas frías, claras, los matojos de hierbas verdes, los troncos, las piedras lisas en la ribera. Y el chopo, nuestro chopo.

Almudena cerró la puerta y vio asomarse desde la cocina a Sidi y al Rubio. Ambos esperaban a que se fuera aquel tipo siniestro y la miraron con cara de duda.

—Marchaos de una vez —dijo ella con frialdad—. Mañana tendremos un día largo.

Subió las escaleras rumbo a la que era su casa desde que contrató a unos albañiles para que reformaran la sucia bodega que compró Jorge con el dinero de sus padres nada más llegar a aquella mezcla de cuarteles, casas de adobe, edificios de bloques de cemento y jaimas que era El Aaiún en 1947. ¡Diez años ya! Oyó a sus empleados cerrar la puerta. Estaba sola en toda la casa, como lo llevaba estando desde que su marido decidió marcharse. Huir, escaparse o simplemente desaparecer. Ya lo había hecho al año de llegar. Irse al desierto para volver semanas después con una expresión extraña. A veces le contaba cosas de negocios con gente del petróleo o los fosfatos, hablaba de trabajar para ellos, de comprar terrenos cuando sabía que no podía. Los cuentos de la lechera se le iban terminando. También hablaba de política, de argelinos que podrían sacarlos de allí hacia Francia. Cuando todo se esfumaba o la rutina hacía envejecer sus historias, Jorge volvía a desaparecer y ella empezó a darse cuenta de que cada vez le importaba menos cuándo regresaba.

Con el camisón puesto y una rebeca negra de lana, se metió en la cama bajo la manta. Las sábanas estaban frías como las aguas de

un río en Valladolid. Intentó no pensar en eso, pero en momentos como aquel solo los recuerdos de esa época en que fue realmente feliz le traían la vida que necesitaba y ese hombre al que maldecía le había devuelto.

«Amor, señores, ha sido aquel ingenio profundo que llaman alma del mundo, y es el dolor que ha tenido cátedra de las ciencias; porque solo con amor aprende el hombre mejor sus divinas diferencias…», decía Fernando metido en el agua, ella le observaba divertida para responderle mientras entraba en el río.

«Nunca ha de ser el casarse por vengarse de un desdén; que nunca se casó bien quien se casó por vengarse. Porque es gallarda Finea y porque el seso cobró —pues de Nise no sé yo que tan entendida sea—, será bien casarte luego».

Recitaban a Lope buscando fragmentos al azar, pero también poesía. Las dos grandes pasiones de ambos jóvenes que, bañándose en unas aguas cristalinas, no paraban de hablar, acariciarse, abrazarse, sentir sus cuerpos en la primavera de sus vidas. Besaban un amor irreprimible de una juventud recuperada tras los años de guerra. Allí, desnudos, como si no existiera más mundo, un Adán y una Eva que no necesitaban de nada ni de nadie, porque ese mundo empezaba y se acababa en ellos.

Almudena suspiró. Verano de 1940 y de 1941. En esa época era Almudenita, hija de don Marcial el cirujano. ¡Dios! ¿Todo eso habría pasado de verdad o solo fue un sueño de esos que la mente confunde con la realidad? A veces lo dudaba, pero esa noche, Fernando, su Fernando, como una especie de fantasma dickensiano, se le había aparecido justo antes de Navidad para recordarle que tuvo otra vida en donde era ella misma y no la construcción que resultaba de aquel desagradable mundo de los adultos.

Fernando caminaba por las calles oscuras. Pensaba en lo transitadas que estarían las de Madrid a esas horas. Galerías Preciados ya tendría todos los escaparates llenos de adornos navideños y la Gran Vía sería un festival de luz y curiosos. Trataba de abstraerse en ese asunto banal de una ciudad por la que estaría paseando igual o más solo que por aquella especie de pueblo oscuro, silencioso y asustado. Recordaba Madrid para evitar verla a ella bañándose en el Pisuerga, mirándolo con sus ojos negros, con el pelo mojado y su estilizada forma de nadar, aprendida en las

piscinas de la Sección Femenina. Si esas mojigatas hubieran sabido que estaba allí con él, ambos desnudos, enamorados y alegres como nunca, les hubiera dado un pasmo. O igual no.

«Siempre hay un fanático retorcido en algún lugar del mundo gritando de rabia por el solo hecho de pensar que puede haber alguien siendo feliz», le decía mientras le cogía la mano, suave y delicada. Ella sonreía con un asentimiento mientras entornaba ligeramente los ojos.

Viedma apretó el paso. La ciudad estaba silenciosa, con las ventanas cerradas. Menos mal que dejaban las farolas encendidas. Un perro ladró y lo que le pareció un gato surgió de la nada, arqueó el lomo al verlo y desapareció por una esquina. No escuchó tiros, pero sí unos pasos que se acercaban. Pasos apresurados, dispuestos. Venían por la espalda.

—¡Joder, menos mal que aparece! —le dijo Maderal con aire de mal humor—. De esta me meten en el castillo y tiran la llave. El toque de silencio… —Hizo un divertido gesto con la mano—. Ya deben de estar buscándome como desertor.

—No dramatice, que Castromonte sabe que está conmigo —le respondió Viedma con tono de inspector hablando con un policía armado—. ¿Qué tal la guardia? ¿Qué ha visto?

—Casi nada. ¿Tiene un pito de esos americanos suyos? —Viedma le dio la cajetilla, que iba ya por la mitad, y el legionario asintió agradecido y encendió uno de un golpe de muñeca con su chisquero—. El conserje no ha salido de la fonda en toda la tarde, lo he visto liado en la recepción desde la calle. Al que sí he visto es al rarito.

—¿Qué vio?

—Llegó todo manchado. Como si se hubiera estado revolcando en un arenal. El traje todo lleno de tierra. ¡Vaya!

—Que sí, continúe.

—Entró en la fonda y salió a la hora y media con un traje distinto, gris claro, y que le quedaba enorme, las gafas esas tan raras y un bastón con punta afilada y mango de acero pulido. Llevaba un maletín como los de los prebostes. Estuvo esperando en la puerta de la fonda como media hora hasta que apareció un coche negro, un sedán de esos americanos.

—¿Vinieron a buscarlo?

—Sí que vinieron. —Chupó el cigarrillo con cara de pillo.

—¿Y?

—Pues se sentó detrás —explicó—, delante el conductor y con otro hombre de copiloto.

—¿Los reconoció?

—Conducía el teniente Osorio. —Maderal puso una expresión de tahúr en un casino al ver la sorpresa en los ojos de Viedma—. Sí, el guardia civil.

—¿Está usted seguro?

—Al principio solo me lo pareció, porque no llevaba uniforme, pero los seguí —chasqueó la lengua—. Salieron de la ciudad por el puesto del este. Allí me lo confirmó el *legía* que le pidió la documentación. Eran Osorio y dos extranjeros, un uruguayo y un marroquí. Al ver al guardia, no le pidió explicaciones. Solo le dijo que volvería en una hora y así fue.

—¿Lo vio volver?

—Sí, apareció antes de que cerraran el paso. Volvió solo.

—¿Osorio solo?

—Osorio solo —Maderal asintió de nuevo con la borla del chapiri moviéndose.

—¿Vio al otro?

—Qué va. Le digo que vino Osorio solo.

—Pero a la salida ¿vio al marroquí que iba delante?

—No sé. Era un tipo de cara redonda, bigotito estilo Clark Gable, peinado con gomina y raya al medio, con un traje con corbata amarilla y chaleco, así relamido, como esos pijos que trabajan en oficinas en bancos y sitios así.

—¿Algo más? —preguntó Viedma mientras la cabeza le daba vueltas intentando localizar el nuevo orden de las piezas de aquel puzle.

—Osorio metió el coche en una de las cocheras que es del tal Ibrahim y salió para irse a su casa.

—¿Qué tal Ibrahim?

—El beduino ese al que le mataron a la hija.

—¿Vio usted a Osorio meter el coche allí?

—Con estos ojos. Y esta boca preguntó a un vecino que de quién era esa puerta y esa pared. Y me dijo que de Ibrahim.

—Por cierto, ¿usted vio los cadáveres en La Nacional? —Y antes

de que el legionario afirmara, añadió—: Me refiero a si los contó o los vio con detalle. ¿Sería capaz de reconocerlos si le muestro las fotos?

—Yo vi los cadáveres allí, pero tampoco me paré mucho a mirar. Fue verlos ahí tirados y avisar, que tampoco quería líos. Puede enseñarme las fotos si quiere.

—¿Cuántos cadáveres recuerda?

—No sé, cuatro, creo… Con la niña… Yo solo miré y salí de allí.

—Muchas gracias, Maderal —le dijo sinceramente Viedma con la cabeza metida en una turbina, donde todo parecía venirse abajo —. Marche al cuartel y, si tiene el mínimo problema con quien sea, yo me encargo.

—¿Mañana?

—Aquí a las nueve. Desayunado, que va a ser un día largo.

—A sus órdenes, comisario.

La pensión estaba silenciosa y con las luces apagadas. Un transistor sonaba muy quedo con música francesa en una de las habitaciones de los petroleros. No era tarde.

Fernando miró su viejo Longines. Las once y media. En aquella ciudad parecía madrugada. Recordó Montecarlo hacía unos años. A esa hora la ciudad hervía de actividad, de mujeres, cabarés, salas de fiestas, burdeles de clase alta y baja, casinos, con un gentío en la calle impresionante… y él colándose en la tercera planta del hotel Hermitage para meterse en un cuarto lleno de aspiradoras y carros de la limpieza y esperar a que apareciera el asesor de la embajada soviética en Francia.

Subió las escaleras. La puerta de Wilfrido Tatalla estaba cerrada. Tentado estuvo de forzar la cerradura para echar un vistazo, pero lo dejó. Tal vez al día siguiente. No había visto si la llave estaba en la vacía y oscura recepción. Demasiadas emociones para pensar con lucidez. Llegó al pasillo y sacó la gruesa llave, giró el picaporte y la puerta se abrió, perfectamente engrasada. Le dio al interruptor y, con un sonoro clic, se encendió la moderna lámpara del techo. El caos delante de él. Toda la habitación estaba revuelta. La ropa del armario por el suelo, el colchón destripado de un corte con el relleno a medio sacar, los papeles de sus carpetas desperdigados por el cuarto…

Como movido por un resorte, saltó más que corrió para buscar

en el lugar donde dejó la pistola. Suspiró aliviado al verla en el mismo sitio. Las fotos con toda la información del caso estaban esparcidas… Sin lugar a duda no se trataba de un robo, ya que el arma por sí sola valía sus diez mil pesetas. Aun así, registraron bien. Vio golpes en la pared. Tal vez buscaban algún escondrijo oculto en un falso muro, pero desde luego buscaban algo. Sacó un pitillo y se lo llevó a la boca casi sin apagar la llama azul del mechero de gasolina. «Imposible que haya sido el conserje», pensó concentrado, «no hubiera hecho esto en su propio trabajo. Además, hubiera sido más sutil, más sibilino. No necesita romper colchones, ni tirar ropa al suelo». Un crujido en el pasillo. ¿Acababa de oír un crujido en el fondo del pasillo?

Salió a la oscuridad y apagó la luz del cuarto para acostumbrarse. Miró hacia el lugar de donde vino el sonido. Era la escalera que subía a la azotea. Volvió a oírlo. Caminó despacio, casi arrastrando los pies. Sus zapatos no eran los ideales para no hacer ruido, pero, aun así, no sabía lo que se iba a encontrar. Llegó hasta la escalera, empinada y estrecha, y subió en una oscuridad total. Distinguió el interruptor al mismo tiempo que volvió a oír otro crujido. Esa vez fue un golpe, duro, seco, desesperado contra una madera que se rompía. Giró la manecilla del viejo interruptor con forma de mariposa y una bombilla se encendió casi sobre su cabeza. La luz amarillenta le permitió ver cómo un muchacho desaparecía por la puerta rota que había al final. Sus ojos angustiados también desaparecieron de su vista rumbo a la azotea.

Viedma echó a correr escalones arriba y vio la puerta con el cielo nocturno recortado en su extensión. Antes de cruzarla, esperó durante un segundo que nadie lo sorprendiese para darle un golpe en todos los morros. Pero no quedaba otra.

El único golpe en la cara se lo dio el frío. La azotea estaba vacía, o casi. Alumbrado por las farolas de la calle, vio al chico huir a la carrera. Le ordenó que parase, pero él se subió al borde del muro y saltó sin mirar atrás. Viedma llegó segundos más tarde para verlo correr en el edificio de al lado. La caída era de unos metros. Se lo pensó antes de saltar, pero no tenía otro remedio. Sus treinta y nueve años se quejaron en forma de dolor en los gemelos cuando sus pies tocaron el suelo. El chico le sacaba ventaja. Era un gamo, una cabra montesa subiendo una pared en el Pirineo. Pero no se iba

a escapar. Fernando aceleró el paso mientras volvió a ordenarle que se detuviera. Cruzaron los muros que separaban dos azoteas de distintos edificios, pero la calle se acababa pronto, al igual que el resuello del policía.

No había más suelo y el chico lo miró asustado. Viedma le gritó que parase, pero él no pensaba hacerle caso. Subió al grueso tubo de un tendedero vacío y giró para empezar a descender por la fachada. Viedma supo que no podría seguirlo, sacó la pistola y disparó al aire. Su intención era asustarlo, tal vez hacerlo caer para que se quedase quieto en el suelo. Una caída de dos pisos no iba a matarlo, al menos no mucho. Pero al llegar al borde del muro, miró hacia abajo; allí estaba, como una maldita hormiga bajando a toda velocidad hasta pisar la calle de arena prensada. No lo cogería nunca, salvo por Maderal que se acercaba a la carrera.

Juan volvía al cuartel cuando oyó los gritos de Viedma y dio la vuelta al momento para desandar los pasos. Escuchó las órdenes. Estaba claro que sonaban desde las terrazas junto a la fonda. Al llegar a la casa de don Antonio el catalán, relojero y un manitas arreglando todo tipo de cosas, vio a un saharaui por la fachada. Pie aquí, mano allá y saltito suicida para agarrarse en otro lado. El tiro de la Astra del policía resonó como un cañonazo. El moro acabó pisando el suelo para echar a correr, Viedma miraba desde arriba y Juan Maderal Oleaga noqueó de un gancho de izquierda, certero como la mirada de Ava Gardner, al saltimbanqui que se las prometía felices.

—Aquí lo tiene. Pajarito y listo para la sartén.

Fernando llegó empapado en sudor. Hacía frío y temió ponerse enfermo. Maderal lo miró sonriente, estaba como si nada. Veintiséis años. ¡Quién los pillara!

—¿No te lo habrás cargado? —Fernando echó un vistazo al *jamido* inconsciente.

—¡Qué va! —El vasco cerró el puño—. Le quedan seis vidas. ¿Pero este quién es?

—Uno que estaba de registro en mi habitación.

—¡Ahí va, la hostia!

Los faros de un *jeep* se acercaron iluminando la escena con su luz blanca, agresiva como los que iban en su interior. Se bajaron cuatro hombres, arma en mano. Uno de ellos era Francisco Fadrique

Castromonte, brigada legionario que, con un abrigo reglamentario, observó la escena delante de él antes de centrarse en Maderal como si no existiera nada en el mundo.

—¡Coño, Maderal! Ya te imaginaba de desertor uniéndote al moro. ¿Dónde te metes? Que estamos en mitad de una puta guerra.

—Perdón, mi brigada, pero… —Juan se cuadró marcialmente mientras miraba al policía.

—Discúlpelo, brigada —Fernando pone cara de pesar— pero hoy ha sido un día enorme.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Castromonte—. ¡Que se han oído hasta tiros!

Viedma le contó lo del intruso al vallisoletano. Solo lo justo, que tampoco tenía que saber tanto.

—No sé qué buscaba, pero necesito a este hombre a buen recaudo, al menos hasta mañana que lo interrogue.

—Pues se llama a Osorio…

—No, a la guardia civil por el momento no —dijo Fernando, y la mirada de extrañeza se acentuó en el hombre de fino bigote—. Esta noche que duerma en otro sitio. Mañana por la tarde se lo entrega a Osorio.

—No sé qué puedo hacer…

—Métalo en el calabozo.

—¿En el cuartel? —Castromonte puso tono de escándalo.

—Solo por esta noche. —Viedma lo miró fijamente.

—¡Joder, qué lío! —El brigada se quitó la gorra.

—Ande, hágame el favor. Mañana lo tiene fuera.

—Está bien. —Castromonte se dirigió a sus hombres—. ¡Venga, suban a este al vehículo! ¡Que nos vamos de una vez!

Unos guardias de la gabardina curiosos se acercaron. Estaban de ronda, la vida seguía. Viedma volvió al hotel. La cabeza le bullía como una olla de Magefesa.

VIII. Asalto con agresión

3 de diciembre de 1957

Era de noche cuando se despertó y pulsó la perilla que colgaba sobre el cabecero de la cama para encender la luz. El reloj marcaba las siete menos cuarto. No perdió un momento. Cogió su ropa, una pastilla de Heno de Pravia que trajo de Madrid al igual que la toalla y salió hacia el baño. Hacía un frío espantoso en el oscuro pasillo. Todos dormían. Al entrar en el baño comenzó a temblar y recordó el frío en Rusia. Los cuatro meses que estuvo fueron terribles y nunca se alegró tanto de recibir la orden de volver. Dudó si bañarse o no. Giró el grifo, oyó el ruido de las tuberías, como el comienzo de un mambo en el Jahy, y cayó un torrente de agua por la ducha. El ruido fue atronador hasta que las cañerías se dejaron de mover y el vapor llenó el ambiente. ¡Agua caliente! Sonrió pensando en Almudena.

—Un cine, un salón con actuaciones, reservados, máquina de café… —se dijo mientras se metía debajo de la ducha— y una pensión con agua caliente. Eres increíble.

Tras afeitarse, se vistió con una camisa limpia, se echó una mano de Floïd en la cara, se recortó el bigote y se puso gomina Brady en el pelo, no mucha, suficiente para que el peine circulara con suavidad.

Volvió a su cuarto escuchando los murmullos quejumbrosos de los otros clientes que, desde sus habitaciones, mostraban su descontento por haber sido despertados. Aún no había roto el alba, así que la luz de la lamparita en la mesa era necesaria. Sacó la radio que trajo en el equipaje, idéntica a la de los policías asesinados. Tiró de la antena para orientarla hacia Canarias, donde supuso que estaría el repetidor más cercano, y conectó el micrófono mientras giró el dial en busca de la frecuencia de una estación en Madrid.

—
SD
—pronunció cuando oyó el silencio total—. ¿
SD
, me recibe? —Sabía que la radio estaba conectada, que su voz se estaba escuchando en un piso de Atocha, donde todos debían de estar durmiendo—. ¿
SD
, me recibe? —«Venga, cabrón, que ya es hora de estar despierto»—. ¡Atención,
SD
! ¿Me recibe?

—¡Vaya horas! —escuchó la voz cascada de San Demetrio—. Aquí
SD
. Adelante,
V.

—
V
reporta novedades sobre Siroco.

—Hable,
V
—dijo el coronel mientras pulsaba el botón de grabación y una cinta magnetofónica giraba en una rueda de treinta centímetros de diámetro.

Viedma contó todos los avances en la investigación. Lo hizo con un complicado sistema de palabras insertadas en frases: dos palabras en cada frase par y tres en cada frase impar. El resto sobraba, todo según el orden expresado al final, que coincidía con el cumpleaños de la hija menor de San Demetrio. Ambos dominaban ese cifrado que crearon durante los años en que Viedma jugaba a la ruleta rusa con todos los bandos del Madrid revolucionario.

—Punto y aparte —dijo—. Es necesario un añadido de urgencia. ¿Me escucha,
SD
?

—¿Un añadido de urgencia?

—Sí,
SD
, un añadido fundamental.
—Adelante,
V.
—Viedma le pidió lo que necesitaba. En un ático de la calle Méndez Núñez, el sorprendido coronel pensó que su agente, su mejor agente, había perdido la cabeza—.
V
, ¿realmente es necesario todo eso para el estudio de Siroco?
—
SD
, sin esto, no hay siroco y el estudio tendrá que ser cancelado.
—
V
, mensaje recibido. Cambio y corto.

San Demetrio masculló una maldición al cortar la comunicación. Pensó en la cantidad de timbres que iba a tener que tocar. Tendría que llamar a Iturmendi y si este no se ponía, a Carrero, «aunque primero al carlista», suspiró con pesar. Maldito Viedma.

Fernando no vio a Wilfrido en el desayuno. Los otros huéspedes le preguntaron por el incidente del «ladrón» que se había metido en su habitación. Viedma asintió y contó una especie de versión oficial, la de un inocente ladronzuelo, que todos sabían desde por la noche. Omar puso cara de asombro, pesar y culpa mientras Viedma mentía sobre lo que el intruso llevaba en sus bolsillos. Todos pidieron explicaciones sobre la seguridad del hotel, y Omar repitió que era la primera vez que ocurría algo así en los cuatro años de vida del establecimiento. Todos se calmaron cuando Viedma dijo lo de «como policía, sé que el local es seguro, pero estas cosas pasan». El conserje, aliviado ante la calma de los clientes, comenzó a servir el desayuno.

—¿Dónde está Wilfrido Tatalla? —le preguntó Fernando casi al oído cuando Omar le echaba el café de una enorme cafetera de aluminio.

—¿El señor Tatalla? No sé… En su habitación… Tuvo que marcharse a Villa Cisneros, pero volverá mañana —respondió el hombre perdiendo el hilo de su ensayada ristra de lisonjas y

adulaciones habitual.

—¿En su habitación o en Villa Cisneros? —Fernando bajó aún más la voz y su tono se volvió amenazante. Sabía cómo hacerlo, y no solo con palabras, sino con hechos—. Mira, Omar, quiero que sepas que hueles a calabozo con un buen interrogatorio. Por ahora no sé si habrá una plancha eléctrica, alicates o un soplete. Lo dicho, por ahora, pero depende de ti. —El hombre, visiblemente asustado, enarcó las cejas, pero fue incapaz de moverse o de replicar con cualquier cosa, lo que le salvó—. Haces bien en no decirme ninguna mentira, ningún «no sé» o «yo no». Solo cállate y escúchame. Por el momento, tu única función va a ser vigilar que nadie entre en mi habitación. Cuando digo nadie, digo nadie, ni siquiera tú. No sé qué tienes que ver en todo esto, pero a partir de ahora trabajas para mí. Si me engañas, si te da por huir a ese puto desierto sin ley, te buscaré, y mientras te encuentro, tu familia pagará las consecuencias. ¿Entendido? Sonríe y di «sí, señor».

—Sí, señor, por supuesto. —La mirada de Omar fue de terror y la sonrisa, una caricatura en la cara de un adulto.

—Bien. Después necesito que me acompañes. Deja a tu hijo en el mostrador para que atienda la recepción hasta que vuelvas.

—¿Cuándo, señor? —Omar tembló ante la respuesta.

—Cuando acabe de desayunar, así que date prisa en acabar de servir.

A paso ligero salieron del hotel. Viedma delante y Omar como un corderito al matadero tras él. Maderal los esperaba apoyado en el quicio de la barbería justo enfrente. Echó a caminar hacia ellos cuando los vio, y se acercó con cara de intriga al distinguir al saharaui cabizbajo. El sol empezaba a calentar y no había ni una sola nube. Viedma respiró aliviado al haberse cambiado el traje azul oscuro por el gris ceniza con sombrero a juego.

—Buenos días, comisario —saludó Maderal haciendo un gesto con la cabeza hacia Omar mientras tiró el cigarrillo—. ¿Viene con sidecar?

—Sí, Omar va a colaborar, ¿verdad, Omar? —Viedma lo miró con una expresión dura que se transformó en sonrisa cruel cuando el saharaui asintió varias veces—. Pues tranquilo, que se te va a romper el cuello. —Se dirigió al legionario—. ¿Dónde está el *jeep*?

—Qué va, comisario. Después del retraso de ayer me han

cortado las alas —Maderal se inclinó de hombros con fatalismo en sus ojos—. Por lo menos hoy nos toca el coche de San Fernando.

—¿Quién ha sido? ¿Castromonte?

—Qué va, el comandante Rivas, y ese es un hueso —dio un silbidito—. Se encontró esta mañana al detenido en el calabozo y tampoco le gustó. Pero… se calló. Dice que, si antes del toque de silencio está allí todavía, el mismo lo lleva al cuartelillo, y que si vuelvo a llegar tarde, me empura.

—Pues venga, andando al cuartel, que tenemos que hablar con el payaso de anoche antes de que el comandante ese nos joda el invento. —Viedma pensó en hablar con Mulero, pero lo dejó en posibles. Por el momento, no convenía enredar con los mandos.

La ciudad estaba atestada. Con niños camino de la escuela, las tiendas abiertas y las caras de preocupación de los residentes. La conversación era la misma en todas partes: el Ifni y sus operaciones militares. Se comentaba que en Tamucha, un villorrio de mala muerte, los moros habían decapitado a un teniente para llevarse su cabeza como premio, o que en el zoco de Arba el Mesti la guarnición aguantó como Numancia, rodeados de enemigos hasta la llegada de refuerzos y liberación de la plaza.

—En un puesto en Tiugsa, o algo así, cuarenta soldados indígenas con todas sus familias se unieron a los defensores, todos militares españoles. Y allí están, haciendo piña, dentro de los muros del cuartel, aguantando todo lo que les echen —añadió chulesco Maderal que sabía todo aquello por radio macuto—. Todos a una como Fuenteovejuna, y moros pa ti, moros pa mí, y repartiendo pasaportes al paraíso del Mahoma.

Entretenidos por los relatos de esa guerra sorda, ciega y muda, atravesaron El Aaiún hasta el cuartel que ocupaba la XIII bandera. Sudando la gota gorda, Viedma maldijo mentalmente a todos los oficiales entrometidos del planeta. Un cabo primero salió de la garita para dar el alto y preguntar:

—¿Qué quieren? —Conocía a Maderal, pero a los otros civiles no.

—Ver al brigada Castromonte —respondió Viedma más seco que una calavera en mitad de Castilla.

—Ya, y yo un permiso para Cádiz —se puso chulo—. ¿Y quién lo busca y para qué?

—Lo busco yo.

Viedma hizo un ligero movimiento con la solapa de la chaqueta para mostrar la placa y la cara del cabo cambió al instante. Sabía que era un civil y que esos no tenían mando sobre él, pero también que era un comisario de la policía y que, en realidad, tenía mando sobre todo el mundo.

—Ahora mismo. —Dio una orden a un soldado, que salió a buscar al brigada.

—No hace falta. —Fernando volvió a colocarse la solapa en su sitio y señaló con la cabeza a Maderal—. Aquí el legionario ya nos lleva.

Castromonte estaba en las oficinas cuando los vio llegar. Tenía pensado ver las prácticas de tiro de la tropa antes de empezar a ponerse nervioso por el *jamido* que tenía en el calabozo. Fue un alivio cuando vio aparecer al policía.

—Menos mal que viene, esto está que arde. —Miró al conserje fijamente—. ¿Y este qué hace aquí?

—Viene de intérprete —zanjó Fernando, que no estaba para explicaciones—. ¿Vemos al morito?

—Sígame.

Diez celdas pequeñas, un colchón sucio en el suelo, manta de la época de Cascorro, un cubo y tres comidas diarias, si al cabo que controlaba el asunto no se le cruzaban los cables y te dejaba sin alguna. Todas estaban vacías menos una, que ocupaba un muchacho de dieciséis años, oscuro, con ojos grandes, nariz chata y expresión hosca pero amedrentada. No estaba acostumbrado a vivir en casas. Lo suyo eran las jaimas montadas un día allí y otro allá, con la inmensidad del desierto como límite. No había comido lo que le trajeron. Su

Djema'a

siempre le había dicho que la comida de los blancos era impura, que los blancos estaban malditos por Alá y que algún día todo el planeta sería *Umma*, un mandato sagrado para todos los musulmanes.

Francisco Fadrique Castromonte ordenó al cabo que abriera la puerta de la celda y se marchara, que ya le avisaría cuando tuviese que bajar. El prisionero dio un respingo cuando vio entrar a Omar detrás del hombre de traje gris. Fernando se dio cuenta. No parecía

que el chico fuese a aguantar mucho interrogatorio. Su mirada tenía más miedo que dureza. Permanecía sentado en el colchón y olía a orines que había en un cubo. Un tragaluz iluminaba bastante bien todo el recinto.

—¿Nombre? —le preguntó Viedma. El muchacho lo miró desafiante durante unos segundos antes de desviar la vista hacia un punto indeterminado de la celda—. Ponte de pie.

El chico fijó los ojos en el suelo. Fernando Ramírez de Viedma le dio un manotazo duro, contundente, directo a la cabeza, que se le movió como la de un autómata de feria en el Campo del Gas. Gimió dolorido y humillado, mirando por fin los ojos terribles que se clavaron en él.

—¡Ponte de pie, hijo de puta! ¡Dime tu nombre!

—Mohamed Oulad Moussa —respondió el muchacho atropelladamente mientras se acarició la cabeza. Ya solo tenía miedo.

—¿Qué buscabas en mi habitación?

—No entiendo mucho —habló lastimero mientras seguía mirando los rasgos del español frente a él. Aquellos ojos le parecían de demonio, del *Iblís* que tanto escuchaba en la mezquita.

—¡Traduce! —ordenó Fernando a Omar, que observaba temeroso toda la escena.

—Dile que estabas buscando en su habitación. ¡Habla, por tu vida! —le pidió Omar al chico en hasaní, dialecto del árabe de los saharauis—. Si no colaboramos, nos matará a todos.

—Si se lo digo, me matará Ibrahím —respondió él desesperado.

—Pero ¡qué dices, insensato! ¡Este te matará ahora mismo! ¡Nos matará a todos! —exclamó Omar justo al recibir un guantazo de Viedma.

—¡Qué tanta cháchara! —Omar se protegió la cara y asintió nervioso, sumiso y humillado—. ¿Qué habláis con ese barbar ininteligible?

—Dice que buscaba el dinero, que su tío Ibrahím Oulad Moussa lo envió a buscar el dinero. —Omar confió en que su treta le saliera bien.

—¿Qué dinero?

—¡No hables, no cuentes nada! —gritó Mohamed con lágrimas de desesperación.

—El qué faltó en el pago del secuestro —respondió Omar.

—¿Quién organizó el secuestro, Omar? —Viedma sacó su pistola de la sobaquera.

—No lo sé. —El hombre se estremeció al ver el arma—. Yo se lo pregunto.

—No le preguntes nada. Deja al paleto tranquilo y mírame. —La voz de Fernando sonó como el siseo de una serpiente acercándose a un ratón—. Habla o te vuelo los huevos aquí mismo.

—Conmigo contactó su tío Ibrahím.

—¿El comerciante?

—Sí —contestó mientras Viedma le apretó el arma en el escroto —. Vino para decirme que tenía un asunto que daría mucho dinero. Necesitaban a alguien dentro de la ciudad para garantizar la salida y la entrada y controlar a los policías que venían con el dinero. Yo solo tenía que hacer eso, nada más.

—¿Hacer qué?

—Dar habitaciones sin registrar si fuera necesario. Dar cobertura…

—Eso ya me lo dijiste. —Viedma apretó más hasta sacarle un quejido y aflojar al momento—. ¿Quiénes eran el marroquí asesinado y el otro gigantón?

—No lo sé. —Omar se sorprendió—. Nunca los había visto antes. El otro día vi por primera vez al abogado de Marruecos. Estaba con el guardia civil y vinieron a buscar a don Wilfrido.

—¿Al abogado de Marruecos? —Viedma lo fulminó con la mirada y lo cogió por la barbilla pegándole la cara—. ¿De qué coño estás hablando?

—Osorio vino con el abogado marroquí a buscar a ese cliente para sacarlos de El Aaiún.

—¿Qué pinta el uruguayo en todo esto? —Al ver la cara de extrañeza de Omar, Viedma añadió—: ¡Wilfrido Tatalla! ¡Coño!

—No sé, señor policía. —Omar dio un respingo por el grito—. Vino después de los asesinatos para buscar el dinero. Solo me dijo que lo pusiera en contacto con los Oulad Moussa y le di la llave de la habitación de los policías para que buscara el dinero, pero no lo encontró.

—¿Cuánto tenía que encontrar? —Fernando se separó de Omar soltándole la cara.

—No sé, cincuenta mil francos. La mitad era para pagar a los Moussa.

—¿Cuánto sacabas tú de todo ello?

—Mil francos.

—¡Mil francos! —Fernando dio un silbido de asombro—. ¡Casi nada por no hacer nada!

—Tenía que implicar a la patrona en el asesinato.

—¿Cómo? —La mirada de Viedma se congeló.

—Cuando llegó, Tatalla me dijo que tenía que involucrar a la patrona en el asesinato para que los españoles tuvieran a la culpable y ellos poder buscar el dinero con las manos libres.

—¿Cómo lo ibas a hacer?

—El teniente Osorio me explicó lo que tenía que decir, y la señora fue detenida.

—Hasta que llegué yo.

—Hasta que llegó usted.

—¿Quién mató a los policías?

—No lo sé, de verdad que no lo sé. —Omar rompió a llorar.

—No llores, cabrón, porque te mato ahora mismo. —Viedma miró a Castromonte, que lo observaba desde el quicio de la puerta con cara de asombro.

—Este se queda aquí —dijo refiriéndose al joven y orgulloso beduino con el asentimiento del legionario—. Espero tener el asunto zanjado esta noche y que este duerma en el cuartelillo.

—¿Buscan el dinero…?

—Ni media palabra. —Fernando lo cortó con una mirada hacia el conserje, que estaba allí gimoteando e intentando recuperar la dignidad.

Los tres salieron de los calabozos. Castromonte ordenó a un legionario que buscase un vehículo libre. Viedma se volvió hacia Omar para que le ayudara a colocarse bien la chaqueta. Eran movimientos casi amenazantes y su sonrisa intimidó al saharaui.

—No sé por qué te voy a dejar ir cuando debería darte un tiro o meterte en un penal —le dijo entre dientes—. Pero vas a seguir con lo tuyo y me vas a dar parte y cuenta de todo. ¿De acuerdo?

—Sí, señor policía.

—Pues muy bien. —Sonrió de nuevo y le dio un cigarrillo—. Vuelve a tu trabajo, que tienes que ir preparando el almuerzo.

—Sí, señor policía. —Omar hizo una reverencia mientras caminaba hacia atrás.

—¡Recuerda! ¡Mi promesa de esta mañana sigue en pie! —le gritó cuando lo vio apretar el paso para salir del cuartel. El saharaui lo miró, asintió y se marchó.

Castromonte observó a Viedma. No había condena en sus ojos, pero tampoco aprobación. Se calló lo que pensaba. Se consideraba un militar duro, estricto, que había pasado una guerra y visto de todo, pero siempre en el frente, en el ardor del fuego enemigo, en esa locura que eran las horas después de la victoria o de la derrota. No podría hacer ese trabajo. Vio claramente cómo los rasgos del policía perdieron de inmediato la crueldad que tenían hasta ese momento y volvieron a ser normales, los propios de un hombre corriente.

—¿Buscan el dinero que me dio Moreno?

—Sí. —Viedma se colocó bien el sombrero.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Por ahora solo sé que hubo un secuestro, se pactó el rescate y que el intercambio del dinero salió mal.

—Bueno, eso ya lo sabía yo también cuando hablamos anteayer.

—Tiene toda la razón. —Fernando asintió y observó el patio del cuartel, donde había una gran actividad, con legionarios haciendo instrucción y camiones descargando todo tipo de cosas. La tropa acantonada tenía que estar ocupada—. Pero ahora sé que hay mucho más, incluso un teniente de la Guardia Civil metido en el ajo.

—¿Va a detener a Osorio? —le preguntó el brigada con una mezcla de incredulidad y asombro.

—Por el momento, no —Viedma dio una larga calada al cigarrillo—, pero sí que voy a hablar con él.

—¿A hablar? —Castromonte no se imaginó una escena como la del interrogatorio con un teniente de la Guardia Civil.

—Sí, hablar —sonrió divertido Viedma—. No le voy a poner la pistola en los huevos.

—Si quiere hablar con él fuera del cuartelillo —el brigada hizo un gesto de posibilidad—, pues sé que almuerza en La Nacional los días entre semana.

—¿No está casado?

—Sí, y su mujer vive con él en su casa, pero creo que es de los que está todo el día en la calle. —Castromonte se tocó la visera de su gorra de plato con galones como diciendo «no hables tanto»—. Bueno, que siempre lo veo almorzando en La Nacional.

—De acuerdo.

—Ahí tiene su coche —indicó mientras Maderal aparecía al volante de un *jeep* color verde oliva, con aire de haber tenido vida azarosa en el Ejército español.

La hora de los almuerzos en La Nacional era un momento concurrido. Las mesas se ocupaban con suboficiales, oficiales y mandos que llenaban la panza con comida de calidad, buen vino y café auténtico. Nada que ver con las judías con arroz, los garbanzos o las latas de sardinas que se servían en los cuarteles. Allí se daba menú del día, dos platos, postre, vino y café para los que pudieran pagarlo, o sea, la tropa del cuartel. El ambiente no era el de por la noche. Carmencita estaba sirviendo mesas en vez de cantar en el escenario y la única música que se escuchaba era la que salía de la máquina de discos si alguno metía una peseta. Nadie lo hacía, el turno de comida era para eso, solo para comer, ni dominó, ni cartas ni nada.

Viedma y Maderal se sentaron en una mesa y pidieron el menú, aunque Fernando no tenía hambre. Todo aquello era mucha comida para él, acostumbrado a sus almuerzos fugaces en Madrid. El segundo plato se lo dio al legionario, que se zampó el pedazo de conejo estofado como si no se hubiera comido uno antes. Viedma le tiró de la lengua y Juan Maderal le contó su infancia en Erandio y su juventud en diversos trabajos vinculados con la industria hasta que llegó al cuartel y se alistó en la Legión. Viedma sonrió al escucharlo hablar con un desparpajo que mezclaba exageraciones con verdades rotundas. Una sabiduría de carpantas mezclada con ingenua chulería del «detrás de nadie». Mitad Sancho, mitad Quijote, como lo eran y lo seguían siendo todos los españoles que vivían alejados de los largos pasillos del poder o de la irrealidad fantasiosa de los que pensaban que tenían que convertir a los demás a su verdad revelada.

—Si aparece Osorio, terminas en la barra —le indicó Fernando.

—¿Le sacará algo? —preguntó Maderal con la boca llena.

—Eso espero.

—¡Joder! —El legionario bajó la carne con vino—. ¡Qué bueno está el conejo! Dicen que es congelado, que viene de Canarias y que la dueña tiene congeladores en el segundo piso. ¡Casi nada la dueña con sus modernidades, además de lo buena que está! —Mojó pan en la salsa—. ¿Usted ha interrogado a guardias civiles?

—Alguna vez.

—¡Vaya tío! —dio un pequeño silbido—. ¿Y cantan?

—Depende, más les vale.

—Ahí está. —Maderal señaló a Osorio con la mirada y, disciplinado, cogió el plato y se fue a la barra.

El guardia civil entró deslumbrado hasta que sus ojos, acostumbrados a la inclemente luz del sol, se hicieron a la suavidad del interior. Vio el gesto de invitación de una mano y se acercó para ver que quería aquel policía. Pudo haber retrocedido y dicho que no, o sentarse en otra mesa, aunque estaban casi todas ocupadas. Dio igual. No tenía carácter para esas cosas.

—Buenas —saludó Osorio con una sonrisa—. ¿Cómo va esa investigación?

—Siéntese y charlemos. —Fernando le ofreció la silla frente a él devolviéndole la sonrisa.

—Había quedado con… —Osorio miró alrededor buscando algún salvavidas donde poder aferrarse para huir de aquel hombre.

—No, qué va —se rio Viedma con sarcasmo señalando la silla—. Ande, siéntese y pida de comer, que ahora es lo que toca.

—Sí, claro… Es lo que toca. —El guardia se sentó con pesar, como el novio que da el sí forzado.

Carmencita tomó la comanda y a los cinco minutos ya estaba con la sopa caliente en un plato de vidrio.

La charla era insustancial, tanto que Osorio se calmó. «Este polizonte no sabe nada, el conejo está exquisito y las natillas también». Pero de repente, cuando ya solo pensaba en irse tras el café, harto de contarle anécdotas de las tribus erguibat y su fundador Sidi Ahmed Reguibi en el siglo XVI, ese hombre de ojos grises cambió de tercio, interrumpió la conversación y como si hubieran comenzado los cuartos en el reloj de la Puerta del Sol en Nochevieja, todo saltó por los aires.

—¿Dónde estaba el 18 de julio? —Fernando lo dijo como si tal cosa mientras pidió un café.

—¿El 18 de julio? —Osorio se preguntó a qué venía eso ahora.

—Sí, de 1936 —Fernando sonrió—. Ese mismo 18 de julio.

—Estaba en… —Osorio hizo como si pensara, aunque sabía que era absurdo. Todo el mundo recordaba dónde estaba ese día.

—¿En Santa Cruz de Tenerife? —Viedma endulzó el café.

—Sí, allí. —Osorio lo miró con desconfianza.

—Pero usted estaba destinado en Barcelona desde 1930. ¿De permiso?

—Sí, tenía un permiso para enterrar a mi madre, que falleció a mi llegada a Tenerife.

—¿Su madre es de Tenerife? ¿Y usted de Las Palmas?

—Mis padres eran de Tenerife y yo nací en Las Palmas, donde mi padre estuvo destinado durante casi quince años.

—¿En Barcelona conoció usted al teniente González Campos o ya se habían visto en Tenerife?

—Lo conocí en Barcelona, donde tomó posesión. Al saber que era tinerfeño pues hicimos mucha amistad. —Osorio endureció la mirada al entender por dónde iba Viedma—. Era un gran hombre… a pesar de todo.

—A pesar de todo —repitió Viedma—. ¿Lo dejaron solo cuando quiso tomar el Gobierno Civil?

—¿Usted qué sabe? —cortó molesto Osorio.

—¿No lo ayudó usted?

—Yo…

—No sé, si era tan amigo suyo y además estaba allí cuando todo el pitote…

—De ese asunto ya está todo aclarado en corte marcial —respondió seco el guardia civil.

—Sí, ya lo sé —sonrió Fernando—, solo estaba preguntando. Una pena lo de su fusilamiento, ¿verdad?

—Por supuesto que lo fue —Osorio se mostró desafiante.

—Nadie sabe por qué no llegó el indulto para Campos, con toda la oficialidad de Tenerife pidiéndolo. —Viedma bebió un largo sorbo de la taza—. Cosas que pasan.

—¿Cosas que pasan? —Los ojos de Osorio se oscurecieron al recordar a su amigo.

—Dejó la isla al día siguiente y retornó a su destino en Barcelona. ¿Cómo fue eso?

—Cogí un barco que salía hacia allí. Tenía pasajes desde hacía mucho.

—¿De zona nacional a zona roja?

—En julio del 36 todo era zona roja, salvo unos cuantos sitios. Yo solo volví a mi destino, nada más… Eso ya lo expliqué.

—Que sí, sé que lo explicó. —Fernando sacó un Lucky y ofreció a Osorio, que lo rechazó—. En Barcelona estuvo en la plana mayor del coronel Escobar y el general Aranguren… Vaya dos rojazos —sonrió divertido.

—No, en la plana mayor, ¡no! —Osorio se molestó—. Yo solo era uno más de tantos. Estaba allí en terreno enemigo.

—¿Enemigo? —preguntó Viedma malicioso—. ¿Nunca pensó en pasarse?

—Muchas veces, pero estaba en Barcelona. Allí no era fácil, además estaban mi mujer y mis hijas. Si hubiera estado yo solo —el guardia civil tragó indignación—. Además, ¡qué coño sabe usted de lo que era aquello! Yo acabé en una celda con una sentencia de fusilamiento por parte de los comunistas.

—Ya, eso fue después, en el 38, sentencia que nunca apareció por ningún lado.

—Estuve preso hasta enero del 39, cuando me soltaron las tropas de Solchaga y Yagüe.

—Después fusilaron a Aranguren. —Fernando lo miró bebiéndose un café que se había quedado frío—. ¿También amigo suyo?

—¿Qué es lo que quiere? —Osorio intentó no chillar.

—Saber qué hacía un teniente de la Guardia Civil con un largo historial de desafección al Movimiento Nacional sacando de la ciudad a un extranjero, a Wilfrido Tatalla, un uruguayo sin ocupación definida ni clara. —La mirada de Viedma se volvió neutra antes de añadir—: Saber qué hace un teniente de la Guardia Civil con un largo historial de desafección al Movimiento Nacional metido en una trama donde lo único claro es el asesinato de tres policías y la desaparición de miles de francos.

¿Dígame?

—No sé de qué me está… —Osorio se calló cuando Viedma alzó la mano.

—No me venga con eso. No sé hasta qué punto está implicado

en todo esto, pero, sinceramente, no necesito averiguarlo. —Viedma se encogió de hombros—. Usted lo sabe, tengo testigos, miembros de su banda. —Volvió a levantar la mano ante el intento de protesta —. Solo dígame.

—¿Qué quiere que le diga? —respondió el teniente simulando una posición de fuerza que sabía que no tenía.

—¿Quién es Wilfrido Tatalla?

—Un ciudadano uruguayo con doble nacionalidad. Sus bisabuelos maternos eran…

—¿Y qué hace aquí?

—Es un enlace con un investigador que persigue al Punzón.

—¿Un investigador? ¿Qué demonios es esto? —Viedma puso cara de sorpresa—. ¿Una novela de Chandler?

—Un investigador que lleva años colaborando con la Sûreté Nationale en la persecución de criminales.

—¿Los franceses buscando al Punzón? —Fernando lo miró como si uno de los dos se hubiera vuelto loco—. ¿Y Tatalla? ¿Qué es exactamente?

—Es su subalterno, su enlace —respondió el hombre, al que se le notaron los años más que nunca.

—¿Dónde lo llevó el otro día?

—A reunirse con el investigador.

—O sea, ¿que ese investigador está en el Sáhara? Por lo que tardaron en volver, dudo mucho que fuera a Argelia o Mauritania.

—Sí, está en un campamento beduino.

—¿Por qué no viene a El Aaiún y se presenta?

—Eso no es posible. Quiere mantener la misión en secreto. Lleva persiguiendo al Punzón desde que este cruzó los Pirineos en abril del 39. El Punzón asesinó a una decena de mujeres mientras colaboraba con los nazis… —Osorio carraspeó— con los alemanes.

—Primera noticia.

—Este hombre lleva persiguiéndolo desde…

—Pues ya no le queda otra que venir a El Aaiún y hablar conmigo.

—Es que él no puede pisar suelo español.

—Por supuesto que no, ni montar investigaciones sin conocimiento de la policía española ni montar redes usando a un teniente de la Guardia Civil. ¡Me cago en la puta de oro!

—No es por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Es español.

—¿Un rojo?

—Lo conocí en Barcelona cuando detuvimos al Punzón.

—¿Me está diciendo que Mateo Sarmiento Lecuona está en el Sáhara?

—Sí, me contactó antes de los asesinatos por medio de un bufete de Agadir. Al principio desconfié, pero días más tarde me reuní con él en el campamento de los Oulad Moussa y allí me lo contó todo. Sabía que el Punzón vivió casi diez años en el sur de Argelia, donde había matado al menos a una decena de mujeres. Presionado por la policía, había desaparecido, pero beduinos colaboradores con la inteligencia francesa le hablaron de un español converso al islam que iba y venía de Marruecos y al África española.

—¿Lecuona en el Sáhara a unos kilómetros de aquí?

—Sí —dijo Osorio sorprendido. Era como si a este supuesto policía todo aquello le importara un pimiento.

—¿Y cómo va a capturarlo? ¿Por telequinesia?

—La Sûreté Nationale tiene muchos contactos…

—Ya —le cortó Viedma—. ¿Y el moro que iba con usted en el coche? Según tengo entendido, iba un moro.

—Es uno de los del bufete de Agadir que colaboran con los franceses.

—Abd Al Mumin.

—Sí, ese —confirmó Osorio con cara de extrañeza.

Viedma se levantó, ya no le interesaba nada de lo que pudiera decir aquel hombre. Detestaba todas esas mentiras mezcladas con verdades.

—¿Pero? —exclamó el canario.

—No salga de El Aaiún por ningún motivo. Si no lo encuentro cuando lo vaya a buscar a su casa o al cuartelillo, acabará ante un pelotón de ejecución o yo mismo le pegaré un tiro. —Viedma atravesó a Osorio con la mirada—. Se lo aseguro.

—El ama está en el cine —le había dicho Sidi cuando Fernando preguntó por ella en el salón.

Rozaban las ocho y el turno de cenas estaba en su apogeo. Salió tras dejar a Juan cenando en la barra con el encargo de regresar

después al cuartel. «Vuelva cuando acabe. No haga enfadar hoy a los mandos. Nos vemos mañana».

La ciudad estaba tranquila, se había escuchado algún tiro por la tarde, pero poca cosa. La muralla de alambre, los pozos de tirador, las barricadas y los miles de soldados hacían el efecto deseado: alejar al Ejército de Liberación. Del resto nada más, ya que el desierto era territorio hostil. Durante años se había dejado que el moro campara a sus anchas por la zona solo para jeringar al francés. Se daban bulas y permisos para que los marroquíes montaran campamentos, reclutaran personal y compraran armas a los traficantes europeos que tan ávidos estaban de surtir África con su material. ¿Y eso se hacía gratis? De eso, nada. Se confiaba en que los *jamidos* recordaran la ayuda española cuando consiguieran independizar Marruecos. Eso fue en el 56, cuando Mohamed V se proclamó sultán de un país independiente y, mira tú por dónde, fue muy rápido en olvidarse de lo mucho que debía al sentimiento antifrancés de los españoles. «De Melilla a San Luis de Senegal», era lo que gritaban en las calles de Rabat los miembros del Istiqlal, el partido nacionalista que había sostenido todo el proceso independentista.

Fuego escondido, con Robert Mitchum, Rita Hayworth y Jack Lemmon, era la película que proyectaban en el cine La Nacional.

Fernando compró una entrada a una taquillera cincuentona, que lo miró con interés cuando le preguntó por Almudena. «Sí, está dentro. Hable con el acomodador». Un cine sin lujos, como tantos cines de barrio en Madrid. No había mármol ni maderas nobles, pero sí una cantina bastante respetable, un acomodador de uniforme y una sala rectangular donde se veía la pantalla de forma nítida con un sonido perfecto. Los ventiladores estaban apagados, la noche iba cayendo y el frío apretaba. Viedma le entregó la entrada a aquel hombre maduro, posiblemente marido de la taquillera, que le enfocó con la linterna por una sala oscura, iluminada solamente por las luces de la pantalla donde se proyecta el
NO-DO.

—¿Quería algo el señor? —le preguntó con voz seca—. ¿Tabaco, botellín de coñac, cacahuetes…?

—Tabaco.

—¿Rubio americano o negro?

—Rubio. Si tiene Lucky pues mejor, si no, el que sea. Dos cajetillas. —El hombre asintió al cogerlas, pero antes de irse quiso saber—: ¿Está doña Almudena?

—Sí, arriba, en la sala del proyector —respondió el acomodador, que tenía una cicatriz de bala de máuser en un lado de la cara.

—Por favor, dígale que necesito hablar con ella. Mi nombre es Fernando Ramírez de Viedma.

El hombre lo miró fijamente durante un instante, como si lo hubiera conocido. Diez minutos después volvió con las cajetillas blancas del punto rojo.

La película había empezado, el tecnicolor lo llenaba todo y ese aire de modernidad que tenían las películas americanas las hacía fascinantes para Fernando.

—La señora me dice que le recibirá cuando termine la película, que suba a la cabina. Pregúnteme cuando salga la gente y le indico.

Viedma asintió y se sumergió en la pantalla viendo a Mitchum y Lemmon vestidos de marineros enamorándose de la bellísima Hayworth. Después, las luces se encendieron. Había unas cuarenta personas desperdigadas en una sala de unas trescientas butacas. Se la imaginó llena de gente. Vio unos palcos bajo el foco del proyector donde cabrían veinte personas. Y también los carteles de películas encuadernados en elegantes marcos, las puertas de madera oscura, ojos de buey y embellecedores de latón pulido. Nada de «así escapa», allí se hacían las cosas bien, buscando que fuera un lugar lo mejor posible para los espectadores.

—Suba por las escaleras. La puerta está abierta —le dijo el acomodador mientras, escobillón en mano, empezó a revisar la sala.

Unas escaleras estrechas con cuadros de estrellas famosas. Claudette Colbert, Clark Gable, James Stewart, Sterling Hayden, Joel McCrea, Veronica Lake. Subió hasta una puerta pintada en amarillo con «Proyector. No pasar» escrito en elegantes letras negras. No estaba cerrada, así que Fernando entró. Un voluminoso proyector con las bobinas abiertas ocupaba casi todo el espacio. Estaba apagado y un hombre, ya de cierta edad, las estaba quitando.

—Venía buscando a… —dijo Fernando.

—Estoy aquí —lo cortó Almudena desde el otro lado del cuarto.

Allí estaba, bajo una gran foto de Hedy Lamarr en la pared.

Sentada detrás de una mesa grande con trozos de películas cortadas, pegamento líquido en un vaso con unos pinceles y a su lado un gran libro de cuentas. Lo miró fijamente, tal vez con sequedad, pero sin la dureza del día anterior.

—Hola.

Fernando intentó aguantarle aquellos ojos de un marrón que parecía más claro bajo la luz de una lamparita de sobremesa.

—Hola —respondió ella mientras él se acercó a la mesa, intentando saber si ese «hola» era una invitación a que se sentara en la silla frente a ella o no—. Siéntate.

Fernando lo hizo dejando la carpeta sobre la mesa.

—Gracias —respondió visiblemente nervioso.

Ella permaneció seria, silenciosa y calmada y después habló:

—¿Cómo va la investigación?

—Pues liándose cada vez más. Creo que esto no es un secuestro…

—¿Qué ha hecho Omar para ser interrogado esta mañana? —le preguntó sin esperar a que siguiera—. Me lo contó hace un rato entre sollozos.

—Es sospechoso.

—¿Sospechoso ese hombre? —puso un tono de ira.

—De pertenecer a la red que organizó el secuestro de la hija del general. Eso por ahora, si es que su implicación no es mucho mayor.

—¿Hay pruebas?

—Hay pruebas, testigos con declaraciones y su propia confesión.

—¿Confesión?

—Me dijo que recibió dinero por facilitar habitaciones sin registrar a los que llegaron para el intercambio, y registrar las pertenencias de los policías asesinados que buscaban un supuesto dinero —se detuvo para mirarla a los ojos— e implicarte en el asesinato.

—¿Implicarme? —Ella mostró una sorpresa que rayaba en el espanto—. No lo creo. ¿Cómo? Imposible.

—Osorio está en el ajo.

—¿El guardia civil?

—Sí, también lo interrogué este mediodía. No me dijo nada de eso, pero está implicado de una manera más profunda de lo que él se cree. O tal vez solo esté jugando al ingenuo, pero implicado sí

que está.

—Dios… —dijo con un pasmo propio del que se recupera de un golpe.

—No sé hasta qué punto llega todo esto, pero por lo que he visto son gente muy peligrosa y Osorio los ha estado tapando, tanto que no sé si todo lo que pasó en La Nacional es verdad o no.

—Asesinatos sí que hubo, yo vi los cadáveres y la sangre.

—¿Cuántos cadáveres viste?

—No me paré a contarlos. Solo sé que estaban allí los guardias civiles llevándoselos en camillas rumbo a la morgue y a la media hora volvió Osorio a buscarme. Grilletes y al cuartelillo por toda la calle.

—Lo tenía planeado. Osorio pagó a tu conserje y le explicó todo lo que tendría que decir —le explicó Viedma mirando a la mesa en un silencio que se hizo enorme hasta que Almudena lo rompió.

—Nunca me creí todo lo que me decían de ti. —Lo miró fijamente, como si sus ojos observaran los recuerdos en su cabeza—. Todas esas cosas que contaban que hiciste en la guerra siendo apenas un muchacho eran de una brutalidad casi novelesca. Que habías colocado bombas, matado a políticos, a asesores soviéticos… Decían que todo lo que pasaba en Madrid y no tenía explicación era porque estabas tú detrás. ¿Es cierto que mataste a Durruti?

—Qué va —Fernando sonrió con un punto de incomodidad—. Yo no hice ni una parte de lo que dicen.

—Yo te tenía por un héroe. Eras tan distinto a todos, a Jorge y al resto… Te tuve en un pedestal tanto tiempo… Pensaba en ti siempre como una muchacha, una niña, enamorada de ese caballero con un pasado misterioso que me recitaba a Machado, Bécquer y Rubén Darío, que me hablaba de teatro, me leía a Borges, a Galdós, a las Brontë, y yo deseaba ser la protagonista de todas aquellas historias, tanto como ir al cine contigo. Cuando íbamos solos a aquellos alejados de Madrid, cuando te cogía de la mano para apoyarte la cabeza sobre el hombro en una sala a oscuras mientras veíamos la vida de otros en la pantalla. Nunca he estado más enamorada de nadie que de ti. —Fernando la miró hipnotizado. Un nudo en la garganta le apretaba tanto que le llegaba al corazón. Temía más eso que a un agente soviético buscando venganza—. Y no fue porque no me lo advirtieron… Mis padres sospechaban que

me veía contigo a escondidas. No te imaginas la de broncas que me llevé por eso. —Almudena hizo un gesto de intentar sacar un cigarrillo, pero allí no se podía fumar, las películas podían arder como si fueran gasolina—. Mi padre me llevó una vez a su despacho y me contó todas las barbaridades que habías hecho durante la guerra, te llamó asesino muchas veces y me advirtió que me mantuviera alejada de ti.

Fernando recordó a su padre, cuando para él solo era un objetivo más. Marcial Mos Santisteban, jefe de cirugía en el Hospital General y catedrático en la Complutense, con la barba llena de sangre seca, el rostro amoratado por las palizas recibidas a manos de los milicianos del Círculo Socialista del Norte. Lo recordaba tiritando, dándole las gracias cuando lo subió a la furgoneta de la
CNT
, cubierto de polvo por la explosión que Fernando provocó para volar la pared del edificio y poder sacar a los que estaban allí dentro. Era octubre del 37 y se lo entregó a los hombres de San Demetrio, que lo esperaban en pleno frente de guerra, con las balas de los comunistas silbando por todos lados, mientras el padre de Almudena desde una camilla le decía que nunca olvidaría aquello, que contara con su gratitud de por vida.

—Nunca le creí, o tal vez sí —Almudena se encogió de hombros —, pero me dio igual. Tú estabas ahí en lo alto, como Apolo bajando en su cisne volador, y yo solo era una simple mortal — sonrió con melancolía—. ¿Te acuerdas de esos merenderos en Alcalá?

Entonces ambos compartieron la sonrisa.

—Ojalá te lo hubiera dicho antes —habló Fernando armándose de valor.

—No hubiera cambiado nada. Éramos unos niños y ya estaba comprometida con Jorge, prácticamente nací comprometida con él.

—Todavía recuerdo el banco del Retiro como si fuera ayer. Las hojas caídas por todas partes. Había llovido el día anterior. Todo era otoño menos tú.

—Otoño del 44.

—Llevabas un abrigo azul oscuro de tela inglesa muy elegante con el cuello de piel y un sombrero redondo pequeño con una

redecilla en el pelo. Carmín rojo en los labios, ligero colorete en las mejillas… Tan mujer. No nos veíamos desde que te habías prometido con Jorge en el día de la Virgen.

—Tú llevabas una gabardina y sombrero, debajo el traje gris y la corbata que te había regalado en las navidades. —La sonrisa de ella fue tan triste y melancólica como la de él—. Estabas muy guapo. No debiste haberte hecho ilusiones, o tal vez las ilusiones me las hice yo.

—No pude evitarlo. —La congoja le quebró la voz a Fernando.

—Ojalá se pudiera parar el tiempo y volver atrás.

Los ojos de Almudena fueron al Retiro de hacía ya trece años, cuando el hombre que la trataba como una mujer y no como una niña le pidió que se escapara con él, que huyeran a Sudamérica donde ese coronel amigo suyo le conseguiría un trabajo en una embajada en no sabía dónde. Ella no pensó en su felicidad, sino en el escándalo, en su vida organizada por otros, en abrazar las cadenas.

—Tú eras la madurez. Yo me comporté como un jovenzuelo atolondrado al pedirte todo aquello y forzar lo imposible.

—¿Tú crees? ¿Crees que yo actuaba con madurez? —Ella negó con la cabeza—. Después ya no te volví a ver hasta el juicio…

—Pensé en huir, pero no pude. Fui como un autómata, como he actuado toda mi vida desde aquel día en el parque.

—Te odié con locura, pensaba que lo hacías por despecho. —Almudena recordó los «te lo dije» de sus padres—. Pero también sabía que me habías dejado fuera. No me llamaron ni siquiera a declarar y Jorge era mi marido. Solo podía ser por ti, pero aun así te odiaba… —Jugueteó con un trozo de película sobre la mesa—. Hasta que llegó el indulto, el destierro, y Jorge me dijo que todo lo que habías dicho era verdad.

—Nunca te hubiera hecho daño. Exigí que te dejaran fuera y que solo juzgaran a los conspiradores. Desgraciadamente yo no quería que el destierro fuera aquí, pensé que sería en la misma península, como a Ridruejo, en casa de tus abuelos navarros o en Canarias. Pero nunca supe dónde estabas. Me lo ocultaron y tampoco me dijeron que el destierro también te incluía.

—Pues aquí estoy desde hace ya doce años.

—¿Y Jorge?

—No lo sé. —Almudena negó con la cabeza y tocó la lamparita de la mesa—. Al año de estar aquí se marchó para aparecer y desaparecer. No soporta esto. Cuando vuelve, me habla de unos argelinos que nos podrían sacar, luego coge dinero y se va. Eso fue la primera vez. Después han sido unos franceses con un negocio de fosfatos y ha vuelto a regresar sin dinero, taciturno y lleno de rabia. La última vez fue hace casi dos años. Me dijo que unos alemanes con pasaporte egipcio tenían una red para llevar a nazis a Egipto o a Sudáfrica, me cogió sesenta mil pesetas y desapareció. No supe más.

—¿Ni una palabra? —Fernando no pensaba mentirle, así que no se hizo el ignorante—. La red existe. Son nazis convertidos al islam que se han refugiado en Egipto bajo la chilaba de Nasser. Son gente muy peligrosa.

—¿Crees que puede ser?

—Sí, es una red clandestina. No sé cómo puede haber contactado Jorge con ellos desde este rincón, pero si se ha movido tanto, posiblemente ha sido por los mismos argelinos o franceses. Sin pasaporte no sé cómo no lo han perseguido al desaparecer…

—Ya ves —dijo ella sonriendo con sarcasmo—, pero con Osorio encargado de perseguirlo. ¿Me enseñas las fotos?

—Claro. —Esa vez la sonrisa de Fernando le llenó la cara mientras las fue colocando sobre la mesa—. Estos son los policías, el abogado marroquí, el que supongo es su guardaespaldas, un gigante turco o albanés con un tatuaje de una división musulmana de las SS. —Ella asintió interesada y él la miró con un respeto reverencial—. Este es el beduino de las narices que pensábamos que no estaba en la reunión.

—Pues lo estaba —respondió ella con media sonrisa ante aquella mirada de Fernando que le trajo tantos recuerdos.

—Sí, eso encaja más en todo este puzle. —Fernando le mostró una foto de la ficha del Punzón, donde se le veía con claridad, sin los manchurrones de las fotos de los periódicos de la época—. Este es el Punzón, al que, según dice Osorio, está persiguiendo el mismo policía rojo que lo metió en la cárcel.

—Pues ese no estaba. —Almudena hizo un mohín que Fernando recordaba muy bien.

—Aquí hay otra foto de su detención. —Le señaló al Punzón rodeado por los policías, guardias de asalto republicanos, políticos y curiosos.

—Este es Osorio —dijo ella con ojo de lince apuntando a un joven guardia que estaba en la segunda fila.

—¡Coño! —sonrió Fernando, sorprendido—. Es verdad, míralo al cabrón.

—Y este es quien estaba en la reunión —Almudena cogió una lupa de las que utilizaba el montador para cortar las cintas y observar la foto—. Sí, es él.

—¿El Punzón?

—No, este. —Su dedo fino y bonito señaló al de al lado del Punzón.

—¿Lecuona?

—Sin lugar a dudas. Este era el que iba disfrazado de saharaui.

—¡Dios mío! —Viedma se levantó para acercarse a ella—. ¿Estás segura?

—Es él.

Fernando se quedó pasmado, con los ojos fijos en aquella mujer. Su mente se movía como una tormenta. Toda la teoría desapareció, como si el suelo se abriese para dejar salir a la verdad. Sonrió como debió de haberlo hecho Arquímedes en su Siracusa natal hacía más de dos mil años.

—¿He resuelto algo? —preguntó ella divertida.

—Todo. —Él rio con una felicidad absoluta para casi de una forma refleja, como si no hubieran pasado los años, darle un beso rápido, sin pensarlo—. Gracias, Almu.

Ella lo observó irse, casi le pareció que se iba bailando. Se tocó los labios donde la había besado.

—¡Fernando! —lo llamó—. ¡Fernando!

—Dime. —Él apareció de nuevo.

—No te marches de El Aaiún sin despedirte.

Ambos sonrieron como cuando eran jóvenes y todo duraba para siempre.

La puerta del hotel estaba cerrada, giró la llave en la cerradura para abrir la puerta con un sonido de engrasado reciente. Todo estaba oscuro, en un silencio que solo se rompió por un viento que empezó siendo ligero y que en ese momento parecía golpear con

más fuerza los muros de aquella extraña ciudad. Accionó el interruptor y las luces le mostraron una recepción vacía con todos los clavos de las llaves vacíos, lo que significaba que todas las habitaciones estaban ocupadas.

Fernando fue detrás del mostrador y echó un vistazo al libro de huéspedes. Los nombres nuevos eran todos españoles y tenían anotadas las profesiones. Eran tres empleados del Centro de Estudios Técnicos de Materiales Especiales, y un francés, un tal Jean Le Blanc, contratista. Fernando sonrió.

«Contratista mis cojones. Esto suena a Deuxième Bureau a la legua. ¿Qué buscáis aquí, francesitos?». Miró las casillas de los mensajes para los huéspedes. Solo había uno en la suya. Un papel blanco doblado con el membrete del hotel y letra en redondilla en tinta azul.

«Comisario, mañana a primera hora está citado en la comandancia con el coronel Mulero. Dice que es una orden. Le recojo a las nueve. Juan Maderal Oleaga».

Fernando asintió y se guardó la nota. Ya debía de saberlo todo El Aaiún. Dio por concluido el registro y se marchó a su habitación tras apagar las luces.

Fue al abrir la puerta y buscar el interruptor cuando sintió un violento empujón en el hombro. Unos brazos le rodearon el cuello para estrangularlo. Se resistió. Intentó zafarse, pero no pudo. Recordó el curso de defensa personal que hizo en Alemania con aquel Brunt de la Gestapo, o el más reciente dado por la
CIA
en Madrid, pero no pudo hacer nada. Notó cómo sus pies se quedaban colgando y no podía respirar. Perdió la visión y su consciencia se fundió en negro antes de caer al suelo, desmadejado.

No supo si era fuerte o no, pero le acababan de dar una bofetada con la mano abierta que le hizo recobrar el sentido y su cabeza parecía querer explotar. Fernando notó que estaba acostado sobre la cama y abrió los ojos. Había luz en la habitación que le molestaba, volvió a cerrarlos, pero no por mucho tiempo. Sintió que le iban a golpear de nuevo y se protegió la cabeza con los brazos.

—Tranquilos, que ya estoy despierto —dijo con una gran frialdad. No era la primera vez que estaba metido en algo así.

Al abrir los ojos despacio, la vista borrosa se le fue aclarando

mientras se sentó en la cama. La cabeza le dejó de dar vueltas, más aún cuando un vaso de agua le cayó sobre la cara, mojándole camisa y corbata. Ya no tenía la chaqueta.

—Gracias por el baño —dijo burlón—. La próxima vez con un trapo húmedo es más que suficiente.

Delante de él, muy cerca, estaba un gigante de metro noventa, musculoso, de pelo aceitoso y una barba que parecía del catálogo de belleza de los proxenetas de Estambul. Viedma lo reconoció al instante, a pesar de que habían apagado la luz del techo, dejando encendida la lámpara de pie en medio de la habitación. Pero sin duda que era él. Evitando cualquier muestra de sorpresa, hizo lo que sabía que más desconcertaba: sonreír con burla y mirar hacia la luz.

Wilfrido Tatalla estaba sentado junto a la lámpara. Llevaba las mismas gafas oscuras, el mismo pelado extraño y el traje tres tallas más grandes. Le apuntaba con su Astra. Viedma notó que el peso de su sobaquera había desaparecido. Aquel gigantón debió de haberle registrado mientras estaba grogui. Maldijo mentalmente, pero era lo que había. Apoyado en una esquina en penumbra, con un traje de tres piezas elegante, pajarita y un anticuado bombín, estaba observándolo un marroquí con aspecto nervioso, peinado con raya al medio y con mirada asustada. Llevaba guantes blancos, como si fuera un actor de una película de cine mudo.

—Mucho resucitado —Viedma quiso burlarse—. ¡Bienvenidos a la vida! *Monsieur*
An-Nassir,
encantado de conocerle. —El marroquí se quedó paralizado—. Se le ve bien de salud para llevar más de una semana muerto.

—¡Dardan! —exclamó el marroquí con un chillido similar al de un silbato de estación.

El gigante se acercó para agarrar a Viedma por el cuello. Sus grandes manos eran como tentáculos que lo aprisionaron. Sus ojos eran inexpresivos. Un asesino como tantos. Fernando sabía que no iba a matarlo, pero tampoco le pareció imposible. Un mal golpe y te podías despertar delante de san Pedro.

—Suéltalo. No hemos venido aquí para esto —ordenó la voz de Tatalla con acento uruguayo—. Además, evitemos los golpes.

—Gracias, Dardan —dijo Viedma cuando el gigante lo soltó—.

Evítame explicar en el informe que un muerto me dio una paliza. —Se acarició el cuello—. Esto parece una obra de Jardiel Poncela.

—No simule lo que no es. —El uruguayo le siguió apuntando con el arma—. No se haga el tonto. Esta usted metido en un buen lío.

—Mi especialidad.

—Pues lo está, amigo policía.

—Asalto con agresión a un comisario y robo de sus armas en medio de una ciudad con miles de soldados —Viedma intentó ponerse de pie, pero el gigante se lo impidió de un empujón que lo devolvió a la cama—. ¿Y soy yo el que está en un lío?

—Usted no es un policía —el marroquí contuvo los gritos—. ¡Dardan! Esa vez Viedma se movió rápido y esquivó el golpe de Dardan.

—¡Silencio! —ordenó Tatalla.

—¿Dardan? —preguntó Viedma de pie con la cama entre él y el peligroso homínido—. Eso es albanés o kosovar. Con ese tatuaje que tienes… ¿*Kommando* Schacht? Dele recuerdos a Skorzeny. Se acordará de mí… vaya si se acordará… —La sonrisa fue una provocación, pero el kosovar se quedó quieto, disciplinado como buen miembro de los paracaidistas de las
SS
.

—¡Silencio! ¡Silencio! —repitió Tatalla desesperado.

—¿Qué hacen en mi habitación? —espetó Viedma—. ¿Qué quieren?

—¡El dinero que nos robó! —exclamó el abogado marroquí con otro chillido.

—¿Qué dinero?

—No se haga el tonto —dijo Tatalla con la voz ronca—. El dinero que desapareció, el millón de francos por el pago del secuestro.

—Sabemos que lo tiene usted —señaló el marroquí.

Viedma miró la cara del kosovar, que se acercó hasta casi rozar sus rodillas. Lo observó desde arriba, como si fuera una gárgola barbuda. Supo que no tenía sentido eternizar aquello. No iba a dejar que le diesen una paliza y no pensaba quedar lisiado por aquel asunto.

—Yo no lo tengo —Viedma se encogió de hombros—, pero sé dónde está.

—Pues vamos a buscarlo ahora mismo —ordenó Tatalla como quien quería pillar a un mentiroso.

—No me lo va a dar si os ve aparecer a vosotros —Viedma señaló hacia el techo para indicar que era alguien importante quien lo tenía—. Y por supuesto no os lo voy a entregar a cambio de nada.

—¡Dánoslo! —gritó el marroquí con un amanerado gesto al tiempo que Tatalla lo miraba furioso.

—Lo tiene Mulero en su caja fuerte —mintió Viedma—. No sé en cuál exactamente, pero no me lo va a dar por mi cara bonita y mucho menos a ustedes.

—¿Dónde está esa caja? —La codicia envalentonó al marroquí.

—Está rodeada de miles de soldados con el dedo en el gatillo, deseosos de disparar contra el primer *jamido* que se ponga delante.

—Pero nosotros no le pedimos que nos dé el dinero a cambio de nada.

—Vamos avanzando. Cuénteme.

—Usted nos lo entrega y nosotros le devolvemos a la señorita Pipi Grimón De Las Navas para que se la lleve a su querido padre que la estará esperando.

—¿Y eso cuándo sería? —Viedma se relamió como un tiburón mirando una foca—. Y no me venga con lo de cuando tengan el dinero, porque eso ya les digo que no podrá ser hasta mañana, y si Mulero quiere dármelo.

—Si eso pasa, no tendremos… —dijo el marroquí amenazante.

—Mañana por la tarde nos entregará el dinero y nosotros a la mujer —apuntó el uruguayo—. Será una hora después de que se ponga el sol, en el campamento de los Oulad Moussa en Edchera.

—No me dejarán salir —respondió Viedma con ánimo de poner trabas.

—Sí que saldrá. —Tatalla hizo una mueca que equivalía a una sonrisa—. Le dejaremos a Osorio para que le haga de salvoconducto. Le recogerá por la tarde antes del cierre y lo devolverá con la mujer una vez haya traído el dinero.

—Si no hay otra manera, de acuerdo. —Viedma asintió con fatalidad. Miró los rostros de los tres hombres y agradeció a Dios la existencia de panolis como aquellos.

—Si nos falla, o si intenta hacerse el listo y no aparece… —las gafas oscuras de Wilfrido Tatalla eran casi como un espejo y su boca, como cortada con un abrecartas, se tensó—, no solo mataremos a la hija del general y mandaremos una foto de ella degollada a toda la prensa. Eso para usted sé que es lo de menos. Usted solo es un asesino franquista capaz de traicionar a su país si fuera necesario, venderse a los americanos o ser el perro fiel de Ezequiel Ramírez y del comandante Ibáñez. —Viedma se sorprendió, pero no movió ni un solo músculo de la cara—. Pero nosotros no somos tontos como ese general de Barcelona. Si no cumple, nuestros agentes en El Aaiún, que tenemos muchos, —puso aire de empollón presumiendo de sus sobresalientes— matarán a Almudena Mos de forma cruel y dolorosa. Lo harán en cualquier momento, más pronto que tarde.

Viedma siguió imperturbable con la mirada neutra. Ya no sentía curiosidad por descubrir cómo aquellos hombres sabían tanto sobre él, solo que los iba a matar a los tres. No en ese momento ni allí mismo, pero sí cuando tuviera la mínima oportunidad.

—Allí estaré —fingió un aire acobardado al que correspondieron con sonrisas de burla.

—A las seis lo recogerá Osorio. —Tatalla se puso de pie y le hizo un gesto al gigante kosovar. Viedma lo vio venir, pero no le dio tiempo a reaccionar. Todo volvió a negro.

Soñó con una escalera de un lejano 1939, en una casa de la calle Almagro en Madrid, por donde subía Felipe Sandoval Cabrerizo, alias doctor Muñiz, detenido en Alicante cuando intentaba huir, pero no pudo porque el barco no estaba. Lo llevaron a Madrid, a una cárcel improvisada donde Fernando Ramírez de Viedma, hijo de Alfonso y Rosalía, asesinados en la checa del Europa, le estaba esperando. Vio su cara aterrorizada en la escalera cuando se quedaron solos y el joven lo miró cuando lo cogió del cinturón para levantarlo y soltar lo de «tú mataste a mis padres» con unos ojos terribles. El primer empujón contra la ventana que cedió abriéndose, y el segundo empujón lo tiró al vacío y partió la cabeza con el empedrado de la calle.

Lo vio muerto y una pareja de asustados transeúntes apretó el paso sin mirar atrás. No quisieron líos. Fernando Ramírez de Viedma, alias Miguelín, había matado a Sandoval, asesino,

atracador de bancos, torturador y violador, el más buscado entre los de su clase durante los años veinte e impartidor de justicia en el Madrid republicano. En el parte de fallecimiento se escribió suicidio y no hubo más que hablar. Fue el primero de los tres responsables de la muerte de sus padres, el siguiente tardaría dos años en aparecer.

Rompió el alba cuando se presentó en la celda de Santiago Aliques Bermúdez, capturado en un control de carretera, y que sería fusilado a las siete en punto en el paredón de una prisión madrileña. Viedma notó cómo temblaba mientras le colocaba los grilletes para llevarlo al cadalso. El antiguo pintor de brocha gorda que había asesinado a troche y moche en la retaguardia, siempre a cientos de kilómetros del frente, le miró para explicarle el porqué de sus temblores:

—Es que hace frío.

—Ya.

Viedma supo que Aliques buscaba camaradería, afecto en el último momento, y sonrió, porque Aliques no sabía la mala suerte que había tenido. Él no tenía que estar allí poniéndole los grilletes, pero había cambiado el puesto con uno de los que formaban el pelotón de ejecución. Le costó un cartón de Gauloises y una tableta de chocolate Nestlé.

—¿No tendrás un cigarro? —le preguntó Aliques con los ojos acuosos.

—Tranquilo —respondió con una sonrisa llena de crueldad—, que solo te van a matar. Ya fumarás luego.

Colocado frente al paredón, Aliques se orinó encima y gimoteó mientras Viedma le decía al sargento que no encontraba la capucha negra para ponérsela en la cabeza. No había tiempo. Fernando ocupó su puesto con los otros seis hombres, y sin dejar de mirar al asustado asesino, violador y ladrón, le disparó un tiro en la frente cuando el sargento ordenó con un «¡fuego!». El segundo asesino cayó muerto con media cabeza partida y un buen número de agujeros en el pecho. Solo quedaba el tercero, ese fantasma sin datos, nombres, ni fichas al que nunca pensó encontrar. Hasta aquel momento.

IX. Le valdría callarse

4 de diciembre de 1957

Abrió los ojos, la habitación estaba a oscuras y la noche seguía ahí fuera. Miró el Longines. Las seis y cuarto de la mañana. El viento golpeaba contra el edificio con violencia y los recuerdos le llevaron a bombardeos en la guerra. La cabeza le dolía una barbaridad. Como pudo localizó en la maleta el tubo de cristal con aspirinas, sacó el tapón de corcho, que cayó al suelo, y se tomó dos de una vez con agua que quedaba en la jarra. Volvió a la cama, donde se sintió morir de algo en el cerebro, pero simplemente se durmió.

El claxon de un coche lo despertó. Eran casi las diez. Oyó cómo llamaban a la puerta de la habitación y la voz quejumbrosa de Omar le avisó de que Maderal llevaba rato esperándole. Sobresaltado, se levantó para vestirse a toda prisa. Del dolor solo quedaban las punzadas de una ligera jaqueca que calmó con otras dos aspirinas que tragó con saliva.

Se bebió de pie un café negro mientras Omar miraba hacia el suelo con aire de arrepentimiento. Fernando lo ignoró, solo supo que, dependiendo de cómo acabara aquello, lo emplumaría o no. Juan lo esperaba con gesto sorprendido en la puerta de la recepción.

—Buenas —le dijo al verlo aparecer y se llevaba el dedo a un reloj imaginario en la muñeca—. ¿Se le pegaron las sábanas?

—Calle, soldado, que he tenido una noche toledana —respondió Viedma notando cómo el dolor de cabeza había desaparecido. Nada mejor que aspirinas y café para eso.

—Pues tengo órdenes de llevarlo a ver al coronel Mulero. —Maderal aceleró el paso hacia un *jeep* cubierto—. Así que me lo cuenta por el camino. Porque era para las diez y mire…

—Que le den por culo a Mulero —dijo Fernando de mal humor —. Cuando se llega, se llega.

—Sí, eso se lo dice cuando lo vea —rio el legionario, divertido.

—¿Qué pasa en el cielo? —Viedma señaló el color naranja que tenía todo.

—Esto es lo que pasa cuando ruge el siroco y se mezcla con la calima. Una tormenta de arena. —Maderal apremió al policía con un «vamos, vamos»—. O sea, una puta mierda de los cojones, que es su término científico.

Fernando no recordó nada parecido en su infancia melillense. Era como si todo hubiera sido pintado de un naranja sucio. No hacía calor ni el viento era caliente, pero sí violento con golpes contra el vehículo. La vida entera parecía haber desaparecido de las calles con puertas y ventanas cerradas.

—¿Y esto dura mucho?

—Vaya usted a saber.

—¿Quién le dio la orden de que Mulero quería verme?

—Me la dio Castromonte ayer por la tarde —Maderal puso cara de «quién va a ser»—, que era orden directa de capitanía.

El legionario iba a toda pastilla y el edificio apareció de repente en aquel mar de polvo que lo cubría todo. Se bajaron del coche. No había nadie en la entrada. Las puertas estaban cerradas y el letrero de «toque», si lo hubo alguna vez, había volado hacía rato. Sujetándose el sombrero con la mano y con el cuerpo encogido, Fernando llamó con dos golpes. Era incapaz de oír nada más allá del bramido del viento.

Subió las escaleras hacia el despacho de Mulero que, según le dijo un cabo en la puerta, llevaba rato esperándolo. Las ventanas estaban cerradas, las contraventanas tenían el pestillo pasado y las bombillas lucían lo que podían. Fuera parecía que el mundo se venía abajo y dentro como si no pasara nada.

Mulero lo recibió de pie en su despacho, con cara de pocos amigos y un «siéntese». Viedma lo hizo en la silla frente a la única mesa que había allí, un lugar parco, espartano, lleno de mapas militares, un crucifijo y una foto de Franco vestido de uniforme.

—¿Qué es eso de que anda por ahí presionando y acosando a un teniente de la Guardia Civil que además es el responsable del Cuerpo en todo el Sáhara español? No olvide que la justicia militar

y las fuerzas armadas son las que controlan el territorio. Usted es solo un invitado. —La ira se le notaba transpirándole por los poros —. Ayer me vino el teniente Osorio con una historia de amenazas por su parte, impropias de toda orden y razón. Usted no es militar…

—Ya —le cortó Fernando, que sabía que Mulero tenía las manos atadas, ya que, si hubiera podido hacer algo, no le estaría echando la bronca—. Coronel, si me deja explicarle, le cuento cómo va el asunto y lo entenderá todo.

—Adelante —dijo con sequedad mientras el viento chocaba contra el edificio como queriéndolo tirar.

Se acabó sentando, con la cara cada vez más atenta a la historia que le contó Fernando. Pensativo, permaneció callado. Después, se pasó la mano por la cabeza sin decir nada. Le dieron ganas de sacar una botella de algo para tomar un trago, pero no tenía y si así hubiera sido, tampoco la habría sacado delante de aquel policía.

—Fatal. —Miró a Viedma—. Todo esto está fatal. Una red de conspiradores liderada por el jefe de la Guardia Civil en pleno estado de guerra… Me cago en la leche.

—No es lo que le contó Osorio, supongo.

—¿Cómo es que no está detenido de inmediato?

—No puede ser, lo necesito para lo de esta noche. Por ahora no podrá haber detenciones.

—Firmaré su degradación y arresto, que se harán efectivos en el acto, pero no lo comunicaré hasta el viernes.

—Manténgalo en secreto. Si se sabe, se irá todo al traste.

—Acabe con esto de una vez. —Mulero sacó un paquete de Camel y le ofreció un cigarrillo—. Los ataques en el Sáhara son cada vez más violentos y efectivos. Las patrullas ya no están seguras ni por el día y tengo puestos completamente cercados. No puedo estar con estas zarandajas. —Dio una larga calada—. Entiendo que usted se mueve en un mundo distinto al mío. Yo soy militar, tenemos un código de honor… ya sabe. —Hizo un gesto con el cigarrillo—. No quiero decir que usted no lo tenga. Sé de todas esas cosas que hizo durante la guerra y después… —Lo miró fijamente con esa mezcla de «sí, pero no» a la que Fernando estaba tan acostumbrado—. ¿Usted estuvo en Rusia con la División?

—Sí —respondió con una disimulada molestia y añadió antes de que se lo preguntara—: solo unos meses.

—En la investigación esa sobre los cuadros de la División —dijo como si tratara de aguantar el vómito—. Leí el informe un año después. Ahí aparecieron muchos buenos compañeros.

—Solo cumplí órdenes —la voz de Fernando sonó inexpresiva, pero su mirada era firme—, lo que siempre he hecho, cumplir órdenes. Se me encomienda una misión y la llevo a cabo.

—¿Caiga quien caiga?

—Caiga quien caiga.

—Pues cayeron buenos camaradas. —El coronel se contuvo—. Carreras militares brillantes fueron cuestionadas, lastradas, incluso hoy en día… Eran héroes de guerra.

—Nunca cuestiono las órdenes. ¿Usted lo hace?

—Está bien. —Mulero dio por terminada la conversación—. Termine de una vez con esto. Cumpla su misión y quíteme este dolor de cabeza. Estoy deseando ver dónde llega todo esto. Tendrá carta blanca, pero no será eterna —sonó a orden, pero también a sinceridad—. El próximo lunes tomaré el mando y con lo que tenga limpiaré El Aaiún.

—Solo quiero una cosa más —dijo Viedma al levantarse—. Que al legionario Maderal, que me está sirviendo de asistente, se le pueda eximir de cualquier acción disciplinaria relativa al servicio que me está prestando.

—Si no es grave, sí.

En el vestíbulo lo esperaba Maderal con cara de preocupación.

—Todo solucionado —le dijo Viedma caminando hacia la puerta —. Pero hay prisa, necesito volver a la gruta esa.

—¿Otra vez? —El joven puso una mirada de fastidio—. ¿Con este tiempo?

—Otra vez y con este tiempo —respondió él mientras salieron y antes de tener que gritar entre el rugido del siroco, con la mano sosteniendo el sombrero en la cabeza—. ¡Espero que haya traído la pala!

Volvieron al almacén y repitieron la escena de la última vez excepto por un cambio. Fernando entró de nuevo solo con la pala y salió con la misma maleta cuadrada color rojizo que había llevado la anterior ocasión. En ese momento la limpió con un trozo de gamuza que encontró en el *jeep*.

—¿Ahí es donde guarda el dinero? —preguntó Maderal ante el

silencio afirmativo del policía—. ¿Se lo va a dar esta tarde cuando vaya a por la hija del general? Tenga cuidado, no sea que pase como la otra vez.

—Una buena mierda les voy a dar —sonrió Fernando, malévolo —. Esta es la maleta que todos esos llevan días buscando y es lo único que van a tener.

—¿Sin dinero?

—Si les llevo el dinero, me van a matar como hicieron con los tres policías.

—Pero ¿cómo pagará el secuestro? —Maderal lo miró casi frenando el todoterreno para poder ver en medio del vendaval de arena.

—¡Yo qué voy a pagar! Esto no es un secuestro —sonrió con dureza—, esto es un atraco.

Peñate y Baldomero fueron los dos legionarios de permiso que trajo Maderal para que echaran una mano a cambio de un cartón de Virginia para compartir y el almuerzo. Dos macarras de tomo y lomo. Uno tinerfeño, matón y chuloputas, al que un juez le dio a elegir entre quince años de cárcel o el cuartel. El otro era un coruñés que se había chivado de unos contrabandistas que lo habían echado del negocio en la ría. La jugada le había salido regular porque, tras las detenciones, tuvo que alistarse en la Legión para escapar de la venganza. Allí estaban los dos junto al vasco, descuajeringando novelas del Oeste afanadas en el cuartel, que quien más y quien menos tenía su pequeña biblioteca. Los Lafuente Estefanía y los Mallorquí dejaron su forma de historias de vaqueros y detectives para convertirse en paquetitos que, con un billete de Franco en lo alto, iban llenando la maleta.

—Esto es un camelo de los buenos —dijo Peñate, que se olía la movida de lejos.

—Un camelo mientras no cuenten el dinero —apuntó Baldomero mientras vio al policía colocar solo billetes en los montones que estaban en la parte de arriba.

—Pues lo van a contar —afirmó Maderal como quien revelaba un truco de magia.

Viedma no dijo nada, solo esperó a que terminasen. Los llevaría a comer a La Nacional y después volvería a esperar a Osorio. Aunque igual solo les pagaba la comida y que fuesen solos. Le

hubiera gustado ver a Almudena, pero no se lo podía permitir, no quería dar al traste con aquella misión. Si hablasen, si ella dijera algo, lo que fuera, los conduciría al suicidio. ¿Por qué suicidio?, pensó mirando hacia la ventana cerrada que temblaba golpeada por el siroco. Llevaba toda la vida haciendo misiones como aquella y había salido con vida hasta entonces. En Buenos Aires había sido igual de peligrosa con esos nacionalistas vascos, aunque allí sí que tuvo que salir a tiros del laberinto de muros, calles y setos que era ese barrio bonaerense de clase alta. Ahora sería distinto, y si no lo era, pues caería en aquel desierto, un lugar tan bueno o malo como otro. Se encogió de hombros. Había tirado tantas veces la toalla en los últimos doce años que ya todo le daba igual. Menos ella… Ella no le daba igual.

Al final comieron en el comedor del hotel con la mirada molesta de los otros clientes, que no entendían cómo aquellos dos legionarios con su algarabía y voces estaban allí si no eran huéspedes. Omar, sumiso, explicó que era un caso especial y dio excusas a todos. También se acercó para decirle al oído que Tatalla no estaba, que había abandonado el recinto el día anterior por la noche y se había llevado su pasaporte.

—Sigue colaborando —Viedma susurró amenazador— y saldrás de esta —le mintió mientras el saharaui hacía cortas reverencias.

Tras el café y el coñac los legionarios se marcharon. Ya habían terminado su labor: tres horas de trabajos manuales para fabricar setecientos cincuenta mil francos de pega con novelitas baratas. Juan Maderal miró a Viedma antes de abrir la puerta del hotel, que pareció querer venirse abajo.

—Porque tengo órdenes de no salir de El Aaiún, que si no… —le dijo con un pesar enorme.

—En serio, que no pasa nada —respondió Fernando dándole una cajetilla entera de Lucky—. Aunque te permitieran salir, no podrías venir. Lo pactado es con Osorio… —Miró con gratitud al bilbaíno —. Estas cosas son así.

—¿Está seguro de que todo esto es una buena idea?

—Que sí, hombre, está todo controlado —puso una media sonrisa—. Mañana nos vemos aquí por la mañana y te cuento cómo fue todo.

—A sus órdenes. —Maderal se marchó con gesto preocupado por

una puerta a medio abrir que estaba llenando de tierra toda la recepción.

Fernando avisó a Omar de que estaba esperando a Osorio. Subió a la habitación. Tenía que hablar con San Demetrio si aquel maldito viento no se lo impedía. Y después a esperar.

—¿Estás seguro?

Viedma sonrió cuando oyó a San Demetrio hacerle la misma pregunta que el joven legionario.

—Seguro no hay nada, pero no queda otra. Iré y volveré con todas las respuestas.

—Cuando vean que no tienes el dinero…

—Entonces salvaré la vida.

—¡Tú sabrás, coño! —se irritó su superior.

—¿Qué hay de lo mío?

—¿De lo tuyo? —Se oyó un resoplido por el auricular—. Pues que está en camino. Tuve que ir al Pardo porque no lo autorizaba nadie. Se quedó pendiente de firma en la mesa del mismísimo…

—Gracias —dijo Fernando con alivio.

—¡De gracias… mis cojones! —exclamó el viejo coronel de la policía—. Me debes una enorme.

—Se la debo y se la pagaré.

La tarde caía cuando Omar tocó en la puerta. Viedma se levantó con calma, se colocó la americana, el sombrero, cogió su gabardina y bebió un trago de coñac Tres Cepas antes de salir mientras el conserje le daba el aviso de que el teniente Osorio le esperaba en la calle. «¡Vamos, coño! —pensó el agente de la Tercera Sección—. ¡Valor y al toro!».

Era un Buick negro, con la pintura impecable a pesar del clima del desierto. Fernando supuso que había hecho poco kilometraje y tenía mucho tiempo. El interior estaba impecable, con cueros y cromados, sin duda el capricho de un dueño orgulloso que no pensaba salir de El Aaiún en su vida. Mover ese trasto no era fácil. Osorio se mostraba distinto, no como quien simulaba arrepentimiento, sino como quien esperaba el resultado de algo.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó lacónico un tirador del Ifni. Ese día no estaban los legionarios controlando los puestos de salida y entrada a la ciudad.

—Volveremos en un par de horas —le contestó Osorio mientras

el soldado enfocaba con su linterna las acreditaciones: un teniente de la Guardia Civil y una insignia de la
DGS
. No había más que hablar.

—Señores, a partir de aquí no se garantiza su seguridad y tenemos informes de movimientos de la morisma en la zona —dijo con un acento extremeño muy fuerte.

Osorio asintió y continuaron el camino cuando la gruesa barrera se levantó. Los tiradores en el puesto los miraron como si estuvieran locos, con las caras embozadas en pañuelos, como asaltadores de trenes en películas del Oeste. Había una hoguera dentro de un bidón y el viento parecía haber menguado. Era el final de la civilización, de resto la oscuridad. La carretera con sus límites marcados con piedras desapareció pronto. Después ya no había nada.

—¿Estará Lecuona en el intercambio? —preguntó Viedma mirando al guardia.

—Eso no es asunto suyo —respondió él lacónico.

—Dígame una curiosidad. —El policía volvió a la carga—. ¿Qué tiene que ver cobrar un secuestro con detener al Punzón? —Osorio permaneció callado—. Es que no me entra en la cabeza qué relación hay para que usted se convierta en el recadero de una banda de secuestradores y así poder detener a un asesino.

—¡Usted qué sabe! Ni siquiera es policía.

Osorio no perdió de vista lo que tenía delante, que no era otra cosa que una llanura con unas paredes de barranco al fondo. El viento había desaparecido y el polvo en suspensión iba cayendo al suelo.

—Esta placa no dice lo mismo —Fernando, con una sonrisa burlona, se tocó la solapa de la gabardina—. ¿Lecuona le dijo que se hiciera secuestrador para atrapar al Punzón?

—¡Cállese! —contestó el guardia con un tono de ira.

—Lo que no me encaja es para qué mató a la hija del beduino. Inexplicable, me dijo hace unos días. De eso, nada —Viedma negó con la cabeza—. No hay nada inexplicable.

—Eso ya no le importa —dijo Osorio con un aire sobrecogido que animó a Viedma.

—¿No sería una demostración de fuerza del Punzón para que el

tal Ibrahím Oulad no se echara para atrás? Al fin y al cabo, tiene más hijos… Y una hija para esta gente…

—¡Cállese! —gritó golpeando el volante de su amado coche—. ¡Cállese!

—¿Sabe lo que barrunto? —Viedma sonrió y vio aparecer una enorme luna en un cielo cuajado de estrellas—. Que el Punzón va a estar en esta entrega de dinero y que usted lo sabe… ¿Desde hace cuánto sabe quién es el Punzón? ¿Desde cuándo colabora con él?

—¡Le digo que se calle! —Los ojos de Osorio centellearon y la piel de sus rasgos se le estiró al mirar a Viedma—. ¡Puto franquista de mierda! ¡Eso es lo que es usted, un asesino de Franco que pronto recibirá su merecido!

—Mire hacia delante y vaya más despacio, que vamos a tener un disgusto —le indicó Fernando con tranquilidad. Sabía que estaba jugando con fuego. Iba desarmado y aquel hombre llevaba su arma reglamentaria en el cinturón—. De todo este embrollo me queda por aclarar quién está robando a quién. Sé que la madeja está enrevesada, pero creo que hay dos madejas. ¿O no lo cree usted? —preguntó mirando por la ventana al paisaje espectacular de un desierto nocturno para volver a sonreír—. Dígame su opinión de guardia de asalto que colaboró con Lecuona en sus supuestas aventuras policiacas en Barcelona. ¿O usted también estuvo en Madrid? No creo. Allí los anarquistas convirtieron en chicharrón a todo guardia civil al que encontraron.

—Más le valdría callarse e igual sale de esta. Ya no está en zona nacional —dijo Osorio con rabia que le salió en forma de saliva contra el parabrisas.

—¿Estoy en zona roja? —preguntó Fernando, burlón—. No, ahora estoy en manos del Punzón, ¿verdad? En manos de la banda de Lecuona, el auténtico Punzón y de un cómplice que le garantizó la tapadera durante muchos años, de la misma manera que falsificó los informes forenses y preparó el escenario del asesinato de tres policías y una niña para cubrir a su amigo de los viejos tiempos. ¿Me equivoco?

Osorio frenó en seco y el vehículo resbaló sobre la arenisca de la llanura. Sacó la pistola, una Beretta de cañón largo, para apuntar a la cabeza del policía. Fernando vio el cañón, el silencio amenazante de los ojos encendidos, las aletas de la nariz dilatadas y los labios

desapareciendo en finas franjas pálidas.

—Guarde esa pistola y no haga más el ridículo —dijo mirando hacia la carretera—. Sigamos de una vez, que estoy deseando ver en qué acaba este sainete.

Durante unos instantes Osorio mantuvo apuntado al hombre al que tanto odiaba. Bajó el arma y la devolvió a su pistolera. Puso el coche en marcha y cogió velocidad. Fernando respiró tranquilo. Aquellas cosas siempre le salían bien, pero supo que alguna vez no sería así y hasta ese día habríamos llegado. Mientras tanto, a barajar.

Unas luces aparecieron tras unos riscos, atravesaron una especie de río seco que se extinguió también. No había dunas, solo un enorme pedregal donde estaban unas jaimas grandes. Osorio fue despacio. Había una hoguera y los faros cortaron una celebración con tambores y algo parecido a panderetas. Se acercaron una treintena de hombres vestidos con ropa saharaui que habían cogido sus armas a toda prisa, fusiles y subfusiles de todo tipo y procedencia, pero muchísimos de fabricación española. Uno con un Z45 apuntó al parabrisas del Buick. Llevaba un turbante y dio una orden en el dialecto de los saharauis. Osorio detuvo el vehículo.

—Más vale que baje despacio y sin movimientos bruscos —le dijo a Viedma entre dientes mientras abría la puerta del coche—. Que aquí usted no ganó la guerra.

—Sí —respondió él con toda la acidez que pudo—, eso también se lo han creído otros.

Los beduinos les rodearon apuntando con sus armas, dando voces y hablando al mismo tiempo. Fernando no los entendía, salvo palabras sueltas. Era un dialecto del árabe mezclado con idiomas más antiguos. Solo sabía que, si se escapaba algún dedo, los dejarían como un colador. El guardia civil intentó hacerse entender mientras lo registraban y perdía su pistola a manos de uno de aquellos *jamidos*. Como Fernando no llevaba nada, lo dejaron tranquilo. La maleta siguió en el coche.

—¡Venga! Aquí tiene a su brigada mixta para ganar la guerra —dijo Viedma con una risa que descolocó a los beduinos, que lo observaron con curiosidad, añadió en árabe—: ¡No sean duros con él, que es un comunista que no cree en Dios! ¡Pero teme encontrárselo!

El grupo miró a Osorio antes de echarse a reír. Las burlas se cortaron cuando una voz inquisitiva ordenó silencio y salió de la jaima más grande, atravesó el terreno que los separaba, cruzó la hoguera y continuó dando órdenes. Fernando lo reconoció por las fotos. Era Ibrahím Oulad Moussa, aunque en persona resultaba ser mucho más impresionante que en la foto tamaño carnet. Desde luego era un guerrero salido de las ilustraciones de las novelas de Salgari. Con barba poblada blanca, ojos recortados sobre una piel oscura, rasgos duros y calvo, vestía ropas azules, con una especie de guerrera de piel sobre el pecho y los hombros, llevaba una espada curva a la cintura. Sus hombres le dejaban paso mientras avanzaba. Sin duda era el jefe de la
djema'a
. Su actitud era fría y los miró con interés, pero sin decir nada. Viedma se dio cuenta de que algo no funcionaba, pero al menos, aquel hombre tenía tantas ganas de terminar con aquello como él mismo.

—Vengan —dijo en español con un acento pronunciado—. Los otros están en la tienda.

—Estamos muy honrados de estar aquí —habló Osorio, que se calló cuando el jefe tribal levantó la mano y puso una mirada inexpresiva.

—No son mis invitados. Solo obligación.

Osorio miró de reojo a Viedma, que le sonrió burlón.

—Calladito estás más guapo —dijo en un suspiro.

La tienda era enorme, llena de alfombras en el suelo, cojines y braseros, estaba iluminada con decenas de velas en portalámparas colgadas del techo. Sin duda, faltaba Sherezade para contar un cuento cada noche a un caprichoso sultán. Pero allí no había sultanes ni odaliscas. En medio de aquel tinglado, iluminados por las ascuas de los carbones y la luz amarilla de las mechas, estaban Wilfrido Tatalla, apoyado en un bastón con un traje color tabaco, Muhámmad
an-Násir,
con el mismo traje con el que Fernando lo vio la noche anterior, y Dardan, que parecía más un tártaro de opereta con aquel gorro y abrigo de piel de oso negro. Los tres lo miraron en silencio mientras se acercaban. El beduino permaneció alejado del trío, que pronto

sería un cuarteto, ya que Osorio, servil, se unió a ellos con unas cortas reverencias.

No tardó en abrirse la otra entrada de la tienda. Entraron dos hombres con chaquetas de cuero, que se quitaron con parsimonia para dejarlas en unos ganchos clavados en una viga. Charlaban como si no hubiera nadie, o como si fueran los protagonistas de una fiesta que no empezaría sin ellos, y se acercaron. Fernando los reconoció al instante y se le heló la sangre.

Uno era Mateo Sarmiento y Lecuona, natural de San Cristóbal de La Laguna, Tenerife. Policía condecorado, perseguidor incansable de un asesino en serie que había dado numerosas conferencias sobre ello. Y el otro era Jorge Montelongo Del Rey, nacido en Zamora, falangista de primera hornada, joven arquitecto que nunca llegó a ejercer, detenido y sentenciado por conspiración para matar al Jefe de Estado y esposo de Almudena Mos de Larrea. Ambos lo miraron, sin sorpresa, sabían quién había venido y quién era.

—¿A quién tenemos aquí? —dijo Lecuona mirando a los presentes y luego a Jorge—. ¿Es este el aguilucho de Franco?

Todos rieron.

—Sí, el mismo —respondió Viedma con una sonrisa dando un paso hacia delante para tenderle la mano.

—¿Por qué no? —dijo Lecuona con sorna.

—¿Y usted? —Fernando le estrechó la mano—. El señor Punzón, supongo.

Lecuona perdió la sonrisa al intentar zafarse del apretón. Detrás de él, Jorge se puso tenso y los allí presentes mostraron gesto de circunstancias.

—Suélteme —pidió el antiguo policía sin mirarle a la cara.

—Leí el libro que escribió en el 46. Nunca me quedó claro nada hasta ayer. Un golpe seco proveniente de Dardan hizo que Fernando soltara a Lecuona.

—Mal rayo te parta —dijo este.

—Sí —Viedma cogió aire—, el Punzón investigando al Punzón. ¿Qué podía salir mal?

—¡Traed el dinero! —gritó Lecuona.

—Está en el coche —respondió Osorio con precipitación.

—¡Pues tráelo de una jodida vez!

Lecuona estaba nervioso, pero los otros no parecieron

sorprendidos.

—Te lo advertí —le dijo Jorge con todo el resentimiento que pudo encontrar—. Es una rata, una garrapata capaz de meter todo el veneno en el mismo picotazo.

—¡Nos desharemos de él! —gritó el abogado marroquí con aire afeminado.

—¿Dónde está la mujer? —preguntó Viedma.

—¡Cállate! —Jorge le dio un puñetazo en el estómago que lo puso de rodillas.

Osorio llegó con la maleta y la puso junto a una pequeña mesa de té que tembló, desequilibrada por el peso. El guardia hizo los honores tirando de los correajes, pulsando los seguros y gesticulando para abrir los resortes, y como si fuera un mayordomo, se apartó para que su señor metiera la mano y sacara el tesoro. Lecuona sonrió al ver los francos, sacó un paquete y su rostro se crispó. Todos lo miraron. Jorge, nervioso, cogió varios fajos que lanzó contra el suelo al ver que eran recortes de novelas de estación. Con una violenta patada a la mesa tiró la maleta, rompió la mesa y esparció medio quiosco de aquellas novelas de a peseta.

—No hay dinero —Viedma se echó a reír.

—¿Dónde está? —gritaron todos al unísono.

—Lo escondí a buen recaudo.

—¡Mataremos a la hija del general! —amenazó el marroquí para añadir con un golpe de puño en su mano abierta—. ¡Dardan!

—Si la matáis, perderéis el dinero.

Un golpe seco del gigante en el estómago lo postró contra el suelo haciéndole dar una arcada.

—Pues te mataremos a ti —dijo Jorge—. Yo mismo me cobraré la cuenta que tengo contigo.

—Si me matáis —balbuceó Fernando cogiendo aire—, olvidaos de los setecientos mil marcos. Solo yo sé dónde están.

—Dejadlo —ordenó Lecuona, que se marchó por donde había venido, seguido de su corte de conspiradores. Solo se quedó Dardan. El beduino siguió quieto en la misma esquina, imperturbable.

Viedma se hizo el herido, fingiendo que estaba catatónico, aunque no sabía bien para qué. Centró el oído en la conversación y en las voces que llegaban apagadas desde el exterior. Solo entendió un «digámosle que le vamos a dar a Pipi». O sea, que la hija del

general no estaba con ellos… «Tendremos que arreglarnos con él para que nos deje traerla». ¿Quién la tenía?… «Con él no se arregla nada, él quiere su parte». «Este hijo de puta nos va a costar un pico, si es que no nos cuesta el cuello…». Los oía alterados hasta que Lecuona gritó silencio y volvieron a entrar.

—A ver, sanguijuela —le dijo Lecuona tras ordenar a Dardan que lo pusiera de pie—. Vamos a hacer un intercambio dentro de dos días. Tú traes el resto del dinero y yo a Pipi.

—¡Pipi! —Viedma resopló—. Se nota que hay confianza.

—No te pases de listo —negó Lecuona poniéndole el dedo delante de la cara—. Quedaremos a las afueras de El Aaiún. Osorio sabe dónde.

—¿Puedo ver a la mujer?

—¡No! —gritó Jorge.

—La verás cuando nosotros veamos el dinero —añadió Lecuona.

—En dos días… —Viedma se encogió de hombros—. De acuerdo.

—Y esta vez sin trucos.

Un «¡zutch!» rompió el silencio. Sonó en el exterior. Los que habían vivido una guerra sabían de qué se trataba. Hubo más «¡zutch!» seguidos de silbidos. Viedma se tiró al suelo y las explosiones no tardaron en ocurrir. Fuego de mortero contra el campamento. Estaban tirando desde muy cerca. Se arrastró moviéndose, intentando adivinar dónde sería el siguiente, y cayeron al menos dos más.

¿Quién estaba atacando? Se intentó poner de pie para correr hacia el exterior, pero alguien le agarró con fuerza haciéndolo tropezar. Fue justo en el momento en que una larga ráfaga de ametralladora rasgó la gruesa tela de la enorme tienda.

Osorio cayó muerto con media decena de agujeros de balas. Dardan se desplomó a medio metro frente a él con un agujero en la frente. Una de aquellas balas atravesó el cuello del abogado marroquí, que se llevó la mano para intentar parar el surtidor que surgió de la garganta, pero no lo consiguió. Fernando miró hacia alguien que le agarró por las rodillas. Tatalla le dijo algo que fue incapaz de oír. Movió las piernas para soltarse. Las gafas oscuras se vieron como una calavera pulida al sol. Los dos estaban en el suelo y el uruguayo le golpeó en la cabeza con su bastón romo. Se

resistió, pero por tercera vez en casi veinticuatro horas, el policía de la misteriosa Tercera Sección soltó una maldición antes de perder el conocimiento. A la vez, un mortero impactó en medio de la columna que sostenía la tienda y todo se vino abajo.

X. El suelo del camión

5 de diciembre de 1957

El traqueteo del camión lo despertó. Un trozo de tela le cubría los ojos. Escuchó conversaciones en árabe. El sonido del motor resonó en su dolorida cabeza y notó el suelo duro de la cabina bajo la espalda. Las manos las tenía atadas con otro trozo de tela, aunque con el nudo suelto, notaba las botas casi pegadas a su cuerpo. Levantó los brazos para quitarse la venda. La luz del sol entró a raudales por la trasera de aquel transporte de tropas. Vio hombres armados vestidos con el uniforme color garbanzo del ejército marroquí, pero sin insignias ni gorras militares.

Viedma se incorporó y los hombres lo miraron con indiferencia cuando se sentó en un hueco libre. El camión dejó de dar brincos sobre una pista de tierra irregular para entrar en una que parecía en mejor estado. Oyó las conversaciones soldadescas, pero simuló no entender nada. Por el momento, era invisible, así que apartó un poco la lona que cubría la cabina del camión para ver una carretera asfaltada con vallas, lindes y mojones. Un cartel pasó rápido, pero lo leyó. Era negro con letras blancas en árabe y francés: Agadir, setenta kilómetros y una flecha recta. Sorprendido, volvió a colocar la lona y uno de los soldados le gritó que se estuviera quieto. Pero no había una sorpresa sin otra.

La ventanilla de la zona del conductor se abrió y desde el puesto de copiloto, las gafas oscuras de Wilfrido Tatalla lo reflejaron en sus lentes. Su sonrisa siniestra se dibujó en la cara extraña antes de alzar la voz sobre el ruido del motor para anunciar: «Bienvenido a Marruecos, señor espía». Rompió a reír, burlón y malévolo, cerrando la ventanilla cuando Viedma le preguntó que a dónde iban.

Su reloj había desaparecido, al igual que su tabaco. Miró hacia

la muñeca de un moro gigantón. Allí estaba su Longines. La una y media. Volvió a bajar la vista al suelo para descubrir su sombrero tirado bajo las baldas que servían de asiento. Lo recogió para embutírselo bien, se subió las solapas de la gabardina e intentó dormir, pero la cabeza le dolía otra vez.

Despertó entre pesadillas con un respingo que provocó las risas guasonas de los marroquíes, compañeros de viaje por una carretera que parecía interminable. Hacía frío de nuevo. La hora de su reloj robado marcaba las cinco y media de la tarde en la muñeca de uno de los soldados. Anochecía y levantó un trozo de toldo para mirar fuera, donde se veían casas desperdigadas.

Olía a mar. Cuando empezaron las calles de casas blancas, se escuchó un muecín llamando a la oración y el convoy paró en un cuartel con muros, garitas, soldados de guardia y piezas de artillería. Los hombres se bajaron y hubo saludos militares. La bandera marroquí, los que estaban allí sí que llevaban insignias de las Fuerzas Armadas Reales. Fernando observó cómo daban partes a sus superiores, que les concedieron permiso para ir a descansar requiriéndoles informes para por la mañana. Subieron dos nuevos, uniformados y con fusiles MAS franceses. Todo muy moderno y limpio. Al final, se subió un sargento que miró al español con cara de curiosidad antes de cerrar la portezuela trasera y gritar un «¡Vámonos!». Fernando sonrió pensando en esas frases de Franco llamando amigo de España a Mohamed V. También en toda esa cantinela que vinculaba a los guerrilleros como enemigos del propio sultán. Ahí los tenía, en los cuarteles del mismísimo ejército marroquí.

El camión circuló por las calles de lo que era una auténtica ciudad marinera con playa y puerto. Bulliciosa tras finalizar la oración, muchos transeúntes de paseo. Había un zoco, legaciones diplomáticas, palacetes, mansiones, barrios populares y residenciales. El blanco y el azul lo llenaban todo. Como en todos lados, se pasaba de las zonas de pequeñas casas, atestadas de niños que jugaban fuera y con un gentío que hacía vida en la calle, como era tradición en ese país, a un centro de la ciudad lleno de edificios de cuatro plantas, todos de inspiración francesa, casi como un pequeño París en el sur de Marruecos.

Vio las banderas marroquíes en los edificios gubernamentales,

tantas como pinturas de Mohamed V y el príncipe Mulay. El viento volvió a soplar, pero era frío y más moderado. Fernando miró cómo pasaban una prisión, pero suspiró tranquilo porque el camión no se detuvo. El dolor de cabeza había desaparecido, llevaba un rato pensando en cómo salir de aquella mientras la ciudad fue transformándose en una sucesión de palacetes amurallados. Por fin el camión frenó. Casi era de noche.

Tres metros de alto. Un muro que terminaba en alambrada, una barrera donde el conductor enseñó los papeles y Fernando escuchó a Tatalla graznar en árabe al guardia. «Tenemos prioridad absoluta de la más alta esfera». A los guardias solo les faltó ponerse de rodillas antes de dejarlos pasar. La barrera subió y el camión entró a lo que sin duda era un jardín primorosamente cuidado. Un centenar de metros después paró en una rotonda con una fuente. Bajaron el conductor junto con Tatalla, este ordenó al sargento que sacara al prisionero.

Viedma bajó de un salto a la recoleta rotonda y vio el precioso edificio, con las escaleras que subían hasta una sucesión de arcos en piedra labrada rojiza, donde se mezclaban los azulejos, las medias lunas, las fuentes, los grabados de aleyas del Corán en alfabeto arábigo, palmeras combinando con altos minaretes y ladrillos de distintos colores en un ajedrezado perfecto. No había duda de quién vivía o podía vivir allí. Maravillado por toda aquella explosión de belleza arquitectónica, vio cómo en lo alto de la escalera un hombre con un traje occidental perfectamente cortado bajaba para acercarse a Tatalla.

—¿Es este? —preguntó en árabe. Tenía la piel morena y el pelo rizado cortado con pulcritud.

—Sí.

—¿El espía de Franco?

—El mismo.

—¿Dónde están los otros? —preguntó con aire nervioso.

—Muertos casi todos —respondió Tatalla con la frialdad aprendida en las mismas escuelas que Viedma.

—¿Los dos españoles? —Su cara mostraba una dureza escondida bajo la delicada tibieza de los hijos de la nobleza marroquí—. ¿Muertos?

—No —negó Tatalla con resignación—. Como comuniqué por

radio, sus cuerpos no se encontraron tras el ataque, así que siguen vivos.

—O sea, que no tenemos el dinero y esos dos están vivos —hubo frustración en su voz.

—Al menos, no tienen el dinero.

—No creo que eso guste esta noche.

—Ojalá pudiera cambiar la realidad.

—Eso se lo explicas a su excelencia. —El trajeado miró a Fernando como el que observara a un caballo—. Que lo adecenten, mételo en una habitación y que esté preparado para ser recibido.

El marroquí se marchó por donde había venido y apareció un grupo de hombres en chilaba que llevaron a Viedma al interior del enorme palacio.

—Ahora le toca colaborar —le dijo el uruguayo, que ya no usaba bastón—. No se fie de este palacio. Usted es prisionero de alguien que no lo necesita, de alguien brutal que sería capaz de ordenar su muerte con la misma indiferencia que elige un palillo de dientes. Va a tener muchos problemas aquí si no hace lo que le mandan.

—Eso me lo han dicho tantas veces —habló Viedma provocador.

—Esta vez es verdad.

Las gafas estaban más claras y por fin los ojos casi porcinos de Tatalla se mostraron en aquel pasillo que parecía una imagen de las viejas películas de Simbad.

—No se preocupe, pienso mirar por mi pellejo. Colaboraré. —Viedma representó su papel de cobarde pragmático que tanto éxito le había dado otras veces.

—Bien —respondió el uruguayo antes de marcharse.

Viedma se quedó solo con un guardián que le abrió la puerta de su habitación. Era un gigante vestido con una chilaba blanca enorme. Su cara redonda con una nariz chata recordaba a aquellos luchadores del Campo del Gas en Madrid. Se quedó fuera tras cerrar la puerta, no sin antes ordenarle, en un más que correcto español, que se bañara y estuviera preparado porque en cualquier momento vendrían a buscarlo.

La habitación era amplia, con una cama redonda enorme, decorada con azulejos de vivos colores y formas. Había luz eléctrica en lámparas que simulaban candiles, un baño de mármol blanco con una bañera preparada con agua caliente, las ventanas estaban

cerradas con barrotes en el exterior. También había una mesa redonda con elegante material de oficina, papeles y sobres de color *beige*. Quizás pensaban que se iba a poner a escribir sus memorias.

Se desnudó para meterse en la bañera. En el silencio absoluto pensó con quién tendría que tratar cuando lo recibieran y en calidad de qué. Nadie en España sabía que estaba allí. Lo único que tenía claro era que Marruecos estaba en el ajo de aquel endemoniado embrollo que ahora parecía entender mejor. Hilvanó las ideas para ensayar lo que iba a pasar cuando lo llevaran ante quien fuera. No pensaba dejarlos a su aire. De eso nada. Llevaba toda la vida sobreviviendo de esa manera, manipulando a poderosos que se creían que ganaban siempre. La gente así, en un fondo no muy profundo, podía ser tan ingenua como el analfabeto miliciano que se creía el amo del mundo por tener un naranjero cargado al hombro.

Sus pensamientos se cortaron al momento. En el silencio escuchó el ruido apagado de lo que parecía una rueda. Abrió los ojos y se incorporó en la bañera. Volvió a oírlo, esa vez se añadía el de una puerta que se movía. Intentó localizar el sonido. Era algo que corría allí mismo, tras las paredes del suntuoso baño. Miró hacia la pared más alejada. Lo oyó de nuevo. Salió de la bañera y se centró en la pared, que golpeó con los nudillos. Había una bajante o algo parecido, donde subía o bajaba algo tirado por una polea desde otra planta superior. Su ojo de detective buscó el vaivén de esa puerta que se movía tímidamente en alguna parte. Palpó la pared hasta que la vio oculta en una esquina, camuflada entre los mármoles. Era una puerta de madera decorada como si fuera del mismo material. Se asomó para ver un hueco enorme por donde ascendían cuerdas tiradas por poleas en lo alto. Era una especie de pasillo laberíntico interno para el servicio. Interesante.

Anocheció. Sin reloj le costaba saber la hora exacta, pero sin duda alguna la cena sería tarde. Se abrió la puerta y el mismo gigantón de cabeza redonda le dijo que le subirían de cenar para que comiera en la habitación.

—Le recibirán mañana. Descanse esta noche para estar preparado.

Se marchó sin decir más, dejando tras de sí el sonido de la vuelta de llave en la cerradura.

Viedma sonrió al ver entrar el carrito con la comida por la puerta «secreta» del baño con un criado que, contraído como un faquir, le llevaba la comida hasta la mesa de la habitación. Después desapareció de la misma manera, no sin antes explicarle cómo tenía que hacer sonar la campanilla que había junto a la cama cuando terminase. Fernando volvió a sonreír cuando lo vio regresar para recoger todo aquello. Era un hombre delgado con rasgos afeminados y edad indeterminada, pero que se encogió como los contorsionistas del Circo Price para meterse por la puerta y bajar accionando la manivela.

Viedma permaneció sentado en un cómodo sillón junto a la ventana con la cortina descorrida y las luces de la habitación apagadas. Observó el cielo de Agadir con oídos atentos al ligero sonido del ascensor de servicio hasta que pasó una hora sin oírlo. Tal vez era el momento.

Solo dejó el sombrero en la habitación y abrió la puerta. Estaba oscuro. El mecanismo no tenía ciencia: una cuerda bajaba y otra subía. Así que, con medio cuerpo metido, mirando hacia arriba o abajo, vio cómo las bandejas de madera se movían en los dos sentidos. El ruido era ligero, pero lo suficiente como para despertar sospechas y que algún entrometido se acercase a mirar. Soltó la cuerda y comenzó a trepar por las paredes del pasillo vertical. Sin saber muy bien a dónde ir, se dedicó a ascender. Por su experiencia en ese tipo de edificios había aprendido algo: cuanto más alto subías, menor era la vigilancia que había.

Trepó hasta la última planta, dos pisos por encima de su habitación. Presionó la puerta por temor a entrar en el cuarto de baño de alguien, pero no era una habitación. El suelo estaba cubierto de losetas de adobe rojizo y la luz de la noche se veía tan clara que solo podía ser la azotea. La puerta era más ancha, pero chirrió como la cadena del ancla de un viejo barco abandonado. Miró alrededor antes de salir. Allí no había nadie, aunque una decena de chimeneas le impidieron ver bien. Así que salió, se puso de pie y se sacudió el polvo del traje. No había nada más difícil de explicar que un traje lleno de tierra.

—¿Y de dónde sale usted? —le preguntó en español una voz femenina a un metro de distancia. Fernando se dio la vuelta sin saber bien qué hacer, como el atleta eliminado en la casilla de

salida.

Allí, delante de él, mirándolo con la sorpresa de quien se creía sola y no era así, vestida con un elegante abrigo de piel de camello, una pamela blanca sobre un pelo rubio, con ojos azules casi saltones, boquita de piñón y unas mejillas redondas de muchacha de veintipocos, estaba Pipi Grimón de las Navas, hija del poderoso general Grimón y secuestrada en su balandro hacía ya dos años.

—¿Usted? —exclamó el agente de la Tercera Sección con cara de asombro.

—¿Es español? —preguntó ella con una sonrisa tontuna—. ¡Qué bien! Hace un mes que no veo a ninguno.

—Pero… —aquello rozaba el delirio— ¿qué hace aquí?

—¿Viene usted de parte de Mateo? —dijo ella con ansiedad—. ¿Lo envía él?

—Sí —improvisó Fernando.

—¿Dónde está? ¿Sabe que no me dejan salir? ¿Qué me tienen encerrada en esta cárcel?

—Hable un poco más bajo, o los guardias acabarán subiendo.

—No suben. Por la noche solo hay guardias en la garita de entrada y uno en la puerta principal, los otros se van a dormir. Salvo que venga el engreído de Mulay.

—¿El príncipe Mulay Hasan viene por aquí?

—Sí, pero ni me lo nombre. —La muchacha hizo un gesto molesto—. Es un soberbio y un maleducado, por mucho hijo de sultán que sea. —Volvió a mirar a Fernando y cambió el registro por otro más desesperado—. ¿Dónde está Mateo? ¿Cuándo va a venir a buscarme?

—El señor Lecuona me pagó para que la sacara de aquí —le contó él tanteando la historia que se iba a inventar.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. Primero tengo que hablar con los dueños de este palacio para ver si entran en razón…

—¿Mulay? —Ella pronunció un sonoro «¡ja!»—. Ese no lo hará. Es mala persona y no sé qué le pasa, pero antes era amigo de Mateo. Ahora solo suelta groserías de él. ¿Tú sabes qué pasa? ¿Te puedo tutear? Lo digo porque como eres empleado de Mateo, pues es como si fueras mío. Tú mejor no me tutees porque si trabajas para mí, eres como del servicio.

—Sí, ama —contestó de forma teatral—. El señor… perdón, el amo ha tenido sus más y sus menos con el príncipe, pero…

—Te manda a ti para que lo soluciones y me lleves con él.

—Exactamente, mi ama.

—¡Qué bien! —La chica levantó los brazos como Gento en el Bernabéu celebrando un gol—. ¿Te ha dado algún mensaje para mí?

—¿Un mensaje? —Fernando se vio al borde del precipicio—. Que tenga paciencia y que me haga caso para volver con él.

—¿Y nada más? —Ella elevó la voz—. Venga, no seas tímido.

—Y que la quiere y está deseando estar con usted —respondió Viedma jugándosela al mismo número.

—¡Hombre! ¡Tanta timidez! Tenías que decírmelo. Al fin y al cabo, somos novios desde 1953 y nos vamos a casar cuando tengamos el dinero y todo esto termine.

—Claro, el dinero ya lo tiene, pero le falta usted.

—Sí, pero no se lo digas al Mulay, que no sabe nada —dio una risita apagada— y me tiene manía.

—Claro que no, mi ama.

—Las casas en Argentina salen caras y más con fincas, que no es plan de comprar la casa sola —parloteó mientras caminaba hacia una puerta que había en la azotea—. Aunque Mateo está pensando que es mejor en Rumanía, donde tiene a un buen amigo, un tal Nicolae, comunista como él y que le ha dicho que hay una zona preciosa con bosque, que le daría protección, incluso un cargo… Es un pez gordo en ese país, me parece. Aunque yo preferiría París o Nueva York, pero allí no quieren a los comunistas y, claro, Mateo… Ya habrá tiempo de decidir, ¿no crees? —Puso la misma expresión de sabelotodo—. Bueno, tú eres solo un empleado, qué vas a saber de esas cosas. —Entonces abrió la puerta que bajaba hacia los pasillos de aquel hotel convertido en palacio—. Vamos, que podemos coger frío.

—Pero mi habitación tiene echada la cerradura.

—Toma. —La chica le tendió una horquilla del pelo—. Con esto la abres como hago yo, la metes en la cerradura como si fuera la llave y giras hasta que salte.

—Gracias.

—Mi ama —puntualizó ella con retintín—. Gracias…, mi ama.

—Sí, gracias, mi ama.

—¿Cómo te llamas?

—Bautista —mintió, divertido.

—¡Qué propio! —añadió la muchacha con una risita para detenerse ante una habitación de la tercera planta—. Pues hasta mañana, Bautista.

—Una pregunta, y solo por si acaso. —Ella lo miró con un «¿no querrás entrar?» escrito en la cara—. ¿Usted no sabrá si hay alguna puerta de atrás por la que salir de este castillo si las cosas no fuesen bien?

—No es un castillo, Bautista, es un palacio. —La chica puso los ojos en blanco—. Pero sí, hay un pasillo que lleva al túnel que da a las antiguas caballerizas, que ahora es la cochera. Lo que pasa es que en esa puerta hay siempre un soldado, a veces dos.

—¿A dónde da? —Ella lo miró con los labios fruncidos—. Mi ama…

—Bien, así sí —asintió satisfecha—. Da a un camino que lleva al centro de Agadir.

—Bien, pues hasta mañana, mi ama, y será mejor que simule no conocerme delante de los marroquíes.

—Por supuesto, puede que se den cuenta, no soy tonta. —Hizo sonar una risita absurda y se metió en su habitación.

Fernando volvió a la suya. No había ni un alma en ningún sitio. Se planteó una visita turística al lugar, pero lo dejó pasar. Ya había tenido suficiente por ese día. La señorita tenía razón. El calvo no estaba en la puerta y los pasillos se veían vacíos, tampoco se oía a nadie en las habitaciones. Se preguntó dónde estaría Tatalla mientras metía la horquilla en la vieja cerradura que giró al instante. Después, con la misma facilidad, la cerró desde dentro.

Mientras se desnudaba colocó las piezas de aquel puzle, como las capas de una cebolla.

No había habido ningún secuestro, sino una especie de fuga de dos novios que se conocían desde el 53, según contó la loca aquella, así que Lecuona debía de haber estado entrando y saliendo de Tenerife como Pedro por su casa. Lo que era tener una familia muy rica, sonrió con sarcasmo al apoyar la cabeza en la cómoda almohada. Lo que estaba claro era que no había podido evitar convertirse en el Punzón y mandar al traste la historia del secuestro en el mar, que debió planear desde el principio. Si los cadáveres

hubieran aparecido muertos por balas, todo hubiera estado claro. Piratas que dispararon contra el velero y se llevaron a la chica. Pero Lecuona no pudo reprimirse, sacó la herramienta y convirtió el suceso en primera plana de *El Caso*. El Punzón había vuelto. Sin duda lo había estropeado todo, porque eso hizo más extraño lo del pago del secuestro dos años después, más aún cuando se empeñó en clavar el punzón en la cabeza de los policías y de esa pobre niña. ¿Sabría la idiota pomposa de Pipi Grimón quién era Mateo Sarmiento y Lecuona?

El sueño lo venció, con la manta cubriéndole no pudo evitarlo. No quiso pensar más.

XI. Glorioso príncipe

6 de diciembre de 1957

Se afeitaba después de desayunar en su habitación. Estaba sin camisa, pero tenía puestos los pantalones. Deseaba que algo se moviera en aquel palacio que cada vez le parecía más siniestro. Se sentía como Jonathan Harker paseando por el castillo vacío de Drácula. Recordó cuando le leía la historia a Almudena. Colocaban una vela y apagaban las luces de la biblioteca de sus tías en Valladolid. Él ponía voz misteriosa y notaba cómo ella abrazada a su lado pasaba miedo con aquellos pasajes. Evitó el recuerdo. En ese momento no podía dejarse llevar por la nostalgia.

El ruido de camiones lo sacó de la monotonía. Eran varios, tal vez cinco, pero desde allí no podía verlos, ya que las ventanas de su habitación daban a un jardín interior. Lo que sí vio fueron soldados desplegándose por todos lados y tipos vestidos con trajes de chaqueta dando órdenes de «ponte aquí y ponte allá». Aparecieron más en la azotea. Sus siluetas recortadas contra el cielo medio nublado hacían un efecto tétrico. Escuchó pasos por el pasillo y las mismas órdenes de vigilancia.

Sin duda alguna el todopoderoso príncipe Mulay Hasan estaba a punto de llegar. Viedma se puso la chaqueta, comprobó que la placa de policía estuviera tras la solapa, pero no estaba. Se ajustó la corbata y se sentó a esperar. Era viernes, día santo para aquella gente. Se concentró en el sonido de pasos. Eran de zapatos, no de botas militares. Los soldados controlaban el exterior y los hombres del príncipe el interior. Escuchó aplausos y vítores en la entrada, ese ulular que surgía de las gargantas de las mujeres marroquíes y saharauis que tan nerviosos ponía a los occidentales. El sultán había llegado, pronto empezaría todo.

Pasó una hora y media hasta que la puerta se abrió y el mismo

cabeza redonda con una chilaba enorme le dijo:

—Acompáñeme. El almuerzo con su excelencia real, el glorioso príncipe Mulay Hasan, está servido.

—¿Un almuerzo? —preguntó Viedma, pero no hubo más respuesta.

Los pasillos estaban llenos de hombres con trajes color *beige*, todos con las armas marcándose en la cintura o bajo la axila, con miradas inexpresivas, algunos llevaban contundentes ametralladoras Thompson, pero eran los menos. «Esto no es una guardia personal —pensó Fernando sorprendido—, esto es un ejército en estado de guerra».

Las puertas de una gran sala se abrieron delante de él. Los azulejos brillaban en paredes y columnas, vio las flores, las maderas policromadas, la luz eléctrica encendida para evitar la que entraba de un cielo nublado, y la gran mesa ovalada cubierta por un mantel blanco con bordados en oro y faldones que caían con flecos como si de una cortina se tratara. También había sillas cubiertas de forro blanco con un trono en el centro como cabecera del óvalo. Cincuenta personas esperaban de pie, charlando en corrillos mientras de algún sitio, tras biombos de madera pintada, sonaba una música tradicional marroquí. Fernando no vio a Pipi por ningún lado, lo cual era un alivio. Temía la incontinencia verbal de aquella muchacha.

Cada vez que se abría la puerta tras el trono todo el mundo contenía el aliento, pero por el momento solo eran camareros que servían decenas de platos con alimentos de varios tipos o té entre los invitados. Fernando se fijó en los allí presentes, casi todos marroquíes, pero también una veintena de europeos. Sin decir ni media palabra, escuchó conversaciones. Eran cónsules de las distintas legaciones diplomáticas que estaban en la ciudad. Ni franceses ni españoles. Respiró tranquilo. Aunque quizás pasar un mensaje a un funcionario del consulado no hubiera estado mal, pero prefirió seguir siendo anónimo, a pesar de que el cónsul italiano al lado de un belga le preguntó su nacionalidad.

—Venezolano —les contestó haciéndolos poner cara de asombro —. En breve se abrirá un consulado en esta ciudad. El presidente Pérez Jiménez quiere extender la presencia de Venezuela en el continente africano.

Todos asintieron y Fernando los dejó hablar de todo lo que querían negociar con Venezuela. Aquello acabó cuando por fin se abrieron las puertas y una especie de participante en los Moros y Cristianos de Alcoy anunció la llegada del príncipe Mulay. Entró con paso decidido, vestido con un carísimo traje cortado en una sastrería londinense, de color azul celeste con raya diplomática, con camisa de seda blanca, corbata azul oscuro con nudo Windsor, zapatos hechos a medida en un negro acharolado y pañuelo gris en el bolsillo de la chaqueta. Sonrió como lo que era, el dueño de una finca que se llamaba Marruecos, y saludó con la cabeza a la sala llena de temerosas reverencias y nerviosos aplausos.

Era la primera vez que Fernando lo veía en persona. Observó cómo se sentaba en la mesa e indicaba con impaciencia que sus invitados lo hicieran también. Tenía una cara ovalada en una cabeza pequeña, con una nariz que se redondeaba en la punta y la piel morena en un rostro tremendamente vulgar. Sus rasgos no le parecieron simiescos, como hacían burla de él en todos los cuarteles españoles, o tal vez un poco. Pero más que nada le pareció alguien muy corriente y anodino, con un rostro y un físico como cualquiera de los millones que en cualquier lugar del mundo se levantaran a las siete para ir a fichar en sus trabajos monótonos, con vidas de días iguales unos a otros, anhelando los domingos y festivos. Vidas que, por otra parte, Fernando siempre había deseado para sí.

El almuerzo fue largo, una hora y media. El carísimo Festina de su vecino de silla marcaba la una y media cuando tomaron el postre. El príncipe se levantó para saludar a los presentes, que se pusieron en pie. Al parecer, el té se serviría en otro sitio. Fernando se dispuso a seguir al rebaño hasta un salón lleno de sillones y mesas redondas pequeñas, donde la música marroquí no sonaba y la gente podía hablar, pero no le dio tiempo.

—Su altísima excelencia el príncipe Mulay quiere que tome el té con él en su despacho privado —le dijo al oído uno de los hombres de traje *beige*—. Acompáñeme.

«Por fin», pensó Viedma, para seguir al hombre de gran bigote cuyo excelente español tenía un acento andaluz propio de los melillenses que tanto conoció en su infancia.

El despacho parecía sacado de una universidad británica de principios de siglo, paredes forradas con madera, butacones orejeros

de cuero, mesas de escritorio, cuadros de caza y veleros en alta mar.

Eso sí, había una gran cantidad de sábanas sobre las mesas, así como varios expositores de mapas que estaban misteriosamente vueltos hacia la pared. De todas maneras, esa no era la zona donde se iba a tomar el té. Junto a la ventana había una elegante mesita surtida con vasos de plata a juego con la azucarera, la tetera ricamente labrada sobre una bandeja con pastas cubiertas de lo que parecía azúcar en polvo. También había nueve sillones pequeños, cómodos y elegantes, todos estaban ocupados menos uno. Desde la parte más cercana a la ventana el príncipe Mulay le sonrió y le señaló el sillón libre.

—Siéntese, señor Viedma, y bienvenido a Marruecos —dijo con amabilidad haciendo un gesto al guardaespaldas, que se retiró cerrando la puerta.

—Muchas gracias, su excelencia —respondió Fernando con una reverencia.

Un camarero le sirvió el oscuro té y otro le acercó la bandeja de pastas. Él cogió una, la mordió y la dejó en el platito que tenía delante. Luego observó rápidamente al círculo de personas que rodeaban al príncipe. Los conocía a todos por informes sobre Marruecos.

Era sorprendente estar tan cerca de uno de los enemigos públicos de la inteligencia militar española. Allí sentado a la derecha del príncipe, con una chilaba, ojos duros, rasgos de ratón, barba larga y pelirroja, estaba el mismísimo Benhamú Mesfiou, líder militar del Istiqlal, ferviente antieuropeo, abiertamente anticristiano, racista mesiánico y reclutador de miles de marroquíes para un ejército de liberación que la versión oficial española decía que era enemigo de Mohamed V.

A la izquierda del príncipe había tres generales marroquíes y uno de ellos lo miró como si lo conociera. Fernando dudó que fuera así, pero él sí sabía quién era: Mohammed ben Mizzian, comandante de regulares en el Alzamiento. Mandó a los suyos con bravura y sadismo en el frente de Madrid, participó en la liberación del Alcázar, ascendió a coronel para mandar la Primera División de Navarra, y tras la guerra Franco lo nombró capitán general de Galicia y en el 55 de Canarias, hasta que Marruecos se independizó y Mohamed V le pidió que organizara el ejército marroquí. Su

españolidad se esfumó cuando pidió la baja en el Ejército y corrió a Marruecos.

Se cruzaron miradas. El marroquí estudió a Viedma buscando cualquier retazo de resentimiento o burla. Sabía que su marcha a Marruecos había dejado un profundo pozo de desprecio entre los militares españoles, que lo calificaban de traidor. Pero no encontró nada en él, solo inexpresividad.

En un extremo del círculo estaba Tatalla, inexpresivo como una estatua de cera en un mal museo. Sus gafas oscuras parecían más grandes y su aspecto era tan estrafalario como siempre. La cadena del reloj le colgaba del bolsillo como una aldaba. Había otros dos hombres que vestían trajes de civiles y que Fernando no fue capaz de identificar, pero sospechó que serían miembros de los servicios secretos marroquíes.

El príncipe Mulay hizo un gesto al servicio y los camareros se marcharon abriendo una puerta que estaba en el extremo opuesto del despacho, tras los expositores y las mesas cubiertas con grandes sábanas. Viedma no miró directamente, ni siquiera movió los ojos, pero vio el pequeño pasillo que daba a un corredor por donde desaparecían los sirvientes con los carros. Había un azulejado blanco que también desapareció cuando cerraron aquella puerta totalmente camuflada en la madera que forraba la pared. En la parte superior había una bonita rejilla de cobre, posiblemente un respiradero.

—Díganos, señor Viedma, ¿qué le trae por Marruecos? —le preguntó el príncipe poniendo su taza de té en la mesita.

—Una pérdida de conocimiento —respondió con desparpajo ante el silencio de los presentes.

Mulay Hasan los miró sorprendido y dio una carcajada que el resto imitó.

—Muy bueno. —Hablaba un español con acento francés más que correcto—. Ahora díganos, ¿qué hace un espía español en un país aliado como Marruecos? ¿Cuál es su interés?

—Disculpe, su alteza real, pero solo soy un policía que estaba en El Aaiún, capital del Sáhara Español, para negociar el pago de un secuestro e investigar la muerte de tres compañeros españoles en dicha capital.

—Bien… —sonrió enseñando los dientes, con una mezcla de

burla y crueldad—. Usted es un civil que ha entrado ilegalmente en Marruecos sin documentación de ningún tipo y solo queremos saber qué hace aquí.

—No lo sé.

Fernando conocía aquel tipo de interrogatorio, donde se trataba de desesperar al interrogado con preguntas en círculo que le llevasen a una justificación perpetua.

—¿Qué tal va la
CIA
en España? —le preguntó como si tal cosa el príncipe ante las risas contenidas de todo el grupo—. Déjelo. Ya sacaremos ese tema otro día. —Se colocó los puños de la camisa alineándolos con los de la chaqueta y su sonrisa destiló el sadismo que Fernando conocía bien —. ¿Y cómo va esa investigación? Cuéntenos.

—Por ahora, alteza —comenzó simulando pensar lo que iba a decir—, solo sé que, hace unos meses, se pidió un dinero por la libertad de la hija del general Grimón, supuestamente secuestrada en 1955. Se organizó el pago del rescate como indicaron los secuestradores, pero en el primer encuentro alguien mató a los policías que llevaban el dinero pensando que lo tenían todo en aquel instante. Creo que había demasiada gente jugando con demasiadas barajas a la misma partida.

El silencio fue total. En aquella habitación insonorizada por la madera no se escuchó otra cosa que las respiraciones de los presentes.

—Continúe —le pidió Mulay Hasan con tranquilidad—. ¿Qué barajas?

—Esto fue idea de alguien que sabía que no podía llevarla a cabo solo y utilizó la red de otro con la idea de robarle a la primera oportunidad: Lecuona.

Todos miraron de reojo al príncipe, los carraspeos y la incomodidad de escuchar aquel nombre hicieron que Fernando supiera que todo era verdad.

—Necesitaba dinero para iniciar una nueva vida. Sus asesinatos habían continuado en Francia y posiblemente en Argelia, por lo que tenía que huir a un lugar seguro. Así que decidió organizar un falso secuestro para conseguir fondos para su ansiada libertad. —Midió las palabras y notó cómo las gafas de Tatalla se empañaban con el

vaho de su respiración—. Seamos sinceros. Ni un tipo de su inteligencia podría haber hecho eso solo, así que buscó a alguien más poderoso capaz de darle los medios. —Miró a Mulay Hasan, que permanecía quieto como una serpiente en posición de ataque—. Sin duda, Lecuona convenció al carísimo bufete de Agadir, al menos al abogado que mandaron a que lo vigilara, para que jugara su juego. Fingieron su muerte para repartirse el dinero, pero todo salió mal. ¡Pecaron de inexpertos! Pensaron que encontrarían todo el dinero, pero los policías, con más mili que Espartero, tenían el dinero en un lugar secreto. Lo que parecía algo fácil, coger el dinero y correr, no salió como esperaban. Lo siguiente fue la codicia, ya que no se conformaron con los doscientos mil francos y comenzaron a impacientarse y a ser descuidados.

Dio un sorbo al té, que ya estaba frío, y lo dejó sobre la mesa.

—Y ahora estoy yo aquí, en su magnánima presencia, viviendo en un palacio precioso, digno del gran rey de los creyentes, donde duerme la hija secuestrada del general.

Acabó tirando la bolita en una ruleta llena de casillas con cadáveres. Pero así era el juego.

Las miradas de todos los de la mesa se crisparon, se oyeron toses de indignación fingida. El general amigo de Franco estuvo a punto de levantarse para sacar el arma, pero no la tenía, el viejo pelirrojo reclutador de guerrilleros lo miró deseando decapitarlo mientras pensó que estaba crucificado, y Tatalla movió la cabeza como diciendo «lo sabía». Pero Mulay Hasan habló con tranquilidad.

—¿Qué sabe de Mateo Lecuona y Jorge Montelongo?

—No tengo absolutamente ni idea de dónde están, pero no me importaría saberlo. —«O sea, que Jorge también te timó, morito», pensó Viedma—. Con todos mis respetos, le propongo una solución a todo este embrollo.

—A ver —dijo Hasan con sorpresa—. ¿Cuál es esa solución?

—Yo vuelvo a El Aaiún, por supuesto con Tatalla o con quien usted crea conveniente, le hago la entrega del dinero, que solo un servidor sabe dónde está, y cuando usted lo tenga en su poder la señorita Grimón de las Navas puede aparecer en la frontera de Melilla, o en la embajada española en Rabat y fingir que ha sido liberada por las Fuerzas Armadas Reales… —Fernando puso cara de haber cometido un error—. Olvide lo de *fingir*. Ha sido liberada por

las Fuerzas Armadas Reales.

Solo fue en un momento. La cara del príncipe se contrajo en una furiosa mueca que se transformó en una carcajada que se contagió como una enfermedad a los demás presentes. Las risas duraron hasta que Mulay Hasan se calmó.

—Y Tatalla me decía que usted era lo mejor que tenía el espionaje español —habló intentando ser hiriente—. Señor Fernando Ramírez de Viedma, a mí esa loca me trae sin cuidado. Si quiere, se la envuelvo de regalo para que se la lleve a Franco en estas navidades. ¡Por favor!

Las risas se repitieron hasta que con un gesto con las manos pidió silencio y se puso serio.

—Le voy a explicar cómo vamos a solucionar esto. —Enseñó de nuevo los dientes, pero entonces su mirada fue dura—. Usted me va a entregar personalmente a mí ese dinero en el mismo El Aaiún. Será el pago de España por haber mantenido a ese dolor de cabeza y, por supuesto, el primero que salvará su cuello. —Fernando asintió—. Después va a perseguir y capturar a esos dos hijos de puta de Lecuona y Montelongo, cueste lo que cueste y tarde lo que tarde. Cuando los tenga delante, entonces su deuda conmigo se habrá zanjado, al menos en parte.

—¿En parte?

—Sí, en parte. No podré dejarle ir después de todo esto.

—¿Entonces?

—Entonces usted trabajará para mí. Se integrará en mi servicio de espionaje, donde se le valorará como se merece.

—¿Qué ganaré con todo eso? —preguntó Fernando con la expresión de codicia bien ensayada.

—Muchísimo más que en España. —Mulay sonrió.

—¿Pues cuándo nos ponemos? —Se le notó nervioso—. Pero habrá que mantener esto en secreto.

No quiero que en España…

—Tranquilo —dijo con parsimonia el joven príncipe—. Por ahora descanse aquí unos días. Ya habrá tiempo para ir al Sáhara y empezar a trabajar.

—¿Y el dinero? —preguntó Fernando casi con secretismo mientras los presentes sonrieron, todos menos Tatalla, que lo miró sorprendido.

—¡Cómo les gusta el dinero a los españoles! —Se burló Mulay Hasan—. Disfrute de la fiesta. Ya hablarán con usted. —Pulsó un interruptor en el brazo de su sillón y en unos segundos se abrió la puerta camuflada—. Acompañe al señor a la fiesta —le indicó a un tipo vestido con traje que apareció.

Los demás permanecieron sentados, sin lugar a dudas su reunión continuaba. Viedma salió. La cabeza le daba vueltas. La puerta daba un pequeño pasillo que unía la zona de servicio y de allí a un salón con puertas al garaje y la cocina. Siguió al guardaespaldas hasta un patio donde los invitados contemplaban a un hombre tocando una darbuka, una especie de tambor, mientras una cobra supuestamente bailaba al son de su cacofónico sonido. En un escenario una bailarina se movía al ritmo de una música tradicional. Fernando necesitó volver.

Un grupo de diplomáticos se marchó, regresaban a sus consulados, se habían cansado de tanto té y necesitaban un buen trago de *whisky*. Viedma se unió al grupo cuando el vigilante les abrió la puerta que daba al vestíbulo principal. Fernando desapareció al instante por un pequeño pasillo lateral que conducía a la zona interior. Nunca había estado allí, pero siempre había tenido una brújula interna que le decía que para salir de un laberinto era necesario moverse.

Llegó a una habitación larga, donde no había ningún tipo de adorno, pero sí una puerta en un extremo y otra en un lateral. Empujó la que no tenía pomo que llevaba a un pasadizo. Miró a la derecha hacia las espaldas de dos hombres que empujaban un carrito. Caminó en sentido contrario, moviéndose rápido por el pasillo, calculando dónde podía estar, fijándose en la pared y buscando la entrada. Se encontró con una puerta pequeña en una columna, la abrió y miró. En lo alto estaban los respiraderos. Al girarse de nuevo hacia la columna, descubrió otra puerta al lado. ¿Había sido por allí por donde salió cuando terminó de hablar con el príncipe? No lo recordó, aunque creyó que no, pero entonces oyó pasos. Se acercaban al menos tres hombres. No podía quedarse allí, así que se metió por la portezuela de la columna. Esperaría a que se alejaran esos tipos.

La zona era otro pasillo, oscuro y estrecho. Olía a humedad, moho y a cerrado de hacía mucho tiempo. Apenas se podía caminar

de frente, así que había que hacerlo de perfil. Vio los respiraderos que daban a las rejas de las habitaciones. Estaban a casi tres metros por encima de su cabeza. Palpó la pared para comprobar si había alguna forma de trepar. Nada, era una pared lisa. Escuchó los pasos de unas ratas que cruzaban por una viga en lo más alto. Imposible llegar hasta allí. Tocaba volver e intentarlo con la puerta, aunque parecía difícil con tanta gente por el pasillo de servicio. Al caminar hacia ella, se golpeó en el hombro con algo en la pared. Era metálico con forma de concha marina. Maldijo por no tener el mechero, pero distinguió una especie de tapa que levantó con un chirrido por el óxido. En ese momento se dio cuenta de lo que era y para qué servía aquel pasadizo. Pegó la oreja y escuchó todo lo que hablaban en el despacho. Se preguntó cuántas conspiraciones se habrían descubierto de esa manera en los siglos que tenía aquel palacio.

—¿Todo esto está planificado y es realista? —preguntó Mulay Hasan, cuya voz sonó como en sordina.

—Planificado hasta el último milímetro —respondió el general Mizzian—. Le garantizo que el éxito será absoluto.

—¿Se pueden garantizar éxitos en la guerra?

—En este caso la invasión será abrumadora —intervino otro.

—A las seis de la tarde de mañana todo el ejército real marroquí cruzará la frontera con el Ifni. Se tomará Sidi Ifni antes de la medianoche mientras todo este sector de las Fuerzas Armadas Reales se dirigirá al sur para dividir el territorio en dos, uno en el norte, cuya única misión será hacerse con El Aaiún, y el otro avanzará hasta Villa Cisneros. Calculamos que caerá en un máximo de setenta y dos horas. El dominio del territorio será total el martes, diez de diciembre.

—¿Y El Aaiún?

—Calculamos que dentro de esas setenta y dos horas también —dijo otra voz.

—¡Antes! —exclamó Benhamú con un graznido—. El Istiqlal atacará en masa la ciudad mucho antes de que las fuerzas de su majestad estén a la vista. Prepararemos la gran conquista.

—La invasión tiene que ser incontestable —sentenció Mulay Hasan—. Tengo que presentarla como definitiva ante los americanos y tan contundente que Franco decida silenciarla y mirar

para otro lado.

—Lo será —aseguró Mizzian—. Los españoles han perdido su empuje, ya no saben luchar y mucho menos por unos territorios que no son suyos. Franco no hará nada.

—Su ejército está obsoleto —dijo Tatalla—. Con armas viejas, sin apenas vehículos y la gasolina racionada, y su aviación y marina llevan años cayéndose de viejas.

—No pueden utilizar lo que han comprado a los americanos para atacarnos —apuntó otra voz—. Y siguen teniendo cerrado el mercado armamentístico.

—Cuando se entre en las ciudades, se producirá un degüello masivo de españoles, combatientes o no. Es necesario destruir su moral de forma absoluta. Lo venderemos como una muestra de la rabia saharaui contra el racismo español. Pero lo importante es aterrorizarlos, que ni se les ocurra pensar en una respuesta —dijo Mulay con determinación.

—Mis hombres se pondrán a ello. —Benhamú se acarició la barba con lujuria.

—De acuerdo —convino el príncipe y, tras un silencio, alzó un vasito de té—. Por estar este viernes en El Aaiún.

¡Insha'Allah!

—*¡Insha'Allah!* —gritaron todos como si de un brindis se tratase.

Viedma se apartó para cerrar la tapa al oír puertas abrirse y cerrarse. Escuchó pasos, esperó para salir de allí y regresar al salón de entrada. Allí se unió al coro de invitados que aplaudía al príncipe Mulay, que se marchaba. La comitiva de Mercedes negros se llenó con los prohombres y los soldados abandonaron sus posiciones para subirse a los camiones. En un momento, desde la ventanilla de su Mercedes, el todopoderoso Mulay Hasan lo vio en el grupo y le saludó con la mano. Viedma le correspondió, servil, mientras le bullía la idea de volver al despacho para echar un vistazo a todo lo que tapaban las sábanas.

La noche se acercaba y el palacio volvía a estar vacío, oscuro y cada vez más siniestro.

Fernando estaba dentro del despacho, había trepado por la estancia secreta donde había escuchado la conversación. Tuvo que romper la rejilla, quitarla de un empujón que se llevó parte del

marco que la clavaba a la pared. Imposible que no se dieran cuenta por la mañana, pero él no pensaba estar allí tanto tiempo, y mucho menos después de lo que estaba viendo.

Encendió la lamparita sobre una mesa. Las sábanas ya no estaban y una multitud de mapas colgados en finas tablas mostraban una invasión total de todo el territorio español en el Sáhara e Ifni. Divisiones de infantería completas, tanques, artillería móvil… Imparables para las fuerzas españolas en la zona que, aisladas, ya tenían suficiente con vérselas con la guerrilla del Istiqlal. España tardaría muchísimo en llevar todo el material que hacía falta para detener aquello.

Leyó los documentos, maldiciendo que no tuviera una cámara para sacarles fotos. Tenía que informar como fuera. Dejó todo como estaba, trepó a la pared para volver por el mismo camino. No pensaba en la pérdida del Sáhara, eso era secundario, solo recordaba la masacre de Annual, con los rifeños degollando a miles de soldados. ¿Qué harían cuando entrasen en las ciudades españolas?

¡Almudena! Tenía que salir de allí, correr.

Como si le faltara aire trepó por el agujero por donde había entrado. Desesperado, se movió como una anguila subiendo el Ebro. Atravesó los pasillos vacíos y escuchó a los sirvientes que terminaban de limpiar la zona donde había sido la fiesta. Calculó mentalmente los kilómetros, al menos ciento sesenta, pero era territorio en guerra, no llegaría en un vehículo sin acabar despanzurrado por el primero que lo viera. ¿Rodear el Ifni para alcanzar El Aaiún? Eso serían trece o catorce horas y también en un territorio hostil. O podría encontrar un puesto fronterizo español que tuviera las comunicaciones cortadas, rodeado de turbantes y acabar igual. Así que lo primero era salir de esa cárcel de azulejos y maderas nobles para después mover ficha.

La puerta de su habitación estaba abierta, dentro reinaba el mismo silencio que cuando se fue. Recogió el sombrero, se puso la gabardina que sacó del armario. No pensaba congelarse en ese desierto. Se miró en un espejo ovalado que había junto al voluminoso mueble. Sus ojos estaban llenos de preocupación. Si no conseguía llegar a tiempo, trescientos mil marroquíes o tal vez más arrasarían todo. O quizás ya no hubiera nada que hacer. Negó con

la cabeza para evitar pensar en ello. Si todo se iba al traste, no sería por su culpa. Un sonido le sacó de sus pensamientos. El picaporte giró y la puerta se abrió. No le traían la cena, ya que las viandas las entraban por el baño. Sus planes se torcieron cuando vio aparecer a Wilfrido Tatalla.

—¿Va a algún sitio? —le preguntó el uruguayo, sorprendido al verlo con la gabardina puesta.

—Sí, a dar un paseo por el Louvre. —Fernando puso cara de burla.

—¿Tiene frío acaso?

—Sí, soy friolero. —Se sentó en una silla acolchada que parecía sacada de una *maison* francesa—. ¿No tendrá usted tabaco?

—¿Tabaco? —Tatalla también se sentó frente a él. Solo los separaba una mesita cuadrada.

—Sí, ya sabe, esas cosas con forma de tubito de papel que se queman por un lado y se llevan a la boca de vez en cuando.

—Tome. —El uruguayo sacó de su chaqueta un cigarrillo marrón largo con unas letras doradas en la boquilla, como los que fumaban las putas caras en los *nightclubs* de Madrid, pensó Viedma—. Dígame, ¿a dónde iba?

—A ver el palacio.

—¿A ver el palacio? —Las gafas de Tatalla lo reflejaban como la lente de una cámara.

—Sí, parece un hotel.

Viedma no mostró lo nervioso que estaba. Su gesto fue de indiferencia. Dejó el sombrero sobre la mesa y entonces oyó abrirse la puerta del baño, por la que apareció un criado con una bandeja.

—Fue un hotel durante muchos años.

—Ah, ¿sí? —Fernando miró al muchacho que traía la comida y le indicó que la sirviera en la mesa—. Cuénteme. ¿Un palacio convertido en hotel?

—En 1900 una familia de hosteleros franceses compró el palacio a precio de saldo y lo reformó para convertirlo en un hotel. —El chico sirvió la sopa de judías y una berenjena rellena de verdura y carne que Viedma empezó a devorar con apetito—. Al estallar la guerra…

—¿Qué guerra? —interrumpió Fernando aparentando tranquilidad e indicándole al chico que esperase.

—La mundial —graznó Tatalla como si no hubiera habido más guerras en el planeta—. Fue entonces cuando los alemanes intentaron montar una base de transmisiones, pero no pudieron. —Y como si de repente se hubiera cansado de la historia, abrevió—. Hace dos años el hotel fue expropiado y volvió a sus legítimos dueños, la familia real marroquí.

—¿Pero Marruecos existía cuando se levantó este palacio? —Fernando se acabó la sopa y se lanzó sobre la berenjena después de beber un poco de té como si nada le pasara por la cabeza—. Lo digo porque este palacio parece muy antiguo.

—Dejémoslo —cortó Tatalla casi desesperado—, no he venido aquí para eso.

—¿A qué debo su visita entonces?

—Venía a buscarlo.

—Lo supuse cuando lo vi entrar.

—Tenemos que salir inmediatamente para Rabat.

—¿Ahora?

—Lo antes posible.

—Es de noche —Fernando acabó su cena y renunció al yogur con miel de postre por dos vasos de agua—. ¿No podemos esperar a mañana?

—Tenemos que estar mañana a primera hora en la Direction Générale de la Sûreté Nationale. —Tatalla lo pronunció en un relamido francés que casi hizo sonreír a Viedma—. Allí empezaremos a trabajar en su tapadera y en todo lo que contará a los españoles cuando vuelva.

—¿Agente doble? —preguntó terminando el segundo vaso de agua para darle la orden al muchacho—. Puedes llevártelo. Todo estaba exquisito.

—¿Alguna duda? —Tatalla se mostró desconfiado—. Usted escuchó al príncipe… Creo que todo quedó claro.

—Cristalino —respondió Fernando observando cómo el muchacho tardaba una eternidad en recoger—. Mi única duda es el sueldo, porque no soy barato.

—¡Los españoles siempre vendiéndose! —Los dos rieron, aunque solo uno se tragó el anzuelo—. ¡Tranquilo, que hay mucho dinero!

—Eso espero. —Por fin el jodido camarero terminó y se encaminó al baño—. E iríamos en coche, supongo.

—Por supuesto, aquí los trenes no funcionan por la noche y las líneas… —dijo el uruguayo con fatalismo—. Esto no es Europa.

—¿Usted y yo solos? —Fernando oyó cómo se cerró la puerta de servicio y el ascensor interno descendió—. ¿O iremos con un escolta?

—Nosotros solos —sonrió Tatalla—. No voy a matarlo.

—Eso espero —Viedma le guiñó un ojo y se levantó.

—¿A dónde va?

—Al baño.

—Bien, no cierre la puerta.

—Claro que la voy a cerrar.

Fernando caminó hacia el espléndido baño y levantó la tapa para orinar mientras lo oyó hablar sobre todas las cosas que iba a tener que aprender en Rabat y de todos los gerifaltes que iba a conocer.

—¿Qué hora es? —le preguntó mientras cogía la tapa de la cisterna en lo alto de la pared del baño.

—Las siete y media —contestó Tatalla mirando el reloj—. Si salimos en media hora, estaremos mañana en la Direction Générale a las…

No le dio tiempo a calcular más porque cuando alzó la vista al notar los pasos acelerados, la tapa de la cisterna en las manos de Fernando se estampó contra su cabeza. Un golpe duro y seco que lo convirtió en un guiñapo echado hacia delante. Fernando volvió al baño para dejar la pesada pieza de loza en su lugar. No pensaba precipitarse.

Le tomó el pulso. Era débil, pero no duraría. Lo cogió por debajo las axilas para tirar de él. Era pesado. «Mal rayo te parta», dijo mientras lo subía a la cama. Tatalla olía a una mezcla de sudor, alcanfor y una colonia que a Fernando le resultó familiar. La cabeza desprendía caspa y hedor a pelo sucio. Lo acostó sobre la colcha y antes de taparlo le registró los bolsillos, que estaban vacíos menos por la cartera en el trasero del pantalón, y unos caramelos con pinta de lamidos en la chaqueta junto con un cortaúñas y su placa de la DGS. «La tenías tú, cabrón». Se la puso tras la solapa.

Pensó en asfixiarlo, sería fácil y rápido en su estado, pero solo lo pensó. Había una Beretta 950 en la sobaquera. Abrió la cartera y

encontró una placa en rojo y verde con una corona blanca y letras en árabe, y en otro apartado un carnet con una foto de Tatalla con el pelo corto y las gafas negras, dinero marroquí y unos cincuenta francos franceses. Se guardó la pistola en el bolsillo derecho a la cintura de su gabardina y la cartera en el izquierdo. Si tuviera que sacar el arma sería porque todo estuviese perdido. Después recogió las gafas, que estaban en el suelo, y se las metió en el bolsillo de la chaqueta. También le quitó el reloj, que marcaba las ocho menos veinte, y antes de salir apagó la luz.

Llamó a la puerta y esperó a que Pipi abriese. Ella no tardó, Fernando la oyó canturrear *Obsesión* mientras se acercaba.

—¿Quién es?

Pipi preguntó como si el bolero tuviera esa pregunta en la canción. No esperó respuesta y abrió. Llevaba lo que parecía algún tipo de crema en la cara, una bata de seda anudada a la cintura, que marcaba ese esplendor que dan ganas de gritar «¡que viva la primavera!» y unas babuchas como las de las actrices americanas en las películas. La radio estaba sonando en la habitación.

—Bautista —dijo con una sonrisa antes de ponerse seria al instante e intentar cerrar un poco la puerta—. No me gusta nada que el servicio toque en mi puerta sin avisar. Soy una mujer comprometida y no puedo permitir que haya murmuraciones.

—Ama, tenemos que irnos.

—¡Irnos! —exclamó con extrañeza—. No sé qué te habrás imaginado, Bautista, ni si en algún momento te he hecho pensar algo que no hay, pero creo que tengo que ser clara…

—El príncipe Mulay quiere matar a Lecuona.

Viedma pensó en dejarla inconsciente, pero no quería cargar con ella.

—¿A qué Lecuona? —La muchacha frunció el entrecejo—. ¿A Mateo?

—Sí, hay que avisar al señor Mateo Lecuona.

—¡Ay, Dios mío! ¡Va a matar a Mateo! ¿Y por qué?

—Por favor, vístase —le indicó mientras iba al armario lleno de ropa y le sacaba el primer traje que encontró.

—¡Va a matar a Mateo!

—Sí, dese prisa. Todavía podemos evitarlo.

—No pienso irme dejando toda mi ropa…

—Volveremos a buscarla cuando todo esté solucionado. —Fernando puso su tono más persuasivo—. No se preocupe, solo tenemos que salir de aquí y buscar un teléfono.

—Mateo está en la Saguía el Hamra, siempre va allí cuando tiene problemas. Y allí no hay teléfono —lloriqueaba mientras elegía un traje de los que estaban colgados.

—Hay que llamar a un contacto para que vaya a avisarle. —Fernando la vio meterse detrás de un biombo de mimbre para vestirse—. Dese prisa.

—Yo siempre le dije que ese Jorge le iba a traer problemas. Es un mal bicho, siempre hablando que si la revolución pendiente, que si Franco las va a pagar… ¡Alcánzame los zapatos, Bautista!

—¿Cuáles?

—Esos.

La muchacha consiguió ponérselos sollozando y maldiciendo al mismo tiempo.

—Yo lo sabía. Se lo dije…

Fernando le tendió el abrigo mientras ella se limpió la cara con un pañuelo mirando el tocador.

—No hay tiempo.

Aunque enseguida se pintó los labios, se echó colorete, se perfiló los ojos con rímel y sombra. Después se puso un collar de perlas de las caras, que combinaba perfectamente con el traje corto y estrecho pero muy elegante. Sin duda, estaba perfecta para una noche de fiesta.

—Vámonos de una vez —la apremió Fernando.

El reloj de Tatalla marcaba las ocho y diez. Salieron de la habitación.

—No sé por qué hay tanta prisa —dijo ella, tontuna—. Si la planta baja está llena de teléfonos y funcionan maravillosamente.

—Si lo llamamos desde aquí, nos escucharán en la centralita del palacio.

—¿Y entonces?

—Necesitamos salir por el camino que usted me indicó, llegar a Agadir y buscar un teléfono público, a ser posible en algún sitio donde se puedan hacer llamadas internacionales sin levantar sospechas.

—Para eso nada mejor que el Marhaba —respondió ella

sonriendo— y no veas qué *dry martinis* sirven.

—Pues vamos.

—Pero una cosa. —Ella se detuvo—. Que no vayan a pensar que somos pareja, que allí conocen a Mateo. Nos hacemos pasar como amigos.

—De acuerdo. Venga, vámonos de una vez. ¿Dónde está esa puerta que lleva a las cocheras?

Atravesaron el pasillo mientras Pipi hablaba por lo bajo de todo lo que había bailado en aquel hotel internacional. Fernando la oía pensando si estaba cuerda. «¿Por aquí?». Ella le contestó: «sí, pesado, por aquí». Y cuando Viedma ya creyó que no sabían por dónde iban, se acabó el pasillo y encontraron una puerta en medio de la pared. «Aquí», dijo ella tirando de la manivela. La puerta rozó en el suelo, pero se abrió. Donde entraron estaba todo oscuro.

—Espera, que tienes siempre prisa… Como seas siempre igual…

La chica dio una risita pícara y pulsó un viejo interruptor en la pared.

Se encendió una hilera de bombillas colgadas en el techo que iluminaron un largo pasillo que descendió como una escalera de caracol. No era estrecho, pero sí tenía una gruesa soga pegada a la pared, donde estaban las marcas de los picos y cinceles que las construyeron. Debía de haber sido una almena en tiempos de los almorávides.

—¿Es muy largo esto?

—No, pronto se acaba —contestó Pipi—. Mateo entraba mucho por aquí cuando no quería que lo vieran. Me llevaba a bailar a las *boîtes* de Agadir y acabábamos en la playa bañándonos… —acercó la boca a la oreja de Viedma— desnudos.

Viedma se sonrió cuando ella puso una risa traviesa. «Esta mujer está como un cencerro», pensó. La bajada se acabó y comenzó una recta de unos treinta metros que la hicieron a la carrera hasta que, con un gesto de la mano, la chica le indicó que se detuviera.

—¿Qué pasa?

—Tras esa puerta está la cochera y siempre hay soldados por ahí —dijo recuperando el aliento—. Se encargan de vigilar los coches, de buscarlos si alguien se los pide. Pero no son guardacoches como los del Casino en Santa Cruz, estos llevan unas escopetas enormes.

—Tranquila. —Fernando sacó de su gabardina las gafas negras

de Tatalla.

—No te pareces en nada al asqueroso ese de Wilfrido. Él es más bajo, más viejo y panzón. Tú eres más alto, más joven y delgado. Y no te lo vayas a creer, pero también eres más guapo… —habló como una ametralladora—. ¿Cómo es que te prestó sus gafas?

—Se las robé.

—¡Ay! ¿Sí?

—Sí, ellos son marroquíes, así que todos los blancos somos iguales. No se fijarán más que en las gafas.

—Oye, lo de que eres guapo solo te lo dije…

Pero se calló cuando salieron a una cueva donde unos tubos fluorescentes daban una luz sepulcral. Había tres soldados en una garita en la entrada de la caverna, que tenía una barra levadiza. Llevaban subfusiles alemanes y parecían somnolientos porque los miraron con cara de «¿y estos qué quieren ahora?». En la radio de la caseta de madera sonaba la retransmisión de un partido de fútbol, que jugaban el Reims contra el Nimes.

—Buenas noches —dijo uno con los galones de cabo.

—Buenas noches —respondió en perfecto árabe Fernando, que sacó del bolsillo de la gabardina la placa de los servicios secretos marroquíes de Tatalla.

El cabo dio un respingo. Era un hombre joven, de veintiuno o veintidós años como mucho, leyó con dificultad el apellido Tatalla antes de ir dando zancadas a una libreta que tenía en la caseta. Aturdido, buscó el nombre por la grafía que se pareciese, pero no entendía el alfabeto latino. Lo acabó encontrando para dar la orden a uno de los que escuchaban el partido.

—El Buick negro.

Y el soldado salió a paso ligero a buscarlo.

Fernando permaneció quieto con las gafas del uruguayo, que no eran de sol, sino de ver, con un aumento que deformaba la visión como si se mirara por un ojo de pez. Pipi se le pegó pasándole la mano por la cintura mientras los dos marroquíes, incómodos, trataron de no mirar a la mujer.

—Así se piensan que somos pareja y disimulamos más —le murmuró ella.

Un precioso Ford Fairlane color negro llegó por fin y el soldado se bajó para entregarle la llave a Fernando, que subió a la

comodidad del vehículo americano mientras Pipi se admiraba en voz alta de lo mucho que le gustaba el coche. Viedma firmó una planilla que le extendió el cabo y le dijo que no volverían. El cabo asintió, el tercer soldado subió la barrera.

Había otro control al final de un camino entre olivos. Era una puerta con un arco espectacular en punta, que parecía dividir la montaña en la que estaba encajada. Pero allí no los paró nadie. La barrera ya estaba levantada y dos soldados les hicieron el saludo militar al pasar. El palacio quedó atrás.

—Gira hacia la derecha —le indicó Pipi cuando tomó la carretera—. Agadir está a diez minutos. Vas a ver qué hotel más bonito es el Marhaba. Hay una pista de baile y todo. —Él la miró sorprendido por haber cruzado dos puestos de seguridad con esa mujer sin que los hubieran descubierto—. Hoy es viernes, así que no habrá marroquíes en el bar. No es que tenga nada contra ellos, pero es que son agobiantes, todos quieren bailar conmigo, y las manos… ¡las tienen más largas! —Las primeras casas empezaron a verse por la ventanilla—. No creo que puedas aparcar enfrente, pero gira por aquí, que se va directo al paseo. —Señaló una calle y Fernando tuvo que frenar de golpe. Se rio, divertida—. Vas a ver qué *dry martini* tan bueno hacen. Eso sí, no me emborraches… Aquí tienes sitio.

Caminaron por una calle con transeúntes en chilabas, familias con niños, puestos donde vendían té dulce y golosinas llenas de azúcar. El mar oscuro sonaba tranquilo lamiendo la inmensa playa. Pipi parloteaba, moviendo su pelo rubio. Había dejado el abrigo en el coche y su traje corto, ceñido, escotado, sin hombros no ayudaba a que pasaran desapercibidos ante una marea de espectadores libidinosos, que mojaban sus ganas en la visión de mujeres occidentales que entraban bajo la marquesina de luces fluorescentes del Gran Hotel Internacional Marhaba.

Atestado de occidentales, se dirigieron a una sala donde una orquesta tocaba una mezcla de éxitos internacionales de la música de baile. Había una larga barra de caoba barnizada, neones y cromados, y adornos de cobre pulido con maderas nobles en un exuberante estilo *art decó*. Un camarero disfrazado de mameluco egipcio se les acercó al verlos llegar.

—¿Qué desean? —preguntó en francés.

—Dos *dry martinis* —respondió ella con altivez, y antes de que

Fernando abriese la boca el camarero desapareció para volver casi diez eternos minutos después.

—¿El teléfono? —quiso saber Fernando.

—En la cabina junto a la recepción.

—¿No te bebes la copa? —Pipi dio un sorbito a la suya—. Esto caliente no hay quien lo beba.

—Bébetela tú. Yo vengo ahora. No salgas del bar sin decírmelo —Fernando se apartó de la barra y sorteó a varios hombres trajeados que entraban, a algunos de ellos los reconoció de la fiesta del príncipe.

—Ni loca me voy —Pipi se volvió a reír—. ¡La fiesta está genial!

La recepción era igual de elegante que todo y el recepcionista llevaba un traje oscuro con corbata color madera. En una esquina bostezaba un botones que parecía sacado de una película de los hermanos Marx. Viedma miró el reloj en lo alto de la recepción. Las nueve menos cuarto.

—¿El teléfono?

—Sí, señor. Tiene una cabina ahí —le indicó el amable recepcionista, un marroquí cincuentón en un perfecto francés.

—¿Monedas?

—No, señor. Se paga después aquí.

La cabina era amplia, con una pequeña mesa y una cómoda butaca, se cerraba con una puerta de cristal. En el interior forrado de tela acolchada había un cenicero con un teléfono de baquelita negra.

¿Qué más se podía pedir? Descolgó y pulsó el interruptor varias veces.

—Señorita, conferencia internacional con Madrid.

—¿Sabe el número o extensión a la que llama?

Fernando dio los números aprendidos de memoria y esperó. Calculó el tiempo que le quedaba hasta que alguien descubriera que quien estaba durmiendo en el palacio no era él, sino Tatalla, y corriese a dar la alarma. Esperó que no fuese hasta el día siguiente, salvo que el uruguayo no estuviera tan mal y se acabara despertando. Lo dudó mucho. Posiblemente no volviese a despertarse nunca. Suspiró. Lo que sí le preocupaba era esa pirada que estaba ahí de fiesta.

—¿Diga? —Una voz de mujer sonó sorprendentemente clara

para estar a mil quinientos kilómetros de distancia—. ¿Quién es?

—¿Doña Valentina?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Fernando Ramírez. —Había una interferencia—. ¿Me escucha?

—Sí, Fernando Ramírez, el hijo de Rosalía y Alfonso. ¡Pobrecitos! ¡Que Dios los tenga en su gloria! —La mujer murmuró una breve oración mientras se persignaba—. ¿Y dónde andas? ¿Cómo estás?

—Doña Valentina, necesito hablar con su marido urgentemente. —Fernando cerró los ojos temiendo que le dijera que no estaba en casa.

—Acaba de llegar del Bernabéu, que como ya han puesto luces, pues los partidos acaban a las tantas…

—Pues pásele el teléfono. Es urgente, de verdad —imploró.

—Ya va, hijo. ¡Vaya prisa tenéis los jóvenes! Fernando los escuchó hablar.

Ella le preguntó a su marido por el resultado y él le contó que «tres a cero. Gento, Kopa y Di Stefano». «¿Que te ha dicho Santiago?», siguió doña Valentina. «Imagínate lo contento que está, parecía que no cabía en el palco», dijo su marido, que se rio antes de añadir un molesto «¿quién es?».

«El chico ese que salvó a los Pineda y las hijas de los Antúnez, las monjitas… Que pregunta por ti y tiene prisa». «¡Joder!», exclamó Oswaldo San Demetrio Pla, y por fin le arrebató el auricular a su mujer.

—Viedma.

—¡Coño, menos mal! Ya casi mejor me cuenta el partido y me ahorro el *Marca*.

—¿Dónde estás?

—En Agadir —dijo rápido—. Escúcheme, no hay tiempo.

Le contó todo lo que convenía en aquel momento, cómo llegó al palacio y su reunión con Mulay Hasan y se centró en lo relativo a la invasión. Aquello era lo trascendental y tuvo miedo de que se cortase la comunicación. Cuando terminó se hizo el silencio.

—¿Sigue ahí? —preguntó el agente temiendo estar hablando solo.

—Aquí sigo —dijo el coronel con una voz grave de profunda

preocupación—. Si me cortan un brazo ahora mismo, creo que no derramo ni una gota de sangre.

—Es necesario actuar —la desesperación marcó la voz de Fernando—, la invasión comenzará en menos de doce horas.

—¿Dónde estás?

—En un hotel. —Intentó recordar el nombre y lo vio escrito en el membrete del bloc de notas que había junto al teléfono—. El Marhaba.

—No te muevas de ahí. Te llamaré en dos o tres horas.

La comunicación se cortó. «¿Pero qué mierda es esta? ¿Dos o tres horas?». Permaneció en la cabina mirando la baquelita negra del teléfono. No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero los golpecitos de los nudillos del cónsul belga lo sacaron del ensimismamiento. Lo vio tras los cristales. El hombre sonreía achispado con una copa a medio beber. Fernando también sonrió y salió, pero antes miró el reloj. Eran casi las nueve.

—¡El cónsul de Venezuela! ¡Qué alegría verlo! —exclamó el Tintín mientras Fernando ya no le veía la gracia a nada.

—¿Cómo está usted? —le sonrió.

—¡Venga, tómese una copa! ¡Pagan los contribuyentes belgas! —El belga soltó una carcajada estruendosa. Era rubio, con un bigote fino y ojos acuosos. Entraron en el bar, que estaba a punto de reventar de tanta gente—. ¡Vaya chica con la que vino, ¿eh?! ¿Es venezolana? —preguntó confidencialmente.

—No, solo está loca.

Las risas alcohólicas del tal Bertrand Geerts, como se presentó el hombre, atrajeron a otros diplomáticos borrachos, hombres de negocios, militares americanos y varios espías que Viedma descubrió al instante. Mientras, Pipi bailaba con todo aquel que la invitaba. Sin duda estaba exuberante en aquel vestido. Parecía una especie de Jane Mansfield cañí que, rodeada de hombres como en la película de la Monroe y la Russell, fuese la reina del local. Un italiano la invitó a su mesa. Ella aceptó, charló, se rio y se dejó querer mientras al *macarroni* se le caía la baba. Viedma simuló que bebía, fue al baño, volvió y mantuvo conversaciones absurdas con quien habló con él. No les quitó el ojo a dos cosas: a aquella pájara y al reloj.

—¡Señores, vamos a cerrar! —exclamó el camarero ante las

quejas fingidas de los que aún estaban por allí—. Son las doce de la noche.

Fernando vio cómo el italiano llevaba a Pipi por el codo como si ella se fuera a algún sitio.

—¿A dónde vas?

—¡Bautista! —exclamó ella beoda—. ¡Bautista! Este es Giorgio, conde de no sé qué… —El italiano, de pelo engominado, con esmoquin, cara angulosa y menos guapo de lo que todo italiano se creía, miró cejudo a Viedma—. Nos invita a su casa a tomar unas lentejas o algo así —Pipi rio como una caja de música—, que es bueno para la resaca. —Y volvió a reír.

—Solo está invitada la *signorina* —dijo farruco el *Mussolini* y apartó de un manotazo la mano de Viedma.

—Esta no va a ningún lado —los ojos de Fernando centellearon —, pero tú te vas para tu casa a comerte las lentejas, que se te enfrían.

—*Cosa stai dicendo, cornuto?*

Visiblemente irritado, el italiano levantó las manos para tratar de coger la solapa de la gabardina de Viedma, pero este había metido la mano dentro del bolsillo, empuñó la Beretta y, sin sacarla, se la clavó en el estómago.

—Tranquilito, conde de la mierda seca, porque te dejo para el arrastre. Su interlocutor supo lo que tenía por debajo del esternón.

—Sonríe, hijo de puta —le dijo Fernando entre dientes y notó cómo el miedo borraba de un plumazo la pose de descendiente de los Medici que los de su país solían poner—. ¡Que sonrías, maricón! Así me gusta. Ahora te pegaré un tiro para que te vayas contento y simularemos que el arma es tuya. Ya sabes, la llevabas en el bolsillo, pero se te disparó sola.

El hombre lo miró a los ojos. No dudó de que aquel loco lo iba a hacer.

—¡Que sonrías! —Viedma hizo un ligero gesto con la cabeza y el italiano se orinó encima—. ¡Joder con el conde Ciano! El conde de la meadilla.

Ya no hubo ninguna dignidad en el rostro del tal Giorgio.

—Márchate y, si dentro de un rato, te dan ganas de volver a buscar venganza, te mataré nada más verte.

El italiano negó con la cabeza y Pipi lo miró. Casi se echó a

llorar antes de marcharse sin mirar atrás. Asombrada por la escena que en la vida se hubiera esperado, la muchacha se sintió incapaz de decir nada que no fuera un «impresionante» y se echó a reír antes de abrazar a Fernando.

—¿Has visto? Se ha meado encima el Giorgio… y después dirá que la borracha era yo.

—¡Don Fernando Ramírez de Viedma! —Llamó el botones por la sala mientras los camareros sacaban a los rezagados—. ¡Llamada para don Fernando Ramírez!

—¡Aquí, chaval! —exclamó él sin soltar a la mujer, que a punto estuvo de irse al suelo.

—¿Don Fernando? En la cabina al lado de recepción.

Fernando tuvo que ir cargando a Pipi, que se reía, lo abrazaba y repetía lo de «conde de la meadilla» para volver a reírse, besarle el cuello y llamarlo Mateo, antes de decirle que se le iba la cabeza.

—Siéntate aquí. Y ahora tienes que estar calladita para que yo pueda entender algo.

Ella se llevó el índice a los labios y dijo un «me callo, me callo… el conde meadilla». Después se rio de nuevo cerrando los ojos y pidió silencio otra vez.

—Aquí sigo, mi coronel. —Fernando se puso al teléfono.

—Escuche atentamente. Información transmitida a la más alta instancia de la Patria. Decisiones tomadas con el escalafón inferior. Convocados de urgencia todos los sectores implicados. Orden de permanecer en esa ciudad hasta llegada de ayuda. Ocúltese y prepárese para la evacuación.

—¿Cuándo y cómo será la evacuación? —La extrañeza lo embargó.

—Ya lo verá y sabrá. —Hasta la entonación del coronel fue similar a la lectura de partes de guerra por la radio—. No se preocupe. Usted mismo lo verá. Pero repito, no se mueva de la ciudad hasta ser evacuado.

—Mi situación es delicada. ¿Cuándo se producirá la evacuación?

—Más pronto que tarde.

—No estoy solo.

—Para nosotros sí. Las nuevas informaciones hacen prescindible la presencia del equipaje. Ya no es necesaria. Puede soltar lastre. ¿Entendido?

—Entendido.

El coronel cortó la comunicación. No había que añadir nada más, solo esperar. Ni una pista, ni un indicio de cómo pensaban detener una invasión de un territorio que para Marruecos estaba pegado al suyo pero al que a España le costaría semanas llevar soldados y materiales. Un territorio donde apenas había tanques ni cañones, ni siquiera reservas de agua o gasolina para mantener una resistencia contra unas guerrillas y aún menos contra una guerra total como la que había planeado Marruecos.

Fernando ayudó a levantarse a la muchacha, que dormía la borrachera. ¿Prescindible?

¿Abandonarla allí? De eso nada, era la misión y él cumplía con la misión. Apoyándosela en un costado y agarrándola por la cintura, fue hasta la recepción y reservó una habitación para ambos. Si había que esperar, no sería en el coche ni en la calle.

XII. ¡Corred!

7 de diciembre de 1957

La mujer durmió tranquila hasta el alba. Roncaba la borrachera antes de despertarse para ir a vomitar. Eran las siete de la mañana. Lo hizo tres veces más en la siguiente hora, mientras Fernando, que había pasado la noche en blanco, bajaba al salón a desayunar. Pidió bollos, café con leche y también una cafetera para llevársela a la habitación. Intentó conseguir sal de frutas, pero se conformó con un bote de bicarbonato que le dio un camarero con cara de avispado y mucho *ouimesié* esto y *ouimesié* lo otro.

Cuando volvió, Pipi estaba despierta, quieta y mirando hacia la ventana con las cortinas a medio correr. Tenía los ojos húmedos, estaba sorprendentemente callada. Se levantó al verlo llegar y se metió en el baño. Ignoró el «¿cómo estás?» para cerrar la puerta con un portazo. Se oyó la cisterna y después el larguísimo correr del grifo en la bañera. ¡Se estaba bañando! Salió recién bañada, sin rastros de la mala noche. Salvo por la ropa, que era la misma.

—Ahí tienes café —le dijo Fernando mientras miraba por la ventana hacia el mar. Era una cuarta planta y el horizonte se veía diáfano—. Te iba a subir algo de comer, pero no sabía cómo estabas. Ahí tienes bicarbonato.

Ella se bebió el café en una taza a largos tragos, para servirse otra que se tomó más despacio. Se sentó en la cama. Asombrosa y afortunadamente permaneció callada, con la mirada perdida en sus rodillas.

Fernando seguía mirando al mar. Era la primera vez que no tenía ni idea de cómo iba a ser la evacuación. Dio vueltas barajando las opciones, pero solo sabía una cosa, que tenía las llaves de un Buick lleno de gasolina y Ceuta estaba a doce horas. Eso sí, era

territorio enemigo. Miró el reloj. Las nueve de la mañana. Debían de estar a punto de descubrir a Tatalla con la cabeza abierta, quizás lo habían hecho ya y tenían a la policía buscándolos. Entonces ni coche ni Ceuta ni la madre que los parió. Maldijo a San Demetrio por decirle que esperara y se maldijo a sí mismo por hacerle caso.

—¿Sabes una cosa? —Pipi rompió el silencio. Su voz era grave, tomada por una resaca de órdago, de no ser por su edad seguiría vomitando—. Yo no soy tonta, me doy cuenta de las cosas.

Fernando la miró, callado. Mientras hiciera lo que él dijera, podría hablar lo que quisiera.

—Sé que no te llamas Bautista. —Su mirada buscó que Fernando le hablara, que se justificara o algo así—. Lo oí ayer cuando te vinieron a buscar por la llamada. ¡No estaba tan borracha! —Puso cara de indignada—. Sé que me has estado engañando. Seguro que no trabajas para Mateo… Eres unos de esos policías franquistas que le han amargado la vida todos estos años por no serlo. ¿A que sí? ¡Di algo!

—Tranquilízate, pronto nos iremos.

—¿Lo eres? Claro que lo eres —gimoteó con los ojos llenos de lágrimas—. No vas a llevarme con él. Vas a llevarme con mi padre. Lo sé, ¡no lo niegues! —No había ira en su voz, sino más bien resignación. Se secó la nariz con la sábana—. También sé que Mateo me ha dejado tirada. Desde que se fue en noviembre a ese embrollo del secuestro, no ha vuelto ni he sabido nada de él. Yo esperando como una tonta y él por ahí, dejándome a merced de ese ogro que es Mulay. —Se encogió de hombros mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Le doy igual, se ha cansado de mí.

—Ya habrá otro —le dijo Fernando con frialdad.

—Ahora me llevarás a Tenerife, a las manos de mi padre —el tono fue ceniciento— y viviré enclaustrada en La Laguna. Me elegirá un marido… si es que no me mete a monja. —Lastimera y desesperanzada no dejó de mirarlo y siguió derrochando sinceridad —. Volveré al redil de mi madre. Acabaré siendo la propiedad de alguien al que no amaré. No volveré a ver el desierto por la noche ni a los brazos del hombre que quiero. Yo quiero ser libre, no una muñeca para exhibir… ¿Sabes?, he leído cosas de la francesa esa del libro ese del tercer sexo.

—Cuando Mateo asesinó a todos tus amigos y a la tripulación

empleada por tu padre en el velero, —le espetó sin miramientos—. ¿De quién fue la idea? ¿Tuya, de él o de la francesa del tercer sexo? Pipi se puso tensa como si le hubieran dado un golpe en la cara.

—No. Fue idea de Mateo. Todo tenía que resultar creíble, no podíamos desaparecer de otra manera. —Movió las manos como un presentador de circo llamando al público—. No lo entiendes, estábamos enamorados y nuestros padres se oponían a nuestra felicidad. Tuvo que hacer eso para poder seguir adelante.

—¿Sabías que era el Punzón?

—Eso es una mentira —habló como una niña pillada comiendo tarta antes de la fiesta—. Él ha tenido problemas, pero desde que está conmigo, desde que nos conocemos… Ya no es así.

—¿Sabes…? —dijo Viedma mirando la costa antes de volver a sus ojos azule claro de exuberante mujer víctima de la sociedad—. Una vez hace cinco años, creo que era mayo, me encargaron una misión sencilla: sacar de España a un matrimonio de nazis que estaban viviendo en una casa en Marbella, un pueblo costero de Málaga —explicó ante el gesto interrogante de Pipi—. Parece que entraron en España antes de que Hitler se volara la tapa de los sesos y se produjera la gran desbandada de nazis. Estos, a diferencia de otros, que cogieron las de Villadiego lo antes posible, se quedaron a vivir allí sin ser discretos, a pesar de las numerosas advertencias que les dieron desde la
DGS
. Fiestas, contactos con Alemania, con otros nazis… Un desastre. Total, que, a principios de ese año, un inglés que buscaba comprar terrenos para montar hoteles junto al arenal se los tropezó y los reconoció como cargos importantes del campo de concentración de Bergen-Belsen. Impresionado, los denunció a la policía y se lo contó a un compatriota judío. Entonces aquello apareció en toda la prensa británica, pero en España lo negamos, dijimos que era falso que nunca se había dado refugio a nazis. Se convocó a la prensa para no sé qué día y les pidieron que fueran a la casa en la playa para que vieran que allí no vivía nadie. Dos días antes me planté en la casa y, a punta de pistola, metí a los violentos Karl y Ulrica Schroeder en el amplio maletero de un bonito Chevrolet e inicié el camino hasta la Junquera. Por supuesto que no los tuve en el maletero todo el trayecto, solo hasta Valencia. Necesitaba que se ablandasen, que

dejaran de escupir, morder e intentar escapar. Él tenía cincuenta años y ella los rondaba también. No quería pegarles más de lo que lo había hecho para que se estuvieran quietos al meterlos en el coche. Cuando los dejé salir en Valencia para que fueran en el asiento trasero, ya estaban más que desmoralizados. Tardé doce horas en llegar a la frontera. ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué? —respondió ella interesada en la historia.

—Durante todo el camino en ningún momento se sintieron culpables de todo lo que habían hecho. Me contaron un montón de cosas, me reconocieron todo tipo de barbaridades, atrocidades, las cámaras de gas… Pero fue como si nada de aquello tuviera que ver con ellos. Como si fueran inocentes, como si todo lo hubieran hecho por otra razón. No era la primera vez que me encontraba con gente así. Ya me había topado con milicianos y chequistas con cientos de asesinatos, violaciones y torturas que me decían que eran inocentes, que lo hicieron por tal o por cual cosa —asintió pensativo—. Sorprendente.

—¿Qué fue de ellos? —preguntó la chica mirándolo con un descarado rencor—. ¿De ese matrimonio al que secuestraste por hacer fiestas y querer ver a sus amigos?

—Los entregué en la frontera a la policía francesa. Los guillotinaron a finales de aquel año.

—Guillotinaron —pronunció asustada—. ¿Qué va a ser de mí cuando me entregues?

—Posiblemente los apellidos de tu padre te libren de lo que te mereces —ella asintió con rotundidad—. No creo que vayas a la cárcel a cumplir la perpetua, ni tampoco al paredón.

—¡Al paredón! —Puso los ojos como platos y contrajo el rostro —. ¡Pero si yo no he hecho nada!

—Cómplice de asesinato, encubrimiento, ayuda y colaboración en múltiples delitos muy graves, alta traición… Tu padre te librará, no te preocupes. Si no te apellidaras Grimón de las Navas, no estaríamos aquí.

—Claro, es normal.

—Aunque igual puedo ayudarte con el tema de Mateo. — Fernando tanteó el terreno.

—A ese ni me lo nombres. Estoy así por su culpa.

—Sí, es mejor. —Miró el reloj. Las diez de la mañana.

—¿Cómo podría ayudarlo?

—Bueno, yo pienso volver a El Aaiún. Y si supiera exactamente donde se encuentra…

—¿Qué? —exclamó furiosa—. ¿Irías a matarlo?

—No, lo detendría.

—¿Y qué ganas con eso?

—Tu padre lo acabaría perdonando y su familia es muy poderosa en Canarias. Quizás en un par de años lo indultan si es que no se va de rositas. —Ella miró soñadora—. Me dices dónde puede estar y vemos lo que puedo hacer.

Pipi dio un suspiro y la sangre le volvió al rostro. La resaca parecía desaparecer. Todo regresó a la normalidad en su cabecita de chica despreocupada. Se vio cogida de la mano de su amado Mateo y empezó a decirle todo lo que sabía. Acabó con un «¿a qué esperamos?» que su interlocutor no supo responder. Después se fue al baño para ponerse guapa.

—¡Españoles! —Fue un grito de alarma, ronco y desesperado que resonó en las voces de varios pescadores que corrieron desde la playa para entrar en las calles, callejuelas y avenidas de Agadir—. ¡Vienen los españoles!

La chica salió del baño cuando escuchó el griterío y cruzó la habitación. Fue hasta el pequeño balcón donde estaba Viedma. Un gentío iba gritando por la calle y muchos corrían hacia el interior de la ciudad.

—¡Nos van a invadir!

¡Buscan venganza!

—¡Corred! ¡Corred! ¡Que vienen los españoles!

Fernando no tuvo que buscar mucho para encontrar lo que causaba el pánico. Fuera de la bahía en mar abierto, a tres millas de la playa, vio la proa de un enorme crucero que se acercaba a toda máquina. Mientras la muchedumbre seguía gritando, observó boquiabierto a la vez que su vista se fue acostumbrando a la claridad del reflejo del sol en el agua. No era un barco, sino seis. No sabía si lo que estaba viendo era cierto, pero sin mirar a Pipi dijo:

—Ponte los zapatos. —El tono fue lacónico—. España viene a buscarnos.

Los cruceros Méndez Núñez y Canarias abrían la fila, primero uno, luego el otro, y tras ellos los destructores José Luis Díez,

Gravina, Escaño y Almirante Miranda. Navegaban a una velocidad impropia de barcos de guerra extranjeros con buenas intenciones. No las tenían. Un mensaje cifrado llegado el sábado y remitido desde Madrid, concretamente desde el Ministerio de la Marina, había ordenado a la flota anclada en Canarias que entrase en zafarrancho de combate y pusiera rumbo a un punto concreto frente a las costas marroquíes. Una vez reunidos los seis buques de guerra, tenían orden de entrar en aguas territoriales de Marruecos y no parar hasta llegar a Agadir, donde arribarían a su puerto en zafarrancho de combate.

La fila de barcos ya no era vertical. Se aproximaron a la bahía, paralelos a la playa, las casas, los hoteles y la refinería, que parecía alejada de todo pero que estaba allí, con sus millones de litros de petróleo en sus tanques, casi como un desafío: «Disparadnos y convertiremos esta ciudad en un agujero ardiendo». Desde los barcos, los marineros españoles vieron cómo los trabajadores abandonaban sus puestos al escuchar el ulular de las sirenas mientras el pánico se desbordaba en la ciudad. «Y eso que todavía no hemos tomado posiciones», pensó el contralmirante Meléndez.

El Méndez Núñez fue el primero en detenerse. Con sus treinta y tres años, era una reliquia de los tiempos de Alfonso XIII, había estado en el desembarco de Alhucemas. Había visto tanto como su encallecida y fatigada maquinaria. Pero allí estaba, imponente, esperando a que los otros completaran la línea recta frente a la asustada ciudad.

—¡Aviación! —gritó un vigía al avistar tres aparatos que sobrevolaban la zona.

Todos contuvieron la respiración, salvo en el Canarias. Era el único que hubiera aguantado un ataque aéreo, los otros estaban demasiado viejos para resistirlo, aunque fuese de tres aviones.

—¡Se marchan! —gritó otro mirando con unos modernos tomavistas americanos.

El alivio fue total y Meléndez dio la orden, que se transmitió a toda la flota. Cumpliéndola, todos los cañones apuntaron por estribor. Las once y tres minutos. El caos en la ciudad era absoluto.

El cuartel de Agadir ya solo era un edificio donde reinaba el desorden, con los soldados acantonados, y oficiales a la desbandada, huyendo por la carretera, algunos en vehículos, pero la mayoría a

pie. No había tiempo para nada. El sonido de los cañones moviéndose resonó en las pulsaciones de los súbditos del sultán. «¡Nos invaden!», gritaron los mandos mientras corrían. El ayuntamiento de la ciudad estaba vacío, el alcalde intentó saber qué hacer y llamó a Rabat, al ministerio.

—¡Los españoles están aquí! —chilló al primero que le cogió el teléfono—. ¡Nos invaden!

—Cálmese.

—¡No me calmo! ¡Tienen los cañones apuntando hacia la ciudad y son por lo menos diecisiete barcos llenos de soldados dispuestos a invadirnos! —Colgó y salió corriendo.

La orden era apuntar y esperar a abrir fuego por parte de Felipe José Abárzuza, ministro de la Marina. Y una vez abierto, no se pararía hasta destruir la ciudad por completo. Los artilleros tenían todo listo y no dudarían en cumplir las órdenes. Las historias que contaban los que habían logrado escapar del cautiverio moro habían llenado de rabia los espíritus de los soldados. Violaciones, cabezas cortadas, miembros amputados, mujeres masacradas por la soldadesca… Marruecos negó tener prisioneros, así que no hubo intercambios. Los hombres del Istiqlal no habían dado tregua a los malditos cristianos llegados de Europa.

La línea de erizados cañones se pasea delante de la ciudad, para comenzar a girar. No se van a ningún sitio, solo cambian de dirección para apuntar desde babor, repitiendo el movimiento siniestro de poner decenas de cañones en la horizontal de la ciudad. Esta vez, el movimiento es más lento hasta que la parada es absoluta. Reina el silencio en los barcos, solo se espera la orden cifrada del ministerio.

La primera bandera que se colgó desde una ventana fue el pabellón británico. El cónsul subió a la azotea con la bandera más grande que encontró y la colocó en el lugar más visible frente aquellos imponentes cañones. No pensaba morir bajo los cascotes y desconfiaba de los españoles, pero, aun así, creyó que quizás respetaran el edificio. Al instante, tres decenas de otros tantos balcones, azoteas, terrazas, buhardillas… se llenaron de banderas de todas partes. En uno de ellos un tal Giorgio ayudó a su jefe a desplegar la bandera de Italia.

El perfil de la costa se volvió multicolor. En el Almirante

Miranda unos marineros guasones hicieron chistes de países, y en el destructor Escaño, fueron apuestas con cigarrillos sobre las banderas que iban apareciendo. En el crucero Canarias, un joven guardiamarina pensó en su primo, desaparecido junto con toda su compañía en un puesto avanzado los primeros días de la invasión del Ifni donde hacía el servicio militar. No era un militar profesional, solo tuvo mala suerte en el sorteo de quintos y acabó en aquel desierto, destripado por un alfanje, o vaya usted a saber de qué manera había muerto. Sus padres ya habían escrito tres cartas al ministerio pidiendo noticias sobre su cuerpo. Solo se supo que cuando llegaron los paracaidistas, había manchas de sangre por todas partes. Dieciocho años tenía.

Los minutos volaron en aquella tensión. España acababa de amenazar a una ciudad de un país con el que no solo no estaba en guerra, sino con el que Franco afirmaba tener una gran amistad. Pero allí estaban, con la diplomacia de las patrulleras de guerra como si fuera el siglo diecinueve.

—¡Se acerca una barca! —gritó un cabo que oteaba la desértica línea de playa.

—¿Una barca? —preguntó un alférez.

—Sí, por la zona del puerto, donde los barcos pesqueros.

Sí, allí estaba. Era pequeña, de color verde y con el nombre escrito en árabe. Un hombre con gabardina y sombrero movía trabajosamente los remos blancos, en la popa iba una mujer que les pareció de las de «toma pan y moja».

—¡Lancen un bote y tráiganlos de una vez! —ordenó el contralmirante, desesperado por la tardanza de la barquichuela.

Andrés Saavedra, gallego de Pontevedra, con la mano en el motor de su lancha neumática, se acercó a toda velocidad a la embarcación. Viedma dejó de remar cuando el pontevedrés hizo un giro y aminoró. Nicanor, un canario de Lanzarote, iba con él, llevaba soltando maldiciones desde que le ordenaron que se subiera a la neumática para acompañar al gallego. La ciudad desde allí parecía más siniestra.

—Como haya un francotirador, nos vuela los cojones y nos deja secos —repetía mientras miraba para todos lados.

—¡A ti qué te va a volar! —le respondió socarrón el gallego antes de detenerse a un metro de la barca y cumplir con la orden

que le dio el capitán González—: ¡Alto, suelte los remos! —Pero hacía ya rato que Fernando los había soltado—. ¡Nombres e identificación!

—Ella es Pipi Grimón de las Navas, hija del general Grimón, que la espera en Tenerife. No tiene identificación. —Los soldados la miraron de arriba abajo y ella sonrió. Ellos desearon que no tuviera más cosas—. Yo soy Fernando Ramírez de Viedma —y dio la vuelta a la solapa para mostrar la insignia.

—Muy bien. —Saavedra acercó la barca de color negro brillante por el agua—. Suban.

Ambos ayudaron a la señorita y el policía se ayudó el solo. El motor rugió hasta llevar el bote a la grúa que lo izaría al poderoso navío. Un sinfín de silbidos llenaron la zona de cubierta, con miradas que babeaban y bocas que se abrían, o quizás era al revés. Pipi no hizo más que sonreír, dar gracias por los piropos, saludar con la mano y tirar besos al aire.

Viedma miró hacia la ciudad durante un momento antes de iniciar el camino al puente de mando guiado por el capitán González. Una bocina comenzó a sonar con estridencia mientras subían las escaleras y atravesaban cubiertas.

—Orden de retirada y vuelta a Tenerife —le indicó un oficial a González, que asintió con alivio.

Fernando tenía que informar al contralmirante, ponerse en contacto con San Demetrio y saber si aquello había detenido la invasión. Su preocupación estaba en El Aaiún, donde necesitaba volver cuanto antes.

La flota permaneció fondeada frente a Sidi Ifni. Fernando fue recibido por el contralmirante del Canarias, que lo escuchó en silencio. Por supuesto, le informó de la parte que consideró oportuna, ni una palabra más. Todo lo demás era secreto de Estado, por muy contralmirante que fuera.

—La señorita será llevada a Tenerife y allí la entregaremos a la autoridad correspondiente en calidad… ¿de qué? —Lo miró con curiosidad mientras la claridad del sol entraba por una ventana cuadrada en el espacioso camarote, mitad habitación mitad despacho.

—Digamos que es material clasificado.

—Algo tendré que poner.

—Rescatada de un naufragio.

—Dejémoslo estar —se molestó el contralmirante.

—Necesitaba ponerme en contacto con mi superior en la Tercera Sección.

—Ya lo hará esta noche cuando lleguemos a Santa Cruz. Esto es una expedición militar, las comunicaciones están limitadas única y exclusivamente a ese ámbito.

—Entendido —respondió Fernando, inexpresivo.

—¿Es usted el mismo Ramírez de Viedma que participó en los sucesos del penal de Ocaña? —Volvió a mirarlo y negó con la cabeza—. Déjelo. Puede retirarse.

Fernando salió al pasillo para ir directamente a la cubierta y contemplar la ciudad cercada de Sidi Ifni. A las cinco y veinte, la flota comenzó a moverse. Cada barco tomó el rumbo a su puerto de destino, o sea, todos a Las Palmas de Gran Canaria, menos el Canarias, que amarraría en Santa Cruz de Tenerife. La proa enfiló el océano en calma con una velocidad más que considerable. La puesta de sol fue un espectáculo de una hermosura que sobrecogió al policía. La brisa marina era muy fría y le hizo subirse las solapas de la gabardina. Después se embutió el sombrero para tocarse los bolsillos buscando un cigarrillo. Milagrosamente encontró uno, torcido y arrugado. Un marinero se lo encendió con un chisquero y a Fernando le supo a gloria.

XIII. Espera que te espera

Santa Cruz de Tenerife, 21 de diciembre de 1957

Del puerto a la plaza de la Candelaria y de allí al García Sanabria para acercarse a la Plaza Militar a ver si en Capitanía se sabía algo. Quedaron en llamarlo en dos o tres días para confirmarle órdenes, pero allí seguía, varado en aquella ciudad provinciana con puerto que era Santa Cruz. Fernando la había recorrido tantas veces que había agotado las sorpresas, ya era siempre lo mismo. Le recordaba a Cádiz, pero con personalidad propia. Los tinerfeños no se parecían a los gaditanos. No eran ni mejores ni peores, simplemente no se parecían. La familia de su madre era de por allí, pero él no tenía intención de buscar primos entre los descendientes de una tatarabuela que se casó con un madrileño en época isabelina.

Compró un ejemplar de *El Día* para leerlo en la plaza de los Patos, una rotonda azulejada de bancos, con una fuente con patos de piedra y ranas verdes de cerámica. Le gustaba ese sitio, tranquilo, fresco, aunque en diciembre, con el sol cubierto con nubes, tuvo que moverse porque el frío le llegó a los huesos. Miró la cartelera. Ponían *Testigo de cargo* en el cine Víctor así que buscó la hora de las funciones. A las cinco estaba bien. Llevaba casi dos semanas, sin nada mejor que hacer. «Espere hasta nuevo aviso» y allí estaba, espera que te espera.

Un niño se le acercó con una ristra de números de la lotería de Navidad diciendo que eran de la administración junto al Cristo en La Laguna. «Mañana tocan», apuntó el pilluelo. Fernando le compró uno que acababa en treinta y tres mientras lo colocaba en el bolsillo de la chaqueta el chiquillo empezó con su cantinela: «¡Lotería de Navidad! ¡Últimos números! ¡Compre lotería de Navidad! ¡Mañana será rico! ¡Números del Santísimo!». Fernando se alejó caminando

hacia el cine. Cuando terminase la película, volvería al hotel y sería otro día quemado más.

Despertó temprano. Nunca había podido dormir toda la mañana en un hotel, aunque fuera uno con un aire a palacete de los años veinte. Con ventanas, arcos, balcones, terrazas, escaleras, patios y jardines, era como si una casa señorial se reprodujera sobre sí misma bullendo en una suerte de miembros que replicaban el edificio primigenio. Hotel Mencey, ponía en su luminaria. Un camarero le contó que lo diseñó García-Escámez. «Era un gran militar e hizo mucho por Santa Cruz». Fernando asintió. Había conocido a García-Escámez en la batalla del Jarama y casi lo hizo fusilar al encontrarle un gorro de la
CNT
. Sonrió al recordar su «yo qué iba saber… Perdón, chiquillo» cuando San Demetrio le explicó lo que había.

Desayunó en un salón de paredes decoradas con grandes paisajes de la costa norte de la isla. Cada vez que la puerta de la cocina se abría, se oía el soniquete de la lotería de Navidad. Un cliente en otra mesa pidió si se podía escuchar el sorteo en el comedor. Los de otras mesas se unieron a la petición. Él no pensaba aguar la fiesta y simuló interés. Así que trajeron una elegante Telefunken de caoba y marfil en una mesita con ruedas y el salón se llenó con la sintonía de lo que era realmente el primer día de la Navidad en España desde hacía mucho tiempo.

—Yo no estoy atento a tanto número —dijo el camarero mientras le servía el café—. Después ya compro *La tarde*, que viene todo el listado y me entero si me tocó algo.

Fernando asintió y leyó en el *Arriba* el discurso del general Barroso en las Cortes.

El ministro del Ejército y portavoz del Gobierno informaba de todo lo que había pasado en Agadir haciéndolo oficial, ya que hasta aquel momento no había sido más que una concentración de la flota en Sidi Ifni. Ahí estaba, contándolo todo, aunque por supuesto nada de detalles. No explicaba qué hacía una flota de barcos viejos pero letales, como cualquier arma antigua, entrando en una ciudad extranjera. No contaba tampoco que los cañones apuntaron a la ciudad ni que había sido uno de los mayores actos de disuasión de la historia militar, con el que, de un plumazo, se había evitado la

humillación de una derrota absoluta que se hubiera producido con la invasión. Se había segado la necesidad de entrar en una guerra total que nadie en España deseaba, se salvaron las vidas y propiedades de miles de españoles en esos territorios. De eso no decía nada. Solo hablaba de tener que mantener los territorios para garantizar la integridad de Canarias y echaba la culpa a los comunistas como responsables de la actividad del Istiqlal.

Fernando sonrió burlón al recordar a Mulay Hasan en la reunión con sus generales. Era Marruecos, no la
URSS
.

Terminó de desayunar y se sentó en una de las terrazas del hotel. Hacía buena temperatura y no quería volver a vagabundear por la ciudad. Tenía un ejemplar para leer de *Nada*, de Carmen Laforet. Una hora duró la lectura.

—Señor Viedma, tiene un telegrama —le dijo uno de los recepcionistas que se acercó a la mesita para sacarle de la historia de Andrea y su turbulenta familia.

—Gracias.

Fernando recogió el papel doblado sobre una bandejita, esperó a que el veterano recepcionista se marchara después de hacerle una ligera reverencia para abrir el pliego color azul claro con el membrete de la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones. En el asunto, en palabras telegrafiadas: «Vuelva al Sáhara. Recibirá órdenes en El Aaiún». Se lo guardó, cogió el libro y fue a la recepción, donde pidió la factura y un horario de vuelos.

XIV. Noche de Paz

El
DH
-114 de Aviaco iba casi vacío. Demasiado grande para tan pocos pasajeros. Seis mujeres que acudían a El Aaiún ante la necesidad de chicas para los lupanares desde que los mandos cedieron por la presión de la tropa, que reclamaba «putas» a gritos. Muchachas de todas partes se lanzaban a la aventura saharaui en una ciudad plagada de clientes deseosos de ellas. Iban silenciosas y con aire nervioso, tal vez asustadas por las noticias de la guerra que apenas aparecía en la prensa.

Las ruedas del aparato tocaron tierra a las cinco de la tarde del veintitrés de diciembre. Como si hubiera vivido allí toda la vida, Fernando bajó para recoger su maleta en la terminal de vuelos civiles, donde un «Feliz Navidad» y un Nacimiento recordaba que al día siguiente era Nochebuena. Un guardia civil se le acercó. Con uniforme verde oliva y cara seria, como indicaba el reglamento, le pidió la documentación y el motivo de su visita al Sáhara. Fernando se volvió la solapa y la placa hizo que el guardia asintiera, diera casi un taconazo y lo dejara pasar.

Salió del edificio y sonrió. Allí estaba Juan Maderal Oleaga, con un abrigo y su chapiri, lo miró con los ojos brillantes y una inmensa sonrisa que le abarcó toda la cara mientras aguardó a que se acercara.

—Pero ¿qué haces aquí? —le preguntó divertido Fernando, que no tenía ni idea de que lo esperaran.

—¡Comisario! —Se estrecharon las manos de forma tan rotunda que se transformó en un abrazo—. ¡Joder! ¡Ahí va, la hostia! ¡Si pensábamos que estaba muerto! Que se lo había cargado la morisma.

—¡Qué va! ¡Aquí sigo! —Vio el voluminoso Land Rover que

estaba junto a él—. ¿Pero te dijeron que vinieras a buscarme?

—¡Joder, claro! ¿Quién si no? —Maderal se dio un golpe en el pecho—. ¿Quién es aquí el chófer más cojonudo de todo el Tercio? Pues un servidor. —Y cogió una de las maletas.

—No sabía.

—¡Dos maletas! A ver si se acaba quedando a vivir aquí —rio el legionario mientras las colocaba sobre los asientos traseros—. Suba, suba, que este es más abrigado que el *jeep*.

—¿Cómo siguen las cosas por aquí? —le preguntó Fernando cuando Maderal arrancó el coche.

—Pues como siempre —resopló—. El viernes nos atacaron. Pero no eran pocos. Un ataque masivo y en toda la línea de la defensa. Fueron horas. Casi toda la noche de toma y daca hasta que se retiraron. No vea cómo son esos moritos de los cojones. —Fernando asintió—. Así que ayer Mulero nos levantó bien temprano y salimos en tromba a donde nos dijo la aviación que había visto a los Tafudart.

—¿A quiénes?

—A una banda de esa gente, que hasta hace poco eran aliados y ahora son enemigos. —Silbó una estrofa del himno de la Legión—. Ya sabe cómo es esa chusma. —Tocó el claxon para saludar a un grupo de legionarios que iban por la calle, donde había mucha actividad, con negocios abiertos. Pasaron por delante del cine—. Pues total, que nos plantamos todos los de la decimotercera y ¡hala!, a dar hostias todo el camino, con disparos por todas partes, con esos intentando atraernos a una celada y nosotros a lo nuestro, hasta que los localizamos en unas ruinas, como de una mezquita o algo así, no sé bien. Y allí les dimos para el pelo. Con dos cojones tomamos el castillito y nos apropiamos de todo lo que tenían.

—¿Mucho?

—Lo que yo le diga. —Su cara era el rostro de la victoria—. Cajas de fusiles Lebel, por lo menos veinte llenas, munición para surtir, grandes bidones con agua en tres camiones, piezas de mortero, cajas de comida… —Movió la mano, divertido—. Vamos, que los pistolos están comiendo todas esas latas. Así descansan de tantos garbanzos con patatas y tantas patatas con garbanzos.

—O sea, que las cosas van bien.

—No se crea, comisario, pero por lo menos ayer ganamos.

—¿Dónde me llevas?

—Tengo órdenes de ir a la comandancia a ver al coronel Mulero y después al hotel.

—¿A La Nacional?

—A ese mismo —chasqueó la lengua—. Ya mañana no sé, porque las órdenes eran para hoy.

—No te preocupes.

Paró el vehículo donde le dijo el policía militar que hacía guardia en la puerta. El cielo se estaba oscureciendo y pronto sería de noche.

Manuel Mulero, coronel y jefe absoluto de aquella ciudad militarizada, parecía haber envejecido en las últimas semanas. La tensión se reflejaba bajo sus ojos, pero no en su voz, que seguía con el mismo temple que antes de su viaje forzoso a Agadir.

—Sus órdenes —le tendió un folio mecanografiado—. Como verá son de la
DGS
, así que no incluyen la participación de las Fuerzas Armadas. Aun así, como sé muy bien que piden colaboración para que pueda cumplirlas, se le prestará toda la colaboración posible —recalcó la palabra.

Fernando leyó las órdenes, que tenían un sello de alto secreto puesto en el encabezamiento.

«Localización y detención o neutralización de los elementos españoles participantes en la conspiración».

—Tendré que ir a buscarlos.

—Ahora es imposible —negó el coronel—. Autorizar partidas de búsqueda, exploración o incluso dejarle salir de El Aaiún es un riesgo que no se puede correr. Estamos literalmente cercados y con ataques frecuentes, incluso de día.

—¿De día?

—No atacan en la ciudad, pero sí en los caminos. Les da igual quien sea, incluso convoyes del ejército.

—¿Entonces? —Fernando abrió las manos sin comprender cómo podría cumplir las órdenes.

—Paciencia. No le puedo ofrecer otra cosa.

Entonces sonó una explosión en las afueras de la ciudad y pronto le siguió otra.

—Ahí tiene lo que le digo.

El teléfono sobre la mesa comenzó a sonar. Mulero lo descolgó para responder con un «adelante» y escuchar lo que le decían. Antes de acabar pronunció un «procedan y manténganme informado».

Las explosiones se multiplicaron. Ambos sabían que lo que caía como granizo era fuego de mortero y lo hacía sobre la gran zona de cuarteles, alambradas, pozos de ametralladora y trincheras que rodeaban la ciudad.

—Quieren vengarse por el roto que les hicimos ayer —explicó Mulero con pesar—. Dicen que hay negociaciones para establecer una alianza con Francia y terminar con esto. ¿Sabe usted cómo van?

—Sé que las hay, pero no tengo ni idea de cómo van.

—Espero que fructifiquen, si no, esto será interminable. —Un sonido a carraca llenó las calles—. Ahí tiene, el toque de queda. Ya ve cómo estamos.

Mulero se levantó y le dio la mano, cuando Fernando abría la puerta del despacho para salir, añadió:

—Por cierto, se me olvidaba. Llegó un paquete a su nombre hace diez días, con el mismo sello de alto secreto, así que ha estado en la caja fuerte desde entonces. Pídaselo al alférez en la recepción.

Fernando asintió y bajó a buscarlo mientras parecía que las bombas explotaban más cerca. Bum, bum, como siniestra lotería. Cogió el abultado paquete con forma de caja de zapatos forrada de papel de estraza que llevaba su nombre. Salió del edificio. Ya era noche cerrada.

Maderal le esperaba en el Land Rover, con rictus de fastidio y preocupación.

—Ayer los habíamos destruido y ahora… —señaló hacia el sonido del toque de queda—. Los civiles tienen que meterse en sus casas.

—¿Serán los de ayer?

—No, pero da lo mismo, estos *jamidos* no se mueren nunca. Vienen del puto Marruecos, atacan, la montan y se largan a descansar para volver frescos —maldijo mientras conducía hacia el hotel—. Y nosotros aquí con el agua racionada y a base de latas de sardinas y pan seco… Eso sí, piojos y ratas campan a sus anchas en los cuarteles. ¡Que de eso sí que hay! No vea la cantidad de veces que hemos rociado con el salfumán todo el cuartel. ¡Tanto que se ha

caído la cal! Y de Nogat para las ratas ya ni le cuento, porque creo que los bichos están gordos de comerse el veneno.

Se detuvieron frente al hotel. Los transeúntes volvían a sus casas y los guardias de la gabardina aparecían metiendo prisa a los civiles para que no estuvieran en la calle. Mientras Maderal le bajaba las maletas, comenzó a oírse fuego de fusilería, con disparos generalizados, y no precisamente pocos. Se escuchaban por la zona sur, pero al poco tiempo era en toda la línea de la ciudad y los que andaban por la calle echaron a correr.

—Son los pistolos. —Maderal se refirió a los muchachos que estaban haciendo el servicio militar obligatorio y les había tocado en medio de aquel infierno, sin ninguna experiencia salvo los meses de instrucción. Juraban bandera y a la guerra de cabeza—. Se ponen nerviosos, se piensan que cualquier sombra es un moro, uno dispara y los otros lo siguen. Los sargentos tienen que andar con tiento. No será la primera vez que alguno se lleva un tiro al acercarse a un pozo donde está otro medio adormilado, que dispara y después pregunta.

—Pues vaya… —Fernando cogió las maletas—. Tú puedes irte, que supongo que tendrás que estar en el cuartel. —Maderal afirmó —. Ya nos veremos. No me han aclarado si te van a poner a mi servicio, pero esta vez es esperar a ver qué pasa.

—Ya sabe dónde estoy para lo que sea —dijo estrechándole la mano.

La puerta del hotel estaba cerrada, pero tras llamar, un hombre calvo sexagenario le abrió. Tenía aspecto de lo que era, un veterano del tercio y de al menos dos guerras, que cojeaba ligeramente. Era bajo, pero estaba fornido. Lo miró inquisitivo.

—Tengo una habitación reservada —le dijo Fernando con la mejor llave que conoce: su gesto para mostrar la placa trabada en la solapa.

—¡Ah, el policía! —exclamó con la voz cascada y acento castellano—. ¡Sí, hombre! ¡Pase! Le estábamos esperando.

El hotel seguía igual, salvo por los adornos navideños y que ya no había una familia saharaui ocupándose de él. Viedma no preguntó y el tiroteo ya era total.

—¡Vaya, como está la morería esta noche!

—Sí, ya veo. —Viedma estuvo tentado de mencionar a Omar,

pero lo evitó.

—Tiene la misma habitación y allí están sus cosas como las dejó.

El hombre le dio la llave y quiso subirle las maletas, pero Fernando no lo dejó.

—Gracias, esta es Andrea, mi esposa —dijo cuando apareció una mujer de edad, vestida de gris y con el pelo recogido, y se presentó.

—Estamos aquí para servirle.

—Gracias.

Fernando subió hasta la segunda planta donde efectivamente estaban todas sus cosas, como si no se hubiera marchado.

Deshizo las maletas. Allí seguían las de los policías asesinados, que bajó a la recepción y pidió que se encargaran de que alguien las llevase al cuartelillo de la Guardia Civil para que las enviaran a sus familias. Con un «no tengo hambre», rechazó educadamente la cena que estaban sirviendo y volvió a la habitación. El tiroteo se fue apagando, pero entonces sonaron disparos de mortero lanzados desde la ciudad contra el desierto.

Encendió la radio colocada en la mesa con una lámpara de escritorio como única luz en la habitación. Giró el dial para buscar la emisora por la que le recibiría San Demetrio. Pulsó los avisos de llamada cuando escuchó el silencio en el ruido de la estática.

—V al aparato —dijo esperando que no tardara en contestar. Era lunes, no había futbol, aunque sí podría haber copa de Navidad en la
DGS
—. ¿Me recibe,
SD
?

—Alto y claro. —Se escuchó la voz del coronel.

—Llegado a destino, leídas las órdenes, y planificando cumplimiento.

—¿Alguna duda? —preguntó San Demetrio con premura mientras los morteros de uno y otro lado intercambiaban tiros.

—Recibidas. ¿Hay que eliminar a los pájaros? —Fernando no era nuevo en aquello.

—Ni se le ocurra. —Un corto silencio—. El falangista es de segunda división, puede eliminarlo o no. Pero el rojo tiene que volver de una pieza para ser juzgado y condenado. Desde lo más

alto hay un interés muy grande en presentarlo ante los medios extranjeros como lo que es en realidad y borrar la imagen de héroe.

—Pues según está el patio…

—Pues tendrá que estar como sea. Se le quiere en Madrid declarando sus crímenes delante de la prensa internacional.

—¿Oye el ruido de fondo?

—¿Fuego de mortero pesado? —San Demetrio estaba casi seguro de que oía eso.

—Así están las cosas aquí día sí y día también por lo que me cuentan. Así que, salir a ese desierto como Hansel y Gretel buscando a sus padres no creo que sea posible.

—Déjese de Hansel y no sé quién… —Viedma sonrió al oírlo enfadarse—. Tú soluciona el asunto, tienes tiempo y todo pagado. Eso sí, a ese lo quiero vivo y engrilletado. Si no es hoy, pues mañana y si no, pasado.

—Bien.

—¡Vaya la que has armado con la aventura marinera! Arriba están impresionados, aunque no sé qué decirte.

—¿No lo sabe?

—Están como el cornudo que sabe de su cornamenta, pero prefiere mirar a otro lado a ver si la parienta se cansa de ponérsela. Pues así creo que lo agradecen, pero al mismo tiempo están bastante molestos. Vamos, que no eres lo más popular por aquí. Tal vez cuando avisaste del asunto sí, pero ahora mismo no. Creo que puede haber cambios, ya sabes cómo va todo esto. Quizás algún nuevo destino, o apartarte un tiempo del servicio de campo.

—Entiendo.

—Pues es lo que hay. Tumbaste la versión oficial y no les gustó nada. Aunque siguen diciendo lo mismo, lo pudiste oír en las Cortes… Los vecinos son nuestros amigos del alma…

—Sí, leí el discurso…

—Pues prepárate para el del 31 de diciembre.

—Lo escucharé con interés.

—Feliz Navidad,

V

—le deseó con un punto paternal—. Trae a ese tío y trataré de que estos vean el lado bueno.

—Feliz Navidad,

SD
, y recuerdos a su familia. San Demetrio cortó la comunicación.

Los morteros siguieron cayendo, aunque las pausas del enemigo eran cada vez más largas.

Cambiaron de posición para no ser detectados y volvieron a empezar.

Fernando se acostó y terminó de leer a Laforet. En su maleta tenía *La paz empieza nunca*, de Emilio Romero, y *Entre visillos*, de Carmen Martín Gaite, además de uno de Stefan Zweig y otro de Cela.

Cuantos más años cumplía, más necesitaba leer. No supo qué hora era, pero de repente una enorme explosión silenció a las demás. Sin duda alguna por fin habían alcanzado a los atacantes. Más tarde, escuchó cuatro disparos de rifle de larga distancia. Los tiradores debían de estar terminando el trabajo. Eliminado el mortero, ahora se eliminaba a la dotación para que no volvieran, al menos hasta el día siguiente.

—No se encuentra aquí —dijo un joven guardia civil, que no estaba la otra vez—. Pregunta por el capitán Nuño —le indicó a otro que se asomaba del interior del cuartelillo. Aquel sí que era cara conocida.

—Buenas —saludó sorprendido y también receloso al verlo. Su anterior mando apareció muerto en un barranco justo el día que lo vieron salir de la ciudad con aquel policía o lo que fuera—. ¿Qué tal?

—Aquí, buscando al capitán Alberto Nuño —respondió Fernando sin añadir nada más.

Sabía que Nuño era soriano, que fue teniente en Villa Bens pero lo ascendieron cuando se le trasladó a El Aaiún para nombrarlo jefe de la Guardia Civil en el Sáhara. Decían que era un niño prodigio, capitán con veinticinco años, ni más ni menos.

—Está en el puerto, controlando los puestos aduaneros.

—Tengo que verlo.

—Estará allí toda la mañana. Suele revisarlos los miércoles, pero como mañana es fiesta… Fernando atravesó la ciudad rumbo al puerto. Había militares por todas partes. Las caras de los soldados de reemplazo le recordaron a las de aquellos chicos que, sin comerlo ni beberlo, lucharon en la guerra civil en el bando que les

tocó. Eran los mismos rostros de desasosiego, de ganas de irse. Chicos de pueblos y de ciudades, que deberían estar haciendo la mili en un destino tranquilo, luciendo el uniforme y enviando las fotos del estudio fotográfico de turno para que sus padres, orgullosos, las colgaran en sus salitas de estar. Pero no, estaban allí, sucios, polvorientos, llenos de piojos, cansados, sin saber qué hacer en aquella ciudad extraña, comiendo los polvorones que les mandaban sus familias por Navidad y con fusiles oxidados que seguro que eran los mismos que llevaron sus padres. Sin duda, la guerra era para el hombre, como la piedra para Sísifo, condenado a subir con ella hasta lo alto de una montaña, una y otra vez por todo el tiempo que la humanidad estuviera sobre la tierra.

Hacía calor, pero no se quitó la chaqueta, el reglamento lo prohibía y nada llamaba más la atención que un hombre con la chaqueta en los brazos. El puerto estaba tranquilo, no llegarían barcos hasta el día veintiséis, pero en el edificio de la autoridad portuaria estaba un hombre joven, rubio como la cerveza y con ojos claros como si fuera un flamenco de los que se las vieron en Flandes contra los tercios. Lo saludó como si supiera quién era aquel policía del que tanto le habían hablado sus hombres.

Fernando lo observó dar órdenes, revisar libros de registros de entradas y salidas portuarias, hablar con él y preocuparse por unos niños que jugaban al borde del muelle. Todo al mismo tiempo. El hombre le preguntó detalles sobre su misión como si estuviera bajo su mando y él lo toreó con vaguedades. El capitán Nuño se dio cuenta de que Fernando no era tonto y lo despidió con un «lo que sea que el Cuerpo pueda hacer por usted solo tiene que decirlo». Sonrisas falsas y cada uno por su lado.

El mar estaba tranquilo y los barcos de pescadores cabeceaban como grandes bueyes pastando en la alta hierba. El olor a sal lo despejó, caminó por el muelle hasta que este terminó para adentrarse en la playa. Había niños saharauis jugando a la pelota, Fernando supuso que eran hijos de pescadores, de los mismos que trabajaban para armadores canarios, asturianos y gallegos. En aquel momento se veían pocos barcos, la Navidad los habría retornado a sus familias. Si él hubiera tenido algo parecido, no habría estado allí.

La playa era larga, pero la vio casi a la mitad: una sombrilla

blanca, y con los zapatos en la mano y la falda ligeramente recogida, Almudena mostraba sus elegantes pantorrillas mientras caminaba mojándose los pies en la orilla. Paseaba sola en aquella mañana cálida y soleada del día de Nochebuena de 1957.

—Hola.

Fernando la saludó casi con timidez cuando estuvo a un metro de distancia por detrás. Ella se giró para mirarlo. Al principio se sobresaltó porque estaba distraída pensando en sus cosas. Le gustaba pasear por aquella playa, mirar el mar y recordar, pensar y recitar mentalmente fragmentos de los libros que cada vez le eran más importantes. Llevaba tanto tiempo sola, rodeada de gente, de los empleados y clientes, pero sola, al fin y al cabo, así que adoraba aquellos ratos.

—¡Fernando! —exclamó con sorpresa—. ¡Dios mío! Pensaba que… —Él sonrió, le habían dado por muerto tantas veces—. No sé, desapareciste de repente. —Ella le devolvió la sonrisa, casi como si no se creyera que lo tenía delante—. Me dijeron que no sabían dónde estabas, que una patrulla encontró el cadáver de Osorio con otros… Bueno, que tú no estabas.

—Una locura todo.

—¿Te apetece pasear? —le sugirió algo tímida y miró hacia el mar.

—Sí, claro.

—¿Al final solucionaste el asunto? —le preguntó mientras cambiaba la sombrilla de hombro y así poder cubrirlo también a él —. Aquí no ha habido más que rumores sobre la muerte de Osorio. Se supo lo de que participó en el secuestro de esa chica, pero como eso no salió en la prensa…

—Bueno… —Él la miró a los ojos.

—Solo sacaron la foto de la chica abrazándose a sus padres. Se los veía muy emocionados. Tuvo que sufrir mucho en manos de esos salvajes. No te preocupes, no tienes que contarme nada.

—No es eso —respondió él incapaz de no contárselo—. Tengo que hablarte de Jorge.

—¿De Jorge? —Ella se detuvo y lo miró como si nunca lo hubiera visto.

Y allí en medio de la larguísima franja de arena blanca, salpicada con miles de restos de algas, Fernando le contó todos los

secretos de Estado que había jurado ocultar, violando numerosas leyes que podrían llevarlo a presidio. Pero en su vida de mentiras y silencios solo tenía tres excepciones, tres creencias: el Dios absoluto que le pediría cuentas llegado el momento, la vieja bandera roja y gualda por la que tantos habían dado su vida y aquella mujer. Nada más.

—No sé qué decir —respondió ella tras escucharlo. Volvió a contemplar el mar, pero aquella vez su gesto mezcló la sorpresa con la tristeza y el miedo—. Llevo dos años sin verlo. Creo que me podrías haber dicho que estaba propuesto para un premio Nobel en Medicina y te habría contestado que podría ser. —Se llevó la mano a un bolsillo de su blusa para sacar un pañuelo. Estaba a punto de llorar—. Apenas lo conozco. No sé ni cuándo se volvió un desconocido para mí. A veces me engaño a mí misma pensando que no era así cuando me casé con él, cuando fuimos a Biarritz de luna de miel, cuando planeaba atentados contra Franco casi delante de mí y yo creía que eran mentiras, cuando huía a este desierto… — Las lágrimas le corrían por las mejillas—. Mira qué tonta, estoy llorando. —Su voz se quebró.

—Llora, Almudena.

Fernando la abrazó y ella aceptó su calidez para llorar en el acogedor cuerpo que conocía tan bien. Llevaba años siendo una mujer dura, seca como la máscara que había utilizado para sobrevivir sola en aquel mundo áspero, quemado por el sol, polvoriento y exclusivo de hombres duros que era el Sáhara. En ese momento lloró como una niña, como si fuera la misma chiquilla que pensaba que ya no existía en su interior.

—Gracias —le dijo al calmarse, como el ahogado que volvía a respirar. Sus ojos se cruzaron en aquel momento en el que ambos supieron que no había vuelta atrás—. Te he manchado la chaqueta.

—No pasa nada —sonrió él, divertido, y dejó de abrazarla.

—Que te la limpie Andrea, la mujer de Marcial, el conserje nuevo —aclaró ella con otra sonrisa nerviosa.

—Se lo diré.

—¿Crees que esto me afectará de alguna manera a mí? Lo de Jorge digo. Al fin y al cabo, me desterraron por lo que hizo.

—No, esto es diferente.

—Bueno, él vuelve a hacer de las suyas y acabará enredándome

en cosas que ni siquiera sé.

—Esta vez no.

Los ojos de Fernando desbordaban tanta sinceridad que ella lo creyó, tanto que no se atrevió a preguntarle que iba a pasar para que fuese todo diferente.

—¿De modo que Lecuona era el Punzón y no hubo ningún secuestro? —preguntó tratando de no pensar en lo que ocurriría cuando Fernando detuviera a Jorge.

Caminaron por la playa hablando sobre todo el asunto y poniéndose al día de sus vidas hasta que ella decidió volver. Esa tarde cerraría el Salón y no habría función en el cine. Tenía que revisar, hacer caja y dejarlo todo preparado para abrir en dos días. Volvieron a la ciudad, charlando como lo que eran, viejos amigos que hacía mucho que no se veían. Ya en el salón, y antes de que él volviese al hotel y ella a su trabajo, Almudena lo miró fijamente para decirle:

—¿Te apetece cenar esta noche…?

—Sí, sí, por favor. —No hubo necesidad de terminar la pregunta.

—Pues te espero a las nueve —y añadió casi avergonzada—: Si vienes antes y esto está cerrado, solo tienes que tocar el timbre tres veces y sabré que eres tú.

Ambos sonrieron. No recordaban cuándo había sido la última vez que se habían sentido tan felices.

Fernando almorzó en la pensión. Solo estaba el viejo alemán, que seguía hablando de sus posesiones en países que ya no existían. Después volvió a la habitación e intentó buscar qué hacer. Leyó un poco pero no se concentraba. Trató de dormir, pero solo consiguió cerrar los ojos. Estaba allí tumbado en la cama y notaba el frío. Se puso un Lucky en los labios para darse cuenta de que sus pesadillas no llegaban. No aparecían las imágenes que llevaban atormentándolo desde hacía más de una década. Allí solo estaba ella, no la imagen lejana de una muchacha que lo hacía reír imitando a Celia Gámez, sino la mujer rotunda, madura y formal que abrazó en la playa.

Se levantó después de las cinco sacó una navaja de la maleta para abrir el paquete que le había enviado San Demetrio. Cortó la cuerda, rasgó el papel y lo abrió. Una Astra reglamentaria, diez

cajas de munición, una moderna Kodak Retina compacta, una maravilla con tres carretes. Le puso uno. Y por supuesto estaba lo que había encargado a San Demetrio. Se fijó en las firmas, con la del mismísimo Franco y la fecha del día ocho. Sonrió. Lo de Agadir había acelerado todo.

Paseó por la ciudad mientras anochecía. Vio llegar a un grupo de policías nativos al mando del caíd Uld Beiruk montado a caballo, que le recordó a los de la guardia mora de Franco, al menos, cuando eran un cuerpo majestuoso que infundía terror, a los que se lo infundía, claro. Ya no existían, se los había cargado en el 56. La antipatía general hacia esa guardia se transformó en hostilidad abierta cuando empezaron a llegar los primeros soldados muertos en el Sáhara. El caíd lo miró altivo, casi desafiante, hasta que Viedma le hizo una reverencia con la cabeza. Suficiente para contentarlo.

—Caíd… ¿Sin novedad en el frente? —le preguntó en árabe Fernando, recordando la novela de Remarque, que había leído siendo un muchacho.

—Todo tranquilo y sin presencia enemiga por obra de *Allah* el Sustentador. Él posee un poder grandioso —respondió rimbombante para seguir su camino subido a caballo como si fuera un personaje del *Caballero del Antifaz*.

Después vio llegar a un grupo de policías armados que se bajaban de unos todoterrenos. Venían con el rostro cansado de una mañana de dar vueltas por el desierto siguiendo al caíd. Al verlo, hicieron el saludo militar porque todos sabían quién era.

—Felices fiestas —les deseó alegre y ellos le correspondieron.

Las casas despedían olor a pucheros, a carne asada y hornos donde se preparaba la cena, los niños corrían por las calles polvorientas cantando villancicos con zambombas, tambores y cornetas. Se oyeron petardos, aunque estaban prohibidos. Cada vez que sonaba uno, los adultos salían a nombrar al padre de los niños. «¡Ande, ande, ande!», cantaban los chavales y un grupo de soldados de reemplazo se unió al coro medio borrachos por el anís, el coñac o el vino llegado de casa.

En las radios se escuchaba a Tip y Top haciendo reír al personal en el único bar que todavía estaba abierto y grupos de legionarios macarras, africanistas hasta la médula, tatuados, despechugados y

patilludos reían a carcajadas mientras trasegaban la cazalla que les servía el bueno de Mohamed en su sucio local como la bodega de un barco pirata, lleno de carteles de futbolistas sacados del *As*. En la plaza de Nuestra Señora de África, los tenderetes seguían abiertos. Los saharauis continuaban vendiendo, aprovechando para sacar unos duros con su variada oferta de dulces, piezas de carne recién cazada, figuritas para el Belén, botellas de aceite traídas por parientes o licores caseros sin alcohol, como mandaba su profeta; también comida hecha en calderos listos para llevar y pescados preparados para la olla, algunos tan frescos que boqueaban colgados en sus ganchos. Un grupo de soldados comían higos picos a peseta el montón.

Bajo los farolillos, Fernando vio a Castromonte con su señora. Con él sin uniforme, parecían una pareja más de provincias. Podrían estar en Valladolid pasando las fiestas con su familia, pero Castromonte era un soldado y estaba donde le mandaba el Cuerpo, y ella era su mujer, no había más que hablar. Se saludaron.

«Me alegro mucho de verle de nuevo. Pensábamos que lo habíamos perdido. Cuando pueda, pásese por el cuartel, que todavía tenemos enjaulado al *jamido* que nos dejó. Pues nada, que pase una feliz Nochebuena».

Después Viedma probó unos dulces hechos con pistacho, dulces como la madre que los parió, tanto que sintió que se le picaban las muelas al tragárselo. Unos guardias de la gabardina bebían coñac de garrafa mientras, achispados, comentaban recuerdos de sus navidades infantiles, siempre mejor que las de aquel momento. En un tocadiscos sonó *El tamborilero*. Entonces vio salir a Maderal con un enorme salchichón debajo del brazo, que le contó que era un regalo de sus padres, que iba a hacer unos bocadillos con un poco de aceite, y con el vino que tenía un tal Socas abrirían boca para la cena. Le dijo también que tenía un hermano que quería ser legionario y estaba como loco por ir a servir en África. Sus amigos lo llamaron a voces, todos *legías* y sentados en el portal cerrado de la ferretería de don Gregorio, que había echado el candado al mediodía y en aquel momento estaban todos allí desocupados tomándose el «aperitivo» antes de ir al cuartel a cenar. La mejor infantería del mundo, mal pagada, despreciada por los políticos que los mandaban a morir, bullanguera cuando tocaba, fiel a la patria,

que era a la que juraban servir, feroces hasta la muerte ese día, al siguiente y siempre, y detrás de nadie.

Todo el mundo hablaba de que Carmen Sevilla actuaba en Sidi Ifni. ¡Vaya suerte tenían los paracaidistas, porque a El Aaiún no venía! Decían que lo emitiría la SER, o tal vez Radio Nacional, y que también estaría Gila contando chistes y otros grupos musicales. Una churrera cerró el puesto, pero avisó de que después de la misa del gallo abriría de nuevo. Que a seis pesetas la rueda, así que al que le gustara, bien, y al que no, que mirase para el techo. Más niños corrieron entre el gentío con bengalitas encendidas.

Allí estaba Almudena. Llevaba un paquete cogido con una cuerda, salía de un ultramarinos que seguía abierto, aunque las luces se apagaron enseguida. Fernando no le dijo nada y se apartó para verla caminar hasta que dobló la calle. La cita era a las nueve y no sería antes. Se apoyó contra la pared, nervioso como un colegial, y oyó en una ventana a unas niñas representando el nacimiento de Cristo.

Las calles se fueron vaciando rápidamente. Era la hora de la cena y aquello no se hacía en la calle. En aquella ciudad con tantos hombres solos, el refugio era el cuartel, con la camaradería de los grandes comedores. La nostalgia que lo llena todo.

Fernando no sabía de navidades en familia desde el año treinta y cinco, cuando, reunidos con decenas de primos, tíos, tías, abuelas y abuelos, su padre y su madre, celebraban las fiestas en algún lugar y momento tan lejano e irreal que le pareció un sueño.

Apenas quedaba nadie cuando llegó a La Nacional. Las puertas estaban completamente cerradas, pero en el tercer piso se veían luces. Pasó por los soportales y tocó el timbre tres veces, dejando pasar dos segundos entre toque y toque. Se palpó el sobre para comprobar que seguía en la gabardina. Allí estaba. Entonces oyó unos pasos en el interior del enorme salón, una llave que dio dos vueltas y la puerta se abrió.

Sus ojos, su pelo largo, ligeramente maquillada, jersey de cuello vuelto, falda y zapatos con ligero tacón.

—Pasa, que hace frío —dijo Almudena con la misma sonrisa que tenía cuando era una chica risueña, confiada y con una voluntad que curvaba el horizonte si se lo proponía.

—Gracias por invitarme —respondió él.

Ella volvió a cerrar la puerta con las dos vueltas de llave. El local estaba en penumbra, solo con una lámpara que lo iluminaba.

—Gracias a ti por querer cenar conmigo. —Ella también lo miró: la gabardina, el sombrero, aquel aire tan formal que siempre había tenido—. Te sigues pareciendo a Robert Taylor.

—Y tú sigues siendo tan divertida como siempre —dijo tras soltar una risa incontenible.

—¿Te acuerdas? Era más loca. Vamos, tengo la comida arriba. Subieron por la escalera los tres pisos y en el segundo le explicó:

—En esta planta está el almacén. También tengo frigoríficos y el motor eléctrico. —Y en el tercer piso se detuvo frente a una puerta de ébano con candado y cerrojo puesta—. Mi casa. Puse llave porque ya sabes, en una ciudad con una mujer por cada trescientos hombres…

Aquel no era un pisito abuhardillado ni nada parecido. Era todo un piso, decorado a la última moda, sin cortinajes ni vetustos muebles llenos de loza. Estaba decorado con todo detalle: suelos de madera, paredes pintadas con colores variados, alfombras con rayas blancas y negras, cuadros de pintores cubistas, mesas bajas con forma de bumerán y lámparas de arco de la firma Flos, como las que se veían en las películas, al igual que los sillones, azulejos multicolor y muebles de formas novedosas.

—¡Qué maravilla! ¡Vaya casa!

Fernando se asombró, miró una lámpara tipo *atomium* que colgaba del techo y vio su reflejo en un espejo con forma de sol.

—Bueno, he ido comprando muebles poco a poco, a viajantes que me los traen de Senegal y de Argelia, donde hay mucho francés. —Almudena se encogió de hombros—. Que fuera haya un desierto no significa que yo viva en él.

—Siempre has sido especial. —La voz de Fernando mantenía la sorpresa.

—Pues espero que te guste la pierna de gacela asada. —Ella hizo un mohín de temor.

—¿Gacela?

—Sí, cazada en el desierto. Se la encargué a Sidi al mediodía. Su mujer las prepara a los oficiales. —Cruzó los dedos—. Afortunadamente hace algunas más para ventas de última hora. Yo es que no sé cocinar, salvo lo mismo de siempre.

—¡Vaya pinta! —Fernando sonrió al ver la mesa puesta, ella le quitó la gabardina y el sombrero para colgárselos en un perchero de mimbre en la pared—. ¿Lo encargaste este mediodía?

—Sí, cuando llegué a La Nacional y sabía que cenarías conmigo. Si no hubiera sido por ti, me habría preparado cualquier cosa para mí y vino para tres, y me habría quedado escuchando la radio hasta dormirme.

—En Madrid yo hubiera vagabundeado por las calles, hubiera estado en un bar hasta la hora del cierre, habría vuelto a casa y me habría dormido en un sillón.

—¡Vaya dos! —exclamó llevándolo hacia una silla—. Venga, que te sirvo.

La carne estaba sabrosa, tenía un sabor fuerte, como toda la caza, pero ambos eran de buen paladar. El vino era de Tenerife, muy bueno. Almudena le contó cómo lo había descubierto por un bodeguero que le ofreció una barrica gratis solo para que lo probara. Desde entonces le llegaba una remesa todos los meses desde el norte de la isla y se vendía como si fuera agua.

—¿El negocio te va bien?

—No puedo quejarme.

—Claro que no. —La admiración con la que Fernando la miró la hizo sonrojarse—. Un salón, un cine y un hotel.

—He estado pensando en comprar la funeraria, al menos al cincuenta por ciento.

—¿Una funeraria?

—El propietario está en Villa Bens, quiere abrir una aquí y me lo ha propuesto. Dice que, si no me interesa, pues no la abre —sonrió bebiendo de la copa.

—Y tú sola.

—No tengo problemas con eso —afirmó rotunda y con seguridad —. A veces pienso que la marcha de Jorge fue una bendición para mí.

—Debe de haber sido difícil.

—Fácil no ha sido —Almudena se comió la carne, que fue desapareciendo del plato—. Pero no creo que sea para nadie. Yo solo progresé. Convertí la bodega que compré con Jorge, una simple tabla sobre barriles, en un bar con más bebidas. Después vendí tabaco y más tarde me di cuenta de la necesidad que había de un

lugar limpio para comer. Y bueno, ya ves. Lo demás fue viniendo por añadidura, el salón pagó el cine y ambos pagaron el hotel.

—Emprendedora —dijo Fernando a modo de piropo—. Todavía recuerdo las sesiones de fotos para el libro de *Mujeres de Falange*. A ti te tocó de abanderada.

Ella rio divertida poniendo expresión de «¡cuánto tiempo!».

—Abanderada con una corneta con baldón falangista —volvió a reír—. ¿Qué edad tenía? Diecisiete. Me pusieron películas alemanas para que viera lo que querían. Marcialidad, elegancia o algo así. —Cambió la voz para imitar la de aquel fotógrafo—. «Mos, sea como un cisne y un águila».

—Todavía conservo ese libro en mi piso de Madrid —dijo él riéndose—. Para el cierre os sacaron una foto en grupo en la que parecíais las diosas del Olimpo.

—Sí, yo llevaba una túnica con el yugo y las flechas bordadas en el pecho y el fotógrafo no hacía más que quejarse.

—Quejarse de ti, que no hacías más que reírte. —Ella lo hizo—. Te dijo: «¡Señorita, deje de sonreír, que esto no es de guasa!». Y tú le contestaste, muy dispuesta y lanzada como eres: «¿Entonces para qué ganamos la guerra si no podemos ni sonreír?».

—Puso una cara que hasta el bigote se le volvió blanco. —Fernando también se rio—. Pensé que me comía, pero tú te echaste a reír desde las butacas del teatro. Se le pasó el enfado, pero no dejó de mirarte todo el tiempo, temeroso. Me salvaste de una buena.

—No creo, nunca has necesitado a nadie para eso.

—Pues yo no sé si eso lo pondría por escrito. —Fernando alzó las cejas al beber.

Hablaron, recordaron y comentaron la comida. Después, ella trajo el postre: turrones, mazapanes y fruta escarchada.

—¿Y tú?

—Pues dicen que soy policía, y es lo que soy supongo. He seguido en lo mismo, y como dicen los solterones cuando los entrevista Bobby Deglané en *Cabalgata fin de semana*, estoy casado con mi trabajo. —Fernando se comió un trozo de turrón, aunque casi no le cabía en la boca.

—Será porque no has buscado o no quieres, porque no te faltarían pretendientes —dijo ella seria.

—Eso es difícil cuando te tiene miedo todo el mundo. —Él bebió

de un trago su copa y dio por terminada la cena—. No puedo más. Todo estaba buenísimo.

—Yo nunca te he tenido miedo. Almudena notó cómo él se ruborizaba.

—¡Dios mío! —Fernando se llevó la mano a la frente y se levantó para ir hasta la gabardina—. Se me olvidaba darte esto. —Sacó del bolsillo un sobre color naranja roto por la parte superior y volvió a la mesa. Almudena lo miró asombrada—. Esto es para ti.

—¿Un regalo? —Ella no sabía qué esperar.

—No, no es un regalo, es algo que es tuyo, y yo simplemente te lo devuelvo. Fernando apartó un plato vacío y dejó lo que había en el sobre.

—Pero… —Almudena miró sin saber qué decir—. ¿Puedo?

—Claro, son tuyos.

Ella abrió el pasaporte verde con el escudo dorado. Allí estaba su foto, la misma que en la ficha que le hicieron cuando se lo quitaron. Venían los datos de su residencia en el Sáhara. Todo estaba en orden, sin marcas ni sellos que lo invalidaran. La fecha de expedición era el ocho de diciembre. Lo dejó con cuidado, temiendo que desapareciera, sin creer si era suyo de verdad. Después cogió uno de los folios, donde había un membrete de la Jefatura de Estado y un texto escrito a máquina con la misma fecha:

> Por la presente se comunica que, a propuesta del Consejo de Ministros, el Jefe de Estado ha ejercido el indulto para Almudena Mos de Larrea. Con dicha medida se le anula la sentencia de destierro, así como cualquier tipo de carga o pena que tuviese en la actualidad.
>
> 8 de diciembre de 1957.
>
> Francisco Franco Bahamonde.
>
> Jefe del Estado.

Seria, cogió el otro papel. Era su ficha policial, aquella que le hicieron en la
DGS
cuando Jorge fue detenido. ¡Qué vergüenza había pasado! Y en ese momento la tenía allí en sus manos, con sus huellas… Miró a Fernando.

—Pero ¿cómo?

—Te lo debía.

—Pero con esto… —Ya no había sorpresa, sino una emoción que le cortó la respiración.

—Con esto eres libre para marcharte. —Fernando señaló la ficha —. Quémala.

—¿Puedo?

—Claro. La pensaba quemar yo cuando la recibí ayer, pero quería que fueras tú la que lo hiciera, que supieras que eres libre.

—Ven.

Almudena se levantó y él la siguió para ver cómo abría la puerta de una estufa pequeña con una llama en su interior. La luz naranja le dio en la cara, le bailó en los ojos mientras ella doblaba la ficha policial como si fuera un puro y la metía en aquel rectángulo. No ardió, se quedó allí, volviéndose negra hasta que surgieron llamas. Almudena la movió con un atizador que colgaba de la estufa y la ficha policial se consumió hasta convertirse en cenizas. Así desaparecieron todos aquellos años que había pagado por lo que hizo su marido. Reprimió las ganas de llorar abrazando a Fernando.

—No sé qué decirte.

—No digas nada.

—Gracias. Fernando.

Las lágrimas se le desbordaron y lo besó sin importarle nada más.

La Iglesia de San Francisco estaba iluminada y llena de gente que acudió a la misa del gallo. El edificio era imponente, con una fachada plana rematada en un gran semicírculo, tres celosías blancas con vidrieras marcadas por tres columnas. De estilo desértico, o algo así como el estilo de todas las construcciones modernas de El Aaiún, con mucho cemento, formas redondeadas como si fueran dunas y un campanario cuadrado al lado de la iglesia. Allí, rodeada por el zoco, la casa del Gobernador, el ayuntamiento y el cuartel general del ejército, era la joya de la corona, grande, vetusta y fea como sería la forma de construir iglesias en la segunda mitad del siglo XX.

La noche era estrellada, tranquila, con la sociedad civil y militar de la capital del África Occidental español escuchando la misa.

Almudena le había pedido a Fernando que la acompañara.

Quiero que vengas a la misa del gallo conmigo. Llevo años

queriendo ir, pero, por no hacerlo sola, me quedaba en casa.

—¿Estás segura?

—Claro. ¿No quieres?

—Yo sí quiero, pero lo digo por las habladurías y todo eso. Al fin y al cabo…

—Si te contara todos los novios, queridos, amantes que me han adjudicado en estos años… Almudena se había colocado el traje, que le quedaba demasiado ceñido para ir a misa, así que se había puesto una chaqueta que la hacía aún más elegante y distinguida.

—Desde que estoy aquí han dicho de todo. Que si era la querida del general Santayana. Imagínate, Santayana, que podía ser mi abuelo. Después me adjudicaron a Zamalloa, a Mulero, a comandantes, capitanes, tenientes y hasta soldados sin graduación. Que si me acostaba con moros, con negros, legionarios, paracaidistas, tiradores del Ifni, con ingenieros de
CAMPSA
, comerciales de
CETME
, que si venían desde Canarias… —Lo había contado casi divertida, aunque a Fernando no le hicieron gracia esos comentarios sobre ella —. Vamos, que tenía una fila de hombres aquí todas las noches. Así que, pues me da igual. Por lo menos ahora podrán hablar de que estoy con uno que me gusta realmente.

Lo había cogido del brazo y habían salido a la calle.

Escucharon misa mientras Fernando notaba las miradas de los allí presentes, no de todos, pero más de los necesarios. Eran cortas, se mostraban sorprendidas, como si quisieran decir «mira con quien está esa» o «Vaya con el policía… No mires que se va a dar cuenta». Le molestaban porque eran irritantes. Cuando sus ojos se cruzaban con quien cotilleaba, veía el miedo en sus caras. Sabían con quién se la podían jugar, o tal vez ni se lo imaginaban. Sin embargo, Almudena atendía a la misa que dieron los párrocos, con un coro que cantaba villancicos, y se mostró indiferente a miradas y cuchicheos.

Después comieron churros comprados en el puesto de la mujer que se llamaba Amparo y era la mejor churrera de Lavapiés, según decía el cartel. Volvieron a casa, donde escucharon villancicos en la radio y el chocolate espeso que tomaron estuvo lleno de miradas de

cariño y felicidad por estar los dos allí. En la calle, la ciudad bullía de chiquillos con sus familias, grupos de muchachos, bullanguería y Navidad. «La virgen se está peinando y hacia Belén va una burra». Las horas pasaron, la tranquilidad lo fue invadiendo todo, y en alguna garita lejana de aquella ciudad acuartelada un corneta de la Legión tocó *Noche de Paz* mientras miraba al cielo estrellado.

Almudena vio cómo se fue despertando. Un cielo nublado daba una luz de un blanco suave que entraba por la ventana de su habitación. Fernando dormía en su cama, aunque empezó a despertarse poco a poco. Ella apoyó la cabeza con suavidad en su pecho. Las sábanas y la gruesa manta tapaban su desnudez. Escuchó su respiración y notó cómo se le hinchó el pecho al bostezar.

—«¿Qué día es hoy, amiguito? —repitió Scrooge». —Almudena recitó el fragmento de *Cuento de Navidad*.

—«¿Hoy? —replicó el muchacho—. Hoy es Navidad» —respondió Fernando con un énfasis teatral que la hizo reír.

—Tengo hambre. —Ella se estiró en la cama y volvió a abrazarlo.

XV. Sí, *said*

Castromonte lo recibió con un apretón de manos, comentaron un secreto a voces: las conversaciones para una sorprendente alianza con Francia, que prometía un ataque conjunto sobre el Istiqlal desde todos lados. Nadie sabía en qué consistirá dicho acuerdo, ni si incluirá el Ifni, pero todo el mundo lo daba por cerrado. Fernando sabía que estaba casi hecho, que la operación se llamaría Teide y no incluiría el Ifni, solo el Sáhara, pero se hizo el sueco. Lo de contar secretos de Estado solo se le daba bien con la mujer con la que estaba deseando volver.

—El beduino sigue ahí —le dijo el brigada mientras bajaban a los calabozos—. No sabíamos qué hacer con él y como últimamente esto está tranquilo, pues si hay sitio, ahí se queda. Se ve que un tiempo entre rejas le ha quitado los espolones de gallito.

—Pues perfecto. Aunque poco tiempo va a estar aquí.

—¿Lo suelta?

—Depende de él.

La celda seguía igual, bueno, ahora había dos mantas. El muchacho lo miró con dureza, pero solo por un instante porque luego se agachó para tirarse al suelo de rodillas, comenzando a suplicar por su libertad. Viedma sonrió.

—Buen comienzo.

Miró a Castromonte y levantó al beduino, lo sentó en la cama y con la mano abierta le dio un guantazo que le cortó las lágrimas haciéndole dar un alarido. Oyó el respingo que dio el legionario detrás y miró al sorprendido preso, que se llevó las manos a la cara.

—Vamos a ver, Mohamed —le dijo en árabe—. ¿Quieres salir de aquí o no? —Él movió la cabeza afirmativamente—. Dilo.

—Sí, señor.

—Pues muy bien. —Le sonrió y le dio un pañuelo que sacó de su bolsillo para que se limpiara la sangre que le chorreaba por la boca

—. Yo mismo te voy a sacar de esta ciudad y te voy a dar cien francos. —Mohamed intentó tirarse al suelo para besarle los pies—. Estate quieto. ¿Sabes cuánto son cien francos? ¿No? Pues muchas pesetas y te voy a dar… Escúchame. ¿Me escuchas? —Lo cogió por el cuello y el chico asintió con un suspiro—. Tranquilo, estás entre amigos.

Lo soltó y se apartó un poco. Castromonte lo observaba sin saber qué hacer en el caso de que comenzara a pegar a ese beduino.

—A ver, Mohamed, vas a volver con tu tribu. —Fernando miró a Castromonte—. ¿Se dice así *tribu*?

—Supongo, aunque creo que ellos prefieren *familia*.

—Pues con tu familia. —Mohamed afirmó y se limpió los mocos —. Les vas a decir que son amigos de España, que no tenemos malos sentimientos ni venganzas contra ellos, que Franco es el hombre santo que los quiere de su lado, que todo lo pasado es pasado. ¿Me has entendido?

—Sí, *said*.

—Muy bien. Pues para que lo sepan, te voy a dar más francos para que se los des al

Djema'a

de tu familia, pueblo o lo que sea. Les dirás que es un obsequio de España por la amistad de los Oulad Moussa, además de un camello de los mejores con sus bridas y todo eso.

—Gracias, *said*.

—Eso sí, una cosa más.

—¿Qué cosa, *said*?

Mohamed lo miraba con los ojos llenos de incertidumbre. Había dejado de fingir llanto y humillación. Estaba acostumbrado a ese tratamiento, incluso a cosas peores por parte de los suyos, pero sabía que los blancos solían tragarse el anzuelo de una buena ración de gritos y lágrimas.

—Les dirás que quiero información sobre el español… de los españoles. Quiero saber si están en el desierto, dónde y con quién. Si están con los Oulad Moussa, no hay problema, pero quiero saberlo y que me ayuden a capturarlo.

—Sí, *said* —respondió cogiendo tres billetes de cien francos de la mano de Viedma.

—Pues nada más.

Fernando miró a Castromonte, que tardó en reaccionar para dar órdenes de soltar al prisionero y pedir un vehículo.

—Iré con usted, porque hay órdenes de no dejar salir a civiles españoles ni europeos de El Aaiún. —El brigada se colocó la gorra de plato, se pasó el índice por el fino bigote, las aletas de la nariz se le movieron cuando añadió—: No sé cómo lo hace.

—¿Que no sabe cómo hago qué?

—Es un chaval y lleva mucho aquí… —Castromonte midió las palabras—. Quizás la hostia sobraba.

—Un chaval que vino a robar un dinero que a su vez era el pago de un secuestro, por el que fueron asesinados tres policías, todos hombres de familia que dejaron viudas y huérfanos, sin olvidar a una niña que era de su propia tribu, pueblo, ralea o lo que sea que son. Así que la hostia no sobraba. En todo esto no hay ni un solo inocente.

Castromonte condujo un Volkswagen escarabajo que llevaba amarrado al parachoques trasero un camello enorme comprado por Viedma esa mañana del día de los Santos Inocentes. Le costó casi el sueldo de un mes, pero lo pagó con los billetes franceses que había sacado del lugar donde los tenía enterrados. Si no podía ir a buscar a Lecuona por sus propios medios, compraría los de otro.

El vallisoletano conducía despacio, pasó el control fronterizo con un «volveré en veinte minutos». Hubo taconazos, «a sus órdenes» de los *legías*, y a callar todo el mundo. Francisco Fadrique Castromonte era un hombre recto, sin dobleces, duro, pero justo, querido por muchos más de los que lo odiaban, respetado a fuerza de mala leche y hacerse respetar cumpliendo las normas para todos iguales, hombre del ejército sin más, como tantas generaciones que mantenían aquel edificio a toda costa.

—Puedo llegar hasta aquí —dijo señalando hacia el frente—. A partir de ahí, ya no sé. Ahora parece tranquilo, pero los moros están deseando hacer tiro al blanco desde esos riscos.

—Pues aquí mismo.

Viedma se bajó para dejar salir del asiento de atrás a Mohamed, que con su ropa saharaui parecía otra cosa. Desataron al camello y antes de darle las riendas, el policía le advirtió:

—Si no sé nada de ti o si me engañas, me encargaré de decirle a los Oulad que les has robado miles de francos. Te matarán.

—No, *said*, yo cumplo. Estaré pronto con los míos y yo diré todo.

—Pues márchate y espero noticias.

El chico se montó en el camello con gran facilidad, lo golpeó con los talones para dirigirlo con una especie de caña en las manos. El animal se alejó a la carrera con una velocidad pasmosa. El viento empezó a levantarse cuando el policía miró a su alrededor. Edchera era un lugar peligroso, aunque allí solo veía tierra quemada y los lejanos riscos que marcaban lo que en su día había sido un río.

—Mejor nos vamos —dijo Castromonte desde el interior del Volkswagen, temiendo que un tirador los despachara en lo que tardase en decir «Alá es grande».

XVI. Feliz 1958

El salón estaba lleno como nunca. La tranquilidad de los días y las noches había continuado, dando alas a los vecinos que se podían pagar el menú de Nochevieja de La Nacional. No era muy caro, pero sí prohibitivo para la soldadesca, que siempre andaba sin un duro. Para ellos, Almudena había habilitado dos puestos en la plaza de África donde podían comer un buen trozo de carne asada, dos sardinas y un cazo de espesa sopa al módico precio de quince pesetas. Ganaba tanto con aquello como con las setenta pesetas que costaba la entrada al salón, donde los comensales tomaban consomé de atún, marisco llegado de Villa Cisneros, corvina al horno en salsa bilbaína traída de Cabo Juby o gacela al champiñón cazada por los beduinos en el mismo desierto. Además, incluía dulces variados hechos por las mujeres saharauis a las que Almudena había dado trabajo desde que abrió su negocio y ellas la adoraban con una devoción absoluta. Y todo iba acompañado con vinos canarios y espumoso catalán. No había uvas, ya que la fruta era un lujo allí, así que se repartían trocitos de fruta escarchada. También serpentinas, matasuegras, confeti y gorritos llegados de Gran Canaria. El grupo que amenizaba era Los Movilizados, músicos de la banda militar que tocaban lo que les echasen, desde polcas, marchas y valses hasta *jazz*. Se habían dividido para estar también con los de la plaza. Pero allí en el salón cantaba Carmencita la de Ronda, alternando protagonismo con las canciones tropicales del trío Méjico Lindo, y para la juventud, el cuarteto Star in the Desert, unos chavales que tocaban música americana para bailar lento, o sea Los Platters, que estaban muy de moda.

En una mesa apartada, en un rincón escondido parcialmente por un biombo, habían cenado Almudena y Fernando. Los dos conversaron con una alegría que lo llenaba todo, sus caras, sus sonrisas y sus miradas mientras la música sonaba.

Almudena veía cómo el servicio se desarrollaba sin problemas. Sidi le trajo noticias de que todo marchaba perfectamente. Para ella era la primera vez que se sentaba a cenar desde que daba aquellas fiestas de fin de año. Hasta entonces había cenado en la cocina, porque no le gustaba sentarse sola en la sala, ya que muchos oficiales solteros lo tomaban como una invitación a acompañarla. Habían sido unos cuantos los que pensaron que necesitaba a alguien y creyeron que ellos eran el salvador que ella buscaba. Como si ella hubiera buscado algo. Pero no. No había querido ni salvadores ni romances encendidos en la arena, y mucho menos pretendientes que fueran a contarle lo que pensaban regalarle. Había sonreído escuchando el catálogo de posesiones que iban a poner a sus pies, cuando ella ingresaba semanalmente en la Caja de Ahorros lo que ellos ganaban en un mes. En aquel instante Almudena solo necesitaba que la relación con Fernando no fuera algo pasajero. No sabía cómo podría hacerla durar, pero por el momento quería ser feliz con él.

La música acabó y Carmencita anunció que quedaba el último minuto de 1957, así que todo el mundo debía ponerse de pie, coger el vasito con los doce trozos de fruta y prepararse para las campanadas, que sonaron por la radio conectada a los altavoces. Los tañidos nostálgicos del reloj de la Puerta del Sol llegaron con una claridad casi triste por el pasado que se iba mezclada por la incertidumbre esperanzada de lo que venía.

Almudena besó a Fernando, no esperó a que él lo hiciera. Se abrazaron y se dijeron los mismos te quiero que cuando eran unos jóvenes en un país que salía de una guerra civil. Ahora, maduros y camino de los cuarenta, los besos sabían a para siempre en medio de una explosión de algarabía, confeti y serpentinas. Las felicitaciones se extendieron como una marea. Las fuerzas vivas de la ciudad fueron a felicitar a Almudena y agacharon la cabeza con un temeroso apretón de manos al «policía ese».

—¡Que hable! —gritó Carmencita, y Almudena subió al escenario.

Las bombillas de color amarillo y blanco, con un Feliz 1958 en letras doradas sobre un telón rojo, destacaron su elegancia, su traje, su peinado y su maquillaje. Todo era moderno en ella, adelantado a su tiempo, como si estuviera despidiendo al año sesenta y tres.

—Estimados amigos y clientes de La Nacional —alzó la copa de champán—. Brindo por este nuevo año que entra, porque nos traiga la paz que tanto ansiamos y esta vuelva a ser la ciudad tranquila, abierta y hospitalaria con nuestros visitantes que siempre ha sido. —Hubo un coro de aplausos—. Antes de terminar y dejaros con la música de los grupos que nos amenizan la noche, me gustaría volver a alzar la copa para brindar por esos miles de soldados que ahora están en los pozos, en las trincheras, en las almenas de puestos sitiados en todo el territorio sin poder apartar la vista de la oscuridad para protegernos a nosotros. ¡Por ellos! ¡Por nosotros! ¡Viva España y feliz año nuevo!

El viva resonó en todo El Aaiún. Mulero, que estaba allí con su mujer, asintió vehemente y la felicitó cuando Almudena bajó del escenario. El aluvión de más felicitaciones hizo que tardara en llegar a donde estaba Fernando. Solo y callado, había felicitado a Castromonte y su esposa, a nadie más. Le llenaron la copa de champán, pero solo dio unos sorbos mientras le seguía cayendo confeti alrededor.

Los Movilizados se arrancaron con el *Vals de las Velas* y todo el mundo se fue a la pista de baile, al menos los que tenían pareja. Los que no, ahogaron las ganas en alcohol y en la nostalgia terrible que les trajo la canción.

—Suelta eso y sácame a bailar —le dijo Almudena señalándole la copa al llegar hasta él.

—Hace siglos que no bailo. Creo que no se había inventado la última vez que lo hice.

—Eso es porque no he estado yo. Vamos.

«Igual que en viejos tiempos con solemne ritual…». No por escuchada, la canción dejaba de penetrar como agua en la tierra para hacer germinar una sensación de paso del tiempo, de momentos que se iban para no volver y de vivir un recuerdo presente. Para Fernando y Almudena no hubo nadie más. La voz del cantante, un alférez gallego, era limpia y clara. «Igual que en viejos tiempos prometemos recordar las horas de felicidad que acabamos de pasar…».

Ambos escucharon sabiendo que no se olvidarían nunca de todo aquello, de esos días de felicidad que habían parecido no tener fin. Pero también sabían el final de la canción: «No importa si un

destino cruel nos ha de separar, por siempre nos querremos bien de estas horas recordar».

—Prométeme una cosa —le dijo ella mientras sonaban los compases de aquel triste vals—. Cuando te marches, no nos despediremos con un adiós, solo con un hasta pronto, y nos engañaremos diciendo que volveremos a vernos en poco tiempo.

—Yo no pienso… —Fernando maldijo la tristeza que inundó todo de repente.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, pero sabes que no te voy a engañar. —Ella lo miró sabiendo que era verdad—. ¿Recuerdas todo lo que te dije en el parque?

—Lo he recordado todos y cada uno de estos años. —Su mirada fue de pesar.

—Pues lo mantengo hoy como en ese día, y como lo mantendré el día que tenga que alejarme de ti, si es que llega.

La canción acabó y *Luna de miel* limpió el ambiente de tanto sufrimiento.

—Vámonos —dijo Almudena cuando Carmencita la de Ronda terminó «Ven hacia mí y así el día vendrá, y amanece por ti… la luna de miel».

—¿Ahora? ¿Arriba?

No fue que no le apeteciera, pero la escalera que subía a la casa de ella estaba a la vista de todos.

Y ella seguía casada.

—No, nos vamos al cine.

—¿Al cine?

—Tú sígueme.

Fernando nunca había estado en un cine sin público, y mucho menos abierto por la misma propietaria. Sentado en un pequeño palco justo detrás del proyector, escuchó cómo Almudena movía las palancas de la enorme máquina, metía la bobina, ajustaba la lente y apagaba las luces de la sala para sentarse a su lado.

—Querías venir al cine conmigo. Pues aquí estás, para que no tengas que imaginarlo.

La pantalla se llenó de cinemascope, un tecnicolor maravilloso y los uniformes grises de West Point, y los créditos mostraron a Maureen

O’Hara
y Tyrone Power en *Cuna de héroes*. Fernando le pasó el brazo por los hombros y Almudena apoyó la cabeza. Los labios se besaron y se cruzaron los te quiero justo antes de sumergirse en la emocionante historia de amor del sargento Marty Maher y su queridísima esposa.

XVII. Reyes Magos

La ciudad seguía asombrosamente calmada, como si los *jamidos* se hubieran marchado al norte dejando en paz al territorio. Aunque no era cierto, era solo calma ficticia. Se contaban los casos de disparos sobre vehículos y ataques a patrullas que se saldaban con breves tiroteos, nada serio más allá de un neumático agujereado, pero lo suficiente para saber que la zona no era segura. En Villa Cisneros sí habían tenido un ataque que los legionarios repelieron con contundencia, pero la capital seguía siendo una balsa de aceite.

Fernando iba a ver a Mulero. En lo que llevaba allí no había vuelto a hablar con él sobre si era posible o no una partida de exploración por la zona. Tampoco había tenido noticias de San Demetrio, y eso sí que era sorprendente. Había intentado comunicar con él en tres ocasiones y ninguna había recibido respuesta. ¿Las fiestas? Para el coronel no había fiestas. Supo que pasaba algo. Le daba en la nariz que ese silencio era una decisión ya tomada, que solo estaban esperando a que terminara para informarle.

El zoco volvía a estar atestado de gente, y también las tiendas. La noche de Reyes se acercaba, pero antes se celebraría la cabalgata con los tres reyes bien vestidos, cada uno en su camello y al menos con cuatro pajes. Eso era lo que ponía en los carteles anunciadores. A los niños de El Aaiún, pocos, pero bien avenidos, se les hacía la boca agua pensando en los caramelos, dulces y regalos. Corrían como pilluelos por las calles mientras la ciudad tenía la misma actividad de hormiguero que siempre.

—*Sidi* policía —lo llamó una voz de mujer que no identificó—. *Sidi* policía.

Fernando miró a su alrededor y vio a una saharaui con velo, piel olivácea, rostro amplio, aunque con aquella ropa era difícil saber si estaba gorda o solo lo era su cara. Tenía la nariz chata y desde una

esquina de la calle lo miraba con unos ojos negros muy abiertos moviendo la cabeza haciendo gestos para que se acercara. Si había querido pasar desapercibida, no lo estaba consiguiendo.

—*Sidi* policía. Venga, *sidi* policía.

—¿Qué quieres?

Fernando se quitó el cigarrillo de los labios y le clavó la mirada. El sombrero intimidó a la mujer.

—¿Usted policía que Mohamed dice? —Soltó saliva al hablar por el nerviosismo. Estaba asustada.

—¡Hombre! Mohamed de los Oulad Moussa. ¡Cuánto tiempo!

—Oulad Moussa, sí, ese son. —Revolvió entre la tela que le cubría el cuerpo buscando algo en algún lugar bajo el ropaje, que parecía infinito. Viedma se puso en guardia. Si aquella mujer sacaba un cuchillo, estaría a su merced—. Esto manda.

No era un cuchillo, sino un trozo de cartulina roja del tamaño de una cuartilla, doblada varias veces. Se la tendió sujetándola con firmeza mientras miraba a todos los lados. Fernando la cogió. Era solo eso, un trozo de cartulina que olía a aceite. «Mensaje», dijo la mujer. Él asintió y lo desdobló para leer unas líneas escritas en árabe: «Los españoles están en Edchera, junto Saguía el Hamra. Está en campamento Oulad Moussa con ejército».

—¿Qué ejército? —preguntó en árabe a la mujer, que negó con la cabeza y quiso irse—. Estate quieta o te meto para dentro… ¿Quieres que te meta para dentro, eh? —La mujer, al borde del pánico, volvió a negar—. Pues dime qué ejército.

—El español —respondió ella en su idioma, muy nerviosa, mientras él le apretó el brazo y asintió—. Está en el campamento. Llegó en la fiesta de Yesú con setenta marroquíes, todos con muchas armas de muchos disparos, radio para hablar con Marruecos, bombas y comida en lata. Es el amo ahora. Llegó con sonrisa de serpiente y ahora manda sobre la

Djema'a

. Todo el mundo le tiene miedo, mata a todo quien le discute.

—¿Ibrahim sabe que viniste? ¿Sabe lo del dinero?

—Sí, él quiere dinero. Vigilará a Lecuona y al otro español, pero son muchos hombres.

—Bien —Fernando le soltó el brazo que la mujer se masajeó, dolorida, y sacó de la cartera quinientos francos—. Dale esto a

Ibrahim. Que siga vigilando. Cualquier cambio quiero saberlo.

—¿Qué cambio? —preguntó la mujer que se había guardado los cinco billetes en cuestión de un segundo.

—Si se va para donde sea, quiero que lo sigan y que me lo digan. —La mujer afirmó y Viedma sacó un billete de diez francos —. Esto para ti. Vete.

La mujer se marchó a paso ligero para perderse en el gentío que compraba pescado en los puestos del zoco. Fernando miró el papel. Era solo eso, pero podría haber sido cualquier cosa. Sabía lo que le iba a decir, pero tenía que hablar con Mulero.

—Eso es solo un trozo de cartulina —le dijo este antes de devolvérsela con indiferencia—. Podría ser verdad o una trampa. Una emboscada.

—Podría ser cualquier cosa —se quejó el policía notando el calor en el despacho del coronel, donde un ventilador en el techo hacía lo que podía—, pero si no podemos ir a verificarlo…

—Como le dije, no pienso arriesgar a mis hombres por un rojo al que hay que detener.

—Lo entiendo, pero…

—Pero no puede ser, ahora mismo seguimos igual. Relájese, disfrute del día de Reyes y ya habrá tiempo para salir a dar tiros. Eso téngalo por seguro.

—Lecuona tiene un ejército de al menos setenta hombres. No sé si será verdad, pero si tienen una radio, es que debe de haberse reconciliado con el príncipe o que está invirtiendo los doscientos cincuenta mil euros en mercenarios.

—¿Usted cree? —A Mulero todo aquello se la traía al fresco.

—No lo creo. Cuando un ladrón coge el dinero, no le interesa gastar más. Tampoco sabe que todavía tengo los setecientos mil francos que tanto intentó conseguir.

—¿Y si lo supiera? —El coronel le ofreció un Montealto.

—No tiene tanto dinero como para tomar por su cuenta esta ciudad. —Fernando aceptó el pequeño puro palmero de los que llaman «señorita»—. Me barrunto que Lecuona tiene algún padrino marroquí, que quizás puede ser Mulay.

—¿Pero?

—Pero que está haciendo méritos con los marroquíes, tal vez por su cuenta para reconciliarse con el príncipe. No sé, cualquier cosa

es posible. —Golpeó la ceniza contra un cenicero con el escudo de Santiago grabado—. ¿No le preocupa que haya un ejército de setenta hombres ahí tan cerca?

—Muchísimo —sonrió Mulero burlón—. ¿Sabe usted cuáles son los informes diarios de los reconocimientos aéreos? Pues concentraciones masivas de guerrilleros alrededor de El Aaiún, disparos contra los aviones, campos de entrenamiento, tanques de gasolina ocultos donde repostan… y así un largo etcétera. Si quisiera mandar a alguien para recorrer los pocos kilómetros que nos separan de Smara, tendría que enviar un convoy tan grande que dejaría desprotegida esta ciudad. Así que, le repito, el Punzón puede esperar. —Fernando lo aceptó con fatalidad—. Tal vez se pone en marcha lo del asunto con Francia y tenemos a los gabachos dando tiros por aquí. ¡Quién sabe!

Si no hubiera sido por la cincuentena larga de niños que vivían en la ciudad, aquello habría sido absurdo. Pero verles la ilusión mientras corrían detrás de los tres reyes magos sobre sus camellos era lo mejor. Los reyes lanzaban los caramelos a lo largo de la plaza con los niños pasándoselo pipa mientras los recogían del suelo. «Ya vienen los Reyes Magos caminito de Belén». Baltasar, un legionario guineano y adulador, le dio a Almudena un puñado y los repartía entre las mujeres, también pocas, como si esperara algo a cambio.

—Es divertido —le dijo Almudena mientras caminaban cogidos del brazo—. ¿Desde cuándo no estabas en una cabalgata?

—Era un niño, con mis padres. No lo recuerdo bien. Fue en Melilla, pero solo tengo recuerdos fugaces —carraspeó él—. Como casi de todo.

—¿Echas de menos Madrid? —Ella temió la respuesta.

—¿Te refieres a pasar tardes enteras sin saber a dónde ir? —Fernando hizo una pausa, pero Almudena no respondió—. Echo de menos el Madrid contigo.

—Hace mucho de eso.

—Para mí no tanto. Creo que llevo imaginando ese Madrid desde hace mucho tiempo. No el de cuando éramos jóvenes y estudiábamos a donde ir para que no nos vieran, sino cómo hubiera sido estar contigo en el de ahora. Ir al Prado, al Arqueológico, a tomar un vermú en la Plaza Mayor, a una función de Jardiel Poncela en el teatro Maravillas, a *Doña Francisquita* en el de la

Zarzuela o al estreno de *Lo que el viento se llevó* en el Palacio de la Música. Sentarnos en las terrazas de la Gran Vía. O el domingo por la tarde en un merendero bailando chotis tocados por un organillero y el sábado por la noche ir al Pasapoga o al Jahy a bailar boleros y canciones de Machín, o al Café Gijón a ver a los escritores. Ser tu marido, una pareja más del montón, aunque tú nunca podrías ser del montón, pero yo me conformaría con una vida contigo —sonrió emocionado—. ¡Joder! ¡Me conformaría! Como si fuera poca cosa. No he deseado otra cosa desde que te conocí ese uno de abril de hace tantos años.

—Recuerdo ese día. Cómo me miraste y sonreíste. —Almudena evitó mirarlo—. Fui una tonta.

—De tonta, nada. Estabas muy graciosa. Siempre has tenido mucho desparpajo.

—No entonces ni por eso… He sido una tonta contigo siempre. Nunca me decidí, siempre pensando que no eras tú, que no podías ser… —Ambos guardaron silencio hasta que ella pudo hablar de nuevo y cambió de tema. No le gustaba que la vieran llorar y en aquellos días ya lo había hecho demasiado—. Vamos a comprar un roscón y nos los comemos en casa.

—Sí. Me lo pido de nata. —Fernando se alivió por no verla llorar.

—Aquí no hay de nata —cortó guasona—. O fruta escarchada o nada. Así que lo mojaremos en litros de Cola cao para que baje.

—Pues fruta, entonces. Esperaré a que seas la dueña de una pastelería para que hagas los roscones como si fueran de Viena Capellanes.

Ella se rio y apoyó la cabeza en su hombro.

XVIII. Lo que tenga que venir

La Navidad pasó y volvió la rutina en una ciudad llena de incertidumbre sobre su propio futuro. El ocho de enero la paz se acabó. Una explosión en el desierto, a plena luz del día, hizo temer que la morisma volviera al ataque, y lo peor fue que así ocurrió. Durante la noche del diez, se hizo masivo. Grupos de milicianos atacaron con fuego de fusilería, la Legión y los tiradores del Ifni se las vieron y se las desearon para localizarlos y las bajas españolas comenzaron a ser preocupantes. El envío de ataúdes rumbo a Gran Canaria se hizo constante, las cartas de familiares preguntando si podrían enterrar a sus hijos en sus pueblos y no en el cementerio militar eran tan desoladoras para el coronel Mulero que no sabía qué contestar. Nadie había pensado en pagar el coste del viaje a la península para repatriar a los caídos. Nadie había pensado en nada.

Las bombas de los aviones casi nunca explotaban al caer, porque eran viejos artefactos que habían sido diseñados para ser lanzados a grandes alturas sobre ciudades durante la Segunda Guerra Mundial y allí se luchaba a ras del suelo, así que caían a menos de cien metros y simplemente rebotaban contra el suelo. La Armada hacía lo que podía, que no era mucho, con disparos ineficaces, tan peligrosos para los unos como para los otros. Los marroquíes, bien armados, dominando el terreno, con muchos más hombres desplegados en el Sáhara, con comida, agua e intendencia, habían convertido en papel mojado la presencia española en la zona.

¿Qué era lo que evitaba la derrota de aquel ejército de armas oxidadas, agua racionada y alpargatas? Pues los hombres que pasaban sed, disparaban armas que temían que les explotasen en las manos o llevaban esas alpargatas, que se despiojaban en polvorientas trincheras pero que no pensaban rendirse ante nadie, y que escuchaban las historias de cómo el enemigo torturaba a los prisioneros, cómo decapitaban o castraban a los caídos, y les ardía

la sangre, pidiendo a gritos ir a buscarlos para darles su merecido. Ellos, los de siempre, eran lo que en verdad temían sus enemigos, los que mantenían todo aquello sobre sus hombros y miradas desafiantes.

El diez de enero el Consejo de Ministros pasó los decretos al jefe del Estado para que firmara la conversión del Ifni y el Sáhara en provincias españolas, como si fueran Zamora o Toledo. La fantasía se acabó esa misma noche con fuego de mortero en El Aaiún, y un ataque a todas las ciudades de los territorios convertidos de repente en esas provincias ocupadas por una potencia extranjera a cuyo sultán Mohamed V se seguía llamando amigo y aliado de España.

—¿Entonces Zamalloa ya no pinta nada aquí? —preguntó Fernando al coronel Mulero.

Estaban en su despacho, era mediodía y los treinta grados fuera volvían a hacer inútiles los esfuerzos del ventilador del techo.

—Dudo mucho que un general no pinte nada en ningún sitio, pero por el decreto aprobado ayer Zamalloa se encargará exclusivamente del Ifni, es decir, de garantizar que Sidi Ifni siga existiendo con un cinturón de seguridad. Y del Sáhara se va a ocupar a partir de ahora el general José Héctor Vázquez, que viene de camino. Llegará a mediados de la semana que viene.

—¿A usted le afecta esto?

—En principio no. Quien toma el mando realmente es la Capitanía General de Canarias y el teniente general López Valencia, que me ha confirmado en el cargo. Pero quién sabe. —Se encogió de hombros—. A servir, que los puestos son del Ejército y no propios.

—¿Y los franceses?

Fernando tenía curiosidad. Desconectado de todo, no había recibido ni una sola comunicación de San Demetrio, ni órdenes ni información.

—Desde el día 30 intentan que Franco les dé permiso para entrar en el Sáhara y echarnos una mano, pero en el Pardo se lo toman con calma.

—Está claro que no lo hacen por nosotros, sino porque necesitan nuestras carreteras para llevar sus explotaciones mineras desde Mauritania hasta los puertos de Argelia.

—Bueno, según me dice Zamalloa, eso está casi hecho —

comentó Mulero en tono confidencial—, solo depende de que Madrid diga que sí. —Hizo una pausa para encender un cigarrillo y le ofreció uno a Viedma. El mechero de gasolina dio una llama casi azul al prender los dos Virginia—. Pero vamos a lo nuestro. El próximo lunes va a haber un reconocimiento de las fuerzas de la orilla norte de la Saguía hasta la zona de Edchera, y al este del oasis de Meseis, donde hay un paso entre ambos lados de ese río seco, con el propósito de confirmar la existencia de asentamientos enemigos.

—¿El día trece?

—Sí, será la decimotercera de la Legión exclusivamente y casi en su totalidad la que formará la expedición. —Fernando lo miró intrigado—. Por lo tanto, le he firmado una orden para que se le permita viajar en la columna y la he pasado al comandante Rivas para que sepa que un civil con formación militar irá con ellos. ¿O prefiere esperar en El Aaiún?

—No, iré en la columna y cumpliré mis órdenes —respondió con sequedad.

—Pues muy bien. La columna saldrá a las siete de la mañana. Esté allí antes, tendrá que adaptarse a la disciplina militar hasta que llegue a la zona y pueda buscar a sus objetivos. Después, es asunto suyo. Cuando la columna se retire, tendrá que volver con ella si no quiere hacerlo solo.

—Entendido.

El mantel de cuadros y la cesta de pícnic que compró a un viajante francés hacía tres años y que nunca había utilizado. Todo estaba bien dispuesto. Los platos, los vasos, el vino y los sándwiches hechos con pan de lata, conservas, también dulces y un coñac.

Almorzaron en la playa porque sabían que era peligroso alejarse de la ciudad, pero no estaban muy lejos del puesto militar. Además, Fernando llevaba la pistola, no creía que los guerrilleros aparecieran por allí. La playa era preciosa, con aquellas rocas con extrañas formas y los colores rojizos. La calima se había ido y el horizonte estaba limpio. Almudena por fin estrenó el bañador que compró a otro viajante, un inglés que llevaba lo último en la moda europea, o eso dijo. Fernando se compró uno en Confecciones La Moderna, que servía ropa civil y militar a buen precio llegada directamente desde Las Palmas.

—¿Qué harás cuando lo encuentres? —le preguntó Almudena sentada sobre una toalla al lado del mantel donde habían estado comiendo.

—¿A Jorge? —Ella asintió—. No lo sé.

—¿Tienes que ir? ¿No puedes dejar que vayan los legionarios y que te cuenten cuando vuelvan?

—Tengo que ir. Pero no te preocupes, solo los voy a acompañar hasta la zona. Allí se verá lo que hay y volverán. Nada más. Es toda una bandera la que va casi como escolta. Lo más seguro es que los *jamidos* se retiren al verla y todo siga como hasta ahora.

—Ojalá —dijo poco convencida mientras él la abrazó y le juró que no le iba a pasar nada—. No soportaría volver a perderte de esa manera.

—No me vas a perder. Ni de esa ni de ninguna manera. Ella guardó silencio, preocupada.

—Sé que algún día volverás a Madrid, que ya no te retendrá nada aquí.

—A mí me retienes tú. Pero tú puedes irte a Madrid, tienes tu pasaporte, tu indulto… Podrías vender tus negocios y empezar de nuevo.

—Sigo casada con Jorge. Legalmente lo que tengo es suyo y todo lo que hago es porque él no está, y al ser un prófugo, pues la ley me lo permite. Pero cuando vuelva, aunque vaya a la cárcel, seguirá siendo el dueño de todo y podrá hacer y deshacer.

—Bueno, tu padre podría…

—Ahora no podría vender. Nadie quiere negocios en una zona de guerra. Aquí sí que posiblemente más de uno estaría interesado, pero me ofrecería una miseria por ellos. La gente que se va cierra y se marcha. La mayoría con cuatro perras gordas en el bolsillo y otros con una mano delante y otra detrás, con la sensación de derrota en los ojos. —Fernando la escuchaba sin decir palabra—. ¿Qué sería de mí en Madrid? ¿Cómo volvería? Como Almudenita, la hija pequeña de don Marcial Mos el cirujano, como la separada a la que su marido dio la patada y andaba por esos mundos. «A saber qué haría para que se fuese», dirían. O si las lenguas volaran, también podrían hablar de la casquivana que vivía con un policía en ese desierto… Sería todo eso y cosas peores. Pero aquí soy la dueña, me tratan de usted y me hago respetar en un mundo de

hombres. Allí tendría que empezar de cero. Y aunque el comienzo aquí fue una pesadilla, lo conseguí y tiré para delante, ahora lo que tengo es mío. Sé que Jorge podría volver, pero entonces sí que me iría. Sé que el abandono de hogar es un delito, pero huiría al extranjero si fuese necesario, me marcharía lejos. No necesito a nadie. —Lo miró—. A ti sí te necesito… te necesito muchísimo, pero sé vivir sola. Me alegro de haberte recuperado, de estos días que voy a recordar toda mi vida, la esperanza e ilusión… Aunque no voy a enamorarme de una ilusión.

Fernando siguió en silencio. No iba a añadir ninguna estupidez del tipo «yo te quiero», no era ningún niño enamoradizo. Ella tenía razón. Recordó cómo la habían aplaudido y felicitado en fin de año, ella era alguien en esa ciudad. Era la mujer directa, con iniciativa y dueña de tres negocios que daban mucho dinero, era una fuerza viva, lo que nunca sería en Madrid, al menos al principio. ¿Qué tenía él? Un empleo de funcionario y un viejo piso heredado de sus padres. Nunca sería egoísta con ella. La época del «contigo pan y cebolla» se había ido como el acné juvenil.

—No sé qué pasará mañana ni en qué acabará el día. Quizás se solucione todo y se termina o quizás igual no. Pero te aseguro que…

Ella le puso la mano sobre la boca.

—Lo que tenga que venir, vendrá. Sé qué harás todo lo posible y lo único que te pido es que vuelvas con vida de esa expedición, sin un rasguño. Lo que ocurra pasado mañana será pasado mañana. —Sus ojos estaban tristes—. Ahora volvamos, se hace tarde.

XIX. Donde las águilas yacen

13 de enero de 1958

—¿Te marchas? —preguntó Almudena cuando lo oyó salir del baño.

Iba vestido con el traje gris. Lo había oído despertarse hacía media hora, cuando apenas pasaban diez minutos de las cinco. Ella no había dormido, desvelada con el estómago hecho un nudo, con el pesar de quien sabía muy bien lo que era la fatalidad, la mala suerte que lo torcía todo. Había escuchado su sueño agitado.

—Debo hacerlo. Tengo que estar allí a las seis —le respondió él con la sorpresa de verla despierta.

No le gustaba tener que despedirse. Hubiera preferido irse como una sombra y que decidiera Dios lo que tuviera que pasar, pero en ese momento ya no pudo ser. Allí, sentada en la cama, estaba ella con los ojos llenos de tristeza.

—Tomate un café, todavía tienes tiempo para unas tostadas con aceite.

Almudena se sintió como una tonta por haber dicho aquello. El hombre de su vida se iba a la guerra y ella le hablaba de café y tostadas. Encendió la luz de la lámpara sobre la cama, que dio un aire casi irreal a todo.

—No puedo desayunar —dijo él callándose la explicación para coger su reloj y volver a dejarlo en la mesilla.

—¿No te lo llevas?

—No, lo dejo aquí, ya me lo pondré cuando vuelva.

Ella supo por qué lo dejaba e intentó no desesperarse, no se iba a tirar al suelo y pedirle que se quedara. Era su trabajo, tenía que ir, cumplir esa maldita misión, ponerse en riesgo en un desierto lleno de enemigos donde habían caído tantos. Supo que no habría nada que pudiera decirle para impedir su marcha.

—Almudena —pronunció él con ese tono de decir las cosas que habían estado evitando.

—¿Qué? —Almudena se asustó.

—En mi maleta amarilla tengo… —Fernando se quedó callado y pensó en cómo decirlo— la llave de mi piso en Madrid. Por si acaso. Bueno, si todo se tuerce. También está el papel que escribí por si pasara algo, que no pasará, pero repito que es por si acaso. Todo lo que hay en él es tuyo. No es un piso lujoso, pero está bien situado y puede venderse o alquilarse…

Ella lo besó sin decirle nada más. No lloró, no quiso que la recordara llorando. Tampoco tenía palabras. Por un momento deseó irse con él y que la vida o la muerte les sorprendiera juntos.

—Volverás y nunca me separaré de ti.

Eran las seis de la mañana cuando Fernando atravesó la silenciosa ciudad. Un guardia de la gabardina, que fumaba medio dormido en una esquina bajo un cartel de camiones Pegaso, lo miró con curiosidad. Sabía que era el policía que tenía un lío con la dueña de La Nacional. Se encogió de hombros y siguió a lo suyo. Fernando caminó con paso firme. En la cabeza se le mezclaban sensaciones. Podría cumplir la misión de una vez y aclarar su futuro, pero sabía que las posibilidades de alejarse de Almudena se multiplicaban. Había tirado la toalla tantas veces que dejó de recogerla hace mucho. Pero aquella vez no pensaba tirarla y empezó a planear el objetivo de una nueva misión no ordenada por otros.

La actividad en el cuartel era frenética. Un hormiguero de legionarios se afanaba en prepararlo todo. Apenas desayunaron porque la mayoría renunció a tomar algo sólido. Nadie quería morir dando gritos con toda la digestión esparcida por las entrañas si un balazo se las destrozaba. Se le acercó un soldado, joven y mal encarado, Viedma le enseñó el papel que le había dado Mulero y el chico dio un grito para que alguien llamase al comandante Rivas.

—A ver —dijo un hombre corpulento con bigote recto sobre una nariz también recta, mentón redondeado y el chapiri puesto, además de galones de comandante y aspecto de mandar. Apenas leyó el papel porque supo perfectamente lo que decía. Tenía una orden parecida en su despacho—. Sí… Pues de civil no puede ir —negó con la cabeza—. Así que diríjase a Intendencia y que le den un

uniforme de combate. Se viste, localice al capitán Jáuregui y póngase a sus órdenes. —Señaló a un legionario—. Cabo, llévele a Intendencia. Si el sargento Marrero está muy liado, usted mismo le busca la ropa.

—A sus órdenes.

Fernando siguió al cabo hasta un mostrador dentro de un largo edificio. El sargento Marrero estaba disponible, aunque malhumorado por estar buscando uniformes mientras la XIII bandera se preparaba para marcharse. Pero no le quedaba otra. Era bueno identificando las tallas y localizó una guerrera de paracaidista con camuflaje alemán, unos viejos pantalones de *pistolo*, un casco gris y una camiseta blanca civil. El policía se vistió en un vestuario vacío. Dejó su ropa colgada en una percha sin saber cómo ni cuándo iba a volver a buscarla.

—Con esos zapatos no puede ir. —Marrero negó y le encontró unas botas francesas de suela de goma, todo un lujo, ya que el calzado mayoritario eran las alpargatas de toda la vida—. Aquí tiene.

Vestido con ese uniforme de retales, destacaba entre los verdes claros de la Legión. Se notaba al kilómetro que no era uno de ellos, pero para Fernando Ramírez de Viedma eso no era nada nuevo porque nunca había sido uno de nadie. Caminó entre la multitud de hombres que se subían a camiones y enormes todoterrenos, los oficiales en los últimos y la tropa en los primeros. Preguntó por el capitán Jáuregui hasta que lo encontró.

—Sí —dijo este dubitativo.

Su gesto era tenso, con frente amplia, pelo negro que se le rizaba, bigote y uniforme con el pecho medio desabrochado. Con aquella tensión hizo que quisiera quitarse ese engorro cuanto antes.

¿Qué pintaba aquel policía allí?

—Vaya con la tercera sección de la primera compañía. ¿Conoce al brigada Fadrique? —Viedma asintió—. Pues póngase bajo su mando y recuerde, esto es una expedición de la Legión en un escenario de guerra. Sé que tiene experiencia en combate, así que cumpla órdenes y todo irá bien.

Fernando caminó siguiendo sus indicaciones hasta que se encontró a Castromonte. Al verlo, el brigada le dio la mano y le señaló el camión donde tenía que ir. Viedma intentó subir por

detrás, pero estaba lleno. Los legionarios lo miraron intrigados hasta que uno de ellos lo reconoció.

—¡Ahí va, la hostia! —exclamó Maderal con una sonrisa—. ¡Pero si es el comisario! ¿Qué hace vestido de esa guisa?

—Pues ya ves —le respondió él sin saber dónde sentarse—, que me voy a la guerra con vosotros.

—¿A por el hijo puta ese? —le guiñó un ojo.

—Sí, a por ese mismo. ¿Dónde me siento?

—Aquí está todo lleno —dijo otro legionario con galones de cabo primera—. Pero creo que le han dejado sitio con el conductor.

—Vaya delante —le dijo Maderal—. Ya habrá tiempo de palique cuando acabe el jaleo. El conductor lo saludó extrañado y preguntándose qué uniforme era aquel.

A las siete en punto de la mañana rompió el alba. Las cornetas y tambores de los que se quedaban tocaron el himno nacional en un silencio absoluto. Cuando solo se oyó el flamear de la bandera en el patio, el primer *jeep* se puso en marcha y lo siguieron dos kilómetros de columna. La decimotercera bandera de la Legión atravesó El Aaiún, sin prisas.

Desde los cuarteles de la cuarta bandera los observaron partir. Ellos serían los refuerzos si todo se torciera, quisiera Dios que no. Alguno de los músicos comenzó a cantar el *Novio de la Muerte* y se le unió toda la columna.

«Nadie en el tercio sabía quién era aquel legionario, tan audaz y temerario, que a la Legión se alistó».

El cielo seguía estando negro, solo el horizonte era malva cuando enfilaron las calles llenas de gente. En silencio la población civil y militar de El Aaiún los vio partir. Los veteranos del tercio le hicieron el saludo militar con un respeto que mezclaba la admiración con la envidia de no poder ir con ellos. Un viejo legionario, apoyado en la muleta que lo sostenía desde que perdiera una pierna en el Rif, saludó mientras gritaba «la muerte no es el final». Se dieron vivas a España y a la Legión.

Las mujeres de la ciudad salieron a despedir a sus maridos y algunas a sus hijos también. Lo hicieron en silencio, calladas y temerosas de que fuese la última vez que los veían con vida. «Vuelve» era lo que musitaban las mujeres de los soldados, que quedarían allí contando las horas y los minutos hasta que tuvieran

la primera noticia. Hasta que viesen llegar a alguno de los afortunados que se quedaban para anunciar a gritos que regresaban. Después seguirían esperando y conteniendo el aliento cuando también llegara el listado de los caídos.

Los niños, cogidos de la mano de sus madres, despidieron a sus padres. La admiración no podía ser mayor, ellos no entendían la preocupación de ellas. Para ellos los hombres que iban allí eran héroes y todos volverían siéndolo aún más.

Almudena buscó a Fernando entre los vehículos de la larguísima columna. La luz era escasa y el cielo se iba tornando gris, pero por fin lo vio en la parte delantera de un camión. Sus miradas se cruzaron. Él la saludó y ella levantó la mano con un pañuelo, el mismo con en el que había estado llorando desde que lo viera salir de su casa. Fue una visión fugaz. Se había marchado ya con la larga fila que atravesaba las alambradas que protegían la ciudad. Ella, como el resto, se quedaba en la civilización, observando cómo los hombres desaparecían en lo salvaje y deseando que el mundo que conocían siguiera allí a su regreso.

Una llanura de arenisca se extendió ante ellos, la misma que Viedma vio con Osorio aquella noche, pero en ese momento el sol hiriente salía con prisa mostrando las paredes de piedra, los riscos, las lomas de rocas, los alacranes, serpientes y plantas llenas de picos que rodeaban lo que en su día había sido un gran río y que cuando llovía, una vez cada mil, se convertía en un violento torrente que lo arrasaba todo. Se vio un palmeral poco frondoso. En el Sáhara español el agua era la justa, así que sería una veintena de palmeras alrededor de algún pequeño acuífero.

—¿Ve las palmeras? —señaló el conductor, un catalán de barba espesa con tatuajes carcelarios en el antebrazo y de nombre Gerardo —. Pues le apuesto la polla a que el comandante manda detenerse allí.

Como por arte de magia las luces de freno del vehículo que tenían delante comenzaron a encenderse y el catalán comenzó a reírse con un «el papi sabe lo que se hace».

—¿Y por qué lo hace? —preguntó Fernando simulando interés.

—¡Uf! Se le nota verde, pero se lo explico para que aprenda —dijo con el mismo tono burlón que llevaba empleando desde que salieron—. Es por si hay restos de campamento moruno —indicó

mientras paraba—. Vea, solo se bajan los guías nómadas y algunos mandos. Y nosotros a esperar. —Sacó un cigarrillo—. ¿Quiere uno?

—Tengo los míos —Fernando cogió uno de sus Lucky.

—¿Y usted qué es? Lo digo porque no le veo grado y ese uniforme parece que es un disfraz de carnaval. No se me vaya a molestar, pero no sé si cuadrarme o reírme de usted —comentó con desparpajo arrabalero del barrio chino de Barcelona—. *Legía* no es, eso está claro.

—Sí, *legía* no soy, eso está clarísimo. —Fernando le mantuvo la mirada—. Soy comisario de policía, y no de los suaves precisamente ni mucho menos de los simpáticos, por si acaso conoces a alguno que sea así y te vayas a confundir. Que te veo muy parlanchín y echado al monte.

—Discúlpeme, señor comisario.

A Gerardo se le esfumó el desparpajo y miró al frente. La conversación había terminado. Sabía que era un bocazas, siempre se lo habían dicho.

Allí parados, escucharon tiros. Eran ráfagas al aire. Algunos legionarios bajaron de los primeros camiones y penetraron en el palmeral. Viedma no consiguió ver lo que ocurría y Castromonte continuó sentado como si nada en el todoterreno de delante.

—Averigüe qué pasa —le dijo a Gerardo, que lo miró extrañado —. ¡Que te bajes y vayas a preguntarle a Castromonte qué es lo que pasa, hostias! —Pero el cabo lo siguió mirando—. ¡Ahora o te juro que acabas en la Modelo de Barcelona! Dile que vas de mi parte.

El hombre bajó y corrió hacia el todoterreno. En la parte de atrás se escucharon las risas de los legionarios.

—¡Dele caña, comisario, que es un matasiete de los chungos! —exclamó Maderal a voces.

—El brigada dice que han encontrado restos de un campamento, que disparan para espantar unos camellos embridados que hay allí —informó Gerardo, de vuelta a los pocos minutos.

—Pues ahora calladito y mirando para delante.

La columna se puso en marcha otra vez. Hacía mucho calor. Las diez y cuarto. El sol subió hacia lo alto tanto como la temperatura. Treinta camiones, treinta todoterrenos, treinta y cinco grados y subiendo.

—¿Eso ha sido un tiro? —preguntó Viedma mirando hacia

detrás—. Lo acabo de oír.

—No sé, comisario, creo que…

—¡Cállese!

Abrió la ventanilla, y aunque el viento golpeaba fuertemente contra el camión, no tardó en distinguirlos.

—Se oyen tiros.

—¿Usted cree? —Gerardo temió contradecirlo.

—¡Cuidado!

El todoterreno de Castromonte se movió de forma extraña y zigzagueó descontrolado hasta salirse de la línea recta y estamparse con unas rocas que lo hicieron volcar dejándolo con las ruedas girando hacia un costado.

—*Déu n'hi do!* —gritó el catalán dando un volantazo para intentar esquivarlo.

Entonces el parabrisas del camión se rompió y una bala le rozó el cuello lo suficiente para que la sangre le brotara salpicando el cristal. Se llevó las manos a la herida y puso los ojos en blanco. El caos se desató. Fernando lo empujó para quitarle el pie del acelerador, pero no pudo evitar que siguiera el mismo camino que el *jeep* de Castromonte, aunque no volcó. Una zanja lo detuvo y un fuerte golpe le reventó los neumáticos.

Fernando saltó del vehículo, no había nada que hacer, además de oír a los legionarios bajándose tras él. La columna se había detenido. Ya no era una larga línea de dos kilómetros, sino una sucesión de vehículos que recibían fuego enemigo desde los salientes y grutas en las paredes de piedra que formaban el contorno de la Saguía.

—¡Al suelo! —gritó Castromonte parapetado tras el *jeep* volcado mientras resonaban órdenes en la radio—. ¡Todo el mundo detrás los vehículos!

No había zonas naturales donde esconderse. Aquello era un maldito llano sin un agujero, sin un desnivel ni pendientes. Sin nada en absoluto.

Las ametralladoras de los moros resonaron incansables y cayeron los primeros muchachos. Un cabo recibió un impacto en el hombro, tras él se desplomó un alférez y así una decena de hombres. Por la radio del *jeep* se escuchó al comandante Rivas avisar a El Aaiún de que la columna estaba siendo atacada con

fuego generalizado. Otros mandos confirmaron la situación. Una explosión hizo saltar por los aires uno de los camiones, que no sería el único porque otro explotó minutos más tarde y sus llamas incendiaron al todoterreno de delante. El humo negro lo llenó todo.

—¡Volcad los camiones! —ordenó a gritos Castromonte con la cara tiznada mientras corría hacia un camión y se le unían sus hombres—. ¡Formad parapetos! ¡Sacad las Alfa!

Por la radio se cruzaron las órdenes, se gritaron y los soldados las cumplieron. El despliegue de las engorrosas ametralladoras costó vidas y cuando comenzaron a devolver el fuego hacia los pies de la colina, el enemigo simplemente desapareció, retrocedió para esperar a volver a disparar cuando le conviniese. Abajo caían los españoles. El desastre era absoluto.

Otro camión explotó y rompió los tímpanos dejando sordos a los que estaban alrededor. Maderal intentó parapetarse tras la llanta de acero de uno de los Ford. Tumbado boca abajo, intentó localizar las ráfagas de las armas de los marroquíes escondidos, pero era imposible acertarles con claridad de aquella manera. Allá arriba, bien protegidos, con buenas armas y acostumbrados al maqueo, el llamado Ejército de Liberación seguía haciendo lo de muchos meses antes.

Maderal vio un turbante moverse entre unos matorrales. Solo fue un instante y no necesitó más. El tipo cayó cuando el humo del disparo no se había evaporado. «Uno es uno», pensó el vasco mientras oyó gritar de dolor a alguien.

Le habían dado al teniente Gamborino, que tembló desangrándose en la arena caliente mientras un oficial médico que lo atendía moría de un tiro en la cabeza.

—¡Vienen más! —gritó el brigada Francisco Fadrique Castromonte, treinta y nueve años, zapatero en su juventud vallisoletana desde 1938. Caballero Legionario, guerra civil comida y servida en su totalidad en el frente de Toledo, Medalla de Campaña, Cruz Roja del Mérito Militar… Con bigote fino y recto, flaco, chupado, rasgos de halcón, cazalla, tabaco y a España servir hasta morir. Casado con Ascensión, con la que debería estar pasando aquel día si no hubiera sido por aquellos moros que llegaban a cientos desde los barrancos. Moros que gritaban, disparaban, «*alahuackbar*» y lanzaban vivas a Mohamed V, que ya

no se ocultaban y en ese momento corrían hacia la maltrecha columna que, en un instante, había sido desarbolada—. ¡Formen un perímetro! ¡Traed los
FAO
!

Las órdenes de Fadrique parecían absurdas en aquel paisaje de caos, mucho más con el cuerpo del teniente Gamborino empapado en sangre a la vista de todo el mundo. Pero no eran absurdas. «Si no nos organizamos, estos nos dan pal pelo», pensó Maderal, que corrió hacia un camión volcado para sacar una vieja y efectiva Hotchkiss. Desplegó el trípode y comenzó a disparar contra los moros que llegaban a la carrera. Estos, pillados de sopetón, cayeron como moscas, pero no en demasía y se replegaron soltando maldiciones. La presa no estaba tan muerta como les había parecido.

—¡Me cago en la leche! —gritó Fadrique, con las fosas nasales abiertas y queriendo aspirar todo el aire del Sáhara—. ¡Van a volver! ¡Quiero todas las ametralladoras desplegadas! ¡A la voz de ya!

Viedma se sintió inútil. Su Astra era un juguete allí y no iba a despilfarrar munición intentando acertar a sesenta metros. Veía las cabezas de los moros moverse en lo alto y volver a disparar. Era como si les atacaran desde la azotea de un edificio de seis plantas que estuviera al otro lado de un descampado. Vio llegar al capitán Jáuregui, que habló con Castromonte, los dos de pie, demostrando lo que eran los cojones. No supo qué locura estaban diciendo, pero Jáuregui se lanzó con una sección hacia el enemigo. Los insensatos trataban de subir la colina. Al principio pareció fácil y corrieron como diablos hacia el bordo, pero fue inútil. El fuego volvió y el grupo se convirtió en un tiro al plato. Agachados, escondidos sin poder moverse, los heridos se desangraban.

—¡Jáuregui ha caído! —gritó alguien.

Las balas siguieron silbando, chocando contra las piedras, rebotando, hiriendo y matando. Por la radio sonaban más órdenes. Los mandos intentaban detener el desastre, porque nadie había esperado encontrarse con aquel número de marroquíes ni que los estuvieran matando de aquella manera. Los viejos Valero, morteros del año de la Maricastaña, empezaron a rugir. Fue una esperanza. Fadrique los vio impactar contra los barrancos, pero supo que eran

inútiles y maldijo en voz alta. Estaban tirando casi en vertical y pronto caerían tan cerca que habría más posibilidad de que los matasen a ellos que a los moros.

Maderal, oculto tras el camión volcado, intentaba acertar con sus tiros al enemigo y ya había varios formando una especie de círculo. Veía los turbantes, las chilabas y las alpargatas moverse en la tierra del río seco. Se acercaban otra vez.

—¡Tira una Breda, coño! —le gritó a Morales, que lanzó una granada sobre unas piedras a menos de diez metros de su posición. Cuatro marroquíes saltaron por los aires, muertos por la explosión, y Morales cayó de un disparo en el cuello—. ¡Mala suerte, joder!

No sería el único, porque decenas de legionarios siguieron el mismo camino y los heridos parecieron condenados a desangrarse en aquella tierra hereje e impía. Fadrique oyó sus chillidos mientras comunicaba por radio al mando la situación de la compañía.

—¡Vuelven! —gritó alguien mientras una muchedumbre de miles de marroquíes disfrazados de beduinos bajaba hacia ellos armados con machetes y fusiles.

—¡Fuego! —ordenó Fadrique disparando su Star 75 contra los atacantes.

El teniente Gómez Vizcaíno cayó luchando, destripado por los alfanjes de los que llegaban al perímetro y nada los paraba. Todo pareció perdido. Viedma disparó su automática con la espalda apoyada en un camión. Maderal hacía mucho que no disparaba la ametralladora y estaba utilizando su bayoneta para acuchillar al enemigo. Fadrique disparaba a bocajarro, con furia absoluta. Los moros se replegaron. Santiago y cierra España.

—¡Retirada! —resonaron órdenes en la radio—. ¡Organicen la retirada lo más ordenada posible!

¡Los refuerzos de la Cuarta Bandera han salido de El Aaiún para proteger la evacuación!

Maderal lo escuchó rodeado de cadáveres, amigos y enemigos, más los otros que los unos. Supo que no habría tiempo, que la Cuarta no iba a llegar. Vio cómo Fadrique hablaba con los mandos.

—No podemos retirarnos —le dijo el comandante Rivas, herido en un hombro—. Nos matarán en la persecución.

—Mi comandante, nos matarán si nos quedamos aquí. —Fadrique señaló a un ejército de heridos y moribundos—. Le

propongo una maniobra de distracción que clave al enemigo sobre este punto y permita el repliegue.

—¿Y quién se va a quedar?

—Yo con una ametralladora FAO. Los aguanto todo lo que pueda y ustedes desalojan el paisaje y se llevan al capitán Jáuregui y a sus hombres.

—¿Usted solo? —La expresión de Rivas fue grave.

—No necesito a nadie más. Cuando los hombres de Jáuregui bajen, no es necesario sacrificar a más gente.

—Con su permiso, mi comandante, yo también me quedo —dijo Juan Maderal Oleaga, soldado de segunda clase.

Rivas asintió y fijó la mirada en Viedma, que se acercó.

—Yo me quedo también.

—Es usted un civil.

—Pues por eso me quedo.

Viedma pensó en la misión, no sabía qué iba a pasar, pero todo le olía a Lecuona y su ejército de marroquíes. No quería volver sin saber cómo acababa aquello, ya había salido de situaciones igual de malas.

—Haga lo que le parezca —Rivas, indiferente, dio unos pasos. El hombro le sangraba—. Resistan hasta que lleguen los de la Cuarta, o hasta la noche y puedan salir sin ser vistos.

Como si fuera fácil, pensó Maderal mientras colocaba las ametralladoras para organizar la resistencia. Fadrique hizo acopio de todo lo que encontró como cajas de munición, granadas, piezas de mortero o una roja y gualda en su pequeño mástil. A los heridos los cargaron a hombros o en la sillita de la reina y los sanos apuntaron a todas partes. Los tiros del enemigo volvieron y dejaron nuevos muertos y lisiados, pero pudo hacerse el repliegue. La decimotercera se alejó en formación. Los dos legionarios y el agente de la tercera sección se quedaron solos. El calor era asfixiante.

—¿Por qué se queda, comisario? —le preguntó Maderal—. ¿Cree que el Punzón va a venir por aquí?

—Esto lo ha organizado ese hijo de puta —respondió Viedma a los dos hombres, que le clavaban las miradas—. Él tenía un ejército preparado, llevaba juntando gente desde hacía mucho, esperando como un jodido virus… No sé si quería congraciarse con el cabrón de Mulay, pero esto es obra suya.

—Pues aquí poco va a hacer. No creo que ese rojo venga —dijo Castromonte.

—Sé que está ahí detrás. —Fernando señaló en las colinas opuestas.

—Pues ojo al parche y, si se despeja esto, le avisamos y se marcha.

Viedma afirmó. Hacía casi media hora que no se oía un solo tiro, pero sabía que la morisma no era tonta y con sus tomavistas soviéticos, se podían dar cuenta del percal y lanzarse en tropel. Y eso fue lo que ocurrió. ¡Alá es grande! Y volvieron a la carrera.

Maderal disparó la «pepito» y la muerte alcanzó a quien se le puso por delante. Fadrique le pasó cargadores. Cuantos más matasen más pronto pararían. Cuando la munición se terminó, el soldado saltó a la Hotchkiss y el brigada, rodilla en tierra, disparó su Star, pero de repente sintió una mordida en el vientre. Le habían dado. Contuvo el aliento y se miró la cintura, que se tiñó de rojo. Fadrique maldijo y se apretó el cinturón. Los moros se acercaban cada vez más, pero las bajas los hicieron retroceder. Solo momentáneamente.

—¡Márchese, comisario! —le gritó Castromonte—. ¡Ahora o nunca! ¡Corra!

—¡Vamos! ¡Mate a ese cabrón! —exclamó Maderal con la cara llena de tierra—. ¡Que nosotros lo esperamos aquí para volver juntos!

—Señores, ha sido un honor servir con ustedes.

Fernando se despidió con pesar, no quería pensárselo porque entonces no se iría. Vio cómo el enemigo corrió en dirección contraria a la suya. Sabía que aquellos hombres tenían razón, era entonces o nunca. Estrechó las manos de ambos, deseando sinceramente volver a verlos. Después saltó un parapeto formado por chatarra y corrió dando la espalda al combate, con la vista puesta en el risco de enfrente, a casi quinientos metros de carrera.

Maderal y Castromonte protegieron su huida batiendo con fuego la colina. Los moros tiraron granadas desde arriba, pero estaban demasiado lejos, cayeron dando golpes por la pendiente y algunas rebotaron contra los camiones volcados. Los enemigos retrocedieron otra vez y desaparecieron de su vista, casi como si se los hubiera tragado la tierra. Los legionarios se miraron, suspiraron aliviados,

pero sabían que aquella tregua no duraría. Juan le ofreció su cantimplora a Francisco Castromonte, que la rechazó. Su herida era mortal. Debería estar camino de un hospital, maldijo su suerte.

—¡Ahí vuelven!

Aquella vez ambos dispararon las ametralladoras y los moros retrocedieron con decenas de bajas. Mientras huían una bala tocó la cabeza del brigada. Solo fue un roce, pero le cubrió la frente de sangre.

—¡Mi brigada! —chilló Maderal cuando vio la hemorragia.

—Más ruido que nueces —dijo Fadrique mientras el legionario le hizo un remiendo con un trapo. No tuvo con qué trabarlo, así que le ajustó el chapiri—. ¡Déjate de historias, que vienen de nuevo! ¡La madre que los parió!

Eran más, llenos de furia y rabia. Gritaron, movieron sus alfanjes, dispararon sus fusiles contra el lugar donde sabían que estaban los únicos resistentes, que les devolvieron con generosidad fuego graneado. Una bala de tantas, mortal y siniestra, atravesó el aire e impactó en la frente de Juan Maderal, que cayó sin soltar el gatillo. Estaba inconsciente y su vida se apagaba rápido. Su mente ya no estaba allí.

Había viajado a Erandio a una mañana de domingo en la que, cogido de la mano de su madre, iba camino de la vieja iglesia de Santa María mientras su padre los esperaba con su hermano en el interior. Hacía frío, llovía y él era feliz.

Fadrique lo vio e intentó ayudarlo, lo zarandeó y llamó.

—¡Maderal, coño! ¡Maderal! ¡Soldado! ¡Juan!

Pero estaba muerto. Fadrique maldijo con un grito, cogió la bandera caída, gritó vivas a España y agitó el mástil mientras disparaba su pistola contra los moros que estaban a unos metros. Mató a uno, hirió a otro y despachó a un tercero.

—¡Venga todos pa' mí! ¡Viva España!

Ardía en fiebre cuando dos balas penetraron en su cuerpo haciéndolo caer de rodillas. Apenas veía, todo se oscureció. Disparó a las sombras hasta que se hizo un silencio absoluto. No había balas y todo estaba borroso. Notó la tierra caliente en la cara. Pensó en Ascensión. Querría estar con ella, ir de paseo por Valladolid. Ya no podría ser. Sintió pena por dejarla tan pronto, tan joven y viuda. Cerró los ojos y notó cómo la muerte llegaba rápido mientras los

moros se acercaban.

Ambos quedaron allí, en aquel lugar indeterminado donde las águilas yacían.

XX. Para tu desgracia

Por fin llegó al risco. Los últimos cien metros fueron como si alguien hubiera estado tirando de él para que no lo alcanzara. Con el corazón desbocado, Viedma dio un salto y comenzó a treparlo, sabía que lo movía la adrenalina. Oyó el tiroteo que había dejado atrás y rezó por que los moros no salieran en su búsqueda. Al fin y al cabo, lo habían visto huir. Escaló por la pared mejor de lo que creía. Era vertical, pero tenía muchos salientes, pequeñas grutas y raíces de árboles fosilizados a los que se agarró. Doscientos metros de altura calculó a ojo de buen cubero cuando llegó a la cima. No había nadie, solo una lengua de tierra y el descenso. Miró hacia atrás. No oyó disparos. La visión era nítida, pero no le gustó lo que distinguió. La bandera no estaba en su sitio y los moros habían tomado la posición. Apretó con fuerza las mandíbulas, se dio la vuelta apartando la vista antes de iniciar el descenso al otro lado.

Tenía sed cuando entró en la serpenteante carretera formada por las huellas de los vehículos que pasaban por allí. Recordó a Osorio moviendo el volante mientras chillaba, un asqueroso traidor que había recibido su castigo. Una pena que no hubiera sido a manos de un verdugo que lo sentara en un garrote. Eso era lo que se merecían todos aquellos conspiradores, del primero hasta el último. Después de lo que acababa de ver, no tendría piedad para nadie. Caminó a paso ligero, buscando la sombra porque el casco le calentaba la cabeza como un caldero al fuego. Se lo quitó, y también la guerrera y la camiseta, con la que se hizo un turbante. Después se puso la vieja guerrera otra vez. Así estaba mejor. Hasta que los vio bajando por una ladera frente a él.

Le apuntaron con un Lebel y un naranjero. Eran tres, vestidos con los ropajes azules y blancos de los saharauis. Altos y de rasgos aguileños, permanecieron quietos. Fernando se detuvo también, levantó las manos y confió en que entendieran el árabe.

—Soy el policía que busca a Lecuona, al español.

Siguieron inmóviles. Quizás no fueran de la misma tribu. Entonces posiblemente estaría muerto en un par de minutos. O podría ser que fuesen marroquíes disfrazados, cosa poco probable, pero también entonces estaría muerto.

—Soy el policía de El Aaiún… —repitió. Pero se calló cuando vio aparecer en lo alto de la escarpada cima toda una línea de guerreros vestidos con la ropa de los hombres del desierto. Todos armados, con rifles de todo tipo y subfusiles, recortados en silueta, eran una imagen impresionante—. Vengo a buscar a Lecuona. Yo amigo de Ibrahim y la

Djema'a

. Ellos esperan.

Uno de los que estaban abajo se movió y casi de un brinco se plantó junto a Viedma para ponerle delante el cañón de su peligroso naranjero. Era un Coruña fabricado en 1942, una basura obsoleta que se disparaba sola con un pequeño golpe. El hombre tenía el rostro oscuro, rodeado por el turbante, y su faz era temible, con ojos que parecían pintados entre cicatrices de rituales. Los otros dos se acercaron, uno con el fusil y otro con una espada. No tranquilizaban precisamente.

—¿Tú amigo de santo Franco? —le preguntó quien le apuntaba con el Coruña.

—Sí, yo muy amigo de santo Franco.

Se arriesgó a blanco o negro. ¿Y si eran enemigos y lo mataban ahí mismo? Pues que la huesuda decidiera.

—Mi padre y mis tíos lucharon con Franco y mataron a muchos rojos que no creen en Dios. —El hombre apartó un poco el arma—. Franco nos dio muchas cosas, ellos ricos cuando volvieron. ¿Tú eres policía que trae dinero de Franco, hombre santo, amigo del Profeta?

—Yo traigo dinero de santo Franco. —Viedma nunca en su vida habría pensado en llamarlo así—. En el bolsillo tengo dinero para los

Djema'a

.

—Sácalo.

El fajo de mil francos apareció en su mano. Tenía diez más, pero no pensaba enseñárselo a aquel tipo. Ya habría tiempo. Lo cierto fue

que empezaron a golpearse el pecho y a dar gritos de alegría, y contagiaron a los que estaban en la parte alta.

—Vamos arriba —dijo el Coruña.

Subieron por un camino que ascendía por la ladera. Fernando no recordaba nada de aquello cuando había ido con Osorio. Pero ahora no pensaba en otra cosa que salir de allí con vida. Mientras más subían, más gente había y lo rodeaba para tocarlo. Hablaban en hasaní, un dialecto incomprensible, con sus rostros casi pegados al suyo, con los dientes amarillos y expresiones que iban de la simple curiosidad al desafío del «haz algo que no me guste y te envío con tu dios cristiano». Le tocaron la ropa y algunos hicieron como que disparaban sus armas.

El camino se le hizo interminable hasta que llegaron al final de aquella especie de falda de una meseta. Había una extensión enorme de desierto, unas treinta jaimas de distintos tamaños y colores. Cuanto más se acercaban a las tiendas más mujeres aparecían, todas con sus ropas de colores chillones, peinadas con la raya al medio, todas con aquel ulular salido de sus gargantas, que igual emitían por la alegría de una buena noticia que por una amenaza de sacarte los ojos y dárselos a las hormigas. Los niños también se acercaron a mirar al cristiano, incluso los camellos también con sus hocicos para morderlo, aunque enseguida los apartaron a golpes con gruesas fustas.

Fernando se sintió como los herejes llevados a la hoguera. «Me cago en la leche», pensó mientras la cabeza se le llenó de dudas. ¿Estaría en la tribu de los Oulad Moussa? Tenía que ser aquella. Y calculó cuántas balas le quedaban en el cargador de la Astra, ya que tenía diez antes de irse. Entonces allí, delante de él, unos saharauis colgaron de la rama de un árbol a Ibrahim Oulad Moussa. Intentó evitar la mirada de sorpresa, pero sin duda era el mismo jefe de la cabila con el que pensaba hablar. Miró hacia otro cuerpo que había a los pies del cadáver del antiguo líder tribal, tendido en el suelo. Le costó reconocerlo al primer vistazo, pero allí estaba: Jorge Montelongo del Rey, con la cabeza a tres palmos de su cuerpo. ¿Qué estaba pasando?

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritó una voz grave y potente.

Un hombre alto como todos ellos, con la misma piel oscura, pero sin barba, los hizo callar desde la entrada de la misma jaima en la

que Fernando estuvo con Osorio hacía… una eternidad.

—¡Apartaos! ¡Dejadlo pasar!

El espectáculo era propio de un cuadro. Catorce cadáveres se repartían por la entrada de la jaima, todos degollados, aunque algunos tuvieron que morir a golpes antes de que la cuchilla los despachara.

—¿Tú eres el policía que busca a Lecuona? —preguntó el gigante en perfecto español.

—Sí, ese es —respondió alguien entre el grupo. Era el sobrino de Ibrahim, que conservaba el cuello en su sitio.

—Yo soy.

Fernando no pensaba preguntar qué demonios ocurría. Las manchas que salpicaban la cara del hombre eran sospechosamente similares a las de los cadáveres, todos vestidos como occidentales y con olor a marroquíes a kilómetros.

—¡Es amigo de Franco, hombre santo, amigo del Profeta —gritó el que había hecho de guía— y trae el dinero prometido!

—¡Silencio! —volvió a exclamar el gigante antes de mirarlo con la codicia escrita en los ojos—. ¿Es cierto? ¿Tienes el dinero?

—A cambio de Lecuona. —Fernando no lo pensaba regalar.

—Tenemos a Lecuona. Pase.

La jaima se cerró tras su paso. El ambiente estaba viciado, había una veintena de ancianos sentados en semicírculo. Había habido una pelea. Muchos muebles estaban caídos de cualquier manera y se veían manchas de sangre por todas partes. Los ancianos discutían entre sí, pero los gritos acalorados se silenciaron cuando entró el grandullón.

—El policía que busca al español —dijo en árabe—. Trae el dinero.

—Que lo muestre —ordenó un vejestorio de barba de chivo mitad blanca mitad azafrán.

Fernando sacó cinco fajos de mil francos que colocó en línea horizontal. Vio cómo los miraban. Era muchísimo dinero. Iban a pasar de ser una cabila más a convertirse en la más rica del Sáhara.

—Esto es por Lecuona —dijo Viedma ejerciendo de buhonero que enseña la mercancía en el rastro— y estos otros cinco mil son por un pacto de amistad entre los españoles y los Oulad.

Hubo nuevos asentimientos, euforia y muestras de contrariedad

por no tener té para brindar. Sin duda, su llegada había sido justo después de una degollina, no había habido tiempo para estar calentando agua.

—Ese diablo tiene que pagar sus crímenes contra los Oulad Moussa —dijo un viejo casi con un ladrido.

Se le notaba la rabia en los ojos y más aún cuando algunos le replicaron que el dinero era más importante, pero no todos. La discusión subió de tono. Dos ancianos llegaron a las manos y tuvieron que separarlos, pero uno más joven desenfundó un colt.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó cortésmente Viedma haciendo su papel de diplomático despistado.

—Teníamos preparada su ejecución por los asesinatos que ha cometido —respondió otro anciano con la misma rabia que el anterior—. No puede irse sin pagar por ello.

—No lo necesito vivo. —Fernando se saltó las órdenes, no pensaba morir por aquel pedazo de basura—. Me basta con llevar una foto de su cadáver para que Franco lo vea. —Se echó el silencio y la veintena larga de pares de ojos se clavaron en los suyos—. Solo pido hablar con él antes.

Los asentimientos se transformaron en vítores y todo el mundo se felicitó de poder ejecutar a aquel demonio que se había infiltrado como un veneno en la cabila para hacer y deshacer a su antojo. Un anciano con cara de hurón gritó para que las mujeres sirvieran té y comida de una vez.

—Mientras las mujeres preparan la comida le mostraremos a Lecuona —dijo el líder.

—También necesito el cadáver del otro español. Ese sí que tengo que llevármelo de alguna manera.

—Lo tendrá. —Fue frío—. Venga conmigo.

Detrás de la tienda había una viga cubierta por un voladizo hecho con palmeras secas. Allí a la sombra estaba Lecuona atado con una cadena que atravesaba por un agujero la gruesa madera. Tenía la cara herida por los golpes, pero no era nada serio. Sus ojos lo vieron y una sonrisa desquiciada apareció cuando reconoció al visitante.

—El policía de mierda —dijo intentando buscar saliva para escupir.

—¿Puedo hablar con él? —preguntó Fernando al rostro duro que

lo miraba dos metros por encima del suelo.

—Solo un momento.

Fernando asintió y vio el odre de agua que había trabado entre las palmas. Estaba suficientemente lejos del prisionero para que no lo alcanzara, pero muy cerca para su sedienta vista. Lo cogió, le quitó el trozo de madera que servía como tapón y dio un largo trago.

—¿Quieres? —No esperó respuesta y vertió un generoso chorro sobre la cara del asesino.

—Hijo de puta —respondió Lecuona como agradecimiento—. Si te crees que me vas a llevar a España como monito de feria para lucirme en los tribunales franquistas…

—Sí, esas son mis órdenes —dijo indiferente mientras colgaba el odre en el mismo sitio.

—Pues si se creen que me van a tener de portada en *El Caso*… —rio como el loco que era—. Que venga el enano de Franco a buscarme si tanto me quiere.

—No sería esa tu suerte, Punzón.

—¿Qué suerte? Hijo de puta.

—Que hubiera venido Franco, pero para tu desgracia soy yo el que está aquí.

—¿Y qué vas a hacer? Cumplir órdenes, claro, que es lo único que saben hacer los perros como tú.

—No. —Fernando negó con la cabeza y se acuclilló para mirarlo a su misma altura. Después sacó del bolsillo la pequeña Kodak que le había enviado San Demetrio con los pasaportes de Almudena y la Astra nueva que llevaba en la sobaquera—. Te voy a dejar para que te maten estos. Y cuando estés muerto, cogeré esta maravilla y sacaré un par de fotos a tu cadáver antes de que te coman los bichos.

—Mentira. —Lecuona volvió a reír con una risa que supuestamente tendría que infundir miedo—. Franco me quiere en Madrid para desprestigiarme. Yo soy un policía de la República, un héroe de la libertad, y me quiere allí para su juicio, para vender su propaganda…

—Sí, creo que quiere eso —Fernando se encogió de hombros—, pero ya te digo que aquí no está Franco y lo que quiera me da igual. Vas a morir calculo que en la próxima hora. ¿O es que pensabas

salir de esta, Punzón? —La cara de Lecuona se transformó por la sorpresa, pero no respondió—. Claro que lo pensabas, pero hoy han muerto muchos hombres cien mil veces más hombres que tú —su sonrisa sí fue hiriente—. Sé que lo de hoy es asunto tuyo, no sé cómo pero lo sé. —Fernando también sonrió—. Solo por eso mereces morir, aunque no es por lo que me voy a saltar las órdenes.

—¿Ah, no?

—No, ni siquiera por los policías asesinados, ni por todos los que mataste con tu punzón durante años mientras te vendías como policía abnegado y engañabas a todo el mundo con tu persecución implacable. Pero no voy a dejar que te maten por nada de eso. Podría comprarte vivo —le sonrió—. Ya sabes que tengo setecientos mil francos en mi poder. —Punzón hizo un movimiento violento con la muñeca, sin burla en la cara. La sola mención al dinero le hacía perder los estribos—. En fin, disfruta de tu ejecución, sé que por aquí son muy entretenidas.

—¿Por qué?

—Porque eres el tercero que me faltaba.

—¿Qué tercero?

—A Sandoval lo tiré de una ventana en el 39 y a Aliques le metí una bala de máuser en el pecho. —Lecuona lo miró lívido—. Eras el tercero. Me faltabas tú, Cicatriz.

Fernando se agachó para cogerle de la mandíbula y apretar con fuerza en la barba apartándosela hasta que dejó al descubierto la cicatriz con forma de medialuna en la mejilla de Lecuona.

—Los amos, los dueños de la checa del Europa… Quedabas tú y ahora ya he completado la lista.

El gigante dijo que dejase de hablar, que la comida estaba servida, y aparecieron unos hombres sin camisa para custodiar al prisionero.

—Comamos. Después ejecutaremos a este demonio.

Enterrado hasta la cintura y llorando, Lecuona pidió clemencia entre burlas de toda la cabila. Cientos de piedras, escogidas por su poco peso y pequeño tamaño hicieron más larga la agonía, pero acabaron con la vida del Punzón. Fernando fue testigo de la ejecución y permaneció apartado mientras enjaezaban un caballo tordo que lo devolvería a El Aaiún con el cadáver de Jorge atado en un primitivo remolque de palos cruzados. Cuando los gritos de

diversión pararon, se acercó al cuerpo apedreado, con la cara hundida y machacada, los huesos rotos y los ojos abiertos en una expresión extraña. Sacó la cámara, tomó seis fotografías, de frente y perfil, dos de cada una, y luego se la volvió a guardar. Su trabajo allí había terminado.

—¿Quiere llevarse el cadáver?

—No, los alacranes, arañas y ratas también tienen derecho a comer. No habrá tumba para él en España, ni homenajes, ni siquiera de su rica familia. —Se dio la mano con aquel hombre alto y oscuro, que asintió—. Me marcho.

—Cuidado. Los hombres de Marruecos aún deben de andar por la zona y anochecerá pronto. Viedma lo sabía. Montó en el caballo y salió entre un gentío de curiosos.

La cueva era estrecha pero larga, como un pasillo de unos diez metros que terminaba en una pequeña cripta abovedada. Encendió un fuego para ahuyentar a cualquier animal del desierto que tuviera aquello como su echadero. Sabía que los marroquíes andaban por la zona. Los había escuchado moverse, chillar y hablar por radio, también tiroteos por el campamento que acababa de abandonar. Estaba claro que los que habían atacado a la columna ahora volvían buscando las jaimas de las que habían salido y se encontraban con una escabechina. El caballo resopló tranquilo mientras Fernando sacaba de una de sus alforjas la tripa con agua y trozos de carne seca con dátiles que le habían dado los saharauis. Mordisqueó todo mirando al techo de la cueva. Había pintada una escena de caza con gruesos trazos en ocre, hombres grandes y pequeños, lanzas y muchos carneros, venados y ciervos entre altos árboles. Entonces escuchó pasos y movimientos. No supo si estaban cerca o lejos o si el sonido rebotaba en alguna parte. Apagó la hoguera y sacó la pistola. Pero no apareció nadie.

La noche fue silenciosa, salvo por los alaridos de algunos animales. Se mantuvo despierto calculando cuándo habría suficiente luz para salir de allí y poder orientarse. Cuando el amanecer empezó a clarear tímidamente no esperó más. Sacó al caballo para desandar lo andado hacia El Aaiún.

Volvió a Edchera, se detuvo al ver los perfiles de hombres moviéndose afanosamente. Calculó la posibilidad de que le hubieran visto, acercándose a paso lento. Respiró tranquilo cuando

identificó a legionarios, camiones y dos blindados. Entonces temió que le disparasen sin preguntar.

—¡Arriba España! —gritó repetidamente mientras se acercó despacio brazo en alto.

Al verlo un oficial miró por unos prismáticos. Le hicieron señas para que avanzara y eso fue lo que hizo, con las manos en alto y exclamando:

—¡Soy Fernando Ramírez de Viedma, comisario de policía!

—¿Pero de dónde viene usted? —le preguntó un teniente de la IV bandera.

—De cumplir órdenes —contestó bajándose del caballo—. Volveré a El Aaiún con ustedes. Necesito llevar el cadáver de este español.

—Tranquilo —señaló el teniente con resabio—, que hueco para cadáveres tenemos.

Fernando miró a su alrededor, donde los camiones estaban llenos con los caídos de la decimotercera. Mientras subieron el cuerpo de Jorge enrollado en una sábana, paseó por allí junto con el teniente, que lo observaba con extrañeza. No paró hasta encontrarlos. Primero, el cuerpo de Castromonte con el pecho lleno de marcas de machete, la expresión cansada, con la fatalidad del que sabía lo que dejaba atrás.

—Este hombre estaba casado —dijo quitándose el absurdo turbante que se había hecho con la camiseta—. Su mujer vive en El Aaiún. No puede verlo así.

Al lado estaba Maderal. Tenía la expresión relajada y parecía que iba a levantarse con una sonrisa de buen chico, vasco y fortachón, lleno de nobleza. Fernando le cerró los ojos.

—Señor, los caídos serán tratados como caballeros del Tercio antes de entregarlos a sus familias —le aclaró el teniente con un deje aragonés.

—Estos no son hombres, aquí solo hay héroes.

Los trabajos se prolongaron durante cuatro horas. Con el sol ya bien alto, volvió el calor. Los vehículos que no podían remolcarse se incendiaban o se les metía una Breda en el motor para dejarlos totalmente inservibles. Un Heinkel sobrevolaba en círculos dando protección a la columna hasta que se le agotó el combustible, se marchó con un «adiós, muy buenas».

—¿Sabes tocar eso? —Fernando se dirigió a un corneta que llevaba el instrumento zarandeándose en la cintura.

—¡Toma, claro! —respondió él con acento de Vallecas—. ¡Y como el mejor, no te fastidia!

—¡Pues toca algo, joder!, que han muerto nuestros hermanos.

El chico, tal vez con veinte años, con un tatuaje de una sirena pechugona en el antebrazo, se cuadró para tocar el *Yo tenía un camarada* con un virtuosismo que arrancó las voces de los allí presentes, firmes ante sus camaradas caídos.

«Yo tenía un camarada. ¡Nunca lo hallaré mejor! Que en la gloriosa jornada iba, firme la pisada, al redoble del tambor».

Lo enlazó con el himno de España, que en aquel desierto retumbó en los corazones de aquellos desgraciados que, como todos los desgraciados de todas partes, de todos los países y de todas las generaciones, eran la piel donde los poderosos escribían la Historia.

—¿Qué hacemos con el caballo? —le preguntó a Fernando un legionario rubio con aspecto de extranjero.

—Quítele las bridas y déjelo libre. Al menos que alguien salga ganando algo de esta mierda.

Viedma miró hacia delante cuando el camión se puso en marcha. Se sentía cansado, triste y derrotado. Recordó que hacía justo un día aquellos hombres le habían dicho que fuera a matar a aquel cabrón de Lecuona y había saltado el parapeto. Había sabido que lo tenían muy difícil, pero siempre esperó regresar y encontrarlos vivos.

—No somos nadie —le dijo el conductor mientras la columna cogía velocidad.

Fernando hizo un ademán hacia la trasera del camión donde yacían decenas de cuerpos.

—Pues sí, en comparación con ellos, está claro que no lo somos.

La ciudad se vio cerca y las barreras estaban levantadas. Las calles seguían llenas no solo de curiosos, sino también de mujeres que, con sus hijos, esperaban con ansiedad. La primera llegada de supervivientes había sido el día anterior por la tarde. Fueron decenas de heridos y los que pudieron llegar por su propio pie. En ese momento ya solo traían los cadáveres.

El convoy se dirigió directamente al cuartel, había prisa. Se cerraron las barreras. De momento no podría entrar nadie y habría que elaborar un listado de bajas, adecentar los cuerpos y

prepararlos para repatriarlos.

Fernando bajó del camión y vio al coronel Manuel Mulero, cuya expresión era gris como el cemento. Tenía los ojos ocultos bajo la visera de la gorra de plato, abatido, veía cómo disponían los cuerpos en el enorme patio. Mulero le hizo un ligero saludo que Viedma le correspondió antes de avisar al legionario que bajaba el cadáver de Jorge.

—Este es un civil. Un criminal buscado. Envíen el cuerpo a la Guardia Civil para que se ocupen ellos. Dígales que van de parte de Viedma.

El muchacho asintió y Fernando se alejó. Entró en el edificio, fue a las duchas y cruzó los dedos para que hubiera agua. Y la había. Salobre y fría, le ayudó a quitarse la arena, el sudor y la sangre, al igual que el jabón que se restregó por el cuerpo. Se puso su ropa, que seguía en el mismo vestuario vacío. Salió de allí, cruzó el patio con la cabeza baja. Atravesó la barrera donde un legionario con aire triste lo dejó pasar con un taconazo.

En la calle muchos ojos curiosos lo vieron, con miradas angustiadas que querían saber si había vuelto su marido o su padre… No dijo nada. Entonces se le clavaron los de una mujer a la que al principio no reconoció. Pero era Ascensión, la esposa de Castromonte. Fernando no pudo evitar decirle «lo siento» y ella se desmayó. La recogieron otras mujeres, posiblemente viudas como ella, y gimió hasta llorar con un grito doliente tan universal como la guerra misma.

Fernando decidió no detenerse. Quiso salir de aquel grupo que lo rodeó, se fue apartando pegado al muro del cuartel. Consiguió avanzar por la acera hasta que unos brazos lo pararon, lo empujaron y le hicieron dar la vuelta. Y allí estaba Almudena, que lo abrazó, lo besó y notó cómo le flaquearon las piernas antes de hundirle la cara en el pecho.

—Creía que… no vuelvas a hacerme esto nunca —perdió la voz.

—Te quiero —respondió él besándole el pelo.

El diez de febrero de 1958, casi un mes más tarde de la masacre de Edchera, las banderas cuarta y decimotercera de la Legión salieron de El Aaiún en una gran columna motorizada que atacó sin piedad las importantes bolsas de terroristas marroquíes que campaban a sus anchas en toda la zona norte del Sáhara. Fue el

comienzo de la operación Teide, para los franceses, Ecouvillon. La alianza con Francia trajo el poderío aéreo y la modernidad de un ejército que no había sufrido décadas de aislamiento internacional. Desde Mauritania los franceses entraron en territorio español, avanzando hacia el norte hasta unirse a las fuerzas españolas. Aunque los acuerdos de Cintra que marcaron la paz entre España y Marruecos no se firmaron hasta el 1 de abril, el terrorismo marroquí en el Sáhara español fue erradicado el 22 de febrero, cuando franceses y españoles aniquilaron sus últimas posiciones en el sur, pacificando definitivamente el territorio.

Epílogo

Madrid, 24 de febrero de 1958

Almudena caminaba sola por la Plaza Mayor. Hacía frío, había nevado unos días antes, pero no había rastro de lluvia y lo agradeció. Llevaba un abrigo de Balenciaga, comprado en El Corte Inglés, sobre un vestido con chaqueta de Chanel. Sabía que eran caprichos, que no lo podría utilizar cuando regresara al Sáhara, pero llevaba un mes en Madrid y no había podido evitar la tentación de comprárselo.

Había paseado por los escaparates de las tiendas del centro con la idea de regalarle un reloj a Fernando, aunque esperaba que no fuese como despedida. Estaba nerviosa. Su vuelo para El Aaiún salía de Barajas aquel jueves y no sabía si él la acompañaría.

En aquel último mes había hecho de todo, desde enterrar a su marido en Zamora, con su familia política acusándola de ser ella quien lo había llevado por el mal camino. ¡Imagínense! ¡Ella! Que había vivido arrastrada por las locuras, las revoluciones pendientes y demás disparates de aquel hombre. Afortunadamente, solo fue un día, aunque también habían intentado preguntar por la herencia de las propiedades de Jorge en el Sáhara, pero un abogado les dijo que, al no haber testamento, todo iba a la viuda. ¡Solo hubiera faltado eso! Y con la tierra sobre el féretro de Jorge también enterró su pasado, su gran error.

Visitó a sus padres, que no entendieron nada de lo que les dijo. No sabían cómo era posible que se considerara una mujer de negocios, que prefiriera estar en aquel desierto trabajando «en un bar» en vez de quedarse allí en Madrid, disfrutando de la vida regalada que le proporcionaría su padre hasta que ella pudiera encontrar marido. «Siendo viuda joven…». Se sintió como si les hablara en otro idioma cuando les explicó todos los proyectos para

hacer crecer sus negocios. «Hija, cuando te canses, sabes que te recibiremos con los brazos abiertos». ¿Cuándo se cansara?, pensó hastiada, como si hablaran de clases de tenis o de ir a una academia. Menos mal que estaba Fernando.

Aquel mes había sido como una luna de miel: hoteles, restaurantes, cines, teatros, zarzuelas, *boîtes*, salas de fiestas, tablados… Pero también había aprovechado el tiempo, comprando electrodomésticos modernos para el salón y el hotel, maquinaría de hostelería, lavadoras Bru, un equipo de sonido Philips, neveras y frigoríficos Westinghouse que le enviarían al Sáhara en barco por medio de los representantes en Canarias. También cerró un crédito con Banesto para comprar un edificio en Villa Cisneros y abrir un restaurante con hotel. No había nada más atractivo para el dinero que un territorio en paz. La habían recibido con sorpresa. «¿Y su marido?». «Soy viuda». Y no había más que hablar. Cuando salió, Fernando le sonreía, divertido por todo lo que ella le contaba que iba a hacer.

Se cansó de pasear sin rumbo y caminó hacia la calle Cuchilleros, donde había quedado con él. Un baboso le dijo: «Eso es un cuerpo y no el de la Legión». Lo ignoró. Un vendedor callejero con mucha labia voceaba las bondades de sus hojas de afeitar y una mujer le ofreció números de lotería que rechazó. Llegó a Botín, donde habían quedado para almorzar. El restaurante acababa de abrir y quedaba todavía un buen rato para la hora.

—Tenía una reserva para la una y media, pero me gustaría esperar a mi acompañante en la mesa —dijo al metre.

—No hay problema, señora.

La llevaron a una mesa en una sala abovedada, con un ambiente de lugar antiguo, de ladrillos y sillares que parecían hablar del gusto por la comida de decenas de generaciones pasadas. Todo era muy elegante.

—Mientras espero, me pone un vermú y me trae el *Pueblo* —le pidió al camarero.

Tenía que dejar de pensar que no sabía nada de Fernando desde que salió para su recepción en El Pardo. Intentó leer el periódico, pero no pasó de los titulares: la guerra en Argelia, el secuestro de Fangio, el plan Badajoz o las elecciones en Argentina. Sonrió al ver la pacificación del Sáhara. Alberto Closas actuaba en el Teatro de la

Comedia y ¡había localidades!, pero Almudena no quiso emocionarse. Si Fernando trajera malas noticias, no habría ganas de nada. Le había dicho que San Demetrio había pasado su propuesta hacía dos semanas, pero no sabía más. Si tenía que volver sola a El Aaiún, pues lo haría.

Dio un suspiro lleno de fatalidad. Sabía que la relación no duraría. Si el destino fuera una embajada, la distancia sería el olvido, por mucho que el bolero dijera que no. Pasaría el tiempo, las visitas se espaciarían, llegarían los «este año no puedo», «tal vez en primavera», «no sé si podré en Navidad»… Y todo se iría como los recuerdos de unas vacaciones de verano, tragados por las lluvias del otoño. Suspiró de nuevo y dio un sorbo al vermú. Y eso si no era algo peor, si no lo castigaban de alguna manera, o lo quitaban de en medio enviándolo a un puesto en los Pirineos, o a Guinea a controlar a los levantiscos. Lo que fuera con tal de perderlo de vista.

Se notó cada vez más nerviosa. Tenía aún puestas las gafas de sol y se las quitó cuando empezaron a llegar más comensales. Pasaban cuarenta minutos de la una.

«¿Qué hace una mujer tan guapa sola?», le dijo un tipo que cruzaba el comedor buscando la mesa que ocupaban unos amigos. «Esperar a mi marido», le respondió cuando vio que se paraba junto a ella y la mareaba con su colonia. El pesado se marchó.

Sonaban las dos en punto cuando por fin vio entrar a Fernando. Llevaba el traje gris cruzado a lo Cary Grant que ella le había comprado nada más llegar a Madrid. Venía muy serio, ella contuvo la respiración mientras lo vio hablar con el metre. ¿Qué le estaría diciendo? ¿De qué hablaba tanto? Por fin terminó la conversación y un camarero lo acompañó. Seguía serio, como el policía que era, pero la vio para una sonrisa franca, sincera y alegre que lo transformó.

—Perdón por el retraso, pero no veas qué lío de tráfico.

Sin parar de sonreír Fernando le dio un beso en la mejilla, se sentó frente a ella y, mirando al camarero, pidió la botella del vino que había encargado y la carta.

—¡Por Dios, Fernando, me va a dar algo! —exclamó ella rebosando tensión cuando el camarero se marchó—. ¡Dímelo de una vez!

—Saluda al nuevo comisario jefe de la

DGS
en el Sáhara —dijo teatral.

—¿Entonces? —Ella intentó asegurarse de que lo había entendido.

—Me aceptó la propuesta, hace una hora firmé el nombramiento, me dieron las credenciales y oficialmente ya he tomado posesión de la plaza. —La vio tan incrédula que le cogió la mano—. Me he retrasado para comprar el pasaje de avión. Vuelvo contigo este jueves a El Aaiún, donde tendré mi trabajo y mi vida a tu lado.

Ella lo miró para relajar el gesto sonriendo como si no se lo creyera, como si algo tan maravilloso no pudiera ser para ella. Pero vio cómo la miraba con sus ojos grandes y claros.

Ambos sonrieron como si volvieran a ser jóvenes, como si de repente se hubieran borrado los últimos diecisiete años y Dios les hubiera dado la posibilidad de empezar de nuevo. En algún sitio sonó *it romantic*
Isn't
cantada por Ella Fitzgerald. Almudena sabía que él se la había pedido al metre cuando entró. Quiso abrazarlo y besarlo, pero ya tendría tiempo.

El camarero se acercó para tomar la comanda.

—¿Qué te apetece? —le preguntó Fernando mirando rápidamente la carta.

—¿Ahora mismo?

—Claro.

—Casarme contigo.

Historia de un parque, una estatua y un hermano

En 1960 el brigada Francisco Fadrique Castromonte recibió la Cruz Laureada de San Fernando a título póstumo. Una de las mayores y más preciadas condecoraciones del Ejército Español. Su viuda la recogió el 13 de enero de ese año. Seis años más tarde la recibiría el soldado Juan Maderal Oleaga. Sus padres la recogieron otro 13 de enero en El Aaiún. Ambos con su sacrificio en Edchera salvaron cientos de vidas.

En septiembre de 1968, en un céntrico parque de Erandio, el ayuntamiento de Bilbao inauguró un monumento dedicado a uno de los hijos del pueblo que daría sus dos apellidos, Maderal Oleaga, a dicho parque, en honor del valiente soldado legionario de segunda clase. Una estatua de ochocientos kilos en bronce fundido, con una placa que recordaba la gesta. En 1972 la Legión desfiló para rendir honores al héroe.

En 1976, la banda terrorista
ETA
intentó volar la estatua con una bomba colocada en uno de los brazos. No lo consiguió. Sin embargo, en 1979 los asesinos de
ETA
dispararían a José María Maderal, hermano de Juan, también caballero legionario, asesinándolo en la puerta de su domicilio con cuarenta y nueve años. Dejó mujer y dos hijos.

En 1980, durante las fiestas de San Agustín, la estatua fue arrancada de su pedestal, arrastrada rumbo a la ría, donde la arrojaron. Dos años después fue rescatada para colocarla, primero, en el acuartelamiento de Soyeches en Mungía y, finalmente, en la Brigada de la Legión en Almería. En su base se puede leer: «Al heroico legionario Juan Maderal Oleaga, muerto gloriosamente en la acción de Edchera (Sáhara Español), el 13 de enero de 1958. El odio lanzó esta estatua a la ría bilbaína, mutilándola y arrancándola

de su monumento en Erandio. Fue erigida de nuevo, tal y como fue rescatada, el 20 de septiembre de 1982».

El parque cambió de nombre para pasar a llamarse Parque Santi Brouard, líder histórico de Herri Batasuna, brazo político de ETA, partido ilegalizado por ser parte fundamental de la banda terrorista en 2003.

«Enséñame un héroe y te escribiré una tragedia».

FRANCIS SCOTT FITZGERALD

MANUEL JIMÉNEZ DELGADO (Adeje, 1971) es un escritor tinerfeño licenciado en Pedagogía por la Universidad de La Laguna. Inició su carrera profesional en la enseñanza hasta que recaló, casi accidentalmente, en la Biblioteca Municipal del pueblo que lo vio nacer, donde lleva más de una década de desempeño profesional. Allí, rodeado de libros, comenzó a escribir novelas y relatos ambientados en futuros distópicos. En esa etapa nacieron: *189-B, Humo en el cielo* y *Ala de cuervo*, pero no fue hasta que se embarcó en *Y las cartas dejaron de llegar*, cuando descubrió el placer de escribir novela histórica.

Apasionado de la historia de España, comparte su amor por la literatura con la pintura de figuras, el cine clásico, la radio y la música *country*, mientras ultima varios relatos que espera ver pronto impresos.

ÍNDICE

I. Agua sucia
II. Ese sonido extraño
III. La puerta abierta
IV. Una historia rocambolesca
V. Esa foto del final
VI. Cinturón de alambradas
VII. Sus miradas se cruzaron
VIII. Asalto con agresión
IX. Le valdría callarse
X. El suelo del camión
XI. Glorioso príncipe
XII. ¡Corred!
XIII. Espera que te espera
XIV. Noche de Paz
XV. Sí, *said*
XVI. Feliz 1958
XVII. Reyes Magos
XVIII. Lo que tenga que venir
XIX. Donde las águilas yacen
XX. Para tu desgracia
Epílogo